
Mi jefe es el
ANTICRISTO
VERSIÓN SEXY
ESTRELLA CORREA

Copyright © 2025. Estrella Correa.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor, o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, septiembre 2025.
Título Original: Mi jefe es El Anticristo
Diseño y Portada: Amparo Tárrega
Maquetación: Estrella Correa
Corrección: Antonio Correa

MI JEFE ES EL ANTICRISTO

SINOPSIS

Julia Serrano cometió un error. Solo uno. Subirse al coche de un desconocido con pinta de arruinarle la vida. Lo que no sabía es que, en menos de cuarenta y ocho horas, ese hombre se convertiría en su jefe. Y no un jefe cualquiera: el tipo que dicta órdenes como quien reparte condenas y que sonríe menos que el cajero de Hacienda.

Héctor Valverde estaba acostumbrado a que todos bajaran la cabeza. A mandar, a firmar, a ganar. Hasta que ella apareció en su camino con tacones, lengua afilada y cero intención de obedecerle. Julia no lo temía. Lo desafiaba. Y eso lo excitaba más de lo que debería admitir.

Entre ellos no hay tregua: cada reunión es una batalla, cada roce, una amenaza. El deseo se mezcla con las órdenes, los reproches con las caricias, y la tensión termina explotando en ascensores, despachos y cualquier lugar donde uno intente imponerse al otro.

Él tiene poder, dinero y secretos que podrían arrasarlo todo. Ella solo tiene su ingenio, su orgullo y la mala costumbre de no callarse nunca. El resultado: una guerra en la que ambos saben que perder es inevitable… y ganar, adictivo.

Porque enfrentarse al Anticristo en persona es una locura. Pero enamorarse de él es mucho peor.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. SOLO UN POLVO.
2. LUNES DE CAFÉ Y KARMA.
3. REUNIÓN CON EL DEMONIO.
4. LO VI. RESPIRÉ HONDO.
5. LA INSOLENCIA TIENE NOMBRE.
6. TENSIÓN SEXUAL.
7. UN VIAJE AL INFIERNO.
8. NEGOCIOS Y DISTRACCIONES.
9. NI RENDIDA NI VENCIDA.
10. PECADOS CON MOQUETA.
11. LUNES PARA VALIENTES.
12. EL DIABLO SIEMPRE VUELVE.
13. OTRO LUNES CON DESCARO.
14. NO LO TOQUES. NI LO PIENSES.
15. LA OFICINA SIN EL DIABLO.
16. CONTROL DE DAÑOS.
17. SOSPECHO, LUEGO EXISTO.
18. OLÍA A SECRETOS.
19. MIS DUDAS CADA MINUTO.
20. ME ARDEN LAS VENAS SIN ELLA.

21.
TENGO QUE ENCONTRARLA.
22.
OSCURIDAD.
23.
TODOS TENEMOS SECRETOS.
24.
DESEARLA. PROTEGERLA.
25.
SÁBANAS FRÍAS. CORAZÓN CALIENTE.
26.
DESAYUNO CON SEXO.
27.
ARRANCARME LA VERDAD.
28.
ENAMORADA COMO UNA ADOLESCENTE.
29.
SIENTO LO QUE NUNCA.
30.
ME INCENDIA.
31.
VOLVER AL CIRCO ROMANO.
32.
EL ANTICRISTO HACE LO QUE LE SALE DE LOS COJONES.
33.
NADIE VA A TOCARLA.
34.
DERRIBARÉ MUROS POR ELLA.
35.
CENA CON EL ANTICRISTO.
36.
DE MADRUGADA.
37.
SIN DIRECCIÓN.
38.

CON LA CABEZA ENTRE LAS MANOS.
39.
ADIÓS.
40.
LO QUE HAY EN MEDIO.
41.
HOLA.
42.
CUIDARLA Y CONTROLARLA.
43.
SIGO CON MI ÚNICA MISIÓN.
44.
EL INFIERNO EN EL CIELO.
45.
EL CIELO EN EL INFIERNO.
46.
EL CIELO PINTADO DE GRAFITIS.
47.
CUIDADO CON LOS DETALLES.
48.
UNA VILLA PRIVADA.
49.
ELLA ES SUEÑO.
50.
ES EL INFIERNO DULCE.
51.
DÍAS EN EL PARÍSO.
52.
QUÉ HARÍAMOS SIN CAFÉ.
53.
PREPARA PALOMITAS.
54.
OBJETOS PERSONALES.
55.
NI ESPERO NI SUPLICO.
56.

BOICOT.
57.
SIN SUPOSICIONES. DATOS.
58.
VACÍO Y RUTINA.
59.
CADENAS.
60.
UN ARMA APUNTÁNDOME.
61.
EL MUNDO SE DETIENE.
62.
ROJO: HÉCTOR VALVERDE.

EPÍLOGO.
AGRADECIMIENTOS.
SOBRE LA AUTORA.

PRÓLOGO

Todos tenemos un pasado. Ella. Yo. Tú. Nadie se libra. El pasado es esa sombra que se pega a los talones aunque corras más rápido que el propio miedo. Es un arma cargada que alguien, tarde o temprano, dispara. Y lo hace siempre en el peor momento.

Yo aprendí demasiado pronto que el pasado no es algo que se deja atrás; es algo que se entierra. Y aun así, los cadáveres tienen la mala costumbre de escarbar hacia arriba. Los míos lo hicieron. Los suyos también. Y cuando esos fantasmas chocan entre sí, no queda piedra sobre piedra.

De joven creí que lo único importante era tener poder. El poder te abre puertas, te sienta en mesas donde se deciden cosas que cambian vidas, te convierte en alguien que puede destruir con un gesto o salvar con una llamada. Más tarde descubrí que el poder no era suficiente si no iba acompañado de dinero. El dinero compra silencio, compra lealtades, compra la posibilidad de desaparecer cuando todo se tambalea.

Creí que lo había entendido todo: dinero, poder, control. Era un círculo perfecto. Yo estaba dentro, cómodo, intocable. Hasta que apareció ella.

El amor. Esa palabra que siempre desprecié por cursi, que tachaba de invención barata de poetas con resaca. El amor llegó a mi vida no como un regalo, sino como un sabotaje.

Rompió el círculo perfecto que yo había trazado, me recordó que por mucha sangre que limpies y por muchos trajes que escondan cicatrices, siempre habrá alguien capaz de atravesar todas tus defensas.

No me equivoqué en algo: el dinero y el poder sirven. Porque gracias a ellos pude protegerla, proteger lo que construimos. Pero me equivoqué en lo fundamental: creí que con eso bastaba. Que se

podía amar desde un pedestal. Que se podía vivir en un trono sin que el corazón se inmiscuyera.

Me creía invencible. Me creía el dueño del tablero. Y entonces la conocí. Y con una sonrisa impertinente y frases ocurrentes, me derribó del trono sin esfuerzo.

Y ahí empezó todo.

1

Solo un polvo. Uno. ¿Qué podía salir mal?

Julia

Hay decisiones que una mujer, con dos copas de más y un ex dando por culo en el cerebro, no debería tomar.

Una: salir de fiesta con su mejor amiga, esa que dice que la vida es corta, pero lleva cinco años comiéndose al mismo imbécil con distinto nombre.

Dos: elegir el tequila como vía de escape (aviso: nunca es escape, siempre es emboscada).

Tres: subirse a un coche con un desconocido que tiene cara de romperte el alma y follártela después.

Yo hice las tres. Con vaqueros ceñidos, tanga negro y el pintalabios más rojo que la sangre. Bueno, el pintalabios se quedó en el coche. Y no por culpa mía.

Pero retrocedamos. Siempre se empieza por lo aparentemente inocente.

Todo comenzó con un mensaje de Marta a las 21:04 (la hora de las malas decisiones y los sujetadores incómodos):

Saldremos a las diez. Nada de excusas. Javier es gilipollas. Javier pichalápiz. A Javier se le está gangrenando un huevo. Di esto delante del espejo para que ocurra. Cero dramas. Mucho alcohol. Quítate el pijama. Ponte (más) guapa.

Yo tenía las tres: Excusas: mañana madrugo (comida familiar). Drama: Javier, mi ex con crisis existencial crónica y la inteligencia

emocional de una tostadora. Pijama: puesto desde las siete, como Dios manda.

Y aun así, me vestí. O mejor dicho, me convertí en una Diosa con vaquero ajustado, top negro y labios rojos. La santa trinidad del despecho sexy. El "me la suda todo" hecho carne. Una declaración de guerra para quien tuviera ojos… o polla.

A las diez y veintidós cruzábamos la puerta de un bar con luces tan bajas como mis expectativas afectivas. Música pegajosa. Cócteles de colores. Tíos con camisa blanca remangada y mirada de "soy inaccesible pero sé usar la lengua".

Métete la lengua por el culo, gracias.

—Esta noche va a ser épica —gritó Marta, brindando con su mojito, que derramó sobre su pierna. Yo solo quería anestesia. Mucha. Quedarme tonta, o más de lo que estaba por culpa del anormal de mi exnovio.

—¡Hagamos que lo sea! —fingí energía. Por dentro me sentía más seca que el último WhatsApp de Javier: Ok (eso escribió. Lo odio. Es retrasado en general, y un discapacitado sentimental).

—¡Que le den a Javier! —remató Marta.

—Tía, te pasas. ¿Por qué me lo recuerdas? —Ni que lo hubiera olvidado.

—No te preocupes. Al tercer chupito se te olvida.

No fue al tercero ni al… cuarto. Sino al quinto. En serio, no sabía por qué ese niñato de veintiséis años me había calado tanto. Y digo niñato porque había demostrado que su edad mental no alcanzaba los diez (su pene tampoco, centímetros, claro).

Y… el tequila, cuando lo mezclas con despecho, no entra. Arde. Y luego… te transforma.

Me convertí en algo entre Beyoncé borracha, Marie Kondo del sexo y una sentimental con licencia para matar. ¿Resultado? Mi lengua dejó de tener filtro. Y mi coño, de tener criterio.

La idea era clara: olvidar a Javier. El hombre que me cambió por su terapeuta. Literal. Gracias, Elena, por curarle la ansiedad con final feliz. Qué talento.

Lo que no esperaba era encontrarme a Él.

Y no, no hablo de Javier.

ÉL.

Ese hijo de Lucifer que estaba en la terraza, apoyado en la barandilla con una copa de whisky y una expresión de "si te acercas, puede que no salgas viva de mí".

Oh, cielo santo.

Ese hombre no miraba. Invocaba. Vestía un traje oscuro como el pecado, camisa blanca medio desabrochada y corbata floja. Tenía el pelo rebelde, como si acabara de pecar con alguien, o estuviera a punto de hacerlo. Y los ojos… Negros. Negro profundo. Negro como te imaginas los confines del infierno.

Y yo, que no suelo acercarme a desconocidos, ni cuando me siento valiente…, lo hice. Algo en él me llamó. Algo que no era físico. Era peligro. Y yo…, yo tengo debilidad por lo que me puede arrasar.

Me acerqué. Él no se inmutó.

—¿Fumas? —pregunté. Estúpida, pero eficaz.

—No. ¿Tú?

—Solo cuando estoy muy cabreada. O muy cachonda.

No sonrió. Sonrió su sombra.

—¿Y esta noche?

—Ambas.

Y ahí estaba. La primera condena. Me ofreció la copa. Whisky. Caro. Fuerte. De esos que no preguntan si estás preparada, solo te queman hasta los huesos. Nuestros dedos se rozaron. Mi útero aplaudió.

Bebí. Despacio. Sintiendo cómo ese líquido suyo (porque ya lo sentía suyo) me bajaba por la garganta como una promesa.

—¿Y tú? —pregunté devolviéndole el vaso—. ¿Qué haces aquí solo?

—Es sábado. Estoy bebiendo. Y ahora… hablando con una mujer que dice estar cabreada y cachonda.

—Te falta algo.

—¿El qué?

—Reírte de mis chistes malos.

—Todavía no has contado ninguno.

—Dame cinco minutos. O un beso —dije. Sin tartamudear. Sin esperar.

Él… no retrocedió. Ni un milímetro.

—¿Siempre eres tan directa?

—¿Siempre eres tan lento?

Y entonces lo vi. Un leve brillo en sus ojos. No era deseo. Sino poder. Dominio. Certeza. Fuego.

Dio un paso. Solo uno. Y el universo se encogió. Estábamos tan cerca que pude contarle los latidos.

—Podrías arrepentirte de provocarme —siseó.

—¿Y tú podrías arrepentirte de no hacer nada?

Otra sonrisa. Esta vez más oscura. Aceptando el trato. Leyéndome entera sin importarle.

—Vamos.

No fue una invitación. Fue una orden. Y juro que mi sexo firmó con tinta indeleble.

Salimos del local sin decir palabra. Yo con las piernas aun temblando. Él con esa forma de andar que tienen los hombres que no necesitan abrir puertas, porque todo se les rinde. No sé cómo, pero el aire se volvió más frío. O era yo. O era él. Quizá todo.

Coche negro. Largo. Brillante. Casi insultante. De esos que no tienen matrícula, sino estatus. No un coche. Una amenaza con ruedas.

—¿Y si eres un asesino? —pregunté. No por gracia. Por defensa. Por decir algo que ocultara que me moría de ganas de que me hiciera justo lo contrario a matarme.

Él giró apenas la cabeza.

—Entonces vas a tener una muerte muy entretenida.

Una respuesta que no dejaba claro si bromeaba o me advertía. Y lo peor… es que ambas opciones me pusieron caliente. Más todavía.

Abrió la puerta trasera. Me subí sin pensar. O pensando demasiado rápido. El cuero crujió bajo mis muslos, el aire olía a madera, whisky y poder masculino embotellado en un perfume imposible de identificar. No era Chanel. Era él.

Se sentó a mi lado. Cerró la puerta. Todo quedó en silencio. No el incómodo. El otro. El que te arranca las bragas sin tocarlas.

—Última oportunidad para echarte atrás —amenazó. Bajo. Ronco. Despacio. Como quien le susurra al pecado antes de desnudarlo.

Me giré. Lo miré. Quise reír. No lo hice por dignidad. Ya me había dejado el orgullo en la entrada del coche.

—No suelo acostarme con desconocidos.

—Yo no suelo perder el control.

—Pues felicidades. Hoy ambos estamos rompiendo tradiciones.

Y me besó. No. Me devoró. Su boca no pedía permiso. No preguntaba. Solo reclamaba. Fue un beso lento pero implacable. De esos que se sienten como si alguien hubiera metido un terremoto en la garganta. De esos que saben exactamente qué hacer con tu lengua, con tu cuerpo, con tu cordura. Porque no me besaba solo la boca. Me besaba el criterio.

No sé cuánto duró ese primer beso. Pero cuando mis uñas ya estaban en su cuello y su mano colándose por debajo de mi camiseta, supe que estábamos condenados. Que aquel hombre no besaba. Posesionaba.

Él gruñó. Un sonido bajo, contenido, como si lo estuviera reteniendo todo y de pronto se le escapara el infierno por la garganta. Me senté a horcajadas sobre él sin esperar más. Porque si ese beso ya era dinamita, su cuerpo era dinamita con temporizador.

Su mano llegó a mi espalda. Abrió el cierre del sujetador como si lo hubiera ensayado. Yo me deshice del top de un tirón. Él no miró. Me inspeccionó. Esa clase de mirada que no se detiene en el escote, sino en el pulso.

—Estás jodidamente loca —manifestó con la voz rota por dentro.

—Y tú estás jodidamente duro.

Y entonces bajé su cremallera con los dientes. Porque sí. Porque quise. Porque me dio la gana. Porque hacía una eternidad que nadie me hacía sentir como una bomba a punto de estallar.

Sus dedos llegaron a mi centro. No dulces. No cuidadosos. Certeros. Mordí su hombro. Me corrí sin aviso. Y no bajé el ritmo. Lo busqué. Lo exigí. Y él... él me tomó. Me traspasó como si fuera suya de nacimiento. Su boca en mi pecho. Sus caderas marcando un ritmo brutal. Preciso. Hipnótico.

El coche chirriaba. El mundo desapareció. Solo existía el golpe seco de nuestros cuerpos, el sabor de su boca, el sudor en mi nuca, la manera en que sus manos me sujetaban como si pudiera romperme. O como si quisiera hacerlo.

No fue sexo. Fue guerra.

Y yo no quise tregua.

Cuando me corrí por segunda vez, ni gemí. Grité. Y cuando él llegó, hundió el rostro en mi cuello, como si no quisiera que lo viera arder.

Después, nada. No me abrazó. No me miró. Solo me soltó. Como quien termina un ritual prohibido y necesita alejarse del altar.

Me bajé de él. Me coloqué el top. Al revés. Me dio igual. Las piernas me temblaban. Las ideas también.

—No ha estado mal —mentí. Había sido el polvo de mi vida.

Él se subió la cremallera. Se recolocó el reloj. La corbata. Como si no hubiera perdido el control. Como si no acabara de follarme como si yo fuera el castigo por todos sus pecados. O el recordatorio de que aún los tenía.

—Coincido —apostilló. Sin emoción. Pero con la mandíbula aún tensa.

Me reí. Me abotoné la ropa interior (lo que quedaba de ella) y abrí la puerta del coche.

—¿Dónde vas? —preguntó con más sequedad que antes.

—A buscar un taxi. ¿Esperabas que te pidiera que me llevaras a casa?

—No. Pero tampoco que salieras así.

—¿Así cómo?

—Como si acabaras de robarme algo.

—¿Te molesta?

—Me inquieta.

Le sonreí. Sin dulzura.

—Bueno, técnicamente me has robado tú. Un orgasmo. Varios, de hecho. Y no pienso devolvértelos.

Él no sonrió. Pero sus ojos brillaron. Apenas. Una chispa.

—¿Vas a decirme tu nombre? —preguntó.

—¿Para qué? ¿Para buscarme en Instagram y mandarme una foto de tu polla en blanco y negro?

—No uso redes sociales.

—Claro. Eres de esos. Misteriosos, eficaces y con más traumas que contactos en la agenda.

Él ladeó la cabeza. Por primera vez, me mostró una sonrisa. Seca. Arrogante. Letal.

—No necesito tu nombre para recordarte.

—Perfecto. Así no me decepcionas. Ni yo a ti.

Salí. Cerré la puerta. Pero él también salió. Y me sorprendió.

Se quitó el abrigo. Me lo tendió.

—Hace frío.

Lo tomé. Lo olí. No porque quisiera. Porque me atravesó. Poder, oscuridad. Un puto demonio con costuras impecables.

—No te ilusiones. No repito polvo con desconocidos.

—Una lástima.

—Una norma.

—Las normas están para romperse.

—Solo si eres idiota.

—O un hombre que no suele repetir. Pero contigo… me lo estoy pensando.

Tragué saliva. No por nervios. Por ira. Por miedo. Por deseo. No lo sabía.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Julia.

Me giré.

En… ¿hola?

¿Julia?

No se lo había dicho.

Y aun así, lo sabía.

El muy cabrón lo sabía.

Me marché sin mirar atrás. Con el abrigo en los hombros y la certeza de que aquello no había sido un polvo cualquiera.

Fue un pacto. Con el Anticristo. Pero aún no lo sabía.

2

Lunes. Café. Karma.

Julia

Hay resacas que te dan dolor de cabeza y luego las que te dan dolor en las carnes. Esta era de las segundas. Me dolía detrás de los ojos y entre las piernas. El tipo de dolor que cuentas en el grupo de amigas y terminan aplaudiéndote. O envidiándote. O ambas.

—Dios… —murmuré, sentada al borde de la cama, con el alma desparramada por el suelo y las bragas aún hechas un nudo dentro del bolso. Literal. Desde el sábado de madrugada. Era lunes, pero el domingo me había dedicado a beber vino con mi mejor amiga: Marta (después de un almuerzo familiar corto y aburrido). La dichosa Marta cotilla. Mi móvil brillaba con tres mensajes de ella. ¿No le bastaba con lo que le había contado ayer? Se lo había desglosado, informe con índice, y hasta anexo. Otro mensaje era de mi jefa (seguro que de amenaza) y una notificación de Glovo. Satisfacción, presión y comida rápida: el santo trío de la resaca capitalista.

Intenté recordar si me había despedido del tipo del coche con un mínimo de elegancia. Probablemente no. Lo mío no es irme con dulzura. Yo me voy como quien termina un pacto satánico: sin mirar atrás y esperando no haber vendido el alma sin querer.

Me duché rápido, tratando de que el agua borrara la historia. No lo hizo. El puto olor de su abrigo seguía en el armario. Chanel, testosterona y traición anticipada. ¿Por qué no lo quemaba?

Me arreglé mientras hablaba con mi madre. O mejor dicho, mientras ella hablaba y yo asentía como si el fin de semana no hubiera dejado que un tío desconocido me empotrara en su coche. ¿O lo empotré yo? Cabalgué sobre él, eso seguro.

—Sí, mamá…
—¿Te has comido las sobras que te di?
—Sí, mamá…
—¿Seguro?
—Sí, me lo comeré hoy…
—¿No has dicho que ya te lo has comido?
—Me sobró, mamá…
—Vale, hija… ¿Estás bien?
—Sí, mamá, adiós, mamá…

Mi madre se preocupaba demasiado por mí. Tenía sus razones, aunque… no se las hubiera dado yo.

Pantalón negro, blusa blanca, americana de "no me toques que hoy muerdo". Moño bajo improvisado, mechones sueltos y la mirada de quien está al borde de delinquir. Perfecta para sobrevivir al lunes. O para prenderle fuego.

Entré en la oficina a las 8:56. Cuatro minutos antes de la hora oficial y al menos dos horas más tarde de lo que mi conciencia exigía. Iba con cara de "me importa todo una mierda" y el corazón haciendo de tambores de guerra.

Luces blancas. Murmullo de teclados. Gente con cara de lunes crónico. Y la maldita máquina de café sirviendo líquidos marrones con pretensión de milagro. Todo normal. Demasiado normal.

—Buenos días… Buenos días para ti también… —soltaba con sonrisa fingida. En realidad, quería matarlos a todos, por insulsos—. ¡Hola, Carmen! ¿Qué tal el fin de semana?

Hasta que Laura apareció con cara de alerta nuclear. Yo ya estaba sentada en mi mesa, delante del ordenador, mirándolo, haciendo como la que trabajaba.

—¿Has leído el correo de esta mañana?

—¿Cuál? ¿El que promete cambios, despidos o destrucción masiva?

—El que pone en mayúsculas CAMBIO ESTRUCTURAL URGENTE. —Hizo un gesto con la mano.

—Ah, claro. Porque cuando te gritan con tipografía, seguro que no es grave.

—Es grave. Muy grave. Ha habido una fusión.

—¿Una qué?

—Una fusión, Julia. ¿Estas sorda? Nos ha comprado ValCorp.

Me quedé inmóvil. Ni el café me tembló. Eso ya era señal de apocalipsis.

ValCorp. El lobo vestido de inversor. El monstruo que devora empresas con sonrisas legales y despidos en bandeja. Donde ellos entran, alguien sale llorando.

—No jodas… ¿El tiburón financiero?

—Jodo. Ese mismo. Y viene el nuevo CEO esta mañana. —Baja la voz—. Lucifer, lo llaman. Reunión a las nueve. Sala grande. Y dicen que está buenísimo.

—Ya. Y también heterosexual, frío como el acero y con traumas de infancia no resueltos.

Como el mío, pensé.

Laura rio. Yo no. Algo en mi estómago se retorció. Y no era el café. Se parecía más al miedo. O al presentimiento. O a que el universo tenía ganas de reírse de mí otra vez. No podía perder el trabajo. Me había costado mucho que me tomaran en serio, por eso de ser joven, mujer, atractiva y tener los pechos bien puestos.

Mi cubículo era el equivalente *oficinil* a un hotel de carretera: cuatro paredes grises, un escritorio que se mueve con solo mirarlo y cero glamour. Lo justo para sobrevivir ocho horas diarias sin que nadie supiera quién soy ni qué hacía con mi vida más allá de

contestar correos y beber café como si fuera agua bendita. Vale, hacía más cosas, pero era aburrido.

En el centro, mi portátil corporativo, que pitaba cuando menos me convenía, una libreta con tachones y garabatos que ni yo entendía, y un bolígrafo que se negaba a jubilarse pese a que llevaba meses sin tinta. A la derecha, una taza blanca. Blanca y ya está. Nada de frases de "Hoy puede ser un gran día" ni unicornios que sonríen; bastante tenía con aguantar a los que creen en esas tonterías.

En la esquina, un cactus enano que me regaló Marta para darle vida al espacio. Vida, dijo. Si ese cactus hablara, me denunciaría por abandono. Pero ahí siguía, con más dignidad que yo algunos lunes.

Ni fotos, ni post-its de colores, ni muñequitos encima del monitor. Mi vida privada no se asomaba por aquí ni con telescopio. Un cubículo neutro, casi invisible. Perfecto para pasar desapercibida.

A las 8:59 estábamos sentadas en la sala. Yo en la tercera fila. Estratégicamente colocada cerca de la puerta por si había que huir, pero lo bastante visible para parecer implicada. No soy tonta. Solo precavida.

Entraron los de RR.HH. Un par de ejecutivos con cara de Excel y alma hipotecada. Y entonces…

Entonces entró ÉL.

Y el mundo se fue a la mierda. Él. Traje oscuro. Camisa blanca inmaculada. Corbata que parecía anudada por el mismísimo demonio. Paso firme. Pelo más domado que el sábado, pero igual de indomable. ¿Me explico? Ojos negros. Vacíos. Elegantes. Letales.

El polvo del coche. El orgasmo con nombre de tormenta. El tipo que me rompió la cintura y se marchó como si acabara de cerrar una reunión de negocios.

Y ahora era mi jefe.

Mi. Puto. Jefe.

Me cagué mentalmente en todo lo bautizable. Incluido en mí, por gilipollas. Por creída. Por tener la brillante idea de follarme a un desconocido con aura de jefe tóxico en prácticas. Pero este ya era titular.

—Joder… —susurré, y me cubrí el rostro con los dedos.

—¿Qué? —Laura giró la cabeza.

—Nada. Hace calor. ¿Han empezado la reestructuración dando de baja el aire acondicionado?

Él avanzó sin pedir permiso. ¿Para qué pedirlo? Aquello ahora era suyo. Su casa. De la que me iban a echar de una patada. Parecía flotar. Hasta el suelo le hacía sitio. Todos éramos figurantes de su puñetera película.

Bueno, yo, en breve, ni eso.

Su voz inundó la sala.

—Buenos días a todos. Soy Héctor Valverde. Asumo la dirección del grupo tras la fusión con ValCorp.

Ea, ya tiene nombre. Héctor Valverde. Me cago en mi puta vida.

Me sentí en una peli de terror. Solo que yo ya sabía quién era el asesino. Lo había tenido dentro. Literalmente. Y ahora me hablaba de sinergias y objetivos comunes.

Seguí su voz. Me atraganté con el café.

La taza volcó. El contenido se suicidó sobre mi blusa blanca. Salté hacia atrás como si me hubieran disparado con napalm.

—¿Estás bien? —preguntó Laura.

—Sí. No. Da igual. Es café. Caliente. Y traicionero.

Quiero morirme.

Mientras me limpiaba con la desesperación de una mujer que acaba de mancharse el uniforme delante del demonio, él me miró. Lo juro. Solo fue un segundo. Pero nos vimos. Nos reconocimos. Sus ojos se detuvieron en los míos, luego bajaron al escote empapado, y después... volvieron a subir. Despacio. Desnudándome otra vez.

Joder. Mierda… Estoy cachonda…

Y luego... nada. Ni una sonrisa. Ni una ceja levantada. Ni una mísera señal de complicidad. El cabrón me ignoró. Como si no recordara el olor de mi piel. Como si no me hubiese hecho gritar su nombre sin saberlo. Como si no me hubiese dejado las caderas pidiendo derechos laborales.

Siguió hablando.

—Sé que los cambios pueden generar cierta resistencia, pero estamos aquí para sumar. Y para eso, a veces, es necesario destruir lo anterior, tirar paredes, levantar nuevas…

¿Destruir lo anterior?

Me reí por dentro. Yo ya había sido demolida. Pero qué bien lo vendía. Con esa voz templada. Mirada de cirujano de todo. Le faltaba decir: voy a despedirte con una sonrisa y te va a dar morbo.

Cuando terminó de hablar, la sala estalló en un aplauso tibio. De esos que no sabes si aplaudes porque te ha gustado o porque no sabes si vas a cobrar la nómina entera este mes.

Yo no aplaudí. Yo lo observé. Con las piernas cruzadas, las bragas húmedas y el corazón afilado.

Laura se inclinó hacia mí.

—Vale. Me retracto. Es muy guapo.

—No es para tanto —mentí. Y me ardieron las mejillas. Y la entrepierna.

—Tiene pinta de capullo.

—Confirmo.

—¿Cómo lo sabes?

—Instinto. O karma. No sé. Una mezcla.

No le iba a decir que sabía cómo se contraen sus abdominales cuando está a punto de correrse. Ni que aún me dolía el cuello de aquel mordisco de sábado por la noche.

Él empezó a caminar entre los pasillos. Miraba sin mirar. Medía. Controlaba. Dominaba. No sonreía. No hacía falta. Su poder no estaba en los gestos. Estaba en la forma de hacerte sentir pequeña sin abrir la boca.

Y se detuvo. A escasos dos metros de mí, ojo.

Fingí revisar la agenda. En realidad, estaba anotando mentalmente su esquela.

Habló con alguien de recursos humanos. Y lo soltó. Sin mirarme. Sin subrayarlo. Sin voz de doble intención.

—¿Cómo se llama la responsable del área de proyectos? ¿Julia, puede ser?

No.

No.

No.

SÍ.

—Julia Serrano —confirmó la de RR.HH., ajena al apocalipsis en mi cara.

Él asintió. Ni un parpadeo de más. Ni un "ah, la del coche". Nada.

—Quiero una reunión con ella. Hoy. A las seis.

Y se marchó. Sin más. Como quien pide un vaso de agua bien frío. Como quien ordena una ejecución y luego sigue con el día.

Yo. Me. Quería. Morir.

Volví a mi mesa a punto de explotar, pero se resistí. Abrí un Excel. No sabía ni qué coño estaba mirando. Podría haber sido una hoja de cálculo o una receta de empanadillas. Qué ricas las empanadillas. Me daba igual. Mi cerebro no registraba nada que no tuviera que ver con él (y con las empanadillas que hacía mi madre).

Él. Héctor Valverde. CEO. Polvo ilegal. Nuevo jefe. Lo denominé El Demonio, y eso que aún no tenía ni idea. Y yo… la idiota que se había subido voluntariamente al altar del sacrificio con las bragas bajadas y la autoestima entre los dientes.

Me ardían las mejillas. El cuello. La tripa. Entre las piernas. Y lo peor de todo… no era solo rabia. Era deseo reciclado en frustración, y eso, amigas, es veneno del bueno.

Abrí WhatsApp. Marta era la única persona capaz de sostener mi cerebro cuando está al borde del colapso.

Yo: ¿Recuerdas al tipo del coche?

Marta: ¿El polvo del sábado?
¿El de "me voy a morir pero feliz"?
¿El que tiene el pene bendecido por Lucifer en persona?
¿Ese?

Yo: Ese.

Marta:
😈🔥🍆🩸

Yo: ES MI NUEVO JEFE.

Marta:
😱😱😱😱😱
¿Cómo que tu jefe?

¿Literal?
¿Está en la oficina?
¿Te ha reconocido?
¿Ha dicho algo?

Yo: Me ha mirado como si no me conociera.
Como si no me hubiese hecho ver a Jesucristo con corbata hace dos noches.
Como si no supiera que me corrí tres veces en su regazo.

Marta:
🤯🤯🤯🤯🤯
Hijo de la grandísima.
¿Y tú qué has hecho?

Yo: Me he mojado.
De rabia.
De indignación.
Y de otra cosa que no quiero nombrar.

Marta: ¿Y ya está? ¿Nada más?

Yo: Me ha citado a su despacho. A las seis.
Para una reunión.
En serio. Reunión.
¿Tú crees que se puede ser más hijo de puta?

Marta:
Sí. Si te hace un PowerPoint con vuestros gemidos por separado.
Y aun así… me corro solo de pensarlo.

Yo: Marta, por favor.
Esto no es erótico.
Esto es humillante.
He follado con Satán y ahora me toca fingir que soy una empleada modélica.

Marta: Nena, has follado con Satán. Y te ha citado a las seis.
Esto no es una reunión.

Esto es un sacrificio.
Y tú vas a ir divina.

Yo: Estoy pensando en llevarle una vela negra.
O una orden de alejamiento.

Marta: O las dos. Por si acaso.

Cerré el WhatsApp. Respiré. Me levanté a por otro café. Amargo. Como su voz. Como su indiferencia. Como su puto: Quiero una reunión con ella. A las seis.

Pasé el resto del día fingiendo normalidad. Contesté correos que no entendía. Archivé documentos que probablemente no había leído. Asentí en reuniones donde no sabía ni qué se estaba debatiendo. Hice todo lo que se supone que hace una empleada responsable. Todo menos olvidar el roce de sus dedos, el peso de su cuerpo, el sabor de su nombre inventado en mi lengua.

Y entonces llegaron las cinco y cuarenta.

Cuarenta y cinco.

Cincuenta.

El tic-tac más largo de mi vida.

Me miré al espejo del baño. Me bajé un poco el moño. Me subí un poco el escote. Me bajé otra vez el escote. Me arrepentí. Me lo subí. Me puse seria. Me pegué un tortazo imaginario.

Y salí. A las seis en punto. Con el corazón bombeando adrenalina.

Madre de Dios, iba a verle la cara, frente a frente, a solas, probablemente… Y no iba a dejar que ganara.

3

La reunión con el demonio

Julia

—Seis en punto —murmuré, justo antes de entrar en el ascensor—. Que empiece el espectáculo.

El reflejo de las puertas metálicas me devolvió una versión de mí que no reconocía. Julia Serrano. Responsable de proyectos. 32 años. Independiente. Con facturas, frustraciones, un pasado olvidado y una vida más o menos decente. Pero esa… esa no era la mujer que se dirigía ahora a la planta directiva.

Esta era otra. La que se había corrido en el regazo de su jefe sin saberlo. La que iba a plantarle cara al mismo demonio con americana de tres mil euros.

En el ascensor, mi corazón golpeaba las costillas como una canción tribal. Intenté hacer respiraciones profundas. Inhalar por la nariz, exhalar por la boca… Acabé pareciendo una actriz de doblaje porno con hiperventilación.

La planta directiva era otro planeta. Y no de los divertidos, con bares de copas y música de fondo, sino de esos en los que entras y te da la sensación de que el oxígeno se factura aparte. Con moqueta tan gruesa que la había diseñado para tragarse tus pasos, tus quejas y, de paso, tu alma. Allí todo sonaba controlado: teclados que no repiqueteaban, teléfonos que no chillaban, conversaciones en tono bajo que no llegaban a ser conversaciones, más bien susurros de conspiración.

Puertas de cristal blindado, de ese que te hace sentir que no trabajas en una empresa, sino en una pecera de lujo en la que alguien siempre está observando si nadas o te ahogas. Y las

oficinas… las oficinas tenían vistas panorámicas de la ciudad. No para admirarla, claro, porque aquí nadie la miraba; la ciudad no era paisaje, sino territorio conquistado.

El aire estaba perfumado con éxito caro. Mezcla de Chanel, Tom Ford y esas colonias que solo encuentras en aeropuertos internacionales, la que huele a "cobro bonus trimestral por despidos estratégicos". Hasta el silencio tenía clase: alguien había contratado a un ingeniero acústico para calibrar el nivel exacto de intimidación.

Y yo ahí, con mis zapatos de Zara que chirriaban cada tres pasos, sintiéndome la nota desafinada en una orquesta de trajeados. La planta directiva no olía a trabajo. Olía a dominio. A poder. A "cuida dónde pisas, Serrano, que aquí un mal paso te cuesta la nómina".

Tú puedes, reina, me dije.

Me detuve frente a su puerta. Una sola vez. Un solo golpe.

—Pase —escuché su voz desde dentro. Fría. Seca. Sin inflexión. Inconfundible.

Entré. Y ahí estaba. De pie. De espaldas. Con la chaqueta abrochada. Las manos a la espalda. Mirando por la ventana planteándose la posibilidad de tirar a alguien al vacío. O de comprarse el edificio de enfrente solo para echarlo abajo. O de quemar la ciudad, literalmente hablando.

Ni una mirada. Ni una palabra más.

—Siéntese —ordenó.

Me senté. Despacio. Sin mostrar prisa. Como quien toma posición en un tablero de ajedrez. Crucé las piernas. Apoyé las manos sobre la carpeta como si contuviera dinamita.

Él se giró. El giro de un depredador, no el de un hombre. Rostro de piedra. Boca sin curva. Ojos sin piedad.

Y ni un atisbo de reconocimiento. Mi cuerpo no había existido para él, ni le sonaba de nada ni fue él quien me borró la ropa y la voluntad dos noches atrás.

—Gracias por venir puntual —expresó sin agradecer, constatando.

—Gracias por citarme sin motivo —respondí, directa. Sin azúcar.

Una pausa breve. Casi elegante.

—Le agradecería que me tratara de usted. Soy su jefe.

¿No lo había hecho? No lo tenía claro. Quizá el nerviosismo que no reconocía me dejaba verlo.

Mi mandíbula se tensó. No por sorpresa. Por rabia. Así que ese era el juego. ¿Frialdad profesional? Bien. Yo también sabía actuar. Me había corrido con menos emoción que con la que él acababa de hablarme.

Lo miré. Le sonreí. Una sonrisa de las que envenenan por goteo.

—Por supuesto. Disculpe… señor Valverde.

Un tic le cruzó la mandíbula. Ínfimo. Pero mío. Punto para mí.

Se acercó despacio. Se sentó al otro lado del escritorio. Y desde allí, con las manos cruzadas como un banquero del infierno, soltó:

—Tiene un expediente impecable. Y una trayectoria sólida. Por eso he decidido asignarle la coordinación de equipos mixtos. Va a liderar un proyecto interdepartamental de alto impacto. Confío en que lo aceptará.

La trampa estaba en el verbo. No era una propuesta. Era una orden disfrazada de oportunidad.

—¿Y si no quiero?

—Usted aún no ha decidido nada. Solo está digiriendo el golpe.

—¿Qué golpe? ¿Que finge no reconocerme?

Su rostro no se movió ni un milímetro.

—Soy profesional.

—Ya… ¿Y usted ya lo digirió? ¿O aún se le atraganta?

Me miró. Por fin. Y no con ira. Con algo más oscuro. Más afilado. Su mirada me diseccionó. Me destripó. Me juzgó. Y después, con un tono más frío que el acero, soltó:

—Puedo distinguir entre una buena profesional… y una noche irrelevante.

Una noche.
Irrelevante.

El aire se me atascó en el pecho.

Maldito cabrón.

—Qué suerte. Yo también puedo distinguir entre un jefe competente… y un gilipollas con corbata.

No sé en qué momento me poseyó el demonio de la sinceridad, pero ya estaba hecho. Y sí, lo vi. Vi el destello en sus ojos. La tensión contenida. El odio. El deseo. El placer sádico.

El fuego estaba servido. Y yo despedida.

A la puta calle.

El silencio se quedó entre los dos como un tercer invitado. Pesado. Eléctrico. Peligroso.

Yo seguía sentada, con las piernas cruzadas, el pecho alzado y la dignidad bien planchada. Él, al otro lado del escritorio, me miraba con la pretensión de desmontarme de un vistazo. No con deseo. No con rencor. Con cálculo. Héctor Valverde no se andaba con chiquitas y ya sabía en qué punto exacto doblaría las rodillas.

Sé fuerte, Julia.

—Noche irrelevante —repitió sin pestañear. El muy cabrón. Había dejado la frase flotando como un gas venenoso. Y ahí estaba yo: tragándome el humo. Lamiéndome las heridas. Fingiendo que no me acababa de dinamitar con sus palabras.

Me incliné un poco hacia adelante.

—Gilipollas con corbata. —Una reina no muere, renace.

Él no se movió. Ni un parpadeo. Ni una ceja. Pero lo sentí. Le gustaba que yo también supiera jugar sucio.

Ladeó ligeramente la cabeza. Solo un poco. El suficiente para que pareciera una serpiente tomando impulso.

—¿Ha terminado?

—Depende. ¿Va a despedirme ahora o prefiere que acabe la frase?

Mutismo.
Fuego.
Desafío.

Su voz llegó como un cuchillo recién afilado.

—Acepte el cargo, señorita Serrano. Nos conviene a ambos.

—¿A ambos? —solté una carcajada sin risa—. A usted le conviene tenerme controlada. A mí... me conviene no estrangularlo con su propia corbata.

—Tiene talento. —Admitió.

—Y usted tiene una polla muy bien dotada. Pero eso no lo convierte en un líder.

No sé cómo salió esa frase. No me preguntes. Solo sé que vi algo en sus ojos. Una línea de sombra más profunda. Una punzada.

Se inclinó hacia delante. Apenas unos centímetros. Pero suficientes para hacerme notar su poder. Ese tipo de cercanía que no busca tocarte, sino someterte.

—¿Está insinuando que no sé separar el placer del trabajo?

—Estoy afirmando que usted no sabe olvidar lo que no puede repetir.

Sus labios se curvaron apenas. No fue una sonrisa. Fue un gesto seco, cruel.

—¿Quiere hablar de lo que ocurrió el sábado?

—¿Quiere que le detalle cómo me hizo gritar su nombre sin saberlo?

—¿Quiere que la despida?

—¿Quiere que le diga que me da igual? —Mentira. Pura. Pero necesaria.

Héctor se recostó en su silla. El movimiento fue tan elegante como amenazante. Se ajustó el reloj. Se acomodó el puño de la camisa. Preparaba una ejecución: La mía.

—Podrá rechazar muchas cosas, señorita Serrano. Pero no las decisiones de su jefe. Al menos, no sin consecuencias.

—¿Eso es una amenaza?

—Es un hecho.

La rabia me trepó por la columna como una lengua de fuego. Me levanté. No bruscamente. Con estilo. Con la espalda recta y la boca temblando de contención.

—De acuerdo. Acepto. Coordinación de equipos. Informes. Profesionalidad. Nada de coches. Nada de ropa fuera. Nada de jadeos. ¿Le parece correcto, señor Valverde?

—Me parece prudente y lógico.

—Y eso que lo suyo no es precisamente la prudencia ni la lógica. ¿Me equivoco?

—Mucho.

—Yo creo que no tanto. Quizá la próxima vez que me vea sin ropa… se esfuerce un poco más en recordar.

Silencio. Cuchillas. Piel erizada. Olor a guerra.

Me giré, dispuesta a abrir la puerta, a marcharme con mi pequeña victoria verbal bajo el brazo.

Pero no. Aún no había terminado.

—O quizá recuerde de todas formas. Sin tocarme.

Y entonces, su voz. Otra vez. Baja. Gélida. Afilada como el filo de una navaja recién desenvainada.

—Si vuelve a insultarme, estará de patitas en la calle. Si vuelve a insinuarse, ocurrirá lo mismo. Si vuelve con su insolencia, no volverá a trabajar en ninguna empresa en este país.

Me detuve.

No giré el rostro, pero todo mi cuerpo lo escuchó. Las palabras se me clavaron como alfileres invisibles entre las costillas. Me latía el orgullo en las sienes. Me ardían los ojos de contención. Y no. A mí no me digiere nadie.

Respiré hondo. Una sola vez. Y seguí caminando hacia la puerta.

¡Joder! ¡Lo deseaba tanto como lo odiaba!

Agarré el pomo. Lo apreté. No lo giré aún.

—¿Algo más? —pregunté con tono neutro.

—Sí —respondió él sin mover ni un músculo.

Silencio.
Un segundo.
Dos.
Tres.

Pero no dijo nada. Porque eso también era parte de su estrategia. El silencio que intimida. El silencio que dice: Yo decido cuándo termina esto.

Me giré. Un poco. Solo lo suficiente para dejarle la frase final.
Mi bomba envuelta en terciopelo.

—No encontrará a nadie mejor, señor Valverde. Ni en esta empresa. Ni en su cama. Ni en sus recuerdos.

Y entonces sí: abrí la puerta.

No esperé respuesta. No le concedí un gesto, una mirada, un cierre elegante. Porque no se lo merecía. Y porque si me quedaba un segundo más… me arrastraba por su puto despacho y lo montaba encima de su escritorio.

La puerta se cerró detrás de mí con un clic.

No fuerte.

No dramático.

Solo definitivo.

—¿Todo bien? —me preguntó una rubia, su secretaria, supuse, porque era perfecta.

Asentí y crucé el pasillo. Pulsé la planta tres del ascensor y respiré. Cuando las puertas se cerraron, me solté el pelo.

—En el lío que me he metido —mascullé.

4

Lo vi. Respiré hondo. Y no lo atropellé. Estoy madurando.

Julia

Martes. Esa clase de martes que huele a lunes podrido.

—Vas a aguantar porque no tienes otra —musité, justo antes de abrir los ojos sobre mi cama, hoy más blanda de lo normal.

Me desperté con el cuerpo tenso, la mandíbula contracturada y una irritación existencial que no bajaba ni con ibuprofeno. No era resaca. Era él. Y su estúpida cara de Dios.

No había dormido bien. Di más vueltas que una lavadora. No por culpa de mi conciencia, sino por el desfile de frases que no le dije. De insultos que me guardé. Y de imágenes de su boca en mi cuello y su indiferencia cuarenta y ocho horas después.

—Jódete —le solté al abrigo.

Sí, al abrigo. El suyo. Aún colgado en mi armario. Todavía olía a Chanel, prepotencia y polvo en el asiento trasero de un coche de lujo.

Me vestí con intenciones. Cola alta, bien tirante. Blusa negra que marcaba sin enseñar. Vaqueros que moldeaban mi figura. Y pintalabios rojo. El de los días en que hay que demostrar que sangras, pero lo haces a conciencia y porque te gusta.

Salí de casa con el paso firme y el odio recogido. Tenía una reunión con el infierno en vida. Pero iba a llegar tarde a su entierro. Y divina.

Entré en la oficina a las 08:31. Taza en mano. Mirada afilada. Maldiciendo en voz baja. Todos los martes deberían incluir un exorcismo.

Laura me saludó con una sonrisa que ya conocía: de quien lleva media hora reprimiendo el cotilleo.

—¿Qué tal fue la reunión con el CEO sexy?

—Me ofreció un puesto nuevo. Me habló de profesionalidad. Y me pidió que lo tratara de usted.

—¿De usted?

—Sí. Con tono de director de prisión. Al parecer, tiene un palo metido en el culo. Con máster. Y despacho en planta noble.

—Bueno, es normal que te lo pida... Espera. Es normal que te lo pida, pero raro que tenga que hacerlo. Tú no sueles equivocarte con esas cosas.

—Me lo follé el sábado. —*Pum*. Bombazo.

Laura se quedó congelada. Como si acabara de ver al Papa en calzoncillos.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. Sin nombres. Sin cargos. Solo dos cuerpos y un coche con los cristales empañados. Y ahora, mírame. Una marioneta. Y él, el que mueve los hilos. Maldita sea la metáfora y el polvo. Estoy jodida.

—Ya te jodió —bromeó.

Puse los ojos en blanco y bebí café como si fuera gasolina.

—¿Pero has aceptado el puesto?

—¿Qué otra opción tengo? ¿Renunciar? —Alcé una mano— ¿Largarme como una cobarde? No, cariño. —Negué también con la

cabeza—. Yo me quedo. Me quedo con ganas de guerra y por…

—¿Empatía?

—Hambre. —La miré seria—. Yo no tengo apellidos que me salven. Ni un padre que me enchufe. Solo tengo este escritorio, este trabajo… y sed de demostrarle que no va a aplastarme. No sin tragarse alguna espina.

—¿Y vas a vengarte?

—Voy a sobrevivirle —aseveré con el mentón levantado, muy digna.

—Eres mi heroína. —Suspiró.

—Soy tu advertencia.

Encendí el ordenador. Abrí el correo. Y allí estaba. La marca del diablo en forma de e-mail.

Asunto: Informe de prioridades. Hoy antes de las 12.
Cuerpo del mensaje:
Buenos días, Julia.
Adjunto listado de tareas urgentes.
Espero que pueda priorizar el punto 4.
Atentamente,
Héctor Valverde
PD: No es una sugerencia.

Fruncí el ceño.

—El punto cuatro… —murmuré, abriendo el archivo.

Y ahí estaba. Bien colocadito. Cortante. Dominante.

Punto 4: *Reunión de 30 minutos en mi despacho. 11:30. Imprescindible.*

—¿Todo bien? —preguntó Laura al notar mi risa seca.

—Todo fatal. Y eso me divierte.

—¿El jefe sexy otra vez?

—No lo llames así.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—Satán. El Anticristo. Héctor *orgasmazo* Valverde.

Laura soltó una carcajada.

—Estás muy loca.

—Lo sé.

A las 11:26 cerré el portátil con un golpe suave. De esos que no suenan, pero dicen que vamos a la guerra.

Me puse en pie despacio. Reajusté el top dentro del pantalón. Me miré en el reflejo de la ventana. Lo justo. No para corregirme, sino para recordarme quién soy.

Julia Serrano. Proyecto de éxito. Exceso de carácter. Tendencia a follarse al jefe sin saberlo. Y, desde ahora, experta en mirar al demonio a los ojos sin pestañear.

Caminé por el pasillo con la taza vacía en la mano, como trofeo o como arma. El taconeo marcaba el ritmo: paso firme, columna erguida, mandíbula apretada. No iba a pedir disculpas. No iba a bajar la mirada. Y, desde luego, no iba a dejar que ese cabrón volviera a tocarme con su desprecio.

La planta directiva era otra cosa. Silenciosa y fría. Como un museo de jerarquía y de relojes caros. Cada puerta cerrada era una promesa de ascenso, o una amenaza disfrazada de oportunidad. Me importaba una mierda. Yo solo iba a cruzar una: la suya.

—¿Está esperándome? —le pregunté a la secretaria, la rubia perfecta que parecía salida de una revista de modas para mujeres que no sudan.

—Sí. Adelante. —Sonrisa fingida. Perfecto.

Toqué la puerta. Una vez. Siempre una.

—Pase. —Otra vez esa puñetera sensación de desnudez sin quitarte la ropa.

Entré. Cerré. Me quedé de pie.

Él estaba sentado esta vez. Con el traje más ajustado que su sentido del humor. Rodeado de papeles que no necesitaba mirar. Las mangas perfectamente recogidas. Las muñecas tan marcadas como su intención de joderme la vida.

—Siéntese —ordenó, sin mirarme siquiera.

—Me encanta este *déjà vu.* —Me senté. Sin esperar su aprobación.

—No estamos aquí para entretenernos —respondió él y levantó al fin la mirada—. Aunque veo que usted sí lo está.

Sus ojos me atravesaron. Con esa mezcla suya de desprecio y fascinación que me daba ganas de abofetearle y sentarme en su cara. No necesariamente en ese orden.

—Estoy aquí porque me lo ha exigido. No porque me sobre el tiempo.

—Me alegra que lo entienda.

Se levantó. Caminó hacia la ventana con las manos en los bolsillos. Me hizo sentir que el *skyline* de Madrid le importaba más que yo. Aquel era su escenario favorito para empezar a disparar.

—El listado de prioridades incluye un rediseño completo del departamento. Quiero una propuesta preliminar antes del viernes. Incluya horarios, personal y cambios operativos. Me da igual a quién tenga que mover. Quiero resultados.

—¿También quiere que barra el suelo y le prepare el café?

Él se giró. Despacio. No con sorpresa. Con esa calma que precede a una embestida.

—No necesito que barra. Ni que prepare nada. Necesito que justifique por qué aún le pago un salario.

—¿Y no le basta con que no le haya estampado la cara contra su propio escritorio?

Pausa. Tensión… Una certeza: estábamos jugando con fuego. ¿Quién se quemaría primero? Yo tenía las de perder y lo sabía.

—Está cerca de cruzar la línea.

—¿Cuál? ¿La que separa lo profesional de lo personal? —sonreí—. La cruzó usted el sábado, señor Valverde.

Un destello en su mirada. Fugaz. Pero lo vi. La punzada. El recuerdo. El deseo contenido y el odio por no poder borrarlo.

—¿Algo más que deba saber antes de despedirla?

—Sí. Que no soy el tipo de mujer que se esconde.

—Tampoco el tipo de mujer que no debería provocar al jefe porque puede hundirle la carrera.

—Usted puede intentarlo. Pero tenga cuidado. Algunos incendios se apagan con agua. A mí… me hace falta gasolina.

Nos quedamos así. Mirándonos. Midiéndonos. Y entonces, él bajó la voz. Una amenaza que se vestía de formalidad.

—Tiene hasta el viernes, señorita Serrano. No me haga perder el tiempo.

Me levanté. Lentamente. Deliberadamente.

—A mí tampoco me gusta perderlo. —Me di la vuelta. Caminé hacia la puerta. Y justo antes de salir, solté la bomba—. Por cierto…

el sábado no fue una noche irrelevante. Fue una noche épica. Y lo que es peor, señor Valverde: Usted lo sabe.

Y cerré la puerta. Sin dar portazo. Pero con el sonido exacto de quien no está huyendo… sino volviendo al campo de batalla.

Bajé en el ascensor sin respirar. No por pánico. Por rabia. Por lo mucho que deseaba volver a entrar y reventarle la corbata contra la mesa. Por lo mucho que deseaba que volviera a besarme. Y por lo muchísimo que odiaba desear ambas cosas a la vez.

Llegué a mi planta. Laura me miró. No preguntó. Me dejó pasar directa. La gente lista huele los huracanes antes de que les arranque la peluca.

Abrí el portátil. Tecleé al azar. Ni idea de qué estaba haciendo. Solo necesitaba hacer ruido. El ruido distrae del fuego.

Abrí WhatsApp. Marta. La única que podía soportar lo que estaba a punto de soltar.

Yo:
Reunión con Satán: finalizada.
Resultado: Yo: 1 Él: también 1
El tablero: en llamas.

Marta:
?? 🤯
¿Ha intentado seducirte o matarte?

Yo:
Ha intentado hundirme.
Y yo le he tirado gasolina.

Marta:
Quiero detalles.
Quiero sangre.
Quiero tetas temblando.

Yo:
Me ha llamado insolente.
Me ha amenazado veladamente.
Me ha dicho que no cruce la línea.
Y que no le haga perder el tiempo.

Marta:
¿Y tú?

Yo:
Le he dicho que el sábado fue épico.
Y lo peor: se le movió la ceja izquierda.

Marta:
La ceja izquierda es el equivalente a que se le haya empalmado.

Yo:
Estoy muy jodida.

Marta:
No. Estás viva.
Y peligrosa.
Y eso, amiga mía…
Eso es mejor que el amor romántico.

Yo:
Quiero arrancarle la camisa con los dientes.
Y luego estrangularlo con ella.
No sé si quiero besarle o matarle.

Marta:
Eso es el amor en 2025, cariño.

Yo:
Le odio.

Marta:
Y yo odio las croquetas cuando queman.
Pero me las como igual.

¿Si te despide se puede considerar ghosting?

Yo:
Ese es de todo menos un fantasma.
Es el Diablo. ¡En carne y hueso!

Cerré el chat. Me llevé la taza vacía a los labios y sorbí aire.

No podía seguir así.

Necesitaba un plan. Una estrategia. Un escudo. Algo más que un pintalabios rojo y una respuesta afilada. Necesitaba demostrarle que él podía mandar… pero no sobre mí.

Porque una cosa estaba clara: Él puede tener el poder. Pero yo tengo la historia.

Y cuando alguien ha sido parte de tu noche más salvaje, ya no puede hacerte pequeña. Ni aunque se vista de Hugo Boss. Ni aunque firme tu nómina. Y desde luego, ni aunque se haga llamar Valverde.

5

La insolencia tiene nombre. Y sabe a whisky y a desafío

Héctor

Lo que más me molesta de Julia Serrano no es su arrogancia. Tampoco su tendencia a contestar cuando no debe, ni su descaro al hablarme como si no tuviera idea de quién soy. Lo que más me molesta —lo que me enciende de una forma peligrosa— es su manera de mirar. Esos ojos que no bajan la cabeza ni cuando deberían. Esa expresión de saber más de lo que cuenta. Esa impertinencia latente que me atraviesa la ropa y me reta desde el otro lado del escritorio.

Revisé el informe que me había enviado antes de las doce, puntual como una bomba programada. No le faltaba nada: prioridades bien asignadas, análisis detallado, visión estratégica. Una presentación impecable, con ese último párrafo (casi innecesario) en el que sugería reorganizar un punto que nadie había osado cuestionar antes. Audaz. O suicida. Aún no lo tengo claro.

Cerré el archivo. Me incliné hacia atrás en la silla. Me pasé dos dedos por la sien. No porque me doliera la cabeza. Sino porque no me gusta tenerla tan llena de alguien que no debería estar ahí.

No me gusta recordar el sonido de su voz diciendo mi nombre. No me gusta volver, una y otra vez, al instante exacto en que se subió a horcajadas sobre mí como si le perteneciera el mundo. No me gusta cómo me cuesta olvidarla.

Me levanté y caminé hacia el ventanal. Madrid seguía ahí fuera. Luminosa. Ruidosa. Exagerada. Pero nada de eso me interesaba. Lo único que importaba estaba en este edificio, en esta oficina, y

llevaba unos pantalones demasiado ajustados para el protocolo corporativo.

La puerta se entreabrió con un golpe seco. No llamaron. Solo entraron. Natalia, mi asistente, como siempre, con la eficacia cortante de quien sabe moverse entre ejecutivos que no perdonan errores.

—La documentación de dirección. Y lo que ha pedido de RR. HH. —dejó la carpeta sobre la mesa sin esperar a que la mirara. Era una de las pocas personas a las que no necesito pedirle nada dos veces.

—Gracias.

—¿Y la señorita Serrano?

Natalia no hace preguntas sin motivo. Lo sabe todo antes de que ocurra. Esa es su función y su talento. Por eso sigue a mi lado.

—¿Qué pasa con ella?

—Tiene nombre. Tiene historial. Y ahora tiene su atención.

No respondí. No hacía falta.

—¿Tiene previsto marcarle límites o dejar que los borre?

—Tiene una oportunidad. Igual que el resto.

—No es igual que el resto.

Eso lo sé. Lo sé desde que se bajó del coche sin darme su nombre y se llevó mis malditos orgasmos en un abrigo prestado.

—Yo decido qué lugar ocupa cada ficha en este tablero —contesté sin subir el tono.

Natalia se limitó a asentir. Me conoce lo suficiente como para no insistir cuando el diablo tiene los colmillos afilados.

—¿Algo más? —pregunté, volviendo a la mesa.

—Solo un aviso. Si no piensa quitarla del medio… tendrá que decidir muy pronto qué piensa hacer con ella. Porque Julia Serrano no es una mujer que se quede quieta. Y usted no es un hombre que se resigne.

Cerró la puerta tras de sí. Me senté. Lo tenía claro. Yo ganaba las batallas. Siempre. Solo necesitaba decidir si quería empezarla de verdad.

El teléfono sonó con una vibración sorda. Lo cogí sin mirar el nombre en pantalla. Si hay algo que no me permito, es parecer sorprendido.

—Valverde —respondí, seco.

—Héctor, buenos días. Soy Fernando.

Fernando. Uno de mis abogados. Especialista en contratos, blindajes… y daños colaterales.

—Dime.

—Solo quería recordarte lo del viernes. La reunión es en Barcelona, a las 11:00. Sala reservada. Asistirá el resto del equipo legal. Es importante que estés presente. No se puede delegar esta vez.

Me apoyé en el respaldo de la silla. No dije nada durante tres segundos. Ni afirmé ni negué. Solo dejé que el silencio hiciera su parte.

—Recibido —respondí por fin.

—¿Estás al tanto de todo?

—Estoy al tanto de lo suficiente. Lo demás, me lo explicarás allí.

—Perfecto. Te mando el informe actualizado en cuanto cierre los últimos flecos. No debería haber imprevistos.

Colgó.

Sin fórmulas de cortesía. Ni una palabra de más. Eso es lo que valoro de Fernando: que no intenta suavizar lo que ya es puntiagudo de por sí.

Volví a dejar el teléfono sobre la mesa. Me quedé un momento en silencio, observando el reflejo de la ciudad en el ventanal. Una parte de mí agradecía marcharme el viernes. Poner tierra de por medio. Aunque fueran solo 600 kilómetros.

Barcelona. Contratos. Riesgos.

Y ella. Julia. Volvía a aparecer sin permiso en mis pensamientos, como la melodía de una música que crees haber apagado. ¿Cuánto tiempo llevaba sin obsesionarme con nada? ¿Desde cuándo no me sentía fuera de lugar en mi propio despacho?

Demasiado tiempo.

Y esa sensación… me desagradaba.

Yo marco los ritmos. Yo decido las reglas. Julia Serrano no es una excepción. Es un error que aún puedo corregir. O convertir en ventaja. Si juego bien mis cartas.

Pero entonces me llegó el olor. No su perfume. No directamente. Sino esa mezcla de café fuerte y colonia de mujer terca que se queda en el aire cuando alguien como ella ha pasado cerca.

Me puse en pie, sin pensar demasiado. Caminé hacia la puerta. Y al abrirla, la vi de espaldas, alejándose por el pasillo.

Cadera firme. Paso medido. Móvil en la mano. Sonrisa que no enseñaba, pero se intuía.

El diablo no siempre lleva cuernos. A veces, lleva vaqueros ajustados y labios rojos.

Y aun así, aún con todo lo que no debo permitir, con todo lo que me jugaba en contra, no pude evitar pensar que, si algún día tenía que saltarme mis propias reglas… Sería por ella.

—Señor Valverde.

Su voz. Detrás de mí. Otra vez esa maldita voz que se instala en la nuca como si tuviera derecho a vivir allí.

Me giré despacio y la miré con el mismo control con el que gestiono una caída en bolsa: sabiendo que no voy a mostrar una reacción aunque me arda el suelo bajo los pies.

—Señorita Serrano.

Dios bendiga las formalidades. Nos permiten disfrazar la guerra de protocolo.

—Solo quería confirmar si la reunión del viernes en Barcelona afectará al calendario de entregas. Carmen de producción me ha pedido los tiempos y no sabía si debía reorganizar algo —desglosó con voz profesional. Tan profesional que daba asco. Y ganas.

Me tomé un segundo para observarla. Llevaba una blusa blanca demasiado pulcra para alguien que un día me mordió el cuello sin pedir permiso. Y unos tacones que hacían que cualquier frase suya pareciera una amenaza.

—No afecta en nada —respondí—. Pero si cambia algo, lo sabrá. No me gusta la gente que se adelanta a los problemas.

—Y a mí no me gusta la gente que los ignora.

No pestañeé. Ella tampoco. Dos líneas de fuego paralelas que no se cruzan, pero se calientan igual.

—¿Algo más?

—No. Bueno, sí. ¿Va a seguir llamándome “usted”?

—Sí. Es lo correcto.

—Lo correcto no siempre es lo más inteligente.

Me acerqué un paso. No mucho. Lo justo para que tuviera que pensar en si respirar o no.

—Y lo inteligente, señorita Serrano, es no confundirse de enemigo.

Me sostuvo la mirada. No tembló. No retrocedió. Ni siquiera respiró más fuerte. Solo me miró. Y me retó sin decirlo.

—Estoy muy bien entrenada en reconocerlos —susurró—. Y créame: no me dan miedo los hombres que ladran.

—Yo no ladro. Doy órdenes.

—Y yo no acato todas.

Nos quedamos así. Ella con la cabeza alta. Yo con las manos a la espalda. El pasillo seguía a nuestro alrededor. Gente pasando. Conversaciones de fondo. Ruido de teclados y teléfonos. Pero nada entraba. Solo estábamos nosotros dos. Medidos. Tensos. Armados.

—Debería volver a su puesto —le dije al fin—. Está empezando a ocupar demasiado espacio.

—No se preocupes. Cuando decida ocuparlo todo, no pediré permiso.

Y entonces se giró. Paso firme. Caderas criminales. Orgullo en cada centímetro.

La vi alejarse. Otra vez.

Y aunque no lo admitiría ni con una pistola en la boca, pensé:

Jódete, Valverde.
Porque esa mujer no está jugando contigo.
Te está desafiando.
Y te está gustando

6

Tensión sexual y otras formas de tortura corporativa

Julia

—Nunca pensé que una reunión pudiera parecer una sesión de sadomasoquismo sin látigos ni código de seguridad —comenté a Marta por teléfono, harta del ardor en mi estómago y en… mi sexo.

—¡Sado! ¡Deberías probarlo! —gritó, y me aparté el móvil de la oreja. Activé el altavoz y lo dejé sobre la mesita de noche. Eran las nueve de la tarde y quería cenar y dormirme, sin embargo, el mismo Diablo iba a aparecer en mi sueño.

—No, gracias. Ya hice mis pinitos con Javier y no… No es para mí. —Cogí el cepillo de dientes y le puse agua y crema.

—Ese idiota no tenía ni idea. Pero tu jefe… Tu jefe seguro que lo practica y con arte.

—Y te mata. Quiero seguir viva. —Escupí sobre el lavabo—. Adiós, voy a acostarme. Mañana me espera otra tortura.

—Dios bendiga ese tipo de tortura.

—Aquí Dios no tiene nada que ver. —Colgué con sus risas de fondo, me solté el pelo y me tumbé en la cama.

La oscuridad tenía olor a fuego y metal caliente. No había techo, ni paredes. Solo un horizonte rojo que respiraba vivo. Y en el centro, un trono tallado en piedra negra, coronado por llamas que no consumían nada… salvo a mí.
Él estaba sentado allí. Héctor, pero no el Héctor de traje y corbata. Este llevaba el pecho desnudo, la piel cubierta de marcas, pactos firmados en su propia carne. Los ojos, más oscuros que nunca,

parecían atravesarme hasta encontrar la parte de mí que aún no sabía que existía.

—Julia… —su voz no era un sonido, era un terremoto.

Intenté hablar, pero no salió nada. No me hizo falta. No podía articular palabra.

Se levantó. Caminó hacia mí despacio, decidiendo si iba a devorarme… o a condenarme. Cada paso hacía vibrar el suelo bajo mis pies.

Cuando estuvo en frente, alargó la mano. No para acariciarme, sino para enredar sus dedos en mi pelo y tirar de mí hacia arriba. Su aliento ardía, y yo lo respiraba como si fuera oxígeno.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó con una media sonrisa que me arrancó el pulso del pecho.

—En el infierno.

—En el mío. —Su otra mano recorrió mi espalda, bajó por mi cintura, se detuvo justo antes de tocarme donde más lo necesitaba —. Y aquí no hay cielo al que huir.

Me empujó contra el trono. Me hizo sentar en sus piernas. Sentí el calor de su piel, el peso de su mirada, la certeza de que, en ese lugar, todo lo que yo era le pertenecía.

—Dime que me temes.

—No.

—Mientes. —Sus dedos entraron bajo mi vestido, ascendiendo lentos, crueles. El roce era más una promesa que un acto.

—Dime que me deseas.

—Sí.

—Entonces no despertarás hasta que yo quiera.

Sus labios tocaron los míos con una suavidad que dolía. Y justo cuando el beso iba a romperme en mil…

Abrí los ojos.

El techo de mi dormitorio. La sábana pegada a la piel. El corazón desbocado, golpeando contra las costillas como si quisiera huir. El sudor empapándome el cuello. Y una humedad mucho más peligrosa entre las piernas.

Me incorporé despacio, respirando como si hubiera corrido kilómetros. Miré el reloj: 04:17. Cerré los ojos.

No podía creerlo. Había soñado con Héctor Valverde… y él, en mi cabeza, ya no era solo mi jefe. Era el puto Anticristo. Y yo… ya estaba vendida.

***

Eran las once y veintinueve y me encontraba frente a la puerta de su despacho, con la carpeta en la mano, los ovarios en huelga y la cabeza llena de cosas que no eran nada profesionales, pero que se debatían entre arrancarle la camisa, o una denuncia por acoso laboral.

Toqué una vez. No porque creyera en la cortesía, sino porque entrar sin permiso me habría dado placer, y yo ya tenía bastante libido acumulada desde el sábado.

—Adelante —habló él con una voz diseñada para provocar incendios vaginales en todo el edificio.

Entré con paso firme, ese que imita seguridad cuando por dentro estás tarareando mentalmente el *Let it go* para no perder el control.

Él estaba de pie, junto a la ventana, otra vez.

¿Este tío vive ahí o qué?

Siempre en pose ejecutiva, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje que, honestamente, le quedaba como un pecado bien llevado.

—Señor Valverde —saludé cerrando la puerta con suavidad.

Giró la cabeza. Me miró. Nada en su cara cambió, pero yo noté una vibración en la atmósfera. Como si los muebles se hubieran puesto nerviosos.

Los muebles… Ya. Yo no.

—Puntual. Me gusta eso. —Volvió a su silla. No me ofreció asiento. Me senté igual. Iba a sentarme encima de su ordenador, si me lo proponía en el tono adecuado.

—Me encanta complacer —respondí con media sonrisa de profesional competente. Y zorra latente.

Abrió una carpeta. Revisó unos papeles como si yo no fuera una bomba sexual a punto de estallar al otro lado del escritorio.

Cabronazo.

—Necesito que coordine la presentación del viernes con el equipo de ValCorp —indicó sin mirarme.

—El viernes viaja a Barcelona.

—Y usted lo hará conmigo.

—¿Cómo?

—¿Le incomoda?

—No. —Me recompuse de la sorpresa.

Subió la vista. Clavó los ojos en los míos.

—No le estoy proponiendo un viaje personal, ni unas vacaciones. Es trabajo. No lo olvide.

Despierta no. Dormida… es otra historia.

—Tengo… cosas que hacer el fin de semana.

—No le he preguntado. Soy su jefe.

—Lo repite a menudo.

—Y no debería tener que hacerlo.

—¿Va a echarme?

Por favor, écheme un polvo.

—No, por ahora.

Una batalla de miradas. Una gota de sudor bajándome por la espalda que podría haber demandado por acoso térmico.

—¿Está preparada para liderar esto, o solo vino a provocarme?

—Estoy preparada para todo. Incluso para que intente sabotearme. Otra vez.

Él soltó un leve resoplido. El primer signo de vida real. No lo sabría entonces, pero ese sonido sería mi droga favorita durante los siguientes días.

—Confío en que esté a la altura. —Cerró la carpeta.

—Siempre lo estoy. Y no necesito que lo diga en voz alta. Ya lo comprobó con las manos.

Se quedó quieto. Demasiado.

Me levanté. Recogí mi carpeta. Y justo antes de girarme, añadí:

—Por cierto… si va a priorizar tareas, que no sea solo la número cuatro. También puede ir pensando en la número sesenta y nueve. Le dejo que imagine el contenido.

Salí con el pulso a mil y las bragas reordenándose solas. Y juro que lo escuché… reírse.

El cabrón se rio.

No fuerte. No para todos. Solo lo suficiente para confirmarme que esto no era una guerra fría.

Era una guerra caliente.

Y yo pensaba ganarla con las piernas bien cerradas. O bien abiertas. Dependiendo de la estrategia.

7

Un viaje al infierno con apariencia de paraíso

Julia

A las seis y cuarto de la mañana, mi culo ya estaba sentado en el asiento de cuero beige de un jet privado con vistas al infierno… o al cielo. Bueno, vista al hangar del aeropuerto, que viene a ser lo mismo: ruido, prisas y un frío que te obliga a fingir glamour mientras te castañetean los dientes. PowerPoint preparado, portátil cargado y un café en vena para compensar el zumbido constante de los motores… y, vale, de mi entrepierna cada vez que recordaba su voz.

La presentación iba a ser a tres bandas: yo, Héctor y Álvaro Gutiérrez. El nuevo fichaje de ValCorp. El "transferido" con cerebro de ingeniero, sonrisa de niño bueno y pinta de no haber roto un plato en su vida… pero al que yo, con un poco de motivación y las luces bajitas, le rompería la camisa sin pensarlo.

El primero en aparecer por la puerta del avión fue él. Alto, traje perfectamente cortado (pero sin la rigidez de los que llevan uniforme mental), gafas de pasta negra que no le robaban atractivo y una sonrisa que no intenta conquistarte: simplemente existe.

—Julia —saludó tendiéndome la mano con calidez—. Por fin ponemos cara al talento.

—Y por fin alguien me lo reconoce sin esperar que lo compense con una mamada —dije… en mi cabeza. Lo que salió por mi boca fue bastante más PG-13:

—Un placer. Espero estar a la altura.

—Seguro que sí. —Y me guiñó un ojo, con confianza.

Se sentó a mi lado y dejó su maletín bajo el asiento. El espacio del jet era reducido, así que su rodilla rozó la mía un par de veces mientras guardaba sus cosas. Nada del otro mundo, pero suficiente para que yo sonriera.

—¿Vienes mucho a Barcelona? —preguntó.

—A veces. La última vez fue por placer. Esta vez… bueno, depende de cómo salga la reunión.

Rio. Una risa suave, fácil, que se coló sin permiso en el hueco entre mis costillas.

Y entonces, justo cuando empezábamos a hablar de cualquier cosa que no tuviera que ver con trabajo, la puerta volvió a abrirse.

El aire cambió.

Porque Héctor Valverde no entra en un sitio. Lo invade.

Subió los escalones con la seguridad de quien podría mandar aterrizar el avión en medio del Atlántico solo para fastidiarte el día. Traje gris oscuro, corbata perfectamente alineada, y ese gesto en la mandíbula que dice que hoy no es el día para buscarle las cosquillas… a menos que quieras perder una mano.

—Buenos días —soltó, sin sonreír.

—Para ti quizá —musité, devolviendo la mirada al café antes de que me pillara calculándole el ángulo de la corbata.

Se sentó justo enfrente de nosotros. Ni demasiado lejos para ignorarnos, ni lo bastante cerca para que pareciera que quería participar. El sitio perfecto para escuchar cada palabra sin que le invitáramos a la conversación.

Álvaro y yo seguimos hablando, ahora de ValCorp, de los cambios que había traído la fusión y de un proyecto en el que él había trabajado y que me interesaba más de lo que iba a admitir. De vez en cuando, notaba la mirada de Héctor. No la mirada casual de

"estoy en este avión contigo". No. Era la mirada fija de "sé exactamente en qué punto se cruzan tus piernas y no me gusta que otro esté tan cerca de averiguarlo".

El avión rodó por la pista y despegó con suavidad, pero la tensión no bajó ni un ápice. Álvaro me enseñó unos gráficos en su *tablet*, inclinándose hacia mí para explicarlos. Yo, por pura educación (y un poquito de maldad), me incliné también. Sentí cómo la temperatura frente a mí subía un par de grados.

En mitad de la explicación, solté una carcajada por algo que Álvaro dijo, y Héctor apretó el bolígrafo que tenía en la mano. Lo vi. Lo escuché. Y lo disfruté.

El resto del vuelo fue un triángulo silencioso: Álvaro y yo, cómodos y hablando de todo menos de él; Héctor, observando, segura de que archivaba pruebas para usarlas en mi contra más tarde. Cuando el piloto anunció que íbamos a aterrizar, guardé mi portátil y sonreí para mí misma.

No sabía si la reunión en Barcelona iba a ser un infierno, pero el vuelo ya había sido un juego delicioso. Y si al Anticristo le molestaba…, mejor todavía.

El aterrizaje fue tan suave que casi me dio rabia no poder fingir que me había mareado, solo para que Álvaro me ofreciera la mano. Héctor fue el primero en levantarse y me dio la impresión de que tal movimiento significaba que el avión no podría abrir la puerta hasta que él lo autorizara.

En la pista nos esperaba un coche negro, brillante y discreto. Discreto a lo "sé que cuesta lo mismo que tu piso, pero finjamos que es solo un coche".

—Tú delante conmigo —ordenó Héctor, sin mirarme, a modo de orden rutinaria.

Sonreí, pero no me moví.

—Estoy bien detrás. Álvaro y yo queremos repasar la presentación.

Lo dije en plural a propósito. Para que sonara a complicidad. Para que se le atragantara el control. Y funcionó: lo vi apretar los labios antes de abrir la puerta trasera y dejar que Álvaro subiera conmigo.

El trayecto hasta el centro de convenciones fue un contraste perfecto: delante, el silencio cortante de Héctor y el conductor; detrás, Álvaro y yo hablando de ideas, detalles y un par de anécdotas absurdas que nos hicieron reír lo suficiente como para que leyera en su nuca lo que le jodía.

En el edificio, la recepción estaba llena de trajes, carpetas y sonrisas artificiales. Héctor saludaba con la precisión que solo tienen los tiburones en el mar: cordial sin calidez, correcto sin caer en el exceso. Álvaro se integró rápido, saludando a un par de caras conocidas.

Yo me limité a seguirles el ritmo, observadora. No suelo ponerme nerviosa en estas situaciones, pero había algo en estar en "su" terreno que me recordaba que, por muy alta que llevara la barbilla, aquí el tablero estaba marcado por él.

La reunión empezó puntual. Una mesa ovalada, botellas de agua fría (algunas con gas) y una pantalla gigantesca al fondo. Álvaro tomó la palabra para introducir los datos. Héctor escuchaba. No movía un músculo. Pero yo sabía que lo absorbía todo.

Cuando llegó mi turno, me puse en pie y avancé hasta la pantalla. La primera diapositiva iluminó la sala. El murmullo paró.

—Como responsable de proyectos, mi objetivo es que la transición entre ValCorp y nuestra estructura no sea un parto traumático —comencé, con el tono firme y una media sonrisa que apuntaba a varios blancos.

A mitad de la exposición, Álvaro me hizo un gesto para matizar un punto. Me incliné hacia él para escucharle. Y entonces, como si lo

tuviera calculado, sentí la voz de Héctor detrás.

—Señorita Serrano, continúe. No deje que la distraigan.

No lo dijo con brusquedad, pero sí con ese filo invisible que cortaba más que cualquier grito. La sala entera se tensó.

—No se preocupe, señor Valverde —respondí, sin girarme—. No me distraigo tan fácilmente.

Oí una silla moverse. Lo vi por el rabillo del ojo: se había recostado, brazos cruzados, mirada fija en mí. Y esa mirada decía muchas cosas, pero sobre todo una: no olvides quién firma tu contrato.

Terminé la presentación sin un solo tropiezo. Álvaro me sonrió con aprobación, y yo devolví la sonrisa… con la certeza de que Héctor lo estaba viendo.

Cuando salimos de la sala, él se acercó por detrás, lo bastante cerca para que su voz fuera solo para mí.

—Buen trabajo, Serrano. Pero recuerda: en mis reuniones, el foco no se comparte.

Me giré, y nuestra proximidad fue un choque de corriente.

—Entonces tendrá que quitarme las ganas de repartirlo.

No respondió. Pero sonrió. Y en ese momento supe que, en Barcelona, el verdadero partido no se jugaba en la mesa de negociaciones.

El restaurante era de esos que intentan parecer informales, pero tienen cubiertos que cuestan más que tu alquiler. Mesa junto a una cristalera, vistas al puerto y un menú que describía las ensaladas como novelas cortas.

Álvaro y yo nos sentamos frente a frente. Héctor, en el lateral, con la posición estratégica del que quiere verlo todo. Y lo veía. Lo sé

porque, cada vez que Álvaro me sonreía, sentía cómo esa mirada oscura se afilaba un poco más.

Pedimos. El camarero desapareció y la conversación fluyó, primero sobre la reunión, luego sobre cualquier cosa que no fuera trabajo. Álvaro hablaba con facilidad, movía las manos al contar anécdotas y tenía la mala costumbre de mirarte a los ojos. Héctor no interrumpía, pero no quitaba ojo. Ni de él… ni de mí.

—¿Así que nunca has probado el arroz negro de aquí? —preguntó Álvaro, sorprendido.

—No. Y ya me estás juzgando.

—Un poco —sonreía.

Sentí el roce de la rodilla de Álvaro bajo la mesa. No fue intencionado, o eso quiso que pareciera. No me moví.

—No sé si fiarme de tu criterio gastronómico —añadí, clavándole la mirada.

—Prometo que no te decepcionará.

Héctor trataba de centrarse en su móvil. Escribía con rapidez, juraría que correos electrónicos. Podría parecer de mal gusto, pero él es el CEO y puede hacer lo que le dé la gana.

Y no fuimos a socializar, sino a trabajar. Esto también.

La comida llegó, el Anticristo fue educado con el camarero y comenzó a cortar el solomillo con la misma precisión con la que probablemente firmaba despidos. No intervenía, pero sus oídos no se perdían nada. A veces, su mirada se cruzaba con la mía durante una fracción de segundo, como una advertencia.

Cuando terminamos, Álvaro dejó los cubiertos y se inclinó hacia mí.

—Conozco una terraza a unos minutos de aquí. Tienen música en directo y las mejores vistas de la ciudad. Podríamos ir a celebrar que la reunión ha salido bien.

—¡Me encantaría! —no aguanté la emoción. Después miramos a Héctor.

—No puedo —informó.

No explicó por qué. No le hacía falta. Solo lo dijo con ese tono que cerraba conversaciones. Pero no lo estaba mirando a él. Me estaba mirando a mí.

—Pues qué pena —sonreí—. Porque me apetece.

—Vamos nosotros. El avión no despega hasta las ocho. ¿Me equivoco, señor Valverde?

El señor Valverde casi se lo come, sin cortarlo como el solomillo, o eso le hubiera gustado. Sin embargo… se contuvo, masticó la rabia y los celos, los tragó y…

—Es vuestro tiempo libre.

Me giré hacia Álvaro.

—¿Entonces?

—Te va a maravillar —aseguró.

Héctor no movió un músculo, pero vi cómo apretaba la mandíbula y cómo sus dedos tamborileaban contra el borde del plato, un gesto mínimo, casi imperceptible, que en él equivalía a un grito.

Un rato después, recogí mi bolso, me levanté y fui a seguir a Álvaro hasta la barra, pero Héctor me detuvo con su cuerpo.

—No te aconsejo que juegues así —ladró.

—No sé a qué se refiere, señor Valverde. Estoy aquí por usted. —Parpadeé como una princesa angelical.

—Beber alcohol junto a un hombre desconocido… No tiene sentido.

—Lleva razón. —Me pegué a él unos centímetros—. Ya lo hice una vez y… no salió bien… —Me pegué más—. O… ¿sí? —Le hice cosquillas con mi aliento en el cuello.

Esto solo hizo que se cabreara más, lo sé. Pensar en que Álvaro y yo hiciéramos lo que nosotros montamos en el coche… le hacía explotar por dentro. Vi en sus ojos fuego.

—¿Nos vamos? —Álvaro nos interrumpió—. No tenemos mucho tiempo.

Héctor se volvió hacia él, alargó el brazo, abrió la palma de la mano y de un golpe seco la introdujo en el pecho de su empleado, arrancándole el corazón… Vale, claro que esto no pasó, pero le hubiera gustado hacerlo y estoy segura de que podría solo con mover un dedo.

—Claro. Si nos disculpa, señor Valverde… —seguí jugando.

—Nos vemos en el aeropuerto. —Fue lo único que soltó por la boca, no obstante, la oscuridad y llamaradas de sus ojos negros lo decían todo.

—Por supuesto —indicó Álvaro, y me agarró del brazo para llevarme con él.

Pufff. Escuché la mandíbula de Héctor apretarse. Debía ser eso.

8

Negocios y distracciones imperdonables

Héctor

No me gusta perder el tiempo, y menos en salas de reuniones donde la preocupación se sirve como plato principal. Sin embargo, ahí estaba, sentado en la cabecera de una mesa de caoba, con Fernando a mi derecha y dos miembros más del equipo jurídico desplegando carpetas e informes como si fueran a venderme un apocalipsis.

—Héctor, concéntrate —me pidió Fernando, clavando su pluma sobre un párrafo subrayado—. Este asunto no se va a resolver solo, y las consecuencias no son un juego.

Claro que no lo eran. Pero yo ya había hecho este baile antes: reuniones cerradas, confidencialidad absoluta, palabras que solo existen para que los periódicos nunca las impriman. Aun así, esta vez había algo distinto. Algo incómodo.

No me preocupaba perder. No pierdo. Me preocupaba la mancha, la posibilidad de que un rumor se convirtiera en arma. Y sobre todo, me preocupaba que Julia se enterara antes de que yo pudiera decidir cómo y cuándo.

Fernando hablaba, enumerando cláusulas, precedentes y estrategias. Yo asentía cuando debía, movía un bolígrafo entre los dedos y, mientras tanto, veía la imagen mental que me estaba taladrando desde que salí del restaurante: Julia en esa terraza con Álvaro Gutiérrez. Sonriendo. Inclinándose hacia él. Riéndose de algo que no había salido de mi boca.

Era ridículo que eso me robara más atención que cualquier amenaza legal. Inaceptable. Pero el simple hecho de imaginarlo, me

tensaba la mandíbula hasta doler.

—La parte más delicada está en este apartado —Fernando giró la carpeta hacia mí—. Si se filtra, aunque no haya pruebas sólidas, la interpretación pública nos destrozará.

Yo leí el encabezado. Palabras que, combinadas, podían arruinar carreras. Ninguna de ellas me era ajena. Sabía exactamente de qué iba el juego: consentimiento que ahora se ponía en duda, una historia reescrita para convertir un error en arma.

—No hay nada que probar —no aparté la vista del texto.

—No necesitas pruebas para que un escándalo te salpique —replicó Fernando—. Necesitas blindarte. Por eso quiero tu atención aquí, y no… donde sea que esté ahora.

Se refería a mi mirada, fija en un punto inexistente sobre la mesa. Porque sí, mi mente no estaba ahí. Estaba en el otro lado de la ciudad, en un bar con música en directo y la brisa de Barcelona acariciando el pelo de Julia. Y en Álvaro, sentado demasiado cerca de ella.

Me incliné hacia atrás, apoyando las manos en los reposabrazos.

—Estoy aquí, Fernando.

—No, Héctor. No lo estás.

Tenía razón. Y lo odié por decirlo.

Porque en ese momento, lo único que me importaba no era el contrato, ni las cláusulas, ni las repercusiones mediáticas. Era saber si Julia Serrano estaba sonriendo demasiado. Y si lo hacía… que no fuera para él.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Fernando frunció el ceño, pero yo ya había visto el nombre en la pantalla: Marcos, mi mejor amigo.

—Es importante —alegué y levanté el teléfono antes de que nadie opinara.

—Marcos —respondí al descolgar.

—Héctor, no me jodas… —la voz de Marcos sonaba divertida—. Estoy en la terraza del Mirador Azul y acabo de ver a tu nuevo cachorro de ValCorp con una mujer que… joder, me he quedado sin aire solo de mirarla. Morena, ojos que matan, sonrisa peligrosa. —No dije nada—. Me ha comentado que estabas en Barcelona. No tenía ni idea. ¿Por qué no me has avisado? Te has instalado en Madrid y te has olvidado de mí —comentó con voz de pena fingida.

—No es necesario que pongas ese tono de amante dolida —contesté, seco.

—Ya. Y supongo que tampoco era necesario que me ignoraras todo el mes pasado. ¿Nos vemos esta noche?

Miré a Fernando que seguía hablando con uno de los abogados, y luego al reloj.

—Dentro de media hora en esa terraza —dije.

—¿En serio? —Marcos rio—. ¿Vienes a socializar o a arrancarle la sonrisa a tu empleado?

—A verte, cariño. —Soltó una carcajada y colgué.

—¿Qué pasa? —preguntó Fernando, arqueando una ceja.

—Asunto personal.

—Héctor, estamos en medio de un tema que puede costarte más que un mal titular.

Me levanté y me ajusté la chaqueta.

—Fernando, cuando algo es importante para mí, lo gestiono. Y esto —señalé la carpeta— lo es… pero ahora tengo otro asunto más urgente.

—No puedes largarte así.

—Claro que puedo.

No esperé respuesta. Crucé la sala con paso firme, sin mirar atrás. Afuera, el aire de Barcelona me golpeó como un recordatorio de que a veces, en el juego de poder, las peores distracciones son las más dulces.

Y yo estaba a punto de irrumpir en una de ellas.

El Mirador Azul olía a mar y a dinero. Ese tipo de mezcla que solo encuentras en lugares donde las vistas justifican pagar tres veces el precio de una copa. El aire era tibio, cargado con el aroma de ginebra, cítricos y un toque de sal que entraba por la brisa.

Avancé entre las mesas, sintiendo el crujido discreto de la madera bajo mis zapatos. El sol se derramaba sobre los cristales, tiñendo todo con un brillo tan perfecto que parecía calculado por un decorador. Y, sin embargo, lo único que buscaba era algo que rompiera esa postal: un mechón oscuro recogido en un moño alto, una carcajada demasiado libre. Nada.

Julia no estaba. Tampoco Álvaro. Lo que sí encontré fue a Marcos, apoyado en la barra, charlando con una camarera que parecía más pendiente de sus anécdotas que de preparar el pedido.

—Has perdido tu toque, Valverde —me soltó en cuanto me vio—. Llegas tarde y sin premio.

—No sabía que había competición —respondí, aunque ambos sabíamos que sí la había.

Nos sentamos en una mesa esquinada, con las mejores vistas de la ciudad extendiéndose bajo nosotros. La música en directo sonaba como un rumor controlado, un piano suave que no molestaba, pero tampoco desaparecía.

—Madrid, ¿eh? —dijo, dándole un trago a su copa—. Y todavía sin darme una explicación decente.

—Ya la tienes —contesté—. La fusión.

Marcos soltó una carcajada corta, incrédula.

—No me jodas, Héctor. Puedes dirigir una fusión desde cualquier punto del planeta. No me creo que dejaras Barcelona solo por eso.

Podría haber insistido. Podría haber inventado una mentira más pulida, o la verdad que él conocía. Pero en vez de eso, me quedé en silencio, dejando que el momento se llenara con el sonido de los cubiertos y el murmullo lejano de otras conversaciones.

Él me observaba, a la espera. Y yo pensé en las palabras que nunca iba a darle.

En realidad, no me había ido. Me habían sacado. De forma elegante, controlada, con un consejo que sonaba a estrategia pero sabía a retirada: aléjate del fuego antes de que te queme. Y yo, que siempre había jugado demasiado cerca de las llamas, había obedecido. No por miedo, sino porque las guerras se ganan con paciencia, no con orgullo herido.

—Madrid mueve más piezas que Barcelona—indiqué al final, sin mirarlo.

—Y también más sombras —replicó con los ojos entornados—. Algún día me vas a decir por qué de verdad.

—Algún día —mentí, probando el hielo de mi copa.

Marcos se recostó en la silla, me estudiaba, como tantas otras veces. No dijo nada más, pero su silencio era una invitación peligrosa a rellenarlo. No lo hice.

En cambio, dejé que mi mirada volviera a barrer la terraza, lenta, meticulosa. El reflejo del sol en los cristales me obligaba a entornar los ojos. Ninguna señal de ella. Ni una risa, ni un gesto. Ni siquiera un maldito mechón suelto.

Pero la ausencia no me tranquilizaba. Si Julia no estaba aquí, estaba en otro sitio. Y si estaba en otro sitio con Álvaro… entonces esto ya no era solo un cambio de planes. Era una declaración de guerra. Y yo siempre juego para ganar.

—¿Vas a hablarme de la morena? ¿Trabaja para ti? —Marcos soltó la pregunta justo cuando la vi. En una mesa esquinada, con la ciudad extendiéndose a sus pies y las luces de la terraza pintándole la piel de dorado, Julia reía. No esa sonrisa de cortesía que da para quedar bien. Reía de verdad, como si el mundo entero fuera suyo y los demás solo invitados de paso. La cabeza ligeramente echada hacia atrás, los labios curvados, los ojos brillantes… Un espectáculo que me había costado más de una noche de insomnio.

Y Álvaro Gutiérrez, mi cachorro recién llegado, estaba demasiado cerca. Lo suficiente para que su hombro casi rozara el de ella, lo suficiente para que yo pudiera leer cada intención suya como un manual abierto en la página de *error imperdonable*.

Ella no me veía. Tenía toda su atención atrapada en esa conversación ligera, en el cruce de miradas y palabras que, aunque parecían inofensivas, me resultaban intolerables. Y entonces, antes de que pudiera darme una orden a mí mismo para seguir sentado, él se inclinó.

No fue un beso calculado, ni uno suave. Fue un asalto rápido, descarado, que apenas rozó sus labios, pero lo suficiente para que el mundo dejara de existir un instante y solo quedara esa imagen: su boca tocando la de ella.

No me sorprendió la reacción de Julia: lo apartó con firmeza, sin aspavientos. Se levantó, agarró el bolso y enderezó el cuerpo en esa postura que conozco bien: no te atrevas a seguirme, pero atrévete a mirarme.

Atravesó la terraza sin girar la cabeza, directa al baño.

Podría haberme levantado y hacer lo que realmente quería: romperle la cara a Álvaro ahí mismo, dejarle claro que en ValCorp se aprenden rápido las reglas… o se aprenden con dientes menos. Pero no. Mis pies ya estaban en movimiento, siguiendo a Julia, no a él.

Crucé la terraza y empujé la puerta del aseo de mujeres sin golpear. Me importó una mierda el cartel, las normas y las miradas que se giraron.

Ella estaba frente al espejo, inclinada sobre el lavabo, dejando que el agua fría se deslizara por la nuca y la clavícula. Vi cómo una gota bajaba lenta y desaparecía bajo el borde de su blusa. No dije nada al principio. Solo la observé, y pensé en cómo, de todos los incendios que había tenido que apagar en mi vida, ese era el único que no quería extinguir.

—¿Qué cojones ha pasado? —Mi voz salió baja, grave, con ese filo que avisa de que la paciencia está a punto de quebrarse.

Julia levantó la vista. En el espejo, sus ojos no tenían miedo. Ardían. Y no era por mí… o eso quería que creyera.

—¿Qué demonios hace aquí?

—Estoy con un amigo —acorté la respuesta—. No me cambies de tema.

—No hay tema —replicó ladeando la cabeza, sin palabras evidenciaba que me hacía un favor al responderme—. Álvaro solo ha malinterpretado una situación.

Di un paso hacia ella. El espacio se encogió, y el olor del agua fría mezclado con su perfume me golpeó.

—No me mientas.

—No le miento, señor Valverde —escupió el título como si fuera veneno—. Es un compañero con el que hay conexión. Eso es todo.

—Eso es todo —repetí despacio, masticando las palabras con el deseo de triturarlas—. Voy a echarlo de la corporación. Y después lo voy a matar.

Ella dejó el papel sobre la encimera y avanzó un paso, borrando cualquier frontera. Su barbilla se alzó, sus hombros se cuadraron.

—No te metas en mi vida, Héctor. —El tono dejó de ser defensivo; era un reto—. Sé manejarla. Álvaro solo ha intentado besar a una mujer que le gusta.

—A ti —mi voz fue un golpe seco.

—A mí —confirmó y esa maldita calma suya me irritó más que cualquier provocación.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado, como si cualquier palabra fuera a encender la chispa. No aparté la vista de su boca cuando abrí el grifo. El chorro de agua fría llenó el espacio. Mojé la mano con lentitud y sin permiso ni aviso, le rocé los labios con el pulgar. Despacio, firme, borrando el rastro de otra persona sobre algo que me pertenecía.

—No vuelvas a dejar que otro te toque así —murmuré. Y sentí su respiración acelerada bajo mi pulgar.

Ella no se movió. No parpadeó. Y entonces la besé.

No fue un beso que buscara permiso ni complicidad. Fue un asalto controlado, con la firmeza de quien toma lo que considera suyo, con la rabia acumulada de todo lo que no pensaba decirle. Su boca respondió. No me apartó, no cedió. El pulso se libró en cada presión, en cada segundo que ninguno estaba dispuesto a soltar primero.

En ese instante, el mundo dejó de existir. Solo quedábamos ella y yo. Y eso… era exactamente lo que me jodía.

9

Ni rendida ni vencida

Julia

Su boca todavía estaba sobre la mía cuando decidí que no iba a darle el gusto de creer que me había robado el aire. No me lo había robado. Bueno… tal vez una parte. Pero lo importante no era eso.

Lo importante era que, cuando se separó, yo ya sonreía. Y no era la sonrisa dulce y dócil que un hombre como él espera después de algo así, sino esa mía, la que significa: ahora me toca mover ficha.

—Vaya —me acomodé contra el lavabo, igual que si estuviera revisando mentalmente una lista de la compra y no recuperando el control—. Sigues dando órdenes incluso con la boca.

Sus ojos oscuros me estudiaron con la precisión de quien busca una grieta para colarse. No iba a encontrarla.

—Soy quien soy las veinticuatro horas del día.

—Y ahora confundes trabajo con lo personal. Igual que hiciste el sábado por la noche.

—No sabía quién eras.

—Una excusa plausible… y una mierda igualmente.

El ceño se le frunció. En él, un gesto mínimo equivale a un terremoto.

—Álvaro no va a volver a acercarse a ti.

—Qué tierno. ¿Es una orden o una amenaza?

—Las órdenes se cumplen. Las amenazas se temen. Elige.

Me incliné hacia él, apenas un par de centímetros, lo justo para que su perfume se mezclara con el mío y con el agua que todavía enfriaba mi piel.

—Ni una cosa ni la otra. Elijo decidir yo a quién beso.

—Él te besó a ti.

—Y yo lo aparté. Pero eso no lo has querido ver.

Su mandíbula se tensó tanto que pensé que iba a crujir.

—No me gusta que juegues con fuego, Julia.

—Y a mí me encanta que creas que puedes decirme con qué jugar.

Me giré hacia el espejo, recogí un mechón rebelde y me dirigí a la puerta.

—¿Crees que esto ha terminado? —su voz me alcanzó a la espalda, grave, cargada de algo que no era pregunta, sino advertencia.

Me detuve y lo miré por encima del hombro, sonriendo con esa calma que sé que lo saca de quicio.

—No, Héctor. Esto es solo otra batalla.

Salí sin esperar respuesta. Pude sentir su mirada pegada a mi espalda, caliente como una marca. Una promesa y una amenaza, todo al mismo tiempo.

Recorrí la sala con paso firme, decidida a encontrar a Álvaro antes de que el orgullo me convenciera de que no hacía falta. Lo vi en la misma mesa, solo, con una copa en la mano y una expresión entre arrepentida y confundida.

—Álvaro —me acerqué apoyando las manos en el respaldo de su silla—. Necesitamos hablar.

Se puso de pie enseguida; esperaba ese momento para corregirlo todo.

—Lo siento, Julia. No debí… —empezó, con las manos en alto.

—No, no me interrumpas —lo corté porque no quería que me diera el discurso completo de "me dejé llevar" antes de que yo decidiera si lo aceptaba—. No estoy aquí para crucificarte, pero…

—Pero no tenía que haber pasado —terminó él por mí, con una media sonrisa de disculpa—. Fue un malentendido.

—Exacto. Y ya está. Podemos…

—Podéis nada.

La voz vino desde detrás de mí, grave, tan fría que me recorrió la espalda antes incluso de girarme. Héctor estaba ahí. De pie. Con las manos en los bolsillos y una mirada que podía pasar por calma… hasta que te dabas cuenta de que en realidad era un dictamen.

—Valverde… —Álvaro intentó sonreír, pero lo que recibió a cambio fue una orden disfrazada de cortesía:

—Cogerás un vuelo comercial de vuelta. Y el lunes no aparecerás por la corporación. Estás despedido.

—¿Perdón? —solté yo, un paso por delante del propio Álvaro que parecía debatirse entre replicar o salir corriendo.

—Julia —Héctor ni siquiera me miró—. Nos vamos.

—No voy a…

—Ahora.

El ahora me rozó como un latigazo. Y lo peor fue que, antes de darme cuenta, mis pies ya se movían en dirección a él. No me agarró, pero su mano en mi espalda fue una presión constante, recordándome que podía hacerlo.

Álvaro abrió la boca para decir algo más, pero el CEO diablo no le dio oportunidad.

—No vuelvas a intentar tocar lo que no es tuyo —soltó sin mirar atrás. Y ahí supe que no hablaba de un archivo, un proyecto o una silla de oficina.

En cuanto cruzamos la terraza, la brisa de Barcelona nos golpeó con el olor a sal y gasolina. Y entonces, de la nada, apareció un hombre alto, chaqueta sin abotonar y sonrisa que parecía entrenada para convencer a cualquiera.

—Hombre, la famosa morena —dijo, como si yo fuera parte de una historia que aún no me habían contado—. Soy Marco. El amigo que todavía se pregunta por qué este imbécil se fue a Madrid.

Me estrechó la mano con una inclinación de cabeza juguetona.

—Encantada, Marco. Supongo que eres la parte simpática de su vida.

—Exacto. Y probablemente la única.

Héctor soltó un bufido seco.

—Me llamo Julia.

—Hasta luego, Marco.

—Hasta luego, Valverde. Nos vemos en… bueno, supongo que no me vas a decir dónde.

El coche negro apareció justo al borde de la acera, y Héctor me hizo entrar sin preguntarme si quería.

—Esto es un secuestro —me quejé.

La puerta se cerró a mi lado con un sonido seco, como un punto final que no había escrito yo. Me giré hacia él con los brazos cruzados y esa mirada que cualquiera con dos dedos de frente reconocería como "a punto de explotar".

—¿Quieres explicarme qué demonios ha sido eso? —pregunté con las palabras como agujas.

—He despedido a alguien que no entiende los límites —respondió mirando por la ventanilla.

—Pues deberías despedirte a ti mismo. ¡¿Los sabes?! —No contestó—. Has despedido a un hombre que cometió un error y tu hombre de las cavernas ha decidido que eso es delito.

Giró la cabeza hacia mí con lentitud calculada.

—Cuando se trata de ti, Julia, no hay errores que se pasen por alto.

—¡Oh, por favor! —bufé—. No soy una pieza de tu colección privada. No soy tuya.

—Tampoco soy un hombre que comparte.

—Ni yo una mujer que obedece.

Su mirada bajó a mi boca. Fue un gesto mínimo. Decidía si darme una respuesta verbal o algo menos civilizado.

—Podemos seguir discutiendo hasta llegar al aeropuerto… o puedes callarte.

—Ah, ¿y si no quiero?

—Entonces tendré que obligarte.

—Ni se te ocurra… —empecé a decir, pero no terminé.

Su mano me sujetó por la nuca, firme pero no brusca, y su boca cubrió la mía con un beso que no pedía permiso ni pretendía negociar nada. Me invadió, cálido y afilado al mismo tiempo, un beso que sabía a advertencia y a confesión velada. Otra vez.

Me dije que no iba a corresponder, pero mis manos decidieron lo contrario, aferrándose a la solapa de su chaqueta. Nos besamos y el

aire nos fue prescindible, no nos importó que el coche estuviera detenido en un semáforo con medio Barcelona alrededor.

Hasta que el móvil de él vibró en el asiento.

Se apartó lo justo para contestar con la respiración aún desordenada.

—Vete a joder a otro planeta.

Yo intenté recomponerme, pero escuchaba cada palabra.

—Sigo sin saber por qué te largaste a Madrid —decía su amigo al otro lado, estaba segura de que se trataba de Marco—, pero ahora sí sé por qué piensas quedarte.

Héctor sonrió de una forma tan breve y oscura que me dejó claro que no iba a preguntarle por qué… pero que algún día, quizá, lo descubriría.

El jet privado esperaba como un depredador elegante en la pista, con la escalerilla desplegada y las luces del interior encendidas, bañando de un dorado cálido el contraste del asfalto oscuro. Subí sin mirar atrás, aunque podía sentir sus pasos justo detrás de mí, anunciando problemas.

Más problemas.

Dentro, el silencio era tan espeso que casi parecía una estrategia. Me acomodé en uno de los asientos de cuero, crucé las piernas y abrí mi portátil, sin intención de trabajar, para disimular. Él, el diablo vestido con un traje de diez mil dólares, se sentó frente a mí, se aflojó la corbata y me observaba calibrando el siguiente movimiento.

—No vuelvas a besarme sin permiso —solté sin levantar la vista de la pantalla.

—Lo tendré en cuenta —enunció, con más desafío que concesión.

—No. No lo tengas en cuenta. Promételo.

Hubo un segundo de pausa. No para pensarlo, sino para hacerme esperar.

—De acuerdo. No volveré a besarte… —sus ojos se clavaron en los míos— hasta que tú me lo pidas.

Solté una risa seca, sin humor.

—Eso no va a pasar jamás.

Él sonrió, lento, como quien ya ha visto el final de la partida.

—Pasará antes de lo que crees.

El rugido de los motores llenó el espacio, y aunque me giré hacia la ventanilla fingiendo indiferencia, lo sentía. Esa certeza suya, ese maldito convencimiento de que siempre consigue lo que quiere.

No iba a dárselo. Ni hoy, ni mañana. Pero mientras el jet se elevaba sobre las luces de Barcelona, una parte de mí (esa parte que siempre traiciona al resto) se preguntó si de verdad podría evitarlo.

10

Pecados con moqueta

Héctor

Hay noches en las que el silencio dice más que cualquier conversación, y esa era una de ellas. Durante el trayecto desde el aeropuerto habíamos evitado las miradas, medido las respiraciones y frenado pensamientos que mejor no poner en voz alta. Julia estaba sentada a mi lado, con el cuerpo inclinado hacia la ventanilla.

No me molesté en rellenar el vacío. La guerra, a veces, se libra dejando que el enemigo piense que elige el terreno.

La limusina se detuvo frente a su portal. Ella bajó con la misma elegancia con la que se apuñala a alguien en un salón de gala: sin levantar la voz y con la certeza de haber dejado marca.

—Nos vemos el lunes —dije. No era una invitación.

—No prometas cosas que no vas a cumplir —respondió, y desapareció en el interior.

Cerré la puerta y toqué el intercomunicador.

—Al Dante Privé.

El conductor no preguntó. No era su trabajo, y si lo hubiera hecho, no habría sabido qué contestar.

El Dante no era un lugar al que se llegara por accidente. Era un descenso calculado, un sótano disfrazado de templo, con moqueta gruesa que amortiguaba los pasos y lámparas de cristal que iluminaban piel y pecados con la misma suavidad. El aire olía a whisky caro, perfume intenso y promesas rotas que nadie se molestaba en recomponer.

No había normas escritas, pero todos sabían que, allí, los nombres sobraban y las reglas se pagaban en carne.

La vi antes de que me viera. Vestido rojo, piernas largas, una mirada que evaluaba más que seducía. No hubo necesidad de abrir la boca; crucé el espacio que nos separaba, tomé su nuca y la besé como si en ese gesto pudiera arrancar de mí algo que llevaba clavado desde Barcelona.

Su risa se mezcló con la música, y en un solo movimiento la levanté, sentándola sobre la mesa más cercana. El cristal vibró, las copas se tambalearon, y mis manos encontraron la tela exacta que quería rasgar.

En el Dante no buscabas amor. Ni redención. Solo un juego donde yo siempre tenía las cartas marcadas.

Las luces del Dante eran bajas, pero lo suficiente para dejar claro lo que ocurría y lo que estaba a punto de ocurrir.

Las manos de ella se aferraron a mis hombros, pero no en súplica: en desafío. Me gusta eso. Lo hace más entretenido.

Las miradas se volvieron, buscando quizá un espectáculo que justificara el precio de la entrada.

—¿Siempre eres así de directo? —preguntó con la voz rota y los labios hinchados.

Asentí.

La forma en que se le dilataron las pupilas me dio la respuesta que necesitaba. Bajé la mano por su pierna, lenta, marcando el camino hasta su muslo. No estaba jugando a seducirla. Estaba reclamando el territorio como un conquistador que sabe que, una vez pisa suelo, ya es suyo.

No me importaba su nombre, ni si mañana recordaría el mío. No estaba ahí para intercambiar historias. Estaba ahí para apagar lo que me había encendido la imagen de Julia riendo con otro hombre.

El murmullo del club se volvió un rumor complaciente. Ella arqueó la espalda, y yo aproveché para sujetarle el mentón, obligándola a mirarme.

—Aquí no mando yo —susurró, como si fuera un recordatorio.

—Aquí mando siempre yo. —No tuve que hacer nada para que me obedeciera.

La inclinación de su cuello fue una rendición voluntaria. La tomé con la misma frialdad con la que firmo un contrato que sé que me favorece. Sin suavidad innecesaria, sin fingir que se trataba de algo más que una transacción: placer inmediato a cambio de todo lo demás.

Me la follé allí, entre las sombras de un lugar parecido al infierno pero con un lujo extremo. Le abrí las piernas y la penetré sin compasión, ella gimió y otro hombre la tomó de la mano. No me importaba. El poder lo tenía yo. Otro la besó y cerré los ojos para imaginarme que era Julia a quién jodía por dentro con fiereza. Sus gritos me indicaron que iba a correrse, aumenté el ritmo y casi destrozo la mesa. Me corrí sobre su vientre. No hubo palabras dulces. Solo un gesto para que se bajara de la mesa y el tintineo de las copas recolocándose. Ella se quedó mirándome, quizá esperando algo más.

—No me busques —indiqué, ya de espaldas, camino a la barra.

En el Dante, la noche nunca se acaba. Pero yo no estaba ahí para quedarme. Solo para recordar quién soy cuando no hay testigos que esperen humanidad.

11

Lunes para valientes

Julia

El ascensor del edificio siempre ha sido un lugar incómodo. Demasiado pequeño para tanta gente y demasiado silencioso para no escuchar cada tos, resoplido o estómago hambriento. Hoy, además, olía a colonia cara y a expectativas no deseadas.

Yo no estaba de humor para ninguna de las dos cosas.

Llevaba el portátil colgado, una carpeta bajo el brazo y cara de perro hambriento. No era un disfraz: después de Barcelona, necesitaba blindarme como si fuera a entrar en zona de guerra.

El viaje de vuelta me había dejado claro algo: Héctor Valverde no es solo un jefe complicado. Es un depredador con traje a medida. Y yo… bueno, yo soy idiota por seguir encontrando excitante el peligro.

Atravesé el hall, saludé con un gesto a Laura, que ya me miraba con cara de "necesito detalles".

—Luego. —No frené el paso.

La oficina olía a café y a estrés recién hecho. Me instalé en mi mesa, abrí el correo y ahí estaba: un mensaje de Héctor.

Asunto: Reunión a las 9:00.
Cuerpo del mensaje: Sala 4.

Punto. Nada más. Ni saludo, ni contexto. Muy él.

Miré el reloj: 8:57.

—Hijo de puta —susurré, cerré el portátil y me levanté.

En el pasillo, el sonido de mis tacones se mezclaba con el rumor apagado de conversaciones. Y entonces, como si lo hubiera invocado, apareció. Héctor, caminando en dirección contraria, traje impecable, expresión ilegible… y esos ojos que parecían haber borrado todo rastro del hombre que me besó en el baño y en el coche.

—Señorita Serrano —me saludó con una inclinación mínima de la cabeza.

—Señor Valverde —respondí sin frenar el paso.

Él tampoco lo hizo. Pero mientras nos cruzábamos, su mirada me recorrió de arriba abajo con la precisión de quien evalúa un activo valioso. Y aunque no dijo nada más, su sonrisa apenas insinuada fue suficiente para dejar claro que, para él, la batalla no había terminado.

Y yo… no pensaba perder.

***

No todo el mundo tiene el privilegio de empezar la semana con una invitación al infierno. Yo sí. Y encima con asiento reservado… a la derecha del mismísimo diablo. Me sentía privilegiada (nótese la ironía).

El aire en la planta de dirección me ahogaba. No era calor, sino presión invisible que se instala en la garganta y la aprieta.

Por lo visto la reunión la convocaba Recursos Humanos, no El Anticristo, aunque seguro que él tenía algo que ver. De todas formas, el tipo de cita en la que nunca se anuncian buenas noticias para nadie… salvo para el que las da.

Entré en la sala con paso medido. No era un desfile, era territorio enemigo y había que pisar con firmeza. Héctor ya estaba allí, sentado en la cabecera, revisando algo en su *tablet*. No levantó la

vista, pero la curva apenas perceptible en su boca delataba que me había registrado desde que crucé la puerta.

Ni saludó. Los asientos estaban todos ocupados, todos menos el de su derecha. Laura me hizo un gesto desde el extremo contrario y al fondo, pero antes de que pudiera acercarme, María García, la directora de RRHH, rompió la expectación. Esto y que Héctor con un gesto me indicó que sentara mi culo en esa silla.

—Antes de empezar, quiero dar la bienvenida a una nueva incorporación.

Claro… Por la expulsión sin sentido de Álvaro, pensé.

Mi cuerpo se tensó un instante, sin saber por qué. María sonrió y miró hacia la puerta. Por ella entró…

—Este es Javier Martínez. Viene a reforzar la coordinación de proyectos tras la salida de Álvaro Gutiérrez.

¿Qué? Noooooooo.

Y ahí estaba. Javier. Mi Javier. El error de cuatro años, el ex que había logrado cabrearme, romperme y aburrirme en la misma proporción. El mismo que juró que yo era "demasiado intensa para su vida" antes de dejarme por una terapeuta con ínfulas de *influencer*. Hacía vídeos sobre el ghosting y aconsejaba como huir de los fantasmas cuando ella se había liado con uno de ellos.

Su traje era nuevo. La sonrisa, no. Esa media luna arrogante, educada y hueca que siempre ha usado para entrar en cualquier sitio, sin saber, porque torpe es un rato.

—Un placer —estrechó la mano de Héctor con firmeza.

Yo permanecí inmóvil. No estaba preparada para esa imagen: el hombre que había compartido mi cama dándole la mano al que había invadido mis fantasías más oscuras.

Héctor le indicó una silla vacía junto a mí.

Perfecto.

Se sentó, y yo olí su colonia. La misma de entonces. Un aroma limpio, cítrico, que ahora me sabía a error.

—¿Vas a fingir que no me conoces?—sonrió Javier, así trataba de arrastrar al presente toda nuestra historia.

—No te conozco en realidad. Te creí un hombre íntegro. —Ni aparté la vista de los papeles.

El Diablo huele el miedo, reconoce situaciones, lee pensamientos y activa partes de tu cuerpo que se humedecen con rapidez y no hablo de la boca. Por esto, el CEO no dijo nada, pero sus ojos leyeron la escena. O la intuyó.

—Martínez se encargará de la gestión interdepartamental del nuevo proyecto en Madrid. Quiero resultados rápidos —informó.

Javier asintió y yo sentí que la mesa era un campo minado.

El giro había llegado. Y no tenía ni idea de hasta dónde estaba dispuesto a retorcerlo Héctor cuando se enterara de quién era Javier para mí.

María se aclaró la voz y proyectó la agenda. Palabras clave que a cualquiera le sonarían a trámite: alineación, flujos, control de hitos. A mí me sonaban a campo de tiro. Héctor apoyó la espalda en la silla y entrelazó los dedos. Postura de cazador inmóvil.

—Empecemos por lo importante —cortó el repaso de RR. HH.—. El piloto de Madrid no puede fallar. Quiero escuchar el enfoque operativo. Serrano, Martínez… juntos.

El foco nos cayó encima. Javier deslizó una sonrisa de catálogo. Yo abrí mi carpeta despacio, marcando ritmo. Si él quería melaza, yo iba a servir acero.

—Hemos heredado un cronograma que apoya el lanzamiento en seis semanas —arranqué—. Es irreal. Podemos quemar horas y fingir

que llegamos, o ajustar hoy para llegar bien. Propongo compactar dependencias, recuperar proveedor, y blindar QA desde la semana dos.

—Optimista —intervino Javier con voz amable—. La teoría está bien, pero el proveedor no firma esa ventana. Si recortamos, el fallo cae en calidad. Lo responsable es pedir ocho semanas y reordenar piezas.

Una risita ahogada en el fondo de la sala. Héctor giró la muñeca para ver su reloj. Un gesto mínimo que en su gramática significaba "vayan al hueso".

—Responsable —repetí— es entregar sin regalar margen por miedo. El proveedor firmará si le cambiamos los incentivos y pagamos por hito y no por calendario. Lo he hablado antes de entrar aquí.

Javier me miró de lado. No esperaba que yo ya hubiese movido fichas.

—¿Con quién? —preguntó, aún cordial.

—Con Barros. Y con Suárez. Les sirve más cobrar por tramo entregable que por promesa.

—Eso no estaba en el dossier —apuntó y miró a Héctor en busca de respaldo. El nuevo creía que iba a comerme.

Será imbécil… Siempre lo ha sido.

—Por eso lidero yo —respondí sin despegar la vista de la mesa—. Actualizo, decido y comunico. En ese orden.

Héctor no sonrió, pero el brillo en sus ojos fue un premio suficiente.

—Bien —dictaminó—. Y ahora, riesgos. Martínez.

—Hay tres —enumeró Javier, rápido. ¿Cuándo lo había contratado? Se sabía bien la lección—. El desvío de coste si el proveedor exige penalización, el desgaste del equipo con la nueva cadencia, y la exposición reputacional ante prensa si el piloto tropieza.

—El cuarto —añadí—. La complacencia. Creer que la etiqueta "nuevo equipo" excuse lo mediocre. No habrá excusas.

El murmullo se cortó. Javier hizo una mueca imperceptible. María, desde la esquina, jugó con el boli sin atreverse a hablar.

—Quiero soluciones, no rosarios —cerró Héctor—. Cronograma ajustado hoy, propuesta de incentivos al proveedor antes de las seis, y alternativa B para QA por si falla. Serrano, redacta y envíame el plan definitivo a las 18:30. Martínez, audítalo a las 19:00 y dame cinco líneas con los agujeros.

—Perfecto —contesté.

—Hecho —dijo Javier, dos segundos después.

—Y un detalle —añadió Héctor, casi perezoso—. Quiero matar el ruido de "equipo nuevo". A partir de ahora, RR. HH. reorganiza sillas: Martínez, aquí —señaló el lado de mi mesa—. La coordinación no se hace por e-mail.

Más de uno tragó saliva. No era solo proximidad física; era control quirúrgico del clima. El anticristo está en los detalles.

—Seguimos —retomó Héctor—. Presupuesto. *Fallback.* Comunicación externa. María, vas.

La directora de RR. HH. cambió de *slide*. Un gráfico sin alma ocupó la pantalla. Mientras hablaba, Javier inclinó la cabeza hacia mí. La voz le salió en un susurro educado que solo escuché yo.

—No esperaba verte aquí.

—Claro que no. Trabajo en el supermercado de carnicera —ironicé.

—Podemos trabajar bien juntos —aventuró en tono amistoso.

—Trabajaremos. Lo de "bien" dependerá de que no intentes pisarme el plan.

—No busco eso.

—Mejor. No te conviene.

Javier enderezó la espalda y guardó silencio. Héctor cambió de postura y dejó la *tablet* sobre la mesa sin apartar sus ojos de nosotros. No había levantado la voz en toda la mañana, pero nadie respiraba hondo. Ese era su talento: nunca necesitaba gritar para que te fijaras en el cuchillo.

—Comunicación —cortó a María—. No quiero notas dulces ni cuentos. Directo: ValCorp integra, ejecuta y entrega. Una frase, tres verbos. Nada de humo. Quiero el borrador a las cinco y media. Si no me gusta, lo firmo yo.

—Entendido —asentí.

Javier alzó la mano.

—Propongo sumar un párrafo sobre impacto social. Interesa a prensa y suaviza la narrativa dura.

Héctor lo miró un segundo, calibrando.

—Súmalo —concedió—. Si suena a coartada, lo quito.

María siguió con presupuestos, aprobaciones y un mapa de *stakeholders*. Entonces ocurrió el primer chasquido. El móvil de Héctor vibró una vez sobre la mesa. No lo cogió. Vibró de nuevo. Él lo giró boca abajo y dejó que ardiera. La sala entera apretó los dientes de modo invisible. Una llamada a la que el diablo no respondía. Para mí, una pista.

—Terminemos —ordenó, seco—. A las doce quiero el primer borrador de cronograma en mi bandeja. A las cuatro, frentes cerrados. Y a las seis, proveedor convencido. No acepto "estaba complicado". Si estaba complicado, mejor aún.

Se levantó y ahí sí, la reunión terminó de verdad. Sillas arrastrándose, murmullos, gente que sale a respirar. Yo recogí mis papeles. Javier también. Héctor no se movió. Esperó a que todos salieran. María dudó en la puerta.

—¿Algo más, Héctor?

—Cierra —ordenó sin mirarla.

El clic fue un gong.

Nos quedamos los tres. Él en la cabecera, yo a su derecha, Javier frente a mí. Un triángulo mal planteado.

—Martínez —arrancó Héctor—. ¿De dónde vienes?

—De Brisa Digital. Dirección de cuentas.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año y medio largo.

—Motivo de salida.

—Crecimiento. Busco retos mayores.

Héctor lo sostuvo con la mirada dos respiraciones. Después, migró a la táctica: preguntas cortas, sin acolchado.

—¿A quién respondes a partir de ahora?

—A usted.

—No. A Serrano. Tus entregas vienen por su canal. Lo que no pase por ella, no existe. Si te saltas la cadena, me salto tu contrato.

Javier parpadeó. Yo no.

—Entendido —tragó.

—Bien. Fuera.

Javier dudó un instante, buscó mis ojos, no se los di, y salió. La puerta volvió a cerrar. Se hizo un silencio denso, el de los sitios donde se decide la próxima herida.

—No me digas que no te gusta el fichaje —soltó Héctor apoyando las manos en la mesa.

—No me gusta tener sorpresas en mis equipos. Pero me adapto.

—Te adaptas, y ejecutas. —Su mirada bajó un centímetro—. Y me dices si hay algún freno.

—¿Crees que necesito ayuda con eso?

—Creo que te conozco lo suficiente para saber que no pides permiso. —Alzó la ceja—. Y para calcular cuándo te conviene avisar.

No tenía pruebas. Tenía instinto. Y el suyo ya empezaba a afinar.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí —no pestañeó—. No vuelvas a dejar que nadie se te siente al lado sin que yo lo haya visto venir.

La provocación estaba servida.

—De momento lo has sentado tú.

Un destello oscuro pasó por sus ojos. No ira. Poder.

—Lo he sentado yo. Y también decido cuánto dura el asiento.

No contesté. No iba a darle ni un milímetro más. Recogí mis cosas. Me dirigí a la puerta.

—Julia —dijo, ya con mi mano en el pomo—. Cierra el proveedor hoy. Y arregla a Martínez.

—No arreglo hombres —respondí, sin volverme—. Solo proyectos.

—Para mí, es lo mismo.

Salí. La planta entera parecía haber retenido la respiración. Laura me esperaba apoyada en mi mesa con dos cafés. Me tendió uno.

—Cara de terremoto.

—Fue un paseo.

—¿Y el nuevo?

—Un problema reciclado.

—Traducción: drama premium.

—No. Trabajo.

La pantalla me devolvió a la guerra real. Correos, números, grietas que tapar a base de estructura. Abrí el chat con Barros.

Yo: Incentivos por tramo. Aceptas si subo 2% en entrega 2 y te quito penalización de calendario. Confirmas hoy.

Barros: Manda borrador. Si RR. HH. mete mano, vuelo a Madrid y os cierro la fábrica.

Yo: Si RR. HH. mete mano, te pago el taxi.

Enter. Respiré. Miré de reojo la nueva silla, vacía aún. La de Javier. Un souvenir de mala vida colocado a veinte centímetros de mi cadera. Perfecto.

Javier llegó cinco minutos después con sus pintas de empleado nuevo: portátil, tarjeta, sonrisa útil. Se sentó sin pedir permiso. Olí su colonia. Apreté la mandíbula.

—Tenemos proveedor —anuncié—. Falta cerrar el texto. Te paso draft, haz la auditoría, vuelve con objeciones con números, no opiniones.

—Entendido. Y… —se atrevió—, lo de antes. No esperaba coincidir. Me alegro.

—No estamos coincidiendo. Estamos trabajando.

—Lo sé. Solo quería…

—No quieras. Entrega.

Silencio. Teclas. Rueda que gira. La normalidad fingida del mundo corporativo cuando debajo hierve otra cosa.

A las 11:56, correo de Héctor.

Asunto: CRONO. Cuerpo: A las 12 en punto. Nota: Si llegas a las 12:01, no llegas.

Miré el reloj. Envié el cronograma a las 11:59. Llegó la respuesta a los diez segundos.

Valverde: Bien. Recorta semana 5 medio día. Paga el coste a proveedor. Prefiero dinero a excusas.

Yo: Hecho.

Valverde: Sala 2, 13:00. Tú, RR. HH., Jurídico. Trae a Martínez.

No preguntaba. Dictaba.

A las 13:00, la Sala 2 estaba tomada por papeles y egos. María, dos abogados, Héctor al fondo, brazos cruzados. Javier a mi lado, ahora sí, en silencio disciplinado.

—Contexto —pidió Héctor.

—Proveedor alineado con incentivos por tramo, sin penalización por calendario si cumplimos QA reforzado. —Hice zoom en el bloque correspondiente—. Cambiamos el orden: prototipo funcional en T+12, demo restringida en T+21, beta controlada en T+30. Sin prensa. Sin fuegos artificiales.

—Jurídico —cortó.

—Cláusulas limpias —dijo uno de los abogados—. Riesgo asumible. Recomendamos NDA reforzado con penalización por fuga.

—Hazlo —dictó Héctor—. María.

—Equipo dimensionado —repasó ella—. Turnos extra aprobados dos semanas. Presupuesto sube 1,8%.

—Entra —cerró él—. Y una cosa más. Comunicación externa queda en pausa. No venderemos promesas.

—De acuerdo —firmé.

Iba a levantar la sesión cuando Héctor giró la mirada hacia Javier.

—Martínez.

—Sí.

—Tu opinión en tres líneas.

—El plan es agresivo y factible —resolvió—. La clave es el QA. Sugiero duplicar *testers* en la semana dos aunque duela el presupuesto. Y eliminar la demo pública en T+21. Es ruido.

Héctor asintió una vez.

—Toma nota, Serrano. Y Martínez —pausa de bisturí—, cuando no estés de acuerdo con ella, lo dices. Aquí no hay segundas voces. Se discute a la cara.

—Claro —respondió Javier.

—Bien —Héctor cerró su carpeta—. A comer. A las 16:00 quiero la versión final y el borrador de contrato en mi correo. Y —sus ojos se clavaron en mí— a las 18:00, mi despacho. Usted sola, Serrano.

Se levantó y se fue. La sala se vació detrás de él como marejada obediente. Me quedé recogiendo papeles con la calma estudiada que uso para no demostrar nada.

—Julia —dijo Javier, quedándose a mi lado—. Lo de… ya sabes. Si esto te complica, pido traslado.

—Lo único que me complica eres tú si no entregas. Así que trabaja y ahórrame la épica.

—Vale.

Se fue. Laura apareció por la puerta.

—Menú del día o guerra fría con postre.

—Café. Y contrato. Hoy no hay postre.

—El jefe me da miedo.

—Nos da trabajo.

—Y te da… —se mordió la lengua—. Nada. —Encogió los hombros.

Me dejó sola un minuto. Abrí una nota nueva y escribí, solo para mí: *Héctor olió algo. Aún no lo sabe. Lo sabrá.* Borré la frase de inmediato. No necesitaba recordatorios. Tenía citas en la agenda para eso.

A las 15:59, el borrador de contrato estaba listo, el correo a Héctor, enviado. A las 16:07, respuesta: Venga a las 18:00 igual. Cambió el asunto. Asunto: Puertas.

Puertas. Con él, siempre lo literal llevaba cuchillas.

A las 17:59 estaba frente a su despacho. La moqueta amortiguaba los pasos. Toqué una vez. Su voz salió nítida, sin afecto.

—Pase.

Abrí. La pared de cristal devolvía una ciudad entera. Héctor estaba de pie, mirando ese paisaje que tanta gente usa para creer que manda. Él no necesitaba paisaje.

—Cierre —ordenó.

La puerta hizo un chasquido final. Me quedé a dos metros. Él no se giró de inmediato. Cuando lo hizo, su rostro era mármol.

—Hoy has hecho tu trabajo —advirtió, neutro.

—Todos lo hemos hecho.

—No. Algunos han aprendido dónde se sientan y por cuánto tiempo.

No tragué. No me moví.

—Deja de evaluar a Martínez —añadió—. Ya lo estoy haciendo yo.

—No lo estoy evaluando.

—Lo estás clasificando. Y te entiendo. Pero no te pago por eso.

Ahí estaba: no sabía nada, pero ya se había colado en el ángulo exacto.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí. —Cruzó la mesa en tres pasos—. No me vuelvas a regalar sorpresas en mi sala. Me gustan las que doy yo.

—Tendrás que esforzarte —repliqué—. Cada vez me sorprendes menos.

Se inclinó un milímetro. No tocó. No olió. No pidió.

—A mí tú, nunca.

Nos medimos un segundo más. Bastó. Retrocedí un paso. Puse la mano en el pomo.

—Mañana a las ocho, Serrano.

—A las ocho.

Salí. El pasillo parecía más largo de lo normal. Laura me esperaba con el móvil en alto.

—Plan cerrado. Contrato cerrado. Chisme abierto.

—No hay chisme.

—Lástima. Me voy a por helado. ¿Quieres?

—Quiero acabar este proyecto y dormir seis horas. En ese orden.

—Eres aburrida.

—Soy buena.

Se marchó bailoteando. Volví a mi mesa. Javier no estaba. Mejor. Abrí el documento de QA. Me puse a ajustar la semana dos. Me ardían las manos. No por él. Por el impulso. Por el maldito juego.

El ex ya había entrado a escena. Y el diablo lo había olido.

12

El diablo siempre vuelve

Julia

Dos semanas pueden parecer poco tiempo… salvo que te toque pasarlas sentada al lado de tu ex. Javier se movía por la oficina con la seguridad de quien cree que el pasado está enterrado, y yo me limité a demostrarle que no me había dejado ni una astilla clavada. Me tiró los trastos. Varias veces. Con sonrisas estudiadas, comentarios insinuantes y una persistencia digna de un comercial de aspiradoras. Yo salí indemne. Sin marcas. Sin interés. Y con un par de respuestas afiladas que todavía deben de estarle doliendo.

Mientras tanto, Héctor había desaparecido. Ni un correo, ni un "revise esto", ni un "suba a mi despacho". Solo su sombra en la memoria y el recuerdo de nuestra última discusión. Nadie sabía dónde estaba. Yo tampoco pregunté. Mentira: no pregunté en voz alta.

El viernes llegó con la sutileza de un ladrillo en la cara. Evento corporativo. Obligatorio. Para fomentar la integración entre departamentos, dijeron. Traducido: barra libre de alcohol malo, canapés sospechosos y sonrisas fingidas durante horas, bajo la atenta mirada de Recursos Humanos. Y yo, que detesto las fiestas de empresa casi tanto como a los ex reincidentes, tenía claro que esa noche no iba a pasar nada… salvo que, conociendo a Héctor Valverde, lo más probable era que pasara de todo. Pero… no estaba. Se había volatilizado y a mí me daba igual (esto es mentira, ni yo misma me la creía).

—¿Esto es una broma? —dije a Marta, con una copa ya en la mano—. ¿Centros de mesa con flores muertas?

—No están muertas.

—Parece que han sobrevivido a una guerra química. ¿Y esos manteles? ¿Se puede ser más hortera? Y huele a ambientador reciclado.

—Hoy todo te parece feo.

Volqué los ojos y tomamos asiento en una de esas horrorosas mesas redondas. Javier se sentó a mi derecha, sonriendo, como no. Pensaba que la proximidad le garantizaba puntos en un partido en el que ni siquiera jugaba. Pobrecito. No me daba pena. Ni siquiera sabía si seguía saliendo con la terapeuta. A mí me engañó con ella. Lo más probable es que le diera exactamente igual engañarla conmigo.

Iba listo si creía que eso podría pasar.

Llevaba dos semanas tratando de seducirme: guiños en la cafetería, comentarios halagadores por las mañanas y alguna bromita que le parecía acertada. No lo eran. Yo lo había capeado con la paciencia de una monja y la lengua afilada de una verduga. Sin embargo… no cesaba. Juraría que le ponía. Claro, le gustaba el sado.

—Mierda —mascullé.

—¿Sabías que la gente más lista del edificio está reunida justo aquí, entre la bandeja de jamón ibérico y los langostinos sin interés? —Marta tenía ganas de pasarlo bien.

—¿Tú y yo?

—Exacto. Lo demás… cartón con sueldos inflados.

—¿Estás segura de que no quieres un gin-tonic? —Mi ex se inclinó lo suficiente para invadir mi espacio.

—Estoy segura de que prefiero morir deshidratada. —Giré el cuerpo hacia la pista de baile donde un grupo de compañeros intentaba seguir el ritmo de una canción de moda.

Él rio, convencido de que era un no temporal y caería en sus redes.

Mi atención vagaba entre la barra y la salida cuando la temperatura de la sala cambió. No literalmente, pero lo suficiente para que mi piel se erizara. Lo vi entrar. Traje oscuro, corbata perfecta, paso seguro. Héctor Valverde, de vuelta de su misteriosa ausencia, atravesó el salón, con esa manera suya de llenarlo y poseerlo todo.

No buscó a nadie, no obstante, escaneó la sala.

Javier siguió mi línea de visión y frunció el ceño.

—El jefe ha vuelto —avisó Javier.

—Sí —contesté con los ojos de Marta sobre mi reacción.

Héctor no se detuvo hasta llegar a la barra. Saludó a alguien de dirección con un apretón de manos breve, pidió algo al camarero y se quedó allí, de perfil.

Yo intenté ignorarlo. Fallé.

Al cabo de un par de minutos, sus ojos encontraron los míos a través de la multitud. Todo el ruido bajó de golpe. No sonrió. No saludó. Solo sostuvo la mirada el tiempo suficiente para que me acordara de todas y cada una de las veces que había jurado no dejar que me afectara.

Javier, ajeno al campo de batalla silencioso que acababa de desplegarse, aprovechó para acercarse más.

—No deberías dejar que te intimide —comentó, medio en broma.

—No deberías suponer que alguien puede intimidarme —repuse, apartando la copa que me ofrecía.

Héctor se movió entonces. No vino hacia mí de inmediato, como haría cualquiera con prisa por saludar. No. Él era experto en el arte de hacerte esperar. Habló con dos personas más, hizo un gesto al DJ para que cambiara de tema —y lo hizo, porque todo el mundo obedece a Héctor Valverde—, y finalmente comenzó a avanzar en mi dirección.

Cada paso suyo era un recordatorio de que en cualquier juego, él siempre apostaba a ganar.

Cuando llegó, Javier se puso en modo territorial, extendiendo la mano para saludarlo.

—Buenas noches. Espero que estén pasando una velada satisfactoria —me siseó lo último, o eso sentí en el pecho y… entre las piernas.

—Encantado de volver a tenerlo por aquí, señor Valverde —habló el gilipollas.

Héctor no respondió. Su mirada ya estaba en mí.

—Señorita Serrano.

—Señor Valverde.

Un segundo. Dos. El resto de la sala desapareció. Alargó el brazo hacia mí y… le di la mano. ¿Qué otra cosa podía hacer? A Javier le llegaba la mandíbula al suelo. Pero era el jefe. Y podía joderme viva. Me levanté y lo acompañé hasta la pista de baile.

—¿Sabe bailar, señor?

—Sé hacer de todo. —Me agarró por la cintura y lo demostró. Yo puse mis manos en sus hombros, anchos y duros.

La pista no estaba llena, pero el alcohol barato convierte cualquier canción en excusa para no volver a la mesa. No era nuestro caso. Los dos queríamos estar justo en ese mismo sitio. Lo sé. Aunque ninguno lo reconociéramos. El DJ acababa de poner *Wicked Game*, la versión lenta y grave, con guitarras que rozan la piel. Pero era otra cosa la que me ponía los vellos de punta.

—Sabe invitar a bailar a una mujer.

—No invito. Elijo.

—Modestia, siempre tan presente en tus virtudes. —Me dejé arrastrar por el movimiento suave que imponía.

No era un baile inocente. Nunca lo sería. Su mano, firme en mi espalda, marcaba cada paso sin permitirme un margen real para decidir. Me guiaba con la seguridad de quien no concibe un "no" como opción.

—¿Dónde has estado? —pregunté, porque el silencio entre nosotros siempre es más peligroso que cualquier conversación.

—Trabajando.

—Trabajando… —repetí, mirándolo a los ojos—. Curiosa manera de llamar a desaparecer sin dar señales.

La música se estiraba como una cuerda tensa. Héctor bajó la mirada, no para esquivarme, sino para recorrerme con calma desde la boca hasta el escote y volver a subir.

—Si te preocupa, Serrano, te aviso la próxima vez que me vaya.

—No me preocupa. Solo me intriga —corregí.

Giramos. Mis tacones rozaron el suelo con el mismo pulso que las guitarras, y su mano en mi cintura me empujó un centímetro más cerca.

—La intriga es adictiva —susurró en mi oído. Y… mi libido se puso a saltar.

—Hasta que deja de serlo…

Ni sonrió. El Diablo no es amable ni pretende serlo. Las notas se apagaban de una en una, pero mi corazón latía cada vez más rápido.

Sus dedos se cerraron un poco más en mi espalda.

—¿Dónde has estado, Héctor? —insistí, justo antes de que la última nota cayera.

Él inclinó la cabeza, lo suficiente para que sus labios rozaran el borde de los míos.

—En el infierno.

Y me soltó, dejándome en mitad de la pista con la sensación de que no hablaba en sentido figurado. El mago acaba el truco y se marcha, dejándome dentro de una caja partida en dos con una sierra.

—¿Desaparecido por arte de arrogancia? —Marta llegó a mi lado con una copa de champán.

—Es un cretino. —La cogí y me la bebí de un trago. Sin protocolo ni decoro.

—Puede permitírselo —soltó, y un tío de archivo tiró de ella y la invitó a bailar.

Yo estaba a punto de irme a por otra copa (o un extintor) cuando una mano se posó en mi hombro.

—No sabía que ahora bailas con el jefe —la voz de Javier llegó con falsa ligereza.

Me giré despacio, lo suficiente para que viera que no me había hecho ni la más mínima gracia.

—No sabía que ahora comentas mi vida social en horario de trabajo.

—No es horario de trabajo, Serrano —replicó, inclinándose hacia mí—. Además, lo que hagas con Valverde… es asunto de todos.

—No te metas. ¿Dónde está tu terapeuta? —Había evitado sacar el tema, pero ya me tenía harta.

Él sonrió, pero no llegó a sus ojos. Estaba demasiado ocupado lanzando una mirada furtiva hacia el lugar por el que Héctor había desaparecido.

—¿Sabes? —Javier bajó un poco el tono—. Ese tío no es lo que parece.

—Oh, por favor, ilumíname —ironicé, cruzando los brazos—. ¿Acaso crees que me sorprende?

—Solo te diré una cosa… —empezó, pero la frase murió cuando Héctor reapareció a nuestra derecha.

—Serrano, conmigo —ordenó, sin mirar a Javier, aunque su mera presencia lo eclipsó por completo.

—Estamos hablando —protesté, sin moverme.

—No —rectificó él—, tú estabas escuchando. Y ahora te vienes conmigo.

Lo dijo tan tranquilo que hasta la música pareció bajar un par de decibelios. Javier abrió la boca para replicar, pero Héctor se giró hacia él, y su mirada bastó para que callara.

—Por cierto —añadió Héctor antes de darme la vuelta por el codo —, el lunes no te molestes en aparecer. Recursos Humanos ya tiene instrucciones.

—¿Me estás despidiendo aquí? —la incredulidad de Javier fue casi teatral.

—Sí. Y te estoy ahorrando la vergüenza de enterarte por correo.

No esperó respuesta. Me guio —(o arrastró, según el ángulo) hacia la salida, sin importarle que yo tratara de soltarme.

Ya en la calle y justo cuando iba a girarme para decirle exactamente lo que pensaba de su forma de interrumpir y de despedir a la gente (hombres) que se me acercaban, alguien nos interceptó.

—Hola de nuevo, Julia —la voz era grave, pero con una calidez burlona—. Me alegra volver a verte. Soy el pobre desgraciado que aguanta a este cabrón desde hace veinte años.

Me dio la mano con un apretón firme y un guiño.

—Encantada de volver a verte —respondí, aunque Héctor bufó como si esa palabra fuera una provocación personal.

—Sí, no preguntes. A mí también me arrastra. Me ha arrastrado hasta aquí. Madrid no está tan mal.

—Nos vemos luego, Marco —Héctor cortó cualquier posibilidad de conversación.

—Pero… —su amigo alzó un dedo con guasa.

El CEO abrió la puerta de la limusina y prácticamente me empujó dentro. Subió detrás de mí y cerró la puerta con un golpe seco.

—¿Qué coño ha sido eso? —exigí girándome hacia él.

—Ahorro de tiempo. Y de problemas.

—Has despedido a Javier delante de medio evento.

—Mejor que hacerlo por megafonía.

—¿Vas a despedir a todo ser humano que se acerque a mí?

—Si te hace sentir incómoda, sí —habló con obviedad, una que yo no veía.

—Pero… ¡¿Cómo puedes ser así?! ¡¿Tan controlador?! —bramé.

—Porque puedo.

Quise soltarle un discurso entero sobre abuso de poder, ego masculino y actitudes dictatoriales, pero su teléfono sonó y contestó sin mirar la pantalla.

—Valverde. —La voz de Marco atravesó el altavoz con una carcajada—. Te lo repito. Sigo sin saber por qué coño te fuiste a Madrid… pero ahora definitivamente sé por qué piensas quedarte.

Héctor sonrió de lado, y esa expresión me dio más miedo que cualquier amenaza explícita antes de colgar sin contestar.

—Deja de marcar tu puto territorio —avisé en cuanto colgó.

—Yo no marco. Me lo quedo.

—Este cuerpo no está en venta.

—Nadie habló de compra.

—Entonces tampoco hay propiedad.

—Lo discutimos después de que te folle.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

Juro que tuve la sensación de haberle vendido mi alma al diablo y en cuotas. Bueno, esto lo supe la primera vez que me folló. Porque, además, debajo de su traje negro impecable había un cuerpo diseñado para arruinar a mujeres (y a hombres si él quisiera).

Héctor Valverde. Mi jefe. El Anticristo. Y el mismo hombre que me folló como un desconocido y ahora me miraba y me comía sin tocarme.

No sé a qué estaba esperando para cumplirlo, porque se acomodó en el asiento y sirvió dos copas. Me sacaba de quicio. Me ofreció una y bebí porque con la garganta seca no iba a poder pronunciar lo que sabía que acabaría diciendo.

—No me vas a besar, ¿verdad? —me atreví, retándole.

Giró la cabeza.

Esa sonrisa debería estar prohibida por ley, pensé.

—Te lo advertí, Julia. No voy a besarte… a menos que me lo supliques.

Hijo de puta. El muy cabrón lo había asegurado días atrás y ahora lo estaba cumpliendo al pie de la letra. Mis labios ardían por probar los suyos, pero mi orgullo gritaba que no, que jamás. Orgullo y sexo no siempre votan lo mismo.

Pero… no se quedó ahí. El Diablo sabe jugar con fuego sin quemarse. Su mano se deslizó por mi muslo muy lentamente, con firmeza. Su piel calentó la mía. Me humedecí de golpe, más todavía,

me mojé entera. Me removí y el cuero sonó tan sexy como mi suspiro. Héctor, con precisión me empujó hacia atrás, sin besos, sin otras caricias, solo dominio. Yo me aferré a su nuca, intentando atraerlo a mi boca, pero él se mantuvo impasible.

—Héctor… —jadeé, mordiendo el aire, odiándolo un poco.

—No. —Su voz fue un látigo que me tocó muy dentro.

Su mano estaba ya bajo mi falda, arrancándome las medias sin esfuerzo. Me rozó con sus dedos sobre la ropa interior y fue un electroshock directo al centro. Intenté frotarme contra él, buscando un poco más, pero me sujetó por la cadera con violencia contenida y controlada.

—¿Así es como suplicas? —susurró, mirándome a los ojos.

Le gruñí. No tuve otra palabra. Me sentía desnuda aunque todavía llevara la blusa abrochada. Me arrancó las bragas de un tirón y el aire frío me golpeó antes de que sus dedos me calentaran de nuevo. Dentro. Directo. Sin titubeos. Me penetró con dos o tres de ellos.

Gemí, porque ya no sabía fingir control. El maldito coche se llenó de mi respiración entrecortada, del sonido húmedo y obsceno de sus dedos entrando y saliendo. Yo arqueaba la espalda, temblando, y él seguía con una frialdad insultante, observando mi cara, mi boca abierta, mis ojos brillantes, mis mejillas sonrosadas.

—Héctor… por favor.

Lo odiaba. Lo odiaba porque esa súplica salió sola, con voz rota, sin que mi orgullo pudiera taparla. Lo odiaba porque era justo lo que él quería.

—¿Qué desea, señorita Serrano?

Quise callarme. Taparme la boca con esparadrapo, cosérmela, sin embargo, estaba lidiando con El Anticristo, no con un hombre cualquiera.

—A ti…

—Respuesta incorrecta.

Siguió entrando y saliendo. Iba a correrme. Y quería hacerlo, no obstante, deseaba, necesitaba, que me besara. Porque sus besos eran fuego y agua, tierra y mar, lo eran todo en medio de la nada.

—Héctor, bésame… Bésame, por favor…

Ni se lo pensó, pero antes sonrió y vi que sus ojos ardían.

Me besó. Y no fue un beso cualquiera. Fue un asalto. Feroz, hondo, con la lengua entrando en mi boca con rabia y con ganas.

Lo atraje tirando de su chaqueta, rompiendo la distancia. Me empujó contra el asiento y se liberó del cinturón, bajando la cremallera. Lo vi, duro, caliente, como una condena que yo misma había firmado.

Me tomó de la cintura y me montó sobre él. Yo a horcajadas, su polla empujando en la entrada hasta que me atravesó entera. Grité, mordiéndole el labio, agarrándome a sus hombros. No hubo tregua. No hubo compás de espera.

El coche se convirtió en un confesionario. Cada gemido mío era un pecado, y cada embestida suya, un castigo divino. Lo cabalgaba con furia, él me sujetaba como si quisiera romperme en dos y, sin embargo, cada movimiento nos unía más.

—Dilo —ordenó entre jadeos.

—¿Qué?

—Que me necesitas.

Cerré los ojos, negándome. Pero su mano en mi cuello, su beso ardiendo y su polla llenándome hasta lo más hondo hicieron el trabajo.

—Te necesito —confesé, ahogada, perdida, con la cabeza apoyada en su hombro.

Él sonrió contra mi piel. Su sonrisa me dejó una cicatriz invisible. Cuando Héctor sonríe así, no es ternura. Es un aviso de tormenta. Y yo, claro, me lancé de cabeza sin paraguas.

Me moví sobre él con fuerza, desesperada, buscando ese límite donde ya no eres dueña de ti misma. El coche se llenaba con el ruido de nuestros cuerpos chocando, mi falda subida hasta la cintura, su camisa medio abierta, su corbata perdida en el suelo. Él me sujetaba las caderas, marcando el ritmo, y cada embestida era un golpe directo a mi orgullo.

Quise retarle, quise frenar, pero mis gemidos me traicionaban. Él lo sabía. Se lo bebía en cada jadeo. Me tenía atrapada en ese punto donde la humillación y el placer son exactamente lo mismo.

—Mírame —ordenó, con la voz rota.

Abrí los ojos. Encontré los suyos. Oscuros, fijos, ardiendo. Y sentí que me deshacía justo ahí, sobre él, temblando, gritando su nombre.

—Héctor… Héctor…

Un orgasmo brutal, de esos que dejan la cabeza hueca y las piernas sin fuerza. Él no tardó. Rugió contra mi cuello, apretándome tan fuerte que pensé que iba a dejarme marcas que tendría que maquillar en la oficina. Se derramó dentro de mí con un gemido grave, mordiendo mi piel, y el coche entero pareció estremecerse con nosotros.

Quedamos un instante pegados, sudorosos, respirando como dos animales exhaustos. Yo todavía temblaba, abrazada a él, sin saber si estaba más ebria de whisky o de su maldito poder.

Y entonces lo hizo. Se apartó. No con brusquedad, pero sí con ese aire de "ya está". Me acomodó de nuevo sobre el asiento, me subió la falda como si nada hubiera pasado y recogió su chaqueta del

suelo. Yo me quedé ahí, con el pelo hecho un desastre y la boca hinchada por su beso tardío, pensando que había vuelto a caer.

—No me mires así —dijo, abrochándose los botones.

—¿Así cómo? —pregunté, con una sonrisa torcida, intentando recuperar mi máscara.

—Como si hubieras ganado.

—Pues lo he hecho. —Me subí las bragas (o lo que quedaba de ellas) y le sostuve la mirada—. Te pedí el beso. Lo supliqué. Pero al final me lo diste tú.

El hijo de puta sonrió. Apenas. Una curva peligrosa en sus labios que me derritió por dentro.

—Ten cuidado, Julia —susurró, acercándose a mi oído—. No siempre es bueno conseguir lo que se suplica.

El chófer detuvo el coche frente a mi portal con suavidad, sin tener ni idea de lo que había ocurrido dentro. ¿O sí?

Oh, Dios.

—Eres un cabrón —escupí mientras me terminaba de vestir.

—Y tú tienes muy mala memoria —replicó y se acomodó en el asiento como si no acabara de empotrarme contra la tapicería—. Dijiste que no ibas a dejar que volviera a pasar.

—Y tú dijiste que no ibas a hacerlo sin que te lo pidiera.

—Me lo has implorado.

—Me has besado.

—Lo has rogado.

—Arrrgggg… Te odio. —Me coloqué los zapatos y no se los tiré a la cabeza.

—Como todos.

Me giré hacia él, con la rabia latiéndome en las sienes y el pulso aún acelerado por razones que odiaba admitir.

—No me des lecciones sobre mi cuerpo.

—No lo hago. Lo celebro.

Reí, corta y seca.

—Te crees muy listo.

—Me sé ganador.

—Pues que te sirva de consuelo —abrí la puerta—, porque esta ha sido la última vez. —Me incliné hacia él, lo bastante cerca para que sintiera mi aliento y el perfume de mi piel todavía mezclado con el suyo—. Y por si no ha quedado claro… vete a tomar por culo.

Cerré la puerta sin esperar respuesta. El golpe resonó en la calle como un punto final. Ni me giré para ver si sonreía. No lo necesitaba: sabía que lo estaba haciendo.

13

Otro lunes con descaro

Julia

El lunes tenía el descaro de siempre: todo me sabía a castigo, correos que no pedí y un cielo gris que parecía escrito por un becario sin talento. Crucé el hall de la corporación con paso firme, ignorando a los que fingían estar ocupados mientras me medían de reojo.

Me dolía la cabeza, había dormido poco. Marta me convenció para salir de fiesta el sábado y me sometió a tortura para que le contara qué tal me lo había pasado en el evento.

—¿El jodido evento? ¡Me jodieron bien! —señalé ante dos vodkas, que ni me gusta.

—Me reitero: soy tu fan. —A ella le hacía gracia mi vida.

Corrí hasta el ascensor porque no quería llegar tarde y que el señor Valverde, alias el puto Anticristo de los cojones, me citara en su despacho para echarme la charla y… otro polvo.

Dios… O Demonios… ¡Cómo me ponía!

El ascensor estaba a punto de cerrar cuando una mano, grande y perfectamente cuidada, detuvo las puertas. Y ahí estaba él. Traje oscuro, corbata negra y una mirada que no necesitaba palabras para arrastrarme al lado más oscuro de la jornada.

—Señor Valverde —saludé, a punto de lamerle el cuello por puro estrés.

—Señorita Serrano —Se le endureció la mandíbula. Y… juraría que la polla.

Puerta cerrada.

Movimiento ascendente. Ambiente cargado. Olía a deseo y me recordé gritando dentro de una limusina, con sus manos apretando mi carne.

Piensa en otra cosa, Julia de mi alma.

Los números subían despacio.

Él no me miraba. Pero lo notaba. Su energía me rozaba. Su aliento se sentía en el aire. El ascensor era grande, pero no lo suficiente. Y yo… yo llevaba un puto escote en la espalda que sabía que él estaba contemplando con el ceño apretado.

—No debería flirtear con el nuevo.

—¿Ha contratado a otro? Desde luego es eficaz en su trabajo.

—Soy eficaz en todo. Y recuerde. Podría echarla a usted también, pero no quiero.

—Podría echarme por muchas cosas… por lo visto. —Me giré y lo enfrenté—. Ya me he follado… al jefe. Dos veces.

—Podría llegar al seis. Es mi número preferido. —Me miró. Con todo. Con esa expresión que no era de jefe. Ni de amante. Ni de enemigo. Era de algo más jodido. De alguien que quiere arrancarte la ropa y el alma a la vez—. No sabes las ganas que tengo de hacer cosas que están en contra de todos mis principios —susurró, sobre mi hombro.

¡Oh, sí, hazlas todas!
¿No las ha hecho ya?
¿En qué está pensando?
¿En qué estoy pensando yo?

—Pues no las haga. —Nuestras respiraciones se mezclaban.

—Si está tan segura de eso, ¿por qué no se aparta?

—Porque yo también las haría.

—No debería llevarme al límite. —Sus ojos bajaron a mi boca. Yo respiré hondo. El aire sabía a guerra—. Esto no va a acabar bien —aseguró con la voz más grave que nunca.

—¿Y cuándo lo bueno ha acabado bien?

La puerta se abrió.

Ni un gesto.

Ni una palabra.

Solo mi paso firme hacia fuera y su mirada clavada entre mis omóplatos.

Y esa maldita sensación en el pecho de que estábamos jodidos. Literal y emocionalmente.

Pero qué bien jodidos íbamos a estar.

14

No lo toques. No lo pienses. No lo mires. (Lo miré)

Después del momento eterno en el ascensor, entré en la oficina con la determinación de una viuda vengativa. Pero, claro, el Diablo tenía más poder que un simple ser mortal. El correo ya tenía cuatro e-mails suyos. Cuatro. Antes de las nueve. ¿A eso se le llama liderazgo, o acoso pasivo-agresivo?

Laura levantó una ceja cuando me vio.

—Ese outfit huele a vendetta.

—Huele a que me va a comer el coño. Así que hoy no me provoques.

—¿Héctor te ha dicho algo?

—Me folló, el viernes, en la limusina. Y ahora me acaba de follar en el ascensor…

—¿Habéis follado en el ascensor? —Me cortó, gritando.

—Sshhhhh…. —Miré alrededor—. El de correo no se ha enterado.

—Lo siento. ¿Habéis follado en el ascensor? —musitó.

—Me ha follado con la mirada. Y lo odio. Me odio, porque casi me corro con solo olerlo.

Me tiró un bombón a la cabeza.

—Estás fatal. Me encantas. Pero estás fatal.

—Eso ya lo sabíamos. —Bebí un poco de agua.

—Javier llega tarde —comentó.

—No va a llegar. Lo ha puesto de patitas en la calle.

—¿Se ha enterado de que es tu ex?

—No… —Una bombilla se encendió dentro de mí—. No creo… ¿O sí? —Me levanté.

—¿Adónde vas?

—A meter fuego a la oficina del Anticristo —informé sin dejar de caminar con determinación otra vez hasta el ascensor.

No llamé. Ni un golpe de cortesía contra la puerta. Entré como quien irrumpe en un incendio, solo que yo era el fuego. Héctor levantó la vista de unos documentos, lento, con esa calma que sabe que me enciende más que cualquier grito.

—Vaya —dejó la pluma sobre la mesa—. ¿Se ha perdido el concepto de llamar antes de entrar?

—¿Sabías que Javier es mi ex? —pregunté sin rodeos.

—Lo sé todo —contestó, como la cosa más obvia del mundo—. Ya no trabaja aquí.

—Porque tú lo has decidido.

—Porque yo decido —corrigió con una inclinación ligera hacia delante—. Y porque era lo mejor para ti.

—No necesito que decidas lo mejor para mí —di un paso hacia la mesa y apoyé las manos sobre ella—. No eres mi tutor legal.

—Soy tu jefe.

—Eres un cabrón con aires de Dios.

Él sonrió, esa media curva que nunca es amable.

—No son aires, Julia. Es práctica.

—Te crees que puedes borrar de mi vida a quien te dé la gana.

—Puedo hacerlo. Y lo hago. Sobre todo cuando esa persona es un problema.

—¿Un problema para quién?

—Para mí. Para ti. Para la empresa. El orden varía, pero la lista es esa.

Lo miré sin saber si quería tirarle el café a la cara o a la entrepierna.

—No te voy a dar las gracias.

—Tampoco las busco.

—Entonces, ¿qué buscas? —mi voz sonó más baja, pero no menos afilada.

—Que trabajes sin distracciones. Que no te debilites por alguien que ya te jodió antes.

—Eso lo decido yo.

—No —se levantó, rodeando el escritorio con la lentitud de un depredador que ya ha acorralado a su presa—. Lo decido yo. Y si crees que me vas a ganar en este pulso, prepárate para perder algo más que la paciencia.

—No me das miedo.

—No es miedo lo que quiero provocarte.

Quedamos a menos de un metro, el aire cargado de electricidad y orgullo. Sus ojos eran un desafío, los míos una advertencia.

—Algún día, Valverde, voy a decidir yo.

—Ese día —rozó mi barbilla con un dedo, apenas un segundo—, me aseguraré de que lo hagas pensando en mí.

Me aparté antes de que pudiera seguir, pero no lo suficientemente rápido como para que él no notara que el pulso se me había

acelerado.

Salí de su despacho con la certeza de que ninguno había ganado… y de que esa guerra acababa de escalar a otro nivel.

15

La oficina no es lo mismo sin el diablo

Julia

Tres días. Setenta y dos horas sin escuchar su voz cortante, sin ver esa mirada que pesa más que cualquier informe, sin sentir que mi pulso se acelera solo porque ha cruzado el pasillo. No es que lo esté contando… pero sí.

Laura se dejó caer en la silla de al lado con un café en la mano y una sonrisa de preguntas peligrosas.

—Tres días sin el jefe Valverde —canturreó—. ¿Lo echas de menos?

—Ni un poco —mentí, tan rápido que hasta yo me escuché falsa.

—Ajá… —bebió un sorbo—. Esa es la respuesta de una mujer que se está comiendo las uñas por dentro.

—La única cosa que me como por dentro es la rabia de tener que sacar adelante su lista de tareas sin que esté aquí para supervisar.

—Y sin la mirada esa que te lanza —su tono se volvió pícaro—. Esa que parece que te desnuda y te viste de nuevo, pero con menos ropa.

—Eso no se echa de menos. Eso se olvida.

—Olvidas mucho últimamente.

—Olvido lo que quiero olvidar.

Ella me miró por encima del borde de su taza, con rayos X para detectar mentiras.

—Claro… y yo soy la Virgen de Lourdes. Julia, lo tienes en la cabeza, aunque no quieras admitirlo.

—No está en mi cabeza.

—Entonces está en otra parte —replicó, guiñando un ojo.

Le lancé una mirada asesina, pero la sonrisa se me escapó de todos modos.

—Te juro que si vuelve y me lo recuerdas, te hago buscar trabajo en otro continente.

—Si vuelve y te sonríe, no vas a necesitar que te lo recuerde —remató dejando su café en mi mesa.

Encendí el ordenador. Y ahí estaba. Un correo. Otro, pero… Ponía: Comida con inversores. 14:00. Estamos juntos en esto.

Sin firma. Sin despedida. Ni falta que hacía. Era su manera de decirme: He vuelto a la partida.

Sonreí. Me quité la americana. Me desabroché el primer botón de la camisa. El sujetador era de encaje negro. No planeado.

—Es el destino —aseguré a mi ropa interior.

***

A las dos menos cinco estaba en la recepción del edificio, con carpeta en mano y la sangre caliente por dentro.

Él apareció. Impecable. Con un traje gris marengo que debía estar fabricado con tela de "hazme pecar". Pelo revuelto de forma estratégica. Mirada… de esas.

—Llega cinco minutos tarde.

Miré el reloj.

—Llego dos minutos antes. Usted, varios días tarde.

—Me ha echado de menos.

—Lo he echado de más.

—Eso también cuenta.

Las frases fueron balazos. Las suyas y las mías.

Subimos juntos al coche. Esta vez conducía él. Yo en el asiento del copiloto. Cinturón abrochado. Rodillas demasiado cerca. Piernas cruzadas con precisión.

—¿Tiene claro el enfoque para la reunión? —preguntó, sin mirarme.

—Tengo claro lo que no voy a hacer.

—¿Y qué es?

—Intentar impresionarle.

—Error. Yo siempre espero que lo haga.

—¿Y usted? ¿Va a intentar provocarme?

—Yo no provoco, Julia. Yo soy el detonante.

Me giré hacia la ventanilla. Y sonreí. Él lo vio. Y, aunque no lo admitiera, también sonrió.

***

El restaurante era de esos sitios donde las copas no suenan, las conversaciones se mantienen en tono susurro y hasta los camareros parecen haber estudiado Finanzas Internacionales. Mesa redonda, mantel blanco, flores en el centro. En frente: tres inversores con traje, sonrisa de tiburón y ego nivel bolsa de Wall Street.

Yo me senté a la derecha de Héctor. No por elección, sino porque él me indicó la silla con un gesto sutil. "Siéntate aquí", decía ese movimiento. "Quiero tenerte cerca. Controlarte. Olerte. Recordar".

Los inversores hablaban. De cifras, de rendimientos, de estrategias. Yo sonreía, asentía, tomaba notas y me aseguraba de cruzar la pierna justo en el ángulo donde sabía que su mirada iba a tropezar. No porque lo buscara. Bueno, sí. Porque lo buscaba.

—Julia, ¿cómo estáis gestionando la transición digital dentro del equipo creativo? —preguntó uno de ellos, un tal Sergio, con tono paternalista.

Respondí con firmeza. Clara. Sólida. Le metí en la cara tres datos, dos porcentajes y una sonrisa que decía: "Tu reloj es caro, pero yo soy mejor inversión".

Al lado, Héctor no dijo nada. Pero su pierna rozó la mía. Una vez. Dos. Tres. No era casual. Era un ritmo. Un mensaje en código Morse genital.

Seguí hablando. Pero mis bragas ya estaban cambiando de estado. Maldita sea.

Él, mientras tanto, mantenía la compostura. Solo ese tic en la mandíbula cuando me reí de algo que dijo el más joven del grupo.

—Tu equipo tiene la fortuna de tenerte —comentó ese mismo, mirándome con descaro educado.

—Lo sé —contesté, directa, antes de llevarme la copa de vino a los labios.

Fue entonces cuando sentí su mano. La de Héctor. En mi muslo.

Debajo de la mesa.

Firme. Cálida. Con intención.

No subía. Solo estaba ahí. Como quien pone una bandera y dice "esto es mío".

Yo me congelé. Solo un segundo. Luego, me giré lentamente hacia él. Sonreí. Una sonrisa de "qué cabrón eres".

Y le apreté la pierna por debajo con la mía.

No le quité la mano.

Pero tampoco se la dejé quieta.

Nuestros cuerpos mantenían una conversación paralela mientras nuestras bocas decían cosas serias.

Hasta que, en mitad de una frase mía sobre creatividad e innovación, sus dedos se movieron un centímetro. Solo uno. Pero fue suficiente para que perdiera el hilo. Me atraganté con una palabra. Tosí. El camarero apareció como si lo hubieran invocado.

Héctor se giró hacia mí con su tono CEO.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —dije, sin mirarle—. Solo que a veces… la lengua se me adelanta.

Los inversores rieron, ajenos al fuego subterráneo que había bajo la mesa.

Cuando se levantaron para discutir sobre quién pagaba la cuenta, me incliné hacia él.

—¿Acostumbra a hacer esto con sus empleadas?

—¿A qué se refiere exactamente?

—A ponerlas cachondas delante de inversores.

—No acostumbro a necesitarlo.

—Y aun así, lo hace.

—Porque con usted no es una costumbre. Es una necesidad —insistió.

Lo miré. Lenta. Intensa. Y aparté su mano de mi muslo. Despacio. Con dos dedos. Con desprecio elegante.

—No se confunda, señor Valverde. Aquí no hay dueños. Solo socios de riesgo.

Él sonrió. No con los labios. Con la mirada. Esa que decía que iba a hacer todo lo posible por arriesgar… y ganar.

16

Control de daños

Héctor

No sabía qué cojones me pasaba con esa mujer. Era arrogante, insolente, contestona… y sin embargo, cada vez que abría la boca, mi cuerpo tomaba decisiones que mi cerebro no había autorizado. No estaba acostumbrado a eso. No me gustaba perder el control. Ni con empleados, ni con socios, ni con mujeres. Mucho menos con alguien que me desarmaba con una sola mirada.

Y sin embargo ahí estaba. Sentado frente a ella en una reunión con inversores, acariciándole el muslo bajo el mantel como si no nos jugáramos nada. Como si eso fuera lo más natural del mundo.

Imbécil.

La observaba mientras hablaba de innovación y liderazgo. Había nacido para convencer hasta a un banquero suizo. Julia no solo sabía lo que decía, también lo decía con ese tono templado que arde sin avisar. Y yo… jodidamente fascinado. En mitad de una mesa de negociación, con la polla dura y los escrúpulos fuera de servicio.

Me merecía una hostia.

Y ella me la dio. No literalmente, claro, pero me apartó la mano con la clase de elegancia que pone en su sitio incluso al diablo. No me gritó, no hizo una escena. Solo me miró con esos ojos brillantes de furia controlada y me susurró que no era mi dueño. Que no me equivocara. Que esto no era un juego.

Tenía razón.

Lo sabía incluso antes de que lo dijera. Pero hay verdades que uno no quiere oír de labios ajenos. Ni aunque sean rojos, firmes y

perfectos.

Cuando terminó la comida, salimos juntos. Caminamos un par de minutos en silencio, rodeando el edificio de cristal donde habíamos tenido la reunión. Julia caminaba con las manos en los bolsillos de su pantalón, la mirada al frente, los labios sellados. No estaba enfadada. Peor aún: estaba decidida.

—Dime una cosa —dijo de pronto—. ¿Qué coño estás haciendo?

Frené el paso. Ella también lo hizo, aunque no me miró al principio.

—¿Perdón?

—No me tomes por tonta, Valverde. No quiero que me hables como a una empleada en público y me toques la pierna bajo la mesa en privado. ¡Y me folles en una limusina! Si somos jefe y empleada, lo somos todo el tiempo. Si no, me voy ahora mismo al despacho de Recursos Humanos a aclararlo.

Me crucé de brazos. Respiré hondo. Lo que menos necesitaba era que alguien nos viera discutiendo en la calle, pero ella tenía ese talento especial para desarmarme con palabras y provocarme en la misma frase.

—Tienes razón —reconocí, lo último que necesitaba era otro problema—. No volverá a pasar.

—Más te vale.

Sus ojos me buscaron entonces. No con rencor, sino con esa firmeza templada que pocas veces se ve en este mundo de aduladores y lameculos.

—Julia… —empecé, sin saber exactamente qué iba a decir. ¿Que me gustaba? ¿Que me volvía loco no tocarla? ¿Que no dejaba de pensar en lo que habíamos hecho aquella noche y en lo que no llegamos a hacer?

No. No podía decirle nada de eso. No podía decírselo porque yo también estaba jugando sucio. Porque la noche en que la llevé a mi coche, yo no era yo, al menos en parte. Ni… mío. Y en la limusina… tampoco. A veces, mi parte oscura me envuelve y me empuja a los infiernos.

Mi vida estaba a punto de estallar y ella apareció como una explosión inesperada, como un antídoto y una condena al mismo tiempo.

Y, joder, yo ya estaba condenado antes de verla entrar en ese bar.

Ella alzó una ceja, como si pudiera leerme por dentro.

—¿Qué ibas a decir?

—Que estoy intentando hacer las cosas bien. Que no me lo pongas más difícil.

Julia suspiró, se giró y siguió andando. Yo la seguí un paso por detrás, en parte por orgullo, en parte porque necesitaba recomponerme.

Sonó mi móvil. Vibró con una insistencia que no se ignora. La vibración especial. Esa que tenía asignada solo a un contacto. Sentí un pinchazo en el pecho, en la nuca, en el puto orgullo. Miré la pantalla.

Ella.

No debía contestar delante de Julia.

No podía.

—Dame un minuto —le pedí, sin mirarla. Me aparté, fingiendo que me había llegado un correo urgente. Me alejé hasta una esquina del edificio y descolgué.

—¿Qué pasa? —murmuré con la mandíbula tan tensa que dolía.

La voz al otro lado sonaba dulce. Falsa. Con esa cadencia que había usado tantas veces para pedirme perdón.

—Necesito que hablemos. No podemos seguir así, Héctor. No después de todo lo que pasó… —No respondí. No sabía si quería gritarle o colgarle— ¿Estás ahí?

Sí. Estaba. Pero al borde de hacer una estupidez. Y al borde de hacerla otra vez, esta vez con Julia.

Porque Julia no tenía ni puta idea de dónde se estaba metiendo.

Y yo… yo tampoco.

—Estoy ocupado.

—Siempre lo estás.

—¿Y eso es una queja o una costumbre?

—Es una realidad. Y ya cansa.

Silencio. De su parte. De la mía. De todo lo que no decimos desde hace semanas.

—No me llames si solo vas a echarme cosas en cara.

—¿Y si no?

—Tampoco.

—No seas cruel.

—No seas tú —respondí antes de poder frenarlo.

—Necesito verte.

Ese verbo.

Ese puto verbo que se cuela por los resquicios y apesta a trampa.

—No creo que sea buena idea.

—¿Desde cuándo decides lo que es buena idea? Tú no eres así.

—No me conoces tanto como crees.

—No me conoces tanto como creías —replicó ella, con esa calma que siempre llega después de la tormenta. O antes. O en mitad. Ya no sé.

La mandíbula me dolía de tanto apretar.

—Esto no es el momento. Estoy en el trabajo.

—¿Y eso qué significa? ¿Que ya has sustituido una cosa por otra? —Me quedé callado. No por falta de respuesta. Por exceso— ¿Está contigo?

—¿Quién?

—No me tomes por idiota.

—No estás en posición de exigir nada. —No lo escupí. Lo susurré. Porque cuando uno empieza a gritar, ya ha perdido.

—Dímelo. ¿Te importa?

—¿Te importas tú a ti misma? —Colgué. Sin despedirme. Sin más. Durante un instante, me permití cerrar los ojos. Contar hasta cinco. Sentir el picor en el centro del pecho y dejarlo arder.

No más.

Cinco segundos.

Cinco miserables segundos para volver a fingir que todo estaba bajo control.

—¿Todo bien?

La voz de Julia me devolvió a la realidad. Estaba ahí, apoyada contra el muro, con los brazos cruzados y una expresión que mezcla escepticismo y curiosidad con un leve rastro de cabreo.

No le respondí de inmediato. La observé.

Cuidado con lo que miras, Valverde.

—Perfectamente —mentí.

Ella me miró, pero oliendo la mentira antes de que terminara la frase. Pero no insistió. Y eso me desconcertó aún más.

—¿Volvemos? —preguntó con tono neutro.

Asentí.

Caminamos juntos, pero cada uno desde su orilla.

No volvió a preguntar. No volvió a mirarme.

Y eso, precisamente eso, fue lo que más me jodió.

17

Sospecho, luego existo

Julia

El resumen estaba escrito, enviado y revisado antes de las nueve. No porque fuera una empollona con rotuladores de colores, sino porque necesitaba distraerme de lo verdaderamente urgente: las ganas de plantarme en el despacho de Héctor Valverde, cruzarme de brazos y decirle ¿qué coño está pasando aquí?

Porque pasaba algo. Yo y mi octavo sentido lo sabíamos. Esa llamada. Su reacción… El silencio que le siguió cuando la conversación que había interrumpido la llamada era de importancia código rojo. El modo en que evitó mirarme al volver al edificio, como si yo fuera radioactiva o capaz de leerle la mente con un parpadeo.

Y joder, si pudiera leerle la mente, cobraría el triple.

Pero no. Solo tenía intuición. Y experiencia.

Esa experiencia que te da haberte acostado con más de un mentiroso con corbata y sonrisa de lobo y… tener guardado parte de tu pasado. Y lo peor de todo: la intuición se me activó a lo grande.

En pantalla tenía el informe abierto, pero mi cabeza repasaba la escena una y otra vez: el móvil vibrando, él alejándose como si el aire le pesara, la espalda tensa, la mandíbula prieta, esa voz baja y seca al teléfono. Y, lo más sospechoso, lo rápido que colgó cuando me acerqué.

¿Quién era?

¿Por qué le temblaban los dedos después?

¿Por qué pareció cabreado consigo mismo?

Y lo más incómodo: ¿por qué me afecta tanto?

No somos nada. No deberíamos ser nada. Él es mi jefe. Yo soy la idiota que se lo folló sin saberlo. Debería bastarme con eso. Y sin embargo…

No lo era.

Y eso me jodía.

Revisé por décima vez el correo que me había contestado. Solo dos palabras.

Perfecto. Buen trabajo.

Menudo gilipollas críptico.

Suspiré. Guardé los documentos. Me levanté para ir a por un café. Laura me vio desde su puesto y alzó una ceja, oliendo a drama.

—¿Tienes corazoncito y te duele? —Me ofreció una cápsula para la cafetera.

—Está en modo CEO encriptado. No responde, no sonríe, no se explica. Solo vibra, se va a una esquina y vuelve con cara de haber atropellado a alguien.

—¿Ha vuelto a toquetearte bajo la mesa?

—No. Hoy va de espiritualidad, no de manoseo.

—Peor. Eso significa que se siente culpable. Y si se siente culpable, es que oculta algo. Y si oculta algo…

—No digas está casado.

—No lo diré. Pero está casado.

—No tiene anillo.

—Eso no significa nada. Hoy en día, la infidelidad viene sin accesorios.

Bufé. Me apoyé en la encimera. El café cayó lento, demasiado lento para mi impaciencia.

—Laura… ¿tú has visto cómo me mira?

—¿Con hambre, rabia o miedo?

—Las tres.

—Entonces sí. Y eso solo tiene dos finales: o se lía parda, o acabas llorando en un baño con tu sujetador en el bolso.

—Me niego a cualquiera de las dos.

—Pues empieza a hacer yoga o a follarte a otro.

Me reí. Pero no sonó a risa. Sonó a "me estoy rayando, pero sonrío para que no cunda el pánico".

Cogí el café. Volví a mi sitio. Y me obligué a concentrarme en lo tangible: las entregas, los objetivos, las métricas.

Pero en el fondo, bajo el teclado y los informes… algo me decía que Héctor Valverde no era solo un jefe difícil, ni un polvo de fin de semana con traje. Era algo más.

Algo que no decía.

Y yo… estaba empezando a necesitar saberlo.

18

OLÍA A SECRETOS

Julia

El bar se llamaba Menta y lima, pero olía más a vino blanco y berenjena frita. Marta y yo nos sentamos en la terraza porque hacía buena noche y porque mi amiga quería ver pasar a la fauna urbana para comentar looks, culos y posibles errores vitales con pelo engominado.

—¿Y entonces? —preguntó cruzando las piernas con gesto dramático—. ¿Qué pasó exactamente?

—Comida con inversores. Él estaba serio. Más de lo habitual. Me tocó la pierna, se la aparté, le eché la bronca y después… llamada misteriosa.

—¿Qué clase de llamada misteriosa?

—Se apartó. Bajó la voz. Se le puso esa cara de "me cago en todo lo que he hecho en la vida". Luego colgó. Me miró como si yo hubiera estado a punto de descubrirle algo. No dijo nada más.

Mi amiga entornó los ojos.

—Tú sabes que eso huele a ex. O a lío no cerrado. O a mierda emocional sin recoger.

—Laura piensa lo mismo. Y lo peor es que me jode. No porque sea mi jefe. Ni porque me acostara con él. Dos veces. Me jode porque quiero saber qué coño pasa. Me jode porque me importa.

Ella alzó la copa de vino.

—Bienvenida al club de "las cosas que no queríamos que nos importaran, pero se nos han metido en las venas".

—En las bragas.

—Eso.

Brindamos. Yo con cara de "no es para brindar, pero gracias". Estaba confusa, alterada… y encima me había puesto mi vestido negro de "hoy no me voy a encontrar con nadie". Error de principiante.

Y entonces, apareció.

Javi.

De entre todas las esquinas de Madrid, eligió la nuestra.

Lo vi venir antes de que Marta lo notara. Mismo pelo, misma chaqueta de siempre, esa sonrisa de "no sé por qué te dejé, pero aquí estoy, en caso de que quieras reafirmarte en tu trauma".

—Está ahí Javi —murmuró mi amiga, viendo mi expresión.

—Lo he visto. ¿O por qué crees que es esta cara de estreñida?

—Porque quieres ir al baño.

—Sí, pero a vomitar.

—¿Quieres que me quite el zapato y se lo clave en el ojo?

—No. Solo no digas nada. Quizá pasa de largo.

Pero no pasó.

Claro que no pasó.

—Julia —saludó, sin más—. Qué casualidad.

—Muchísima —respondí, sin levantarme—. ¿Qué tal?

—Bien. Muy bien, de hecho. Estaba por aquí con unos amigos y… bueno, te vi.

Mentira. Yo no creo en las casualidades. Y mucho menos cuando el ex aparece recién peinado y con olor a colonia de sábado por la noche, después de que nuestro jefe lo echara del trabajo porque flirteaba conmigo.

—Me alegro. Ya conoces a Marta —dije, por protocolo, por vergüenza, o por vete tú a saber qué.

—¿Qué tal Marta? ¿Puedo sentarme…? —Señaló a mi lado.

—No —respondimos Laura y yo a la vez. Yo con una sonrisa cortés. Ella con la contundencia de una francotiradora.

—Vale —rio, incómodo—. Solo iba a saludar. Nada más.

—Saludos hechos. Puedes irte ya.

—Sigo siendo el malo, ¿eh?

—No. Ahora eres el innecesario. Peor.

Javi se quedó quieto un segundo. Esperando… algo. Una señal.

—¿En tu vida o en la oficina?

—En los dos. Oye, Javi, ya no tenemos nada que ver. No te lo tomes como algo personal. Bueno… sí.

—Esto no va a terminar así. Volveremos a vernos.

—En tus sueños.

Se dio la vuelta y se fue.

Marta soltó el aire como si hubiera aguantado la respiración durante una escena de Juego de Tronos.

—Estás que te sales —indicó—. Me has puesto cachonda y todo.

—Cállate.

—¿Quieres otro vino?

—Quiero respuestas. Pero sí, tráeme otro vino por si acaso no las consigo.

—¿Respuestas?

—Ese volveremos a vernos. Me ha sonado a venganza. Y yo no le he hecho nada.

Marta se levantó para pedirlo en la barra. Yo me quedé sola, mirando la copa, con la garganta seca y el pecho un poco más abierto. No por Javi. Por el contraste.

Porque Javi me había dolido por cobarde. Y Héctor me dolía por misterioso. Y no sé cuál de los dos dolía más.

Volví a casa caminando. Ni taxi, ni metro, ni Laura convencida de que durmiera en su sofá por si el bajón me pillaba a traición. No. Necesitaba aire. Y cansarme. Y ordenar lo que me quedaba de cordura entre los bolsillos.

La ciudad olía a fritanga, a viernes pasado y sábado a medio cocer, a conversaciones mal cerradas. Yo solo olía a mí. A rabia, atracción maldita y un poco de vino blanco por encima.

Subí las escaleras de mi edificio sin mirar el móvil.

No quería mensajes de nadie. Ni memes, ni audios de Laura ni de Marta, ni recordatorios de facturas. Solo quería algo de calma. O una excusa para no pensar. Pero claro… pensé.

Me lavé la cara. Me quité el vestido. Me puse una camiseta vieja y, mientras hervía el agua para una infusión que no iba a tomar, abrí el portátil.

Y escribí.

No un mensaje de WhatsApp. Ni una nota en el móvil. Un correo.

Formal. Medido. Sincero, en la forma exacta en la que una mujer intenta ser correcta cuando está a punto de decirle a su jefe que se

le desordena la vida con solo mirarlo.

Para: hvalverde@valcorp.com
Asunto: Sobre esta semana

Héctor,

No sé exactamente qué te pasa. Ni lo que arrastras. Tampoco es mi problema, lo sé.

Pero quería decirte que agradezco que hoy hayas entendido lo que necesitaba que entendieras.

Que me hayas mirado con distancia. Que no volvieras a cruzar ciertas líneas. Eso es importante. Para ti, para mí, para lo que sea que estemos intentando hacer en este maldito trabajo.

Me alegro de que hoy no hubiera roces innecesarios. De que te centraras en lo profesional. Espero que siga así.

Porque yo no sé jugar a medias. Y contigo… a veces no sé ni si estoy jugando.

Hasta el lunes,
Julia.

No lo firmé con saludos ni con cordialidades fingidas.

Solo lo leí una vez.

Dos.

Y lo envié.

No esperaba respuesta. No quería respuesta.

Pero necesitaba marcar una línea. Aunque por dentro ya supiera que la línea estaba hecha de papel mojado y deseo mal resuelto.

Me metí en la cama y cerré los ojos, dispuesta a dormir, a soñar con él o no. Quería descansar, sin embargo… escuché dos golpes en la puerta que me sobresaltaron.

19

Mis dudas cada cinco minutos

Héctor

Si fuera tan fácil no desearla, no tendría que recordarme cada cinco minutos que no puedo tocarla.

El correo estaba ahí desde las 23:47. Solo palabras que sabían a distanciamiento profesional y a amenaza personal. Julia había redactado cada frase sabiendo exactamente cómo hacer que me sintiera un cabrón con corbata… y lo peor de todo es que tenía razón.

La leí tres veces. Bueno, cuatro.

Me alegro de que hoy no hubiera roces innecesarios. De que te centraras en lo profesional. Espero que siga así.

Eso era un "mantente en tu sitio, Valverde". Lo decía con elegancia, pero me perforó los huevos igual. Me quedé mirando la pantalla, con el portátil abierto y el whisky sin tocar, como un idiota. O peor aún, como un idiota enamorado.

No lo estoy. No estoy enamorado. Mi oscuro corazón no puede amar a nadie.

Cerré el ordenador de golpe, me fui a la cama y dormí como el culo. Soñé con su risa, con su cuello, con esa noche en el coche y con mis dedos volviendo a su cuerpo como si tuvieran memoria propia.

Amanecí duro.

No de mal humor. Duro literalmente.

—Mierda —murmuré, dándome una ducha fría que no hizo ni cosquillas a mi estado mental (ni a mi polla, que parecía tener vida propia cada vez que pronunciaba "Julia").

A las ocho ya estaba en el despacho, café en mano, carpeta abierta, y el móvil sobre la mesa. Fingiendo productividad mientras repasaba el correo como si en algún párrafo oculto dijera "por cierto, te echo de menos follándome".

No lo decía.

Pero esa parte de "no sé ni si estoy jugando"... joder.

Ahí estaba la trampa.

Porque yo tampoco lo sabía.

Y para colmo de males, Lorenzo Gómez, un idiota de revisiones apareció en escena a las nueve y cinco.

Joder, me ponía celoso de cualquier hombre que se acercara o preguntara por ella.

—¿Te importa si la secuestro media hora? —le preguntó a Carolina, la coordinadora de marketing, mientras se acomodaba el portátil bajo el brazo.

¿Secuestrarla?

Secuéstrame tú los huevos, Gómez.

Desde mi despacho los vi irse a la sala pequeña y… salir sin Julia. Me extrañó. Me levanté y caminé hasta allí a comprobar qué pasaba.

—¿Dónde está Serrano? —pregunté en el pasillo, con el tono seco que todos identificaban como "no me hagas perder el tiempo".

Laura, que estaba cargando una carpeta contra el pecho, me miró con gesto nervioso.

—No ha venido, señor Valverde.

—¿Está enferma?

—No lo sabemos. No ha llamado. Tampoco ha contestado a los mensajes.

Me detuve un instante. Julia Serrano no era perfecta, aunque ella misma creyera lo contrario, pero nunca había faltado sin avisar. Jamás. Su puntualidad era casi irritante. Siempre estaba ahí, con la lengua afilada y ese brillo en los ojos que me obligaba a recordarle quién mandaba.

Algo no cuadraba.

Me encerré en mi despacho, intenté seguir con los informes, pero las letras se disolvían delante de mis ojos. La silla vacía de la sala de al lado me taladraba la mente.

Abrí el móvil y marqué su número.

Tono. Tono. Nada. Volví a intentarlo. Nada.

Al tercer intento me contestó el buzón de voz.

—Julia… —mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—. Contesta.

Colgué. No me gustaba la sensación que me recorría la piel. No era solo preocupación. Era una mezcla sucia de rabia y miedo. Y yo odiaba el miedo.

Me levanté de golpe. Cogí las llaves del coche. El chófer me miró sorprendido cuando le indiqué que íbamos a la dirección de Julia. No estaba en el plan del día, pero me importaba una mierda.

El edificio donde vivía era anodino, un bloque gris que contrastaba con la energía que desprendía ella. Subí los peldaños de dos en dos y llamé al timbre. Nada. Golpeé con el puño.

—Vamos, Serrano… abre la maldita puerta.

Esperé. Ni un ruido dentro. Me incliné hacia la puerta, como si pudiera atravesarla con la mirada. Silencio.

Una puerta se abrió al otro lado del pasillo. Una vecina, de esas que viven pendientes del mundo ajeno.

—¿Busca a Julia?

Giré la cabeza.

—Sí. ¿La ha visto esta mañana?

—No. Pero anoche la oí discutiendo con un hombre. Joven.

El dato me dejó helado. El fuego me salía por los ojos.

—¿Sabe algo más?

La mujer negó con una sonrisa entre divertida y preocupada. Cerró la puerta.

Bajé las escaleras maldiciendo en voz baja. Entré en el coche y marqué su número de nuevo. Contestador.

—Mierda —gruñí, golpeando el asiento de delante con el puño.

Di instrucciones al chófer de recorrer la ciudad. Llamé a Laura, otra de mis empleadas, ella sabría de Julia más que yo.

Primero, la cafeterías en las que desayunaba a veces. Pregunté al camarero. Nada.

Después, el parque donde corría los domingos. Vacío.

Luego, un par de bares. Nadie la había visto.

Cada lugar sin rastro suyo me crispaba más. Yo, que podía cerrar tratos de millones con una firma, incapaz de localizar a una mujer en una ciudad. Y no una mujer cualquiera: ella. La única capaz de sacarme de quicio y, a la vez, de mantenerme vivo.

Aparcamos en un barrio más alejado. No sabía por qué había ordenado ir allí, solo un instinto sucio. Caminé entre callejones, buscando con la mirada algo que me dijera que estaba cerca. Nada. Pregunté a un camarero, a un par de tipos que fumaban apoyados en una pared. Nadie sabía nada.

Volví al coche con el pulso acelerado. Abrí el móvil. Empecé a escribirle un mensaje. Lo borré. Escribí otro. Lo borré también. Al final, dejé que la rabia guiara mis dedos:

Si no contestas en diez minutos, muevo cielo y tierra para encontrarte. Y sabes que puedo hacerlo.

Lo envié.

Esperé. Minuto tras minuto. Nada. La pantalla vacía era peor que cualquier insulto.

Me pasé las manos por el pelo, exasperado. Notaba la tensión en cada músculo, la mandíbula al borde de quebrarse. Yo no perdía el control. Nunca. Y ahora lo había perdido por completo.

La imagen de Julia se repetía en mi cabeza: su boca mordaz, sus ojos desafiantes, esa forma de caminar como si todo el mundo estuviera bajo sus pies. Y ahora estaba desaparecida.

El chófer me miraba desde el asiento delantero. Sabía que pensaba que me había vuelto loco. Quizá tenía razón.

Marqué otra vez. Y otra. El mismo resultado.

Me incliné hacia atrás en el asiento, respirando con violencia. El aire de Madrid parecía más espeso, me asfixiaba.

No recordaba la última vez que me había sentido así. Jamás. Ni siquiera en los momentos más negros. Esos habían dolido, pero de una forma fría, calculada. Esto era diferente. Esto me estaba consumiendo.

La posibilidad de que Julia estuviera en problemas me taladraba la cabeza. Y la peor parte era la certeza de que yo no podía hacer nada más que seguir buscándola.

Abrí el móvil otra vez. Empecé a rastrear contactos. Podía llamar a Marco. Podía movilizar recursos. Y lo iba a hacer. Porque no pensaba quedarme de brazos cruzados mientras ella desaparecía de mi radar.

—Dónde coño estás, Serrano… —susurré, con la voz cargada de rabia y algo más. Algo que no quería nombrar.

Y supe que, pasara lo que pasara, no iba a detenerme hasta encontrarla.

20

Me arden las venas sin ella

Héctor

Lo intenté todo antes de llegar a ese punto. Llamadas, mensajes, contactos, incluso mover discretamente a un par de hombres de seguridad de la empresa. Julia no estaba en ninguna parte. Y cada hora que pasaba, la angustia se me clavaba más hondo en el estómago.

No podía seguir así. Necesitaba una pista. Un nombre. Una dirección.

Laura me habló de Marta, la mejor amiga de Julia, así que llamé a la primera de nuevo para que me diera más datos.

Marqué el número de Marta a continuación:

—¿Sí? —contestó con una voz que destilaba suspicacia.

—Soy Héctor Valverde.

Silencio al otro lado. Luego, una carcajada incrédula.

—Venga ya. ¿Qué broma es esta?

—No tengo tiempo para bromas. —Mi tono salió tan seco que la carcajada murió en seco—. Necesito saber dónde vive la familia de Julia.

—¿Y por qué debería decirte eso? —espetó a la defensiva.

Me mordí la lengua. Podía amenazarla. Podía aplastarla con la voz. Pero si lo hacía, cerraría la puerta de golpe. Necesitaba controlarme, aunque cada fibra de mi cuerpo me gritara lo contrario.

—Porque Julia ha desaparecido. —Las palabras salieron como piedras—. Y si tú sabes algo, más vale que me lo digas ahora.

Silencio otra vez. Respiración entrecortada. La imaginé mordiéndose una uña.

—No sé dónde está —murmuró—. No ha contestado a mis mensajes. Pero… su madre vive en las afueras. Una casa baja, cerca de la estación.

—Dame la dirección.

—No pienso dártela hasta que me expliques qué coño pasa.

—No tengo que explicarte nada. —Mi paciencia se agotaba—. O me das la dirección ahora mismo o voy a tener que sacar la información de otra manera. Y no te va a gustar.

El silencio se alargó unos segundos. Luego, me dio la dirección de mala gana, entre insultos murmurados.

—Héctor… —Marta habló de repente, recordando algo—. Nos encontramos a Javier, su ex, ese que has despedido sin contemplación. La amenazó.

—¿A qué cojones te refieres?

—Le dijo algo así como que se volverían a ver. No me gustó. A ella tampoco. Pero no le dimos importancia. Ese es un gilipollas de mucho cuidado. Habla mucho y hace poco, pero… —Colgué sin despedirme y la dejé con la palabra en la boca.

Pedí a Natalia, mi asistente, que había vuelto a Barcelona, que me enviara inmediatamente los datos y la dirección del exnovio de Julia. Fue fácil ir a su casa y encontrarlo. Abrió sin preguntar quién era.

En cuanto la rendija mostró su cara, lancé el puño. El golpe le partió el aire de la boca y lo mandó hacia atrás, directo contra la pared del recibidor.

—¡Joder! —Javier se llevó las manos a la nariz, que empezó a sangrar de inmediato—. ¿Estás puto loco?

Lo seguí dentro sin pedir permiso, cerrando la puerta de un empujón.

—¿Dónde está Julia?

—¿Qué? —jadeó, aturdido.

Lo agarré del cuello de la camisa y lo estampé contra la pared.

—No me hagas repetirlo. ¿Dónde coño la tienes?

—¡No sé de qué hablas! —escupió sangre al suelo—. No la he visto desde hace días.

—Mentira. —Apreté más—. Te vieron con ella la noche que desapareció.

Se revolvió, intentando zafarse.

—Yo… yo solo me crucé con ella. ¿Eso es un crimen?

Le di otro puñetazo, esta vez al estómago. Se dobló sobre sí mismo, tosiendo.

—Si le has hecho algo, te entierro con mis propias manos.

—¡No sé nada, joder! —gritó, cayendo de rodillas. Su cara era un desastre rojo—. ¡Pregúntale a quien quieras, pero no soy yo!

Me quedé quieto, respirando como un toro. Quería destrozarlo, pero también quería respuestas. Y cada vez que lo miraba, veía a un gusano, no a un secuestrador.

—Si mientes, te encontraré. —Mi voz salió helada, sin gritos, más peligrosa que cualquier amenaza.

Él me sostuvo la mirada entre lágrimas y sangre.

—Estás enfermo, Valverde. Voy a denunciarte.

Me incliné, cerca de su cara.

—Denúnciame. La policía sabe que no me toca.

Lo solté con brusquedad y lo dejé caer al suelo. Javier se quedó jadeando, temblando, mientras yo me giraba hacia la puerta.

No había encontrado nada. Ninguna señal de Julia en ese piso. Ninguna pista que me dijera que estaba mintiendo. Pero tampoco podía descartar nada. Salí cerrando de un portazo. Bajé las escaleras de dos en dos con el pulso todavía disparado. Si Javier no era, alguien más lo era. Y lo iba a descubrir, aunque tuviera que abrir cada puerta de esta ciudad a golpes.

El coche arrancó con un chirrido en el asfalto. Yo iba al borde de la combustión. Y le di al chófer otra dirección.

La casa de los Serrano era modesta. Una fachada encalada con persianas verdes, un pequeño jardín delantero y una verja oxidada. Nada que ver con los lugares en los que yo me movía.

Toqué el timbre con más fuerza de la necesaria.

Tardó en abrirse. Finalmente apareció una mujer de mediana edad, el pelo recogido con horquillas y un delantal manchado de harina. Los ojos de Julia, pensé de inmediato. La misma chispa, aunque apagada por años de cansancio.

—¿Sí? —preguntó, sorprendida al verme.

—Soy Héctor Valverde. —Me presenté con frialdad—. Trabajo con su hija.

Su gesto se tensó. Un destello de alarma cruzó sus facciones.

—¿Ha pasado algo?

—No ha ido a la oficina. Ni ha contestado al teléfono. Vengo a preguntarle si sabe dónde está.

Me abrió la puerta. Pasé al salón, pequeño, con muebles antiguos y olor a café recién hecho.

—Julia no está aquí. —La mujer evitaba mi mirada—. Seguramente estará con alguna amiga.

—No. —Mi voz fue un látigo—. Ya he preguntado. No está con ninguna amiga.

Su madre parpadeó, nerviosa.

—De verdad, señor Valverde… no sé qué decirle.

Avancé un paso. Me incliné hacia ella, clavándole la mirada.

—¿Y si deja de fingir? Usted sabe algo. Lo noto. Lo está escondiendo.

Ella apretó los labios. Un gesto mínimo, pero lo suficiente para confirmarlo.

—Yo no… —titubeó.

—Escúcheme bien. —Mi voz salió tan baja que sonó más peligrosa que un grito—. Si su hija está en problemas y usted no me dice nada, estará firmando su sentencia.

La mujer me miró horrorizada. No por mis palabras, sino porque sabía que eran verdad.

—No quiero meterla en líos —susurró.

—Ya está en líos. —Me enderecé—. Y cuanto más tarde en hablar, peor será. —Ella bajó la mirada. Sus manos temblaban alrededor del delantal—. Señora Serrano —dije, con el hielo recorriéndome las venas—. Entiendo la lealtad familiar. Pero yo no soy un hombre paciente. Y si Julia está en peligro, lo último que querrá es tenerme en contra.

Ella me miró entonces. Y vi en sus ojos algo que no me gustó: miedo. No hacia mí. Miedo por lo que pudiera estarle ocurriendo a

su hija.

Me aparté. No iba a conseguir nada más. Ella sabía. Intuía. Pero no hablaría.

Salí de la casa sin despedirme. El aire frío me golpeó en la cara, y por primera vez en mucho tiempo me sentí… impotente.

Yo, que podía doblar empresas enteras a mi voluntad, no era capaz de arrancar una sola palabra a una madre aterrada.

Me subí al coche y cerré los ojos. La rabia me ardía por dentro y, bajo ella, la sensación de que estaba perdiendo a Julia.

Quería arder en el infierno. Y lo peor era que ya me estaba consumiendo en él.

21

Tengo que encontrarla

Héctor

El coche devoraba el asfalto, pero no avanzaba lo suficiente para calmarme. Julia seguía desaparecida. Cada minuto que pasaba sin noticias de ella era un golpe en mi cabeza, un recordatorio de que por primera vez en años no tenía el control. Yo, que siempre manejaba los hilos, que podía levantar y hundir empresas con un gesto, me encontraba ahora vacío de recursos. Todo lo que movía no servía para lo único que me importaba.

La conversación con su madre había sido inútil. Había miedo en sus ojos, lo suficiente para confirmar que sabía más de lo que decía, pero no soltaría prenda. Y yo no podía forzarla más. No todavía. Así que salí de aquella casa con una certeza clavada en el pecho: Julia estaba con alguien. Un hombre. No sabía quién. No sabía dónde. Y lo peor es que no sabía si estaba con él por voluntad propia o porque no le quedaba otra salida.

Golpeé el reposabrazos del coche, incapaz de contenerme. El chófer me miró de reojo, pero no dijo nada. Tenía la prudencia de los que prefieren sobrevivir al humor de un jefe como yo.

Saqué el teléfono. Otra llamada. El mismo resultado: buzón de voz. Volví a intentarlo, como si insistir pudiera cambiar el destino. Nada. La escuché respirar en mi cabeza, burlona, como hacía siempre que discutíamos. Y esa imagen me quemó por dentro.

Abrí el correo, revisé el historial de direcciones, busqué entre los archivos personales de la empresa cualquier dato que pudiera conducirme a algún sitio. Julia no dejaba huellas. Todo lo que debía

estar en orden, lo estaba. Todo lo demás era un vacío que ahora me dejaba ciego.

La rabia me mordía la garganta. Quería verla aparecer en mi despacho, desafiante, con esa sonrisa insolente que me ponía contra las cuerdas. Quería discutir con ella. Quería que me gritara. Lo que fuera, menos este silencio que me devoraba.

Pedí a Nike (un nombre clave) que se reuniera conmigo en un café discreto, lejos de la oficina. Él llegó como siempre, impecable, traje oscuro, expresión neutral. Sabía que no iba a juzgarme en voz alta, aunque me conocía demasiado bien.

—Necesito que encuentres a alguien —fui directo. Él alzó una ceja.

—¿A quién?

—Julia Serrano.

Su silencio me incomodó. Nike no era hombre de muchas palabras, pero sí de preguntas afiladas.

—¿Desaparecida?

—No ha ido al trabajo, no contesta al teléfono, no está en casa, no está con su familia. La última pista que tengo es que alguien la visitó anoche. Un hombre.

—¿Y qué sabes de él?

—Nada. —Me incliné hacia él, casi gruñendo—. Y no soporto no saberlo.

Nike me observó con calma, una que me ponía de los nervios cuando yo estaba al borde de perder la cabeza.

—Si quieres, puedo mover un par de contactos. No será oficial, claro.

—Hazlo. Y rápido.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

Lo miré fijamente. No había límite. Julia no era un negocio, no era un contrato. Era otra cosa. Algo que no sabía explicar, pero que me hacía capaz de arrasar con lo que fuera necesario.

—Hasta el final —contesté.

Nike asintió, como si la respuesta fuera la única posible.

Cuando se fue, pedí un whisky doble aunque aún era media tarde. Lo bebí de un trago. Necesitaba quemar la impaciencia.

El recuerdo de la voz de su madre volvió a mí. "Un hombre". No había dicho más. Pero lo suficiente para hundirme en conjeturas. ¿Quién era él? ¿Alguien del pasado de Julia? ¿Un amante oculto? ¿Un cabrón que había venido a pedirle algo y se la había llevado por delante?

La idea de que estuviera con otro por elección me abrasaba. Pero la idea de que estuviera en peligro me destrozaba. No sabía cuál me dolía más.

Pedí otro whisky. Y entonces decidí que no iba a quedarme sentado. Me levanté, dejé un billete arrugado en la mesa y salí a la calle.

La ciudad me recibió con demasiado ruido. La recorrí como un animal enjaulado, buscando en cada esquina una señal suya. Entré en un par de bares más, pregunté, observé. Nada. El vacío empezaba a tomar forma de castigo.

Volví al coche con la sensación de que me estaba volviendo loco. Julia había conseguido eso: sacar al demonio de su jaula. Y ahora ya no había vuelta atrás.

Apoyé la frente en el cristal, mirando las luces difusas. Me pregunté en qué estaría pensando ella, si estaba bien, si pensaba en mí. Y me odié por la debilidad que me invadía. No era yo. No debía serlo.

Pero lo era.

El Dios que todos creían preocupado por una mujer. El chiste era tan absurdo que casi me reí.

Cerré los ojos. Y juré que, cuando la encontrara, nada volvería a ser igual.

22

Oscuridad

Héctor

El móvil vibró en mi mano cuando estaba a punto de decirle al chófer que diera otra vuelta a la manzana. Número oculto. Respondí sin pensarlo.

—Valverde.

—Nike —contestó una voz metálica, limpia, sin un matiz de más —. No puedo hablar mucho. Has pedido un rastreo.

—Lo quiero ahora.

—No hago milagros. Hago trabajo fino. Último ping del teléfono de tu chica, hace cuarenta y dos minutos. Afueras, polígono viejo, salida 17. Antena rebotada en tres torres. Margen de error, doscientos metros.

—Dame algo más.

—No te va a gustar: zona caliente, almacenes con puertas nuevas y ventanas ciegas. Movimiento nocturno. No hay cámaras de la ciudad, las han tapado con pintura. Si vas, no vayas con corbata.

—Mándame las coordenadas.

—Ya las tienes. Y Valverde —añadió—: si encuentras lo que creo que vas a encontrar, no entres solo.

Colgó. Miré la pantalla. Las coordenadas parpadeaban como un insulto.

—A la salida 17 —ordené.

El coche salió disparado. Me quité la corbata y la dejé hecha un nudo en el asiento. Allí, la ciudad cambiaba de piel. Del centro brillante pasamos a la periferia con naves medio en ruinas, grafitis, farolas que parpadeaban por puro cansancio. El polígono estaba medio muerto y, sin embargo, respiraba. Olor a aceite viejo, a caucho, a chatarra. Y algo más.

—Espera aquí —ordené al chófer cuando nos detuvimos frente a una hilera de persianas metálicas recién pintadas. Tres furgonetas aparcadas sin logotipos, un par de motos apoyadas sin candado, música grave filtrándose por una rendija.

No era lugar para preguntar con educación.

Me ajusté las mangas, guardé el móvil y caminé hacia la puerta central. Golpeé con los nudillos, una vez. No obtuve respuesta. Repetí, más fuerte. Un cerrojo se corrió por dentro y asomó un ojo por una mirilla.

—Está cerrado —gruñó alguien.

—Vengo a recoger algo que es mío —respondí.

—No vendemos objetos perdidos ni novias.

—No he hablado de novias —sonreí sin alegría—. He hablado de deudas.

La mirilla se cerró. Se oyó otra vez el cerrojo. La puerta se abrió apenas, lo justo para que un tipo ancho, con sudadera y manos como palas, me evaluara de arriba abajo. Su mirada se detuvo en mis zapatos. No eran de ese barrio, correcto. Tampoco lo era yo.

—No es noche de visitas —gruñó.

—Para mí, sí.

Método uno: dinero. Método dos: miedo. Método tres: combinación en orden variable. Incliné la cabeza y di medio paso dentro. Olía a plástico, a sudor y a polvo colado en los pulmones.

—No has dicho la palabra mágica —murmuró el portero.

—Te doy dos: efectivo y discreción.

Le dejé ver el filo de la cartera. No fue suficiente. Me bloqueó con el antebrazo. No sonrió.

—Aquí la palabra mágica es otra.

—Llama a quien mande —repliqué—. Dile que soy Lucifer. Que no vengo a comprar ni a vender. Vengo a llevarme a alguien y no pienso repetirlo.

La mención de mi apodo hizo su trabajo, pero a su manera. No reconocimiento; precaución. El tipo dudó. Una voz llegó desde dentro, seca:

—Déjale pasar, Brando.

Brando. Originalidad cero. Me hicieron un pasillo.

La nave era más grande de lo que parecía desde fuera. Luz amarilla, estanterías con cajas blancas sin etiquetas, dos balanzas, una mesa de acero y cuatro hombres entretenidos cortando charlas, no mercancía. Humo espeso. Al fondo, una puerta abierta y un brillo de azulejos. Agua corriendo.

Y entonces la vi.

Julia estaba de pie, junto a una mesa lateral, la mandíbula tensa, una coleta mal hecha que dejaba mechones sueltos sobre la frente. Había barro en el dobladillo de sus vaqueros. Las manos crispadas alrededor de una mochila.

Se me aflojó algo en el pecho y se me tensó al mismo tiempo. El cuerpo reacciona más rápido que la cabeza.

—Vámonos —dije.

Giró el rostro despacio. Cuando sus ojos chocaron con los míos, hubo un instante de electricidad que no voy a describir. Ella no abrió

la boca. Tampoco me sonrió. No vino a por mí. No dio ni un paso.

—No he terminado —soltó, con la voz baja y ese filo que me pone al borde de incendiar edificios enteros.

—Has terminado —negué—. Coge tu bolso.

—No.

El no me impactó más que una bala. Di un paso hacia ella. Dos de los hombres se interpusieron como piezas de ajedrez defendiendo al rey. No aparté la vista de Julia.

—No me obligues a repetirlo delante de esta gente.

—No me des órdenes aquí —replicó—. No son tus dominios.

—Todo es mío si lo necesito.

—Hoy, no.

Me odió un segundo, y ese segundo fue un cuchillo. Miré alrededor, evaluando. El tipo que había hablado desde dentro se acercó. Alto, delgado, camiseta negra pegada al cuerpo y sonrisa de manual. El jefe provisional, o el que cobraba por aparentarlo.

—¿Problemas de pareja? —se burló.

—Llamémoslo logística —respondí.

—Ella tiene una transacción pendiente —explicó, mirándola con interés clínico—. Cuando acabe, que haga lo que quiera. Hasta entonces, es… —se detuvo, buscando una palabra.

—Invitada —terminé por él—. Qué detalle.

—Las palabras cuestan menos que las cosas —sonrió.

Me acerqué medio paso. El portero, Brando, tensó los hombros. El delgado alzó un dedo, teatral.

—Tranquilo, tiburón. No hacemos daño a chicas listas. Vienen, arreglan lo suyo y se van.

No me gustaba ese plural. Ni el tono paternal. Ni el sudor en la nuca de Julia.

—¿Cuánto? —pregunté.

Julia fue una flecha:

—No vas a pagar nada.

—No te he preguntado a ti.

El delgado chasqueó la lengua, divertido.

—No es dinero —recitó—. Es otra cosa.

—Entonces es miedo —puse tono neutro—. Y el miedo cambia de dueño con bastante facilidad.

—¿Me amenazas en mi casa? —su sonrisa perdió lustre.

—Te informo —corregí—. Y te doy dos opciones: ella sale conmigo ahora o mañana cierran esta calle, dos furgones se aparcan en tu puerta y media docena de licencias municipales pasan una auditoría express con mis abogados de la mano. ¿Quieres que siga?

Nos medimos sin pestañear. Julia contuvo el aire. Brando se recolocó la sudadera. El delgado se agachó como si buscara algo debajo de la mesa y soltó la risa con un giro de cuello.

—Qué carácter. Me caes bien. —Alzó la mirada hacia Julia—. ¿Este es tu novio, reina?

—No —cortó ella. Demasiado rápido.

—Peor para ti —replicó él, sin apartar la vista de mí—. Porque este no se va sin ti.

Di otro paso. Ya estábamos a una distancia peligrosa. Podía oler tabaco barato, colonia de supermercado y algo metálico. El delgado

levantó la mano abierta, conciliador de pega.

—Tranquilos, que hoy soy magnánimo. —Se volvió hacia Julia—. Te haces cargo de lo que te pedí en cuarenta y ocho horas. Ni una más. No me gustan los retrasos. Y tú —me señaló con la barbilla— te la llevas ya si te hace ilusión. Pero recuerda el reloj.

—No firmo plazos con fantasmas —corté.

—No hace falta que firmes nada. —Sonrió de medio lado—. Ya lo ha hecho ella.

Quise arrancarle esa sonrisa, pero no venía a eso. Venía a sacarla. Punto.

—Julia —la llamé—, nos vamos.

Se quedó quieta un latido que se me hizo eterno. Luego, por fin, asintió. Se colgó una mochila del hombro. Pasó a mi lado sin tocarme. El roce de su perfume me arrebató esa falsa calma que me había costado construir.

—Brando —avisó el delgado—. Acompaña a los novios a la puerta.

Nos escoltó con un andar pesado. En la entrada, Brando hizo un gesto con la barbilla hacia la mochila de Julia.

—Registro rápido.

—Ni hablar —salté.

Julia apretó los dientes. Bajó la cremallera ella misma y mostró el interior. Ropa, una cartera, una botella de agua, un cargador. Nada que interesara. Brando se apartó.

Salimos. El aire de fuera era frío, sucio, mejor que el de dentro. El chófer nos vio y se enderezó en el asiento, aliviado. Abrí la puerta trasera. Julia dudó. Me miró de frente.

—No tenías que venir —inquirió.

—No vuelvas a desaparecer —la amenacé.

—No eres mi dueño.

—Tampoco tú el mío. Y aquí me tienes.

Se subió. Yo di la vuelta al coche. Antes de meterme, el móvil vibró otra vez. Nike.

—¿Viva? —preguntó, sin saludo.

—La tengo.

—Bien. No vuelvas allí esta noche.

—No pienso.

—No me cuentes cuentos. —Se oyó el clic de un mechero al otro lado—. Te dejo un dato: en la nave, además del jefe de escaparate, trabaja otro tipo. No le vi la cara en las cámaras de la calle —pausa —, pero lleva una sudadera gris con capucha y una moto naranja aparcada a dos manzanas. Matrícula acabada en JN.

—¿Un nombre?

—Ninguno. Solo que es alto, zurdo y habla bajo. —Otra calada—. Y que ella no iba por drogas. Iba por alguien.

—Ya lo he visto.

—Entonces ya sabes dónde estás metido. —Se cortó la línea.

Entré en el coche. Cerré. El interior olía a cuero y a su champú. Durante unos segundos, ninguno habló. Mentira; hubo demasiadas palabras sin pronunciar dando golpes por dentro.

—¿Vas a mirarme así todo el trayecto? —rompió ella, sin apartar la vista de la ventanilla.

—Estoy decidiendo qué parte de mí merece más la bronca: la que quiere gritarte o la que quiere encerrarte en mi casa y ponerte un guardián en la puerta.

—Qué romántico.

—No vengo a darte flores.

—Vaya novedad.

Me giré hacia ella. Tenía la piel tersa, apenas un raspón en la muñeca. Ninguna marca grave. La furia se me recolocó un centímetro más abajo.

—¿Quién es él? —pregunté.

—Un asunto mío.

—Mío, desde que te metiste en una nave a la que no perteneces.

—No perteneces tú tampoco y has entrado con… ¿Lucifer? ¿Así te llaman? Qué casualidad. Yo te llamo casi de la misma forma.

—El miedo abre puertas. Los apodo que provienen del infierno también. El tuyo las cierra cuando te empeñas en tocar los timbres equivocados.

—No me des lecciones, Héctor.

—Dime el nombre.

—No.

La negativa me atravesó de nuevo. Me incliné apenas, lo justo para invadir su espacio. Su barbilla subió en desafío. El pulso se me aceleró en los oídos.

—Si me obligas a buscarle sin tu ayuda —dije despacio—, tardaré más y haré daño. A él, a su entorno, a ti. Y odias deberme cosas, recuerda eso.

—Ya te debo demasiadas —susurró, y lo dijo con un cansancio que no le conocía.

No supe qué contestar. Di una dirección al chófer: mi edificio. Ella se tensó.

—A mi casa —protestó.

—A la mía. —No dejé espacio para discusión—. Necesito ver que respiras durante más de diez minutos seguidos.

—No soy tu perro.

—Eres la única persona en esta ciudad que consigue que me olvide de respirar. Me parece un trato justo.

Apartó la mirada. La vi tragar. La vi dudar. No me regaló un sí. Tampoco un no. A veces el consentimiento es un gesto de hombros que se relaja.

Recibí un mensaje de Nike al mismo tiempo: *Cuidado con la moto naranja. La han movido. Se quedó a dos calles, ahora no está. Ojos abiertos.*

Bajé la vista hacia la pantalla. No se lo enseñé a Julia. Bastante tenía.

El coche se detuvo en el garaje de mi edificio. Bajamos. Subimos en ascensor sin rozarnos. El aire estaba tan cargado que podría haber encendido un cigarro con el ambiente. Abrí la puerta y le dejé paso. Entró con la mochila pegada a la cadera.

—Ducha, comida, cama —enumeré—. Elige el orden.

—Dignidad —contestó—. La dejo para mañana.

—Te queda. Y te sobra.

Se detuvo en el pasillo. Me dio la espalda un segundo, apoyó la frente en la pared, respiró hondo y volvió a levantarla. No habló. No hizo falta. Me bastó con verla entera.

—Héctor —dijo al fin, sin aditivos—. Gracias.

No sonreí. No sé hacerlo en estas circunstancias.

—Prométeme que no se repetirá que tenga que buscarte por los polígonos de la ciudad.

—No prometo nada.

—Entonces no te dejaré sola.

—Tampoco prometas imposibles.

La miré. Llegado a ese punto, nada me parecía un imposible.

El móvil vibró otra vez. Nike: *Una cosa más. La gente de esa nave no es la gente que decide. Son mensajeros. El hombre al que buscas no estaba allí. Estaba cerca. Y te vio entrar.*

Apagué la pantalla. Había un reloj funcionando en alguna parte y no era el de la pared. Era el plazo invisible que ese imbécil delgado nos había vendido con voz suave. Teníamos cuarenta y ocho horas para una deuda que no conocía.

Julia cruzó hacia el baño. La escuché quitarse la coleta, abrir el grifo. El ruido del agua llenó la casa, mejor sonido que cualquier excusa.

Me quedé en el salón, en penumbra, con la corbata abandonada sobre el sofá. Noté la sangre aún caliente en las manos. No era mía. Era la de todos los escenarios que estaban a punto de ponerse en marcha.

No sabía quién era él. Solo sabía que existía, que hablaba bajo, que llevaba sudadera gris y que me había mirado desde algún rincón con la misma certeza con la que yo miro a mis presas.

Pensé en llamar a Nike otra vez. No lo hice. Tenía lo bastante por hoy.

Fui hasta el pasillo. La puerta del baño estaba entornada. No entré. No la miré sin permiso. Esperé. Yo podía con todo. Más si era por ella. Porque si ella había firmado algo, lo rompería en su nombre. Y si ese hombre creía que iba a esconderla en naves donde

se apagan cámaras, iba a aprender la diferencia entre manejar calles y manejar una ciudad entera.

A mí no me reciclan con pintura en las farolas. A mí se me abre o se me teme.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos un instante. No había tregua. Solo negociación.

Escuché el agua y su respiración al otro lado y tuve la convicción de que esa noche íbamos a dormir mal, pero vivos. Mañana ya veríamos quién firmaba los plazos.

Por primera vez desde la mañana, el infierno dentro de mí bajó medio grado. Lo justo para pensar. Lo justo para empezar la caza.

23

Todos tenemos secretos

Héctor

La cocina olía a ajo dorado y vino blanco reduciéndose en la sartén. No era mi escenario habitual, pero necesitaba ocupar las manos para que la cabeza no me estallara. Corté pan, abrí una botella de vino y dispuse dos platos como si llevara años haciendo aquello. Ridículo: yo, el hombre que no cena con nadie, preparando una mesa de dos.

El agua de la ducha dejó de sonar. Mi pulso se disparó antes de verla. Cuando apareció en el umbral, con el pelo húmedo pegado a las sienes y una de mis camisetas demasiado grande para su cuerpo, sentí el vértigo de quien sabe que ya no manda sobre sí mismo.

—¿Me has robado ropa? —pregunté mientras servía vino.

—Estaba a mano —respondió y se encogió de hombros. La tela apenas le cubría los muslos. No lo hizo por mí. Y quizá por eso me incendió.

Se sentó frente a mí. Comió despacio. Yo no probé bocado al principio; solo observé la manera en que jugaba con el tenedor, la curva de sus labios al humedecerlos con el vino.

—Julia —rompí el silencio—. Necesito que me digas su nombre.

Ella levantó la vista. No parpadeó.

—No tienes por qué…

—Lo tengo. —Me incliné hacia ella—. Si no me lo dices, lo descubriré igual. Y cuando lo haga, lo mataré.

El golpe de la palabra quedó flotando entre los dos. Ella tragó saliva.

—No entiendes nada.

—Entiendo que alguien te ha llevado a un sitio donde podías haber terminado dentro de una caja o bajo tierra. Entiendo que había hombres que no deberían tocar ni tu sombra. Y entiendo que si vuelves a desaparecer así, arderá media ciudad.

Julia dejó el tenedor sobre el plato. Me sostuvo la mirada con una determinación que pocas veces había visto en nadie.

—Si te digo su nombre, no puedes matarlo.

—No prometo eso.

—Héctor… —Su voz bajó un tono. El sonido de mi nombre en su boca me partió en dos—. Se llama Ignacio Serrano.

El aire se espesó. Serrano. El apellido me atravesó como un cuchillo helado. Levanté la copa y la dejé sin probar.

—¿Serrano? —repetí.

—Es mi hermano.

Hubo un segundo en que creí que me estaba mintiendo. Quise pensar que era un apellido común, una coincidencia absurda. Pero sus ojos no mentían.

—Explícalo —ordené.

Julia respiró hondo.

—Ignacio eligió ese mundo hace años. No cayó en él, lo buscó. Desde que recuerdo, siempre quiso más dinero, más poder, más todo. Jugaba con fuego en cada negocio, y un día casi quema lo más importante: a nuestra madre.

La imagen me golpeó sin haberla visto: una madre expuesta a los delirios de un hijo que vende hasta su sangre.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—La puso de aval en una operación sucia. Ni siquiera nos lo contó. Cuando todo estalló, la casa, la vida de ella, todo lo que teníamos estuvo en peligro. Tuvimos que mover cielo y tierra para salvarla. Y él… él ni siquiera se disculpó. Se fue. Eligió ese camino y nos dejó atrás. Yo lo desterré de mi vida esa noche. —Se le quebró la voz un instante, pero lo recompuso con rapidez—. No he vuelto a llamarle hermano desde entonces.

Me incliné hacia atrás. Procesaba. Serrano. Ignacio Serrano. El jefe. El hombre detrás de la nave.

—Y ahora ha vuelto a por ti.

—Sí.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Por qué demonios haría eso?

—Porque necesita mi ayuda.

—¿Y por qué tendrías que ayudarlo?

—Porque sigue siendo mi hermano. Y, aunque lo odie, no puedo borrar el apellido que compartimos.

La furia me recorrió como lava.

—Ese hombre no merece tu lealtad.

—No la tiene. Pero mi familia sí. Y… no quiero que nos vuelva a poner en peligro.

Apoyé las manos sobre la mesa. Me incliné hacia ella hasta que no hubo distancia suficiente para fingir.

—Escúchame bien, Julia. Si ese cabrón vuelve a tocarte, lo mato. Y si se acerca a tu madre, también.

—No puedes decidirlo tú.

—Ya lo he decidido.

Ella apretó los labios, frustrada. El fuego que nos quemaba desde el primer día volvió a estallar. No lo detuvimos.

Me levanté. Rodeé la mesa. La tomé del brazo y tiré de ella hasta que se levantó. Su cuerpo chocó contra el mío y entonces dejé de hablar.

Nuestros labios se encontraron como dos cuchillas chocando. No fue un beso dulce. Fue una guerra. Fue todo lo que habíamos estado conteniendo y que ahora se derramaba sin pedir permiso.

Su boca sabía a vino, a rabia, a miedo, a algo que ya no podía soltar. Mis manos se deslizaron bajo la camiseta que llevaba puesta, mi camiseta, y la sentí temblar. No de frío.

La empujé hacia el sofá. Cayó sobre él, y yo encima. No hubo palabras. Solo respiraciones agitadas, dedos desesperados, el roce de la tela rendida.

Nos deshicimos de la ropa entre mordidas y jadeos. La alfombra fue testigo de cómo la ciudad podía esperar, de cómo el infierno se congelaba un instante para dejarnos arder en paz.

La penetré con un gruñido contenido, y ella me recibió con las uñas clavadas en mi espalda. Cada movimiento era una promesa rota, un juramento nuevo, una condena compartida.

Gritó mi nombre y lo absorbí como si fuera aire. Yo lo pronuncié en su oído como si fuera una plegaria.

Cuando nos derrumbamos sobre la alfombra, sudorosos, exhaustos, sentí algo que no quería admitir.

Estaba enamorado. Y no era una victoria. Era una sentencia. Porque la oscuridad que me envuelve no perdona a nadie. Y ahora amenazaba con arrasar también a Julia y todo lo que ella era.

24

Desearla. Protegerla

Héctor

Le cubrí los hombros con la manta y me quedé un rato sosteniéndola, aún desordenada y preciosa, con el pulso volviendo a su sitio bajo mi mano. Le besé la frente, la nariz, la comisura de la boca. No tuve prisa. El salón respiraba en calma y yo por fin encontraba una utilidad a las mantas que siempre deja la señora de la limpieza dobladas en el reposabrazos: taparla, guardarle el calor, hacer de ancla cuando el mundo aprieta.

—Vas a coger frío —murmuré y le acomodé la camiseta que me había robado del cajón.

—Tú eres un calefactor con patas —replicó con un hilo de voz que me aflojó el pecho.

Fui a por agua. Al volver, le levanté la barbilla con dos dedos y le acerqué el vaso. Bebió sin apartar la mirada de la mía. Tenía las pestañas pegadas por el vapor de la ducha, la piel encendida por nosotros, el pelo enredado pidiendo paciencia. Se la di. Le recogí un mechón detrás de la oreja. Me quedé ahí, con el pulgar rozándole la mejilla.

—No vas a salir de mi casa —aseguré.

—No pienso hacerlo, al menos esta noche —contestó, terca y frágil al mismo tiempo—. Vamos a estar un rato en paz.

—Todo el rato que haga falta.

Me senté a su lado en el sofá y la atraje a mi pecho. Cabía entera. Me sorprendió lo sencillo que era el gesto. No suelo ofrecer esta clase de cobijo; doy órdenes, no espacio. Ella apoyó la oreja sobre

mi esternón y marcó ritmo con los dedos en mi costilla. Me pidió con ese toque que no me moviera. Obedecí.

—Cuando te he visto en la nave, he pensado que iba a matarte —susurré—. Y antes tenía que matarlos yo.

—Ya me lo has prometido un par de veces —me pinchó, cansada —. Que vas a matar a todo el mundo. —La sonrisa que me arrancó fue breve y necesaria. Le besé el nacimiento del pelo.

—Hablo en serio.

—Lo sé. Y ahora dime algo que no sea un plan. —Subió la cara y me apuntó con la mirada—. Dime algo que no pueda darle trabajo a tu abogado.

—Tengo miedo de ti —admití—. Me quitas la cabeza de su sitio.

—Eso es lo mejor que has dicho en todo el día.

—Y lo peor.

—No tengas miedo de mí, Héctor. Ten miedo de los tuyos.

—Ya lo tengo —confesé sin adornos—. Mi mundo no sabe cuidar. Solo sabe obtener.

—Entonces enséñale.

Me tragué la réplica fácil. Ella se merecía algo más que mi sarcasmo. Le llevé la muñeca a la boca y le besé el raspón que había descubierto en la nave. Lo toqué con delicadeza. Tenía la piel fina ahí, un hilo rojo que no me gustaba nada.

—¿Te duele?

—Me duele un poco todo —sonrió con los ojos—. Pero estoy bien.

—No basta con estar bien. Quiero que estés a salvo.

—Nadie está a salvo.

—Yo te pondré a salvo —insistí, terco, estúpido, enamorado.

No lo dije, pero se me notó. Ella me lo leyó en la garganta. Lo vi en la forma en que respiró, honda, como quien guarda una palabra en un bolsillo. Tocó mi boca con los dedos, muy despacio.

—No me apagues —pidió.

La arropé mejor. Le pasé la manta sobre las piernas, le encajé el talón bajo mi muslo para que no se le enfriaran los pies. Le di otro trago de agua. Todo pequeño, doméstico, íntimo. Me quedé mirándola como quien intenta memorizar un lugar antes de irse a la guerra.

—Cuando tenía veinte años —empecé, sin saber por qué—, confundí amar con poseer. Me costó una década desaprenderlo. Luego construí paredes. Detrás de cada pared, una puerta cerrada. Nunca dejé que nadie las abriera.

—Vaya currículo —bromeó y aun así no apartó la vista.

—Hoy has cruzado todas.

—No me vuelvas a echar la culpa de tu arquitectura.

—Te doy las llaves. Haz con ellas lo que quieras. —Lo dije y me noté respirar distinto.

No hizo chistes. No huyó. Se incorporó lo justo para apoyarse en mi hombro, su boca a la altura de mi cuello. Me besó la piel con un cuidado que no conocía en ella. Un mapa en miniatura. El beso que te prometen con la mirada cuando todavía no existe prisa. Cerré los ojos un segundo para que el resto de mi cuerpo no estropeara el momento con urgencias que ya habíamos domado.

—No eres buena idea para mí —musité contra su pelo.

—Tú tampoco para mí —susurró—. Y aquí estamos.

—Aquí estamos.

Nos callamos para que el cuarto trabajara a nuestro favor. El rincón de la lámpara encendida dejaba una luz suave en su clavícula. Deslicé la yema del dedo por ahí, bajé hasta el esternón, subí otra vez. Ella dejó escapar un sonido que me colocó el mundo en su sitio. No pedía. Aceptaba. La besé con calma, lamiendo el borde de su boca, sosteniéndole la nuca, dándole tiempo. Su lengua respondió con menos furia y más intención. Aprendíamos otro idioma.

—Te vas a quedar dormida —advertí.

—Haz que me duerma —pidió con una sinceridad que me partió.

La acomodé de lado, encajé mis piernas con las suyas, le cubrí el vientre con la palma, templada, firme, en esa caricia que baja la revolución sin quitarla. Noté cómo su respiración se hacía más lenta. De vez en cuando abría los ojos y me encontraba mirándola. No aparté la vista. Quería que supiera que podía quedarse aquí sin pedir permiso.

—Héctor.

—Dime.

—Si mañana sales a buscar a Ignacio, no quiero enterarme por terceros.

—Te avisaré antes de cada paso.

—Y si vas a tirar de hilos que puedan manchar a mi madre, paramos.

—Ni una salpicadura.

Asintió. Se estiró un poco más. Le subí la manta hasta la barbilla. Le besé esa barbilla porque estaba ahí y porque soy hombre de hábitos nuevos: besar cuando antes mandaba callar. Me escuché pensar una frase que no había pensado jamás: ojalá tarde en amanecer.

—¿Cuándo te diste cuenta? —preguntó de pronto.

—¿De qué?

—De que me querías.

No corrí a negar la palabra. No la travestí con eufemismos. Dejé que se quedara en el aire, redonda.

—En el coche, cuando no contestabas. —No me tembló la voz—. Me ardió todo. Corrí toda la ciudad sin saber por qué. Luego te vi en esa nave y entendí el motivo.

—Tarde —bromeó flojito.

—A tiempo —corregí.

Ella giró la cara y me besó el pulso. Me dolió de dulce. Sentí el tirón en el estómago que te deja fuera de combate y sin embargo conviene más que cualquier anestesia.

—Yo no sé si… —empezó, y no la dejé acabar.

—No digas nada que te obligue. Hoy no. Hoy solo duermes. Mañana me maldices, pasado me echas a patadas, el viernes me pides pasta de dientes. Ya veremos.

—Eres idiota —rio bajito, agradecida—. Y peligroso.

—Soy tu idiota peligroso. —Me obligué a sonreír—. Edición limitada.

—No te acostumbres.

—Ya estoy acostumbrado.

Le acaricié la cadera bajo la manta, lento, hasta notar que el cuerpo tomaba confianza. Me acerqué a su oído.

—Júrame una cosa.

—¿Otra?

—Que si te asustas, me lo dices. No huyas hacia la nave equivocada.

—Te lo digo —prometió—. Pero tú júrame que si yo me asusto, no te conviertes en incendio.

—Haré humo —cedí—. Y una señal para que me encuentres.

—Hecho.

Se me escapó una risa corta. Le rocé la nariz con la mía. Le di un beso largo, de esos que te acomodan el alma y te bajan el pulso. Su mano subió a mi mandíbula. No apretó, sostuvo. Me rendí ahí, contra sus dedos.

Ella fue quedándose dormida a pellizquitos de sueño. A cada parpadeo, una rendición mínima. Antes de irse del todo, me miró con esa mezcla que me deja huérfano y lleno.

—No me sueltes —pidió.

—No pienso.

—Aunque te odie.

—Sobre todo entonces.

Asentó. La vi cruzar al otro lado con una calma nueva. Me quedé vigilando. No soy religioso, pero velé aquella cama improvisada con una fe que no me conoce. Aseguré la alarma del piso, activé el sistema de cámaras del portal, revisé con el pulgar la app que Nike me había dejado instalada para duplicar su señal. No por control; por supervivencia. Volví a su lado antes de que el colchón del sofá perdiera su forma con mi ausencia. Le recoloqué la manta. Le besé la sien. Le prometí en voz tan baja que solo mi pecho la oyó:

—Vas primero.

No lo había dicho en mi vida. Nunca. Ni a una empresa, ni a un trato, ni a un apellido. A ella sí. Y en cuanto lo admití, se me

encendió el miedo viejo: el que avisa que la oscuridad cobra intereses. Visualicé a Ignacio tirando de contactos, a la moto naranja rondando, a esos hombres de manos sucias repasando nombres en una mesa de acero. En mi mundo, el cariño es munición. En el suyo, moneda. Ninguna de las dos opciones me gustaba.

Le besé otra vez la frente, más abajo después, con una devoción que no pienso permitir que nadie me arranque. Si mi parte más negra viene a por ella, tendrá que pasar por encima. Y yo no sé perder cuando protejo lo que me pertenece. No en el sentido de antes. En el de ahora: no eres mía, te elijo. Te elijo contra lo que me construyó.

Cerré los ojos para escuchar mejor cómo respiraba. Firme, larga, tranquila. Me dejé arrastrar por ese ritmo sin entregarme del todo al sueño. Afuera, Madrid se estiraba. El reloj del pasillo avanzaba sin preguntarnos. Teníamos cuarenta y ocho horas y una promesa nueva. La envolví con el brazo, la apreté un poco, y ahí, en el sofá que jamás pensé usar para algo que no fuera trabajar en madrugada, me descubrí soñando despierto con una vida que no he permitido nunca.

La besé por última vez antes de rendirme a medias.

—Buenas noches, Serrano —susurré—. Mañana, a por el mundo. Luego, a por nosotros.

25

Sábanas frías. Corazón caliente

Julia

Me desperté y lo primero que hice fue estirar la mano hacia el otro lado de la cama. Vacío. Sábanas frías. Ni rastro de Héctor Valverde. No recordaba cuándo habíamos dejado el sofá. Héctor debió llevarme hasta su dormitorio en brazos.

Mi estómago se encogió con una mezcla ridícula de preocupación y mala leche. Abrí los ojos de golpe, repasando mentalmente la noche anterior. La ducha, su camiseta puesta sobre mi piel, la cena improvisada, la conversación, el beso, el sofá, la alfombra… Y él. Tan dentro de mí que todavía sentía su peso en cada músculo. Y ahora… nada.

—Genial —gruñí abrazando la almohada que aún olía a él.

Me levanté, pisando el mármol helado, y crucé el dormitorio de aquel piso sacado de una revista de lujo. No era un piso, era una declaración de poder: cuatro cuartos de baño, techos altos, ventanales que hacían que Madrid se extendiera bajo tus pies como si fueras la reina de todo. O su rehén.

—¿Héctor? —llamé, a sabiendas de que nadie respondería.

Recorrí el pasillo, abrí puertas. Un salón donde cabía medio Ikea, un despacho con más libros de leyes que un tribunal, un gimnasio privado. Nada. El cabrón había desaparecido.

El pánico me rozó la garganta. ¿Y si había decidido que lo nuestro había sido un error? ¿Y si me había dejado aquí tirada como a una aventura de una noche? ¿Y si ha ido a por Ignacio y ha incumplido su palabra…?

Héctor Valverde no incumple su palabra.

Pero El Anticristo sí.

Me debatía internamente.

—Que no cunda el pánico, Julia —me reprendí, sacudiendo la cabeza.

Volví al dormitorio y me vestí deprisa con la ropa sucia de ayer. Qué más me daba. No pensaba quedarme esperando como una estúpida en un ático vacío. Abrí la puerta para marcharme justo cuando la cerradura giró desde fuera.

—¿A dónde cojones vas? —la voz grave de Héctor llenó el pasillo.

Me quedé congelada con la mano en el pomo. Él entraba, impecable en un vaquero oscuro y chaqueta de cuero, con una bolsa en la mano y esa mirada de "si me provocas, te derrumbo".

Vaqueros. Chaqueta de cuero. El Anticristo en versión sexy. Babeé. Babeé mucho.

—¿Y tú dónde coño estabas? —le disparé antes de que su tono me descolocara.

Su ceja se arqueó, peligroso. Me gustaba cuando se ponía así, aunque me sacara de quicio.

—He ido a por café y desayuno —contestó enseñando la bolsa.

—¿Perdona? ¿Tú? ¿En serio? ¿No podías ordenar a alguien que lo trajera? Es lo que sabes hacer, ¿no? Dar órdenes desde tu trono.

La tensión flotó entre nosotros. Él cerró la puerta despacio, dejando la bolsa sobre la consola de la entrada. Sus pasos resonaron en el suelo como tambores de guerra hasta detenerse frente a mí.

—¿Estabas preocupada? —me susurró, casi divertido.

—Estaba cabreada. —mentí descaradamente.

Su sonrisa ladeada me delató.

—Claro —murmuró y se inclinó un poco—. Cabreada.

Nuestros labios se buscaron sin permiso. El beso estalló con más hambre que reproches. Fue un choque, una explosión, una maldita rendición. Me empujó suavemente hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra la encimera de la cocina. Yo me reí entre sus labios.

—Eres insoportable.

—Y tú eres mía.

El roce de sus manos en mi cintura fue suficiente para que mi cuerpo olvidara cualquier queja. Subí sobre la encimera y lo atraje hacia mí. Él me abrió las piernas con la seguridad de un hombre que ya conocía todos mis límites y aún quería atravesarlos.

La ropa dejó de importar. Sus dedos tiraron de mi jersey, mis uñas arañaron su cuello. El mármol frío bajo mis muslos contrastaba con su piel ardiendo.

—¿Sabes qué es lo jodido? —jadeé mordiéndole la mandíbula.

—Que no puedes resistirte.

—Que no quiero resistirme.

Héctor gruñó contra mi boca, y después ya no hubo más palabras. Solo el sonido de su respiración enredada en la mía, mi espalda arqueándose sobre la encimera, su cuerpo clavándose al mío con una intensidad que no admitía dudas.

Me corrí con su nombre atrapado en mi garganta, y él me siguió poco después, con un golpe seco de placer que nos dejó temblando y riendo al mismo tiempo.

Apoyé la frente en su hombro, aun jadeando, y sentí cómo sus manos me rodeaban la cara.

—Eres un desastre, Serrano.

—Y tú eres el Anticristo. —contesté, sonriendo con las piernas todavía temblorosas—. Qué buena pareja hacemos.

26

Desayuno y sexo

Julia

Nos quedamos un momento abrazados contra la encimera, sudorosos, con la respiración como metralla en una guerra sin tregua.

—Tengo un moratón seguro en la cadera —resoplé e intenté apartarme de su pecho.

—Lo compenso con el desayuno —respondió, y esa sonrisa suya, maldita, me desarmó un segundo.

—Ah, claro. —Me bajé despacio de la encimera y me recoloqué el jersey, aunque ya no tenía arreglo—. Tú todo lo arreglas con croissants y café.

Él recogió la bolsa que había dejado tirada y sacó una caja de bollería que parecía salida de una pastelería francesa. La colocó sobre la mesa de la cocina con un gesto demasiado solemne para el momento.

—No todo, pero casi.

Me reí, incapaz de contenerlo. La tensión se disolvió lo justo para que el aire dejara de pesar. Cogí un croissant, le di un bocado enorme y le guiñé un ojo.

—No está mal. Para ser un demonio con corbata, sabes elegir bollería.

—El mérito es de la panadera.

—Ya, y la culpa de todo lo demás es mía, ¿no? —le devolví con la boca llena.

Me miró con esos ojos oscuros que me hacen sentir desnuda incluso vestida. Se acercó de nuevo, apoyó la mano en la mesa y se inclinó hacia mí, tan cerca que podía contar las líneas de su mandíbula.

—La culpa es nuestra. Y me encanta.

El beso que siguió fue más lento, más profundo, un hilo invisible que nos ataba en silencio. No había prisa. Por primera vez en mucho tiempo, no sentí que tuviera que escapar de nada.

Nos sentamos a desayunar como si fuéramos una pareja normal, lo cual era la mentira más grande del universo. Yo, con las piernas cruzadas en la silla, él con el móvil a un lado, ignorándolo por completo. Durante unos minutos, fingimos que éramos simples. Café, bollos, risas a medias. Él quitándome las migas de la comisura de los labios con el pulgar y yo mordiéndoselo a propósito.

Pero claro, la paz con Héctor Valverde nunca dura.

Cuando terminé el café, lo vi demasiado pensativo. El tipo que nunca se calla cuando se trata de dar órdenes, ahora rumiaba en silencio. Y eso, viniendo de él, era mucho más inquietante.

—Vale, canta —dije, cruzando los brazos—. ¿Qué coño te pasa?

—Nada.

—Ah, perfecto. Pues me voy tranquila. —Rodé los ojos y empujé la taza hacia el centro de la mesa—. ¿De verdad crees que me lo voy a tragar?

Alzó la mirada, esa que me atraviesa como un disparo.

—¿Me vas a interrogar después de lo de la encimera?

—No mezcles. —Me incliné hacia adelante—. No solo has ido a por el desayuno.

El silencio se estiró un poco más. Demasiado. Me estaba empezando a poner de los nervios.

—Héctor —insistí, con la mandíbula apretada—. Dime la verdad.

Se recostó en la silla, exhaló como quien admite la derrota y se pasó una mano por el pelo.

—He hablado con mi informante. Abajo.

La palabra me encendió todas las alarmas.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Mientras tú dormías. —Su tono era seco, sin espacio para discusión—. Tenía que saberlo.

Me incorporé, los ojos fijos en los suyos.

—¿Saber qué?

Él no contestó de inmediato. Estaba midiendo cada palabra, y eso era peor que un grito.

—Lo que quiere Ignacio.

El nombre de mi hermano cayó entre nosotros como una losa. Tragué saliva y procuré no mostrar el temblor que me recorría.

—¿Y qué quiere? —pregunté, aunque temía la respuesta.

Héctor se inclinó hacia mí, apoyando los codos en la mesa. Sus labios rozaron los míos sin besarme, su voz fue un susurro afilado.

—¿Me lo dices tú… o te lo digo yo?

27

Arrancarme la verdad

Julia

No sabía cómo empezar. Tenía la boca seca, las manos inquietas y a Héctor mirándome como si pudiera arrancarme la verdad sin que yo la pronunciara. Había algo en él que no perdonaba las pausas: el silencio era un campo de batalla y yo ya estaba perdiendo.

—¿Me lo dices tú, o te lo digo yo? —repitió, con esa voz grave que no admitía réplicas.

Aparté la mirada hacia el café frío sobre la mesa. Mi reflejo en la superficie era el de una mujer acorralada. Inspiré hondo y, cuando volví a mirarlo, decidí que no podía seguir jugando.

—Ignacio no quiere dinero.

La ceja de Héctor se arqueó apenas.

—Sigue.

—Quiere que trabaje para él.

—¿Cómo?

Me mordí el labio, odiando el sabor a confesión que me llenaba la boca.

—Que me infiltre. En otra banda.

El silencio que siguió fue tan denso que sentí que podía cortarlo con el cuchillo que había junto a los croissants. Héctor se recostó en la silla y cruzó los brazos. La calma en su gesto era peor que el estallido del rayo.

—Explícate.

—Necesita a alguien como yo. Una mujer que pase desapercibida, que parezca fuera de ese mundo. Que no despierte sospechas. —Mis palabras salieron atropelladas, como si cuanto antes lo soltara, antes terminara la tortura—. Quiere que me haga pasar por una nueva colaboradora y que gane la confianza de esa gente.

—¿Esa gente quién? —su voz me atravesó como un cuchillo.

—Una organización rival. No me dio nombres, pero sé que están creciendo, que tienen un pie metido en negocios que a Ignacio le quitan el sueño.

Héctor apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia mí. No gritó. No le hizo falta.

—¿Y tú pensabas aceptar?

—No. —Negué rápido, dolida de que lo creyera—. No pienso hacerlo.

—Entonces ¿por qué no me lo dijiste anoche?

Me mordí la lengua. Porque temía su reacción. Porque Héctor Valverde no entiende de medias tintas: o arrasa o protege. Y temía que hiciera ambas cosas a la vez.

—Porque necesitaba… procesarlo —admití bajando la voz.

—No. —Su mirada ardía—. Porque todavía no has decidido del todo.

El golpe me dejó sin aire. ¿De verdad creía eso?

—¿En serio? —me incorporé, furiosa—. ¿Crees que yo me voy a meter en esa mierda solo porque Ignacio lo pida? ¿Después de todo lo que nos hizo?

Él no contestó. Y su silencio fue el peor insulto.

—Joder, Héctor —bufé empujando la taza de café—. No soy idiota.

Se levantó de golpe. La silla chirrió contra el mármol. Rodeó la mesa hasta quedar frente a mí. Yo también me puse en pie, aunque sabía que era inútil. Siempre parecía más grande, más fuerte, más… todo.

—No eres idiota, Julia. Pero eres su hermana. Y eso te jode el juicio. Y lo harías por tu madre.

—¿Y tú qué sabes de hermanos?

La pregunta salió disparada antes de que pudiera detenerla. Un destello extraño cruzó sus ojos, como un recuerdo que no quería nombrar. Se acercó aún más.

—Sé que la sangre es la cadena más difícil de romper. —Sus dedos rozaron mi barbilla, obligándome a sostenerle la mirada—. Y sé que Ignacio cuenta con eso.

Me estremecí. Porque era verdad. Porque en el fondo, por muy rota que estuviera nuestra relación, por muy cabrón que fuera mi hermano, yo seguía llevando su apellido.

—Quiere usarme —admití al fin, sintiendo que las palabras me liberaban y me ataban a la vez—. Cree que soy la pieza perfecta para colar en su tablero. Y no sé cómo decírselo a mamá. Ni cómo detenerlo.

Héctor me observó midiendo cada grieta de mi piel. Después me sujetó la cara con ambas manos y me besó. No con deseo, sino con furia contenida. Un beso que sabía a juramento.

—No vas a hacer nada de lo que ese cabrón te pida.

—Ya lo sé.

—No, Julia. Escúchame bien. —Su voz bajó a un susurro helado —. Si Ignacio vuelve a acercarse a ti con esa idea, no habrá

infiltración. Habrá entierro.

Mi corazón se desbocó. No porque dudara de que lo dijera en serio, sino porque lo decía con demasiada convicción.

—No puedes matarlo.

—No me pongas a prueba.

Me aparté un paso, respiraba con dificultad. La distancia me permitió recuperar algo de lucidez.

—Si haces eso, me pierdes a mí también. —La amenaza me salió temblorosa, pero firme. Él lo notó.

—No lo entiendes —replicó—. No es una opción. Ignacio no juega. Ignacio mata. Y si te quiere en medio de esa guerra, no pienso esperar a que dispare.

—Entonces piensa. —Me crucé de brazos—. Porque yo tampoco voy a ser la excusa para que te conviertas en un asesino.

La rabia nos rodeó como humo. Me giré hacia la ventana para que no viera el nudo en mi garganta. El reflejo me mostró a Héctor detrás de mí, oscuro, amenazante y, sin embargo, la única persona en la que confiaba.

—¿Sabes qué es lo peor? —ni me giré—. Que parte de mí entiende lo que dice Ignacio. Parte de mí quiere acabar con todo de una vez.

Él me abrazó por la espalda. Me pegó contra su pecho y hundió la cara en mi cuello.

—No voy a dejar que te pierdas en eso.

—¿Y si ya estoy perdida?

Me dio la vuelta con brusquedad, me besó otra vez, como si la respuesta estuviera en su boca. Me dejé arrastrar, aunque el miedo seguía latiendo dentro.

Cuando por fin se apartó, sus ojos estaban más oscuros que nunca.

—Ignacio quiere usarte. Perfecto. Pues ahora va a descubrir lo que pasa cuando intenta jugar con lo que es mío.

Sentí el vértigo de sus palabras. "Lo que es mío." No sabía si quería gritarle o besarle. Elegí callar, porque sabía que la tormenta apenas estaba empezando.

Me quedé mirándolo, todavía con el pulso desbocado, y tuve la sensación de que, si seguíamos así, acabaríamos montando un drama digno de Sálvame Deluxe. Y no, gracias. Yo no me había enamorado para eso.

Ea, ya está, me lo admití. A mí. A él aún no.

—Escúchame bien, Serrano. —Héctor habló despacio, con esa autoridad que debería darme alergia pero que, maldita sea, me ponía un poco—. No vas a infiltrarte en nada, no vas a seguir el plan de tu hermano y tus padres estarán a salvo.

—¿Así, de golpe? ¿Con un chasquido de dedos? —arqueé una ceja, incrédula.

—Con un Valverde de por medio. Lo arreglaré.

—Suena muy a "yo lo valgo" versión demonio —me burlé, apoyando los codos en la mesa—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Eso es cosa mía.

—Ah, claro. Misterio, testosterona y corbatas. Tu combo favorito.

Héctor se inclinó, pegando su frente a la mía.

—Lo único que necesitas saber es que no volverás a ver a Ignacio. Y que no tendré que matarlo para conseguirlo.

—Vaya, qué detalle. —Puse los ojos en blanco, aunque la sonrisa se me escapó sola—. Gracias por no asesinar a mi hermano. Todo un

gesto romántico.

Él rio por lo bajo, ese sonido grave que hace que mi estómago haga huelga de dignidad.

—Eres insufrible.

—Y tú eres mandón. Nos compensa.

Intenté apartarme, pero me sujetó por la muñeca y me obligó a quedarme cerca. Muy cerca.

—Julia. Te prometo que no tendrás que preocuparte más por él.

—¿Promesas del Anticristo? Eso debe venir con cláusula en letra pequeña.

—La cláusula es simple: confía en mí.

Bufé, porque sabía que era lo más difícil que podía pedirme. Y, sin embargo, cuando me miraba así, casi me daban ganas de firmar un contrato con sangre.

—Vale. Te daré un voto de confianza. Uno. —Levanté un dedo delante de su cara—. Si la cagas, me llevo el croissant y no vuelvo.

—Eso sí que no. —Se inclinó hasta rozarme la boca con la suya—. El croissant se queda.

—Idiota.

Me besó. Yo me dejé besar, con ese calor que empezaba suave y terminaba subiéndome por las piernas. Y cuando me quiso sentar otra vez en la encimera, puse la mano en su pecho.

—Ni se te ocurra. Bastante tiene mi culo con lo de antes.

Se echó a reír, auténticamente divertido, y me arrastró hacia él hasta que me encontré pegada a su torso.

—Está bien. —Me acarició la cintura, lento, como si eso no fuera igual de peligroso que la encimera—. Entonces lo arreglamos en el

sofá.

—¿Y el desayuno?

—El desayuno eres tú.

Rodé los ojos, pero ya estaba riéndome. Porque con Héctor era imposible mantenerse seria demasiado rato. Entre amenazas de guerra y croissants, acababa sacándome sonrisas aunque quisiera morderle.

Y, por un segundo, incluso me creí que todo se arreglaría.

28

Enamorada como una adolescente

Julia

El móvil empezó a vibrar sobre la mesa del salón mientras yo mordisqueaba lo que quedaba del croissant. Número guardado, nombre en pantalla: Marta.

Suspiré. Dudé un segundo, porque sabía lo que venía: la tercera guerra mundial en versión mejor amiga. Pero al final deslicé el dedo y contesté, porque estaría muy preocupada por mí.

—¿Sí?

—¡Por fin, tía! —estalló la voz de Marta al otro lado—. ¿Quieres dejar de desaparecer como si fueras agente secreta? Me tenías acojonada.

Me mordí el labio y miré de reojo hacia el pasillo, donde se adivinaba la puerta del despacho de Héctor cerrada a cal y canto. Seguro que estaba ahí dentro, con su traje invisible de emperador malvado, gobernando el mundo desde un portátil.

—Estoy bien.

—Ya, y yo soy Beyoncé. Suéltalo ya. ¿Dónde estás?

Tragué saliva.

—En el piso de Héctor.

El grito que pegó Marta seguro que hizo saltar las cortinas en mi barrio.

—¡¿Qué?!

—Shhh. —Me reí bajito, aunque sentía que me ponía colorada como una adolescente—. Que sí, que estoy aquí.

—Vale, espera. —Se escuchó un portazo al otro lado—. Empieza desde el principio.

Me acomodé en el sofá, recogí las piernas bajo mí y dejé que la voz de Marta hiciera de banda sonora.

—Ignacio volvió a aparecer.

El silencio fue inmediato, denso. Después, un insulto que me ahorró tener que pronunciarlo yo.

—Ese hijo de puta.

—Sí.

—¿Qué quería?

—Que trabajara para él.

—¿Trabajar? ¿En qué?

Le conté lo del plan, la infiltración, lo de hacerme pasar por alguien en otra banda. A medida que hablaba, Marta soltaba "madre mía", "no me lo puedo creer" y más insultos creativos de los que sería incapaz de inventar yo sola.

—Ese cabrón está loco. —concluyó, indignada—. Y tú… ¿qué has hecho?

—Nada. Se lo he contado a Héctor.

—Vale, espera. —Se oyó un jadeo al otro lado—. ¿Estás diciéndome que, además de querer meterte en un marrón de mafias, has dormido en casa del Anticristo y le has contado lo de tu hermano?

—Sí.

—Julia, tía, contigo no hay quien se aburra.

Solté una risa floja.

—Gracias. Me esfuerzo.

—No, en serio. ¿Qué ha dicho él?

Me mordí el labio otra vez.

—Que lo arreglará. Que no voy a tener que hacer nada. Y que mis padres estarán a salvo.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más.

Marta bufó.

—Tócate los ovarios. A ti te aparece un problema y el Anticristo te saca un decreto ley en versión infierno.

Reí, porque era exactamente la sensación.

—Y añadió que no volveré a ver a Ignacio.

—Vale, eso sí que me gusta.

Me quedé callada unos segundos. Tenía otra cosa que contar, pero me daba pudor. Marta, por supuesto, lo notó.

—¿Qué más? Suelta, que te conozco.

—Me dijo… —tragué saliva—. Me dijo que está enamorado de mí.

El chillido que soltó fue peor que el anterior.

—¡¿Quéééééé?!

—Sí. Así. Tal cual.

—No. Repite la frase exacta, necesito el texto.

—Me importas de más —confesé, bajando la voz como si Héctor pudiera oírme desde el despacho.

Marta chilló otra vez.

—¡Me muero! ¡El puto Anticristo enamorado! Julia, esto es histórico. Voy a abrir una botella de vino solo para celebrarlo.

Me tapé la cara con la mano.

—Eres tonta.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. No estoy preparada para decirlo.

Hubo una pausa. Marta no me juzgaba, nunca lo hacía. Pero sabía que estaba pensando rápido.

—Vale. No pasa nada. No tienes que decirlo aún. Pero… ¿lo sientes?

Me quedé mirando el ventanal enorme que daba a Madrid. Las luces de la ciudad parecían otro cielo. Suspiré.

—Sí. Y es lo que más me asusta.

Marta se quedó callada un momento. Después, con esa voz suya de amiga sabia y cabrona a partes iguales, sentenció:

—Pues disfrútalo, joder. Que ya habrá tiempo de dramas. Y dame detalles gráficos. ¿Habéis follado de verdad? Digo fuera de un coche o limusina.

—¿De verdad quieres que te lo cuente ahora? La facilidad que tenemos para cambiar de tema.

—¡Sí! Por supuesto. Estoy mentalmente preparada: copa de vino en mano, velita encendida, el gato fuera del salón. Dale.

Rodé los ojos, pero no pude evitar reírme.

—Pues… sí. Marta…

—Dime que fue porno con glamour.

—Fue… —me mordí el labio, recordando la noche— intenso. Muy intenso.

—Ajá. Traducción: estás andando con las piernas flojas.

—¡Cállate!

Ella se echó a reír.

—Perdona, perdona. Es que esto es demasiado bueno. El Anticristo, el jefazo supremo, perdiendo los papeles contigo. Oye, ¿y cómo lo hace? ¿Todo muy "señor oscuro" o se comporta como un humano normal?

Me tapé la cara con la mano, colorada como un tomate.

—Marta, por Dios.

—¡Eh! No te avergüences. Estoy orgullosa de ti. —Pausa dramática—. Aunque… espero que usara condón, porque imagínate el drama: Hola, mamá, me he quedado embarazada de Satanás.

Me atraganté con mi propio aire de la risa.

—Eres idiota.

—Lo sé. Y tú también, porque se te nota la voz. Estás coladita.

Me mordí la lengua. El silencio que hice le dio la respuesta que ella buscaba.

—¡Lo sabía! —gritó—. Julia Serrano, la mujer que juró que no volvería a meter la pata con hombres trajeados, se ha enamorado de su jefe.

—No lo he dicho.

—No hace falta.

Suspiré, recostándome en el sofá. El móvil me calentaba la oreja.

—No puedo decirlo. No todavía.

—¿Por qué?

—Porque si lo digo en voz alta, es real. Y ya sabes lo que pasa cuando algo es real: se rompe.

Marta se quedó callada. Sabía cuándo no apretar más. Después de un par de segundos, cambió de táctica.

—Bueno, mientras tanto disfrútalo. Haz que te invite a cenas caras, róbale todas las camisetas y gástale el champú de gama alta.

Me reí.

—Eso último ya lo he hecho.

—¡Sabía que eras de las mías! —rio ella también—. Oye, ¿y qué tal es su piso?

Miré alrededor. El salón parecía sacado de una revista de lujo, todo mármol, madera oscura y ventanales gigantescos.

—Es… enorme. Tiene más cuartos de baño que yo zapatos.

—Vale, me acabas de dar ganas de odiarte.

—Ya me odias de serie, cariño.

Seguimos riendo, hasta que escuché pasos en el pasillo. El corazón me dio un vuelco. Héctor.

—Mierda —susurré.

—¿Qué pasa?

—Que creo que me está oyendo.

—Pues mejor. Así se entera de que estoy de tu lado.

Me giré justo cuando la puerta del despacho se abrió. Y ahí estaba: Héctor, traje chaqueta sin corbata, mangas remangadas, con el móvil en la mano y esa cara de "lo he oído todo".

—Tengo que colgar —dije atropellada.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Marta al otro lado—. Ponlo en altavoz.

—¡Adiós, Marta! —Colgué antes de que pudiera seguir.

Me quedé de pie en medio del salón, con el móvil aún en la mano y Héctor mirándome como si supiera perfectamente de qué habíamos hablado.

—¿Pasándolo bien? —preguntó con calma peligrosa.

Me mordí el labio, intentando mantener la compostura.

—Cosas de chicas.

Se acercó despacio, guardando el móvil en el bolsillo.

—Cosas de chicas, ¿eh? ¿Y qué exactamente? ¿Croissants, pintauñas o la parte en la que le cuentas a tu amiga lo que hacemos en mi sofá?

Abrí mucho los ojos, roja como un semáforo.

—¡Tú estabas escuchando!

—Yo estaba trabajando. —Se encogió de hombros, con una sonrisa torcida—. Que tengas la voz alta es otra cosa.

—Eres un cabrón.

—Y tú una bocazas.

Me atrapó por la cintura antes de que pudiera apartarme, y me besó borrabdo cada palabra que había pronunciado al teléfono. Yo, evidentemente, dejé de resistirme en cuestión de segundos.

29

Siento lo que nunca

Héctor

La escuché reír con Marta y, durante un momento, pensé en dejarlo pasar. Fingir que no estaba oyendo cómo mi nombre salía de su boca, cómo describía este piso, cómo admitía que lo que pasó en mi sofá la había dejado temblando. Pero no. Yo no sé fingir. Y, joder, menos aún cuando la oigo decir que aún no está preparada para soltar esas dos palabras.

Claro que lo siento. Claro que lo sé. Ella también lo sabe.

Oírla no decirlo me retorció por dentro más de lo que esperaba. El Anticristo enamorado. Eso había dicho su amiga. Y lo peor es que tenía razón.

Salí del despacho y la pillé a medias, con el móvil en la mano y esa cara de culpable que me vuelve loco. Colgué las frases mordidas en mi lengua y me limité a disfrutar del rubor que se le subió a las mejillas. La besé, la besé hasta que dejó de acordarse de lo que había dicho y solo quedó lo que hacemos mejor: perdernos.

Después vino la parte que más temo: cuando Julia deja de ser piel y se convierte en tempestad.

—Quiero volver a la oficina. —Lo soltó de golpe, sin anestesia.

La miré desde el sofá, todavía con la corbata medio deshecha.

—¿Qué?

—Llevo aquí dos días, Héctor. Estoy cansada de estar encerrada. Necesito volver.

Me pasé una mano por la cara, conteniendo el impulso de ordenar que se callara.

—No.

—No, ¿qué?

—No vas a volver.

—Claro que sí. —Se cruzó de brazos, desafiante—. Tengo un trabajo, un equipo, proyectos que no esperan.

Me incliné hacia delante, con los codos en las rodillas.

—Escúchame bien, Serrano. No vas a volver hasta que yo diga.

—Perdona, ¿cómo que hasta que tú digas? —su tono se elevó—. ¡Es mi vida, mi trabajo!

—Es mi empresa. —La corté en seco, dejándome arrastrar por la furia—. Y trabajarás donde yo diga.

La vi arder. Literalmente arder. Esa chispa en los ojos que me enciende y me condena.

—¡Eres un dictador!

—Y tú eres demasiado testaruda. —Me levanté y me acerqué a ella hasta tenerla a un palmo—. No entiendes que ahí fuera no estás segura.

—¿Y aquí dentro sí? ¿Qué soy, tu prisionera?

—No. —Le sujeté la barbilla y la obligué a sostenerme la mirada —. Eres la única persona que no pienso perder.

Su respiración se aceleró, y por un segundo pensé que me abofetearía. En lugar de eso, se echó hacia atrás, liberándose de mis dedos.

—No puedes decidir por mí, Héctor.

—Puedo y lo haré. —Levanté la voz por primera vez en días—. Si quieres volver a la oficina, lo harás conmigo pegado a tu sombra.

—¡Eso es imposible!

—Hazlo posible.

Se quedó boquiabierta. Yo también escuché mi tono y supe que me estaba pasando. Pero no me retracté. No sé hacerlo. Ella me arranca la humanidad que no quiero enseñar y, aun así, no puedo parar.

Se giró, caminó hacia la ventana, se abrazó a sí misma buscando aire.

—No puedo con esto.

Me acerqué despacio, más despacio de lo que nunca hago, y le apoyé las manos en los hombros.

—Julia. —Su nombre salió en un susurro—. Te prometo que tendrás tu trabajo, tus proyectos, tus compañeros. Pero no sin mí.

Se volvió hacia mí, furiosa y vulnerable a la vez.

—No puedo trabajar si tú estás respirándome en la nuca todo el día.

Le acaricié la mejilla, incapaz de no tocarla.

—Acostúmbrate.

Ella me apartó la mano de un manotazo.

—Eres insoportable.

—Y aun así, aquí estás.

—Porque no tengo escapatoria.

La atrapé por la cintura antes de que se alejara y la besé. Me mordió el labio, se resistió, me golpeó el pecho con los puños

cerrados… y luego cedió, como siempre. Porque nuestra guerra es esa: resistirse hasta que la rendición se vuelve inevitable.

Al separarnos, la miré fijamente.

—Mañana iremos a la oficina. Pero bajo mis condiciones.

—¿Y si no quiero?

—Entonces me vas a tener que despedir, Serrano. —Le sonreí con malicia—. Pero recuerda: soy tu jefe.

Ella me fulminó con la mirada, pero sus labios temblaron. Y esa media sonrisa traicionera fue mi victoria.

30

Me incendia

Héctor

Julia bufó, se dejó caer en el sofá y me lanzó una mirada que podría haber incendiado media ciudad.

—Vale. Iré a la oficina. Pero solo porque me estoy volviendo loca encerrada aquí.

—Y porque soy tu jefe. —Le sonreí con suficiencia, disfrutando de la chispa que eso le provocaba.

—No me lo recuerdes.

—Te lo recordaré cada día, Serrano. —Me incliné hacia ella y le rocé la oreja con la boca—. Sobre todo cuando decida dónde te sientas, con quién trabajas y a qué hora respiras.

—¿A qué hora respiro? —me empujó, riendo—. Estás fatal.

—No. Estoy enamorado. —Lo solté sin pestañear, solo para ver cómo tragaba saliva, cómo los ojos se le ensombrecían con algo que era deseo y miedo a la vez.

Ella apartó la mirada, incómoda. Aún no podía decirlo de vuelta. Y lo entendía, aunque me carcomiera por dentro.

Me enderecé y recogí mi chaqueta del respaldo de la silla.

—Descansa un poco. Mañana empezamos el circo.

—¿Circo?

—Sí. El espectáculo de ver cómo intentas resistirte a besarme delante de tus compañeros.

Julia me lanzó un cojín que esquivé con facilidad. Su risa quedó flotando en el aire cuando crucé el pasillo y entré en mi despacho. Cerré la puerta. Y entonces el reloj me golpeó.

Las cuarenta y ocho horas habían terminado. El plazo que me había dado para que ella aceptara oficialmente el trabajo se había agotado. En teoría, Julia ya estaba bajo mi ala de manera definitiva. En la práctica, significaba otra cosa: Ignacio lo sabía. Ignacio movía piezas. Y Julia estaba en el centro del tablero.

Apoyé las manos en el escritorio y contuve la furia. No había tiempo. Cogí el móvil y marqué un número que nunca debería aparecer en ningún registro.

—Nike.

La voz al otro lado contestó de inmediato.

—Valverde.

—Se acabó el plazo.

—Lo sé. —Su tono era seco, sin adornos. Como siempre.

—Quiero soluciones rápidas. Hoy mismo.

—¿Qué ha pasado?

Miré hacia la puerta cerrada, hacia donde Julia se reía sola viendo la tele, o quizá volviendo a llamar a su amiga. No podía dejar que ella oyera ni una palabra.

—Ella está en más peligro que nunca. —Apreté los dientes—. Ignacio la quiere para infiltrarse en la otra banda. No pienso permitirlo.

—¿Qué quieres que haga?

Me pasé una mano por el pelo y busqué frialdad en mitad del incendio.

—Necesito nombres. Localizaciones. Quiero saber dónde están sus hombres, qué movimientos prepara. Y si Ignacio pone un pie cerca de ella, lo quiero saber antes de que lo piense.

—Puedo rastrear sus contactos. Pero vas a tener que darme margen.

—No hay margen, Nike. —Golpeé el escritorio con la palma—. Cada minuto que pasa, Serrano está más expuesta.

Hubo un silencio breve. Después, la voz firme de siempre.

—Lo tendrás. Pero ten cuidado: Ignacio va a por ti. Ahora más que nunca.

—Que venga. —Sonreí con la rabia en carne viva—. Estaré esperándolo.

Colgué y dejé el móvil sobre la mesa. Respiré hondo para domar la tempestad que me rugía en el pecho. Afuera, Julia estaba convencida de que volvería a la oficina como una empleada normal. Lo que no sabía es que la oficina sería lo más parecido a una fortaleza en guerra.

Me acerqué al ventanal del despacho. Madrid brillaba ahí abajo, indiferente a nuestras miserias. Pensé en Ignacio, en el apellido Serrano, en la puta cadena de sangre que arrastraba a Julia hacia su mundo. Y lo juré en silencio: no iba a perderla.

Ni por Ignacio. Ni por nadie.

Abrí la puerta del despacho. Julia estaba en el sofá, descalza, riéndose sola de algún programa absurdo. Me miró y frunció el ceño.

—¿Y esa cara de asesino?

—Nada. —Mentí.

Se levantó y caminó hacia mí, ligera, con esa insolencia que me mata.

—Seguro que estabas pensando en nuevas normas dictatoriales para mañana.

La sujeté por la cintura y la acerqué a mí, oliendo aún su risa en el aire.

—No. Estaba pensando en cómo voy a mantenerte viva.

—Dramático. —me dio un beso rápido en los labios—. Eres un demonio muy melodramático.

—Y tú eres una mujer muy peligrosa. —Le apreté la cadera, con voz baja—. Sobre todo para mí.

Ella rio, sin saber que, mientras me besaba, yo ya había declarado la guerra.

—Ahora voy a follarte.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

31

Volver al circo romano

Julia

Volver a la oficina después de dos días y medio encerrada en el ático del Anticristo era, básicamente, como entrar en el circo romano. Yo era la gladiadora y mis compañeros de trabajo, el público hambriento de cotilleos.

Desde que crucé la puerta principal, supe que todo el mundo me estaba mirando. No es que lo imaginara, no: podía sentir las miradas, los cuchicheos, las sonrisas contenidas. Y no ayudaba que, a mi lado, caminara Héctor Valverde en modo emperador romano: traje impecable, pasos firmes, rostro serio. Pegado a mí como si fuéramos siameses.

—Esto es ridículo —murmuré entre dientes mientras el ascensor nos llevaba al piso de dirección.

—Lo ridículo —replicó él sin mirarme— es que todavía no entiendas que no voy a apartarme de ti.

—No necesito un guardaespaldas. ¿Qué van a pensar los demás?

—Necesitas tres. Pero de momento me conformaré con ser uno. Y me importa una mierda lo que piensen los demás.

Bufé. Tenía la sensación de que si rodaba los ojos una vez más, acabarían dándome la vuelta completa en la cabeza.

Cuando llegamos a mi planta, el murmullo fue evidente. Laura apareció casi de inmediato, como un perro guardián que huele el peligro.

—¡Ya era hora! —exclamó, me dio un abrazo exagerado ignorando por completo a Héctor—. Creía que me habías dejado sola en este manicomio.

—Hola, Marta. —Héctor saludó seco y ella le dedicó una sonrisa demasiado dulce para ser real.

—Señor Valverde. —Y se volvió hacia mí, bajando la voz—. ¿Ves lo que te digo? Parece un guardaespaldas de película de mafiosos.

—Te he oído —gruñó Héctor.

—Perfecto. —Laura sonrió más aún—. Entonces sabe que lo pienso.

Me mordí el labio para no reírme. Si alguien podía enfrentarse a él sin miedo, era ella.

—Venga, que tengo trabajo acumulado —intenté escabullirme. Pero, por supuesto, el Anticristo no pensaba dejarme tan fácil.

—Trabajarás en mi despacho.

Me giré en seco.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. Tu mesa estará junto a la mía.

—¡Tengo mi equipo! —protesté—. Ellos me necesitan allí.

—Ellos te tendrán cuando yo decida.

Las miradas alrededor crecían. Yo me debatía entre estamparle un archivador en la cabeza, o besarle para escandalizar a todo el departamento.

—Es mi empresa, Julia —añadió él, con voz baja, afilada—. Y trabajarás donde yo diga.

La indignación me subió a la cara como una ola. Pero entonces Laura intervino, con esa picardía suya que todo lo desmonta.

—Ay, jefe… ¿No será que le da miedo perder de vista a su empleada estrella?

—Marta. —Héctor la fulminó con la mirada.

Ella sonrió, inocente como una serpiente con tacones.

—Yo solo pregunto.

No pude evitar soltar una risa nerviosa que se convirtió en carcajada. La tensión se rompió de golpe y varias cabezas curiosas se giraron.

—Eres imposible —le dije a Héctor, todavía riendo.

—Y tú eres mía —repitió él, con ese tono que parecía una sentencia y que hizo que más de uno levantara la ceja.

Me cubrí la cara con una mano. Madre mía, la oficina se iba a convertir en una telenovela.

Me dejé arrastrar hasta su despacho, aunque refunfuñando en cada paso. Cuando cerró la puerta, me giré de golpe.

—No pienso estar aquí encerrada todo el día contigo.

—Te acostumbrarás.

—No soy tu sombra.

—No. —Me sostuvo la mirada con calma implacable—. Yo soy la tuya.

El silencio que siguió fue tan intenso que me vi obligada a romperlo.

—Sabes que estás loco, ¿no?

—Por ti. —Ni parpadeó al decirlo.

Me mordí el labio, sin saber si darle una colleja, o besarle de nuevo. Y esa duda, maldita sea, era mi condena diaria desde que

había entrado en su vida.

32

El Anticristo hace lo que sale de los cojones

Julia

Intenté concentrarme en el ordenador, pero era misión imposible. Tenía la bandeja de entrada a reventar y un montón de informes que debía revisar. Y, aun así, lo único que sentía era el peso de Héctor al otro lado del despacho, en su mesa, revisando documentos con esa concentración que parecía de otro planeta. El silencio se me clavaba en la piel.

—Necesito hablar con mi equipo —indiqué girándome hacia él.

—No.

—¿Cómo que no?

—Tu equipo puede sobrevivir un día más sin ti.

—¡No, Héctor! —lo miré, exasperada—. Hay plazos, entregas, gente esperando.

Alzó los ojos de sus papeles con esa calma glacial que usaba para humillar contrincantes en las juntas.

—Julia, ¿quieres que reorganice tu departamento para que no dependan de ti?

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo. —Sus labios dibujaron esa sonrisa apenas perceptible que me saca de quicio—. Es mi empresa.

Abrí la boca para contestar, pero entonces alguien llamó suavemente a la puerta. Se abrió un poco y apareció Laura, con una

bandeja en las manos. Café, un par de tazas, galletas.

—Perdón, ¿interrumpo? —preguntó, con su tono correcto, aunque su mirada me guiñó una chispa de complicidad.

—Sí —respondió Héctor, seco.

—No —dije yo al mismo tiempo.

Laura levantó una ceja, divertida.

—Bien, entonces hago lo de siempre y decido que me quedo.

Entró, dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar y se sentó en el sofá. Su gesto fue pulcro, casi obediente… salvo por el comentario que lanzó después, mirando primero a Héctor y luego a mí.

—Ya sabes, jefe, dicen que cuando un superior controla demasiado a un empleado es porque no confía en él.

La tensión en el aire fue instantánea. Héctor giró la cabeza lentamente hacia ella.

—¿Perdón? —Héctor no creía lo que escuchaba.

Laura no bajó la mirada. Sonrió con inocencia, pero la ironía estaba ahí.

—O… porque el empleado le importa más de lo que debería.

Yo me mordí los labios para no reírme. Héctor la fulminó con los ojos y ella fingió corregirse enseguida.

—Aunque supongo que en este caso es lo primero. Confianza. Claro.

—Laura —gruñó Héctor con la voz grave—. Atiende a tu trabajo.

—Sí, señor. —Se levantó despacio y recogió la bandeja con elegancia—. Solo traía café. Pero si necesita que me encargue de recordarle a Julia que también tiene un equipo, avíseme.

Y, con esa frase cargada de doble filo, salió del despacho.

Me quedé mirándolo, sin poder evitarlo, y exploté en una carcajada.

—¿La has oído?

Héctor se dejó caer en su silla, negando con la cabeza.

—Demasiado lista para su propio bien.

—Me encanta. —Seguí riéndome—. Tiene razón, ¿sabes?

—No. —Él me miró con esa seriedad inquebrantable—. Yo siempre tengo la razón.

Me crucé de brazos.

—Eres insoportable.

—Ya me lo has dicho. Me da igual. Porque sigues aquí.

Estuve a punto de lanzarle una réplica, pero en ese momento sonó un golpe seco en la puerta. Más fuerte, más decidido.

—Adelante —ordenó Héctor.

Entró un hombre alto, chaqueta oscura, gafas de sol que se quitó con gesto pausado. El aire cambió de inmediato.

—Nike —lo saludó Héctor, frío.

Me tensé en mi asiento. Así que él era el informante. El nombre en clave ya no era solo un rumor en labios de Héctor.

—Tenemos un problema —dijo Nike, directo al grano.
Héctor se levantó despacio, con la mandíbula apretada.

—Habla.

Nike me miró un instante, como valorando cuánto podía soportar yo, y luego volvió a Héctor.

—Es Ignacio. Se ha movido.

El silencio cayó como un mazazo.

Yo me quedé clavada en la silla, con las manos heladas alrededor de mi taza de café.

Y comprendí que la calma acababa de romperse.

33

Nadie va a tocarla

Héctor

Nike dejó caer la bomba sin pestañear:

—Ignacio ya ha usado tu nombre, Julia. Lo está ofreciendo como moneda de cambio para cerrar un trato con la otra banda.

El aire se espesó. Me giré hacia ella. Tenía los labios entreabiertos, le costaba tragar.

—¿Qué? —su voz se quebró.

Nike asintió con calma.

—Y no solo eso. Ha dejado claro que, si te niegas, pondrá precio a tu cabeza.

Me ardió la sangre en las venas.

—Ese cabrón…

—No. —Julia levantó la mano, temblando—. Quiero hablar con él.

Giré de golpe.

—Ni de coña.

—Héctor, tengo que hacerlo.

—No vas a hacerlo.

—Es mi hermano.

—Es tu verdugo.

—¡No! —me gritó, con los ojos vidriosos—. No lo entiendes. Si lo encaro yo, puede detenerlo.

—¿Detenerlo? —reí sin humor—. Julia, ese hombre ya te ha vendido sin pestañear.

—Pero puede escucharme.

—Antes muero yo que dejarte frente a él.

El silencio que siguió fue brutal. Ella me miraba con rabia, con dolor, con esa mezcla que me derrumbaba por dentro. Pero yo no iba a ceder.

—Se acabó la discusión —sentencié, dándole la espalda a ambos.

—No —respondió ella, helada—. Esto no ha hecho más que empezar.

Nike se apartó, incómodo, sabiendo que aquello ya no le pertenecía. Julia recogió sus cosas sin mirarme y salió del despacho de golpe. Yo la seguí. No iba a dejarla sola ni un segundo, aunque me odiara.

—¡Mierda! —gruñí cuando el ascensor se cerró en mis narices con ella dentro, y me lancé a las escaleras de emergencia. Bajé tres plantas de un tirón, el corazón bombeaba más rabia que sangre.

Cuando por fin la vi en la calle, caminaba rápido, con la melena suelta como un estandarte de guerra. Corrí y la agarré del brazo.

—¡Suéltame! —me gritó girándose con los ojos desbordados de furia.

—Ni hablar.

—¡Eres un enfermo del control! —se revolvió, intentando zafarse.

—Y tú una inconsciente. —La apreté más fuerte, sintiendo cómo la gente alrededor ya empezaba a mirar.

—¡La gente nos está mirando!

—Me da igual. —La arrastré un paso más hacia la acera.

—¡No me toques! —Su voz resonó, desgarrada, y un par de transeúntes se quedaron parados.

Yo la miré fijo, con los dientes apretados.

—Si tengo que arrastrarte para mantenerte con vida, lo haré.

Ella me lanzó un empujón inútil contra el pecho.

—¡Te odio!

Me incliné, a centímetros de su cara.

—No. No me odias. —Sonreí, aunque estaba envenenado por dentro—. Y lo sabes.

—¡Claro que sí!

—Pues me alegro —le corté—. Porque el odio también es sentir. Y prefiero eso a tu indiferencia.

Ella se quedó helada un segundo, el pecho subiendo y bajando, sin palabras. Lo aproveché.

La subí a los hombros sin miramientos. Ella pataleaba, golpeaba mi espalda con los puños, gritaba.

—¡Bájame, Héctor, joder! ¡Bájame ahora mismo!

La gente alrededor ya murmuraba, algún móvil se alzó. Me importaba una mierda. El chófer de la limusina estaba junto a la puerta trasera, imperturbable, esperando.

—Abra. —ordené.

El hombre obedeció sin pestañear.

—¡Estás loco! —Julia chillaba, pataleando contra mí—. ¡Te denunciaré!

—Hazlo. —La metí dentro del coche de un empujón calculado, cerrando tras ella—. Pero lo harás viva.

Ella cayó en el asiento, bufando, con los ojos encendidos de rabia.

—Eres un tirano insoportable.

Me senté frente a ella, acomodándome con toda la calma que me faltaba.

—Y aun así, aquí estás.

—Porque me obligas.

—Porque no sabes dejar de sentir.

—¡Te odio! —repitió con los labios temblando.

La miré, sosteniendo su rabia con la mía, y bajé la voz.

—No me odias. Pero aunque así fuera, me alegro. Significa que lo que tengo contigo no es nada. Y nada, Julia, jamás me ha hecho arder como tú.

El silencio se quedó atrapado en el interior de la limusina, cargado, eléctrico. Ella se giró hacia la ventana, bufando, negándose a mirarme. Pero yo ya había ganado. Porque odiar también es sentir. Y yo podía convertir su odio en cualquier cosa.

34

Derribaré muros por ella

Julia

Llegamos al piso sin decir una palabra. El silencio se me metió en la piel como agujas, pero prefería eso a seguir discutiendo en la limusina delante del chófer. En cuanto crucé el umbral, me fui directa al dormitorio y cerré la puerta de un portazo. Le eché el pestillo con un chasquido que sonó a victoria.

—Abre —su voz, grave, al otro lado.

—No.

—Julia.

—¡He dicho que no!

—¡Abre o echo la puerta abajo!

Me giré hacia la madera, con los puños en las caderas.

—Ni lo sueñes.

El golpe resonó al instante. La puerta tembló. Otro golpe más fuerte. Y, con el tercero, la cerradura saltó. El pestillo salió despedido y la hoja se abrió de golpe.

—¡Estás enfermo! —grité y retrocedí un paso.

Héctor entró, alto, implacable.

—Ahora, cenemos.

Lo miré, sin saber si reír, llorar o lanzarle la lámpara de la mesilla.

—¿Cenar? ¿Después de esto?

—Sí. —Se acercó con calma letal—. ¿Vienes andando o te llevo en brazos?

—¿Otra vez? —bufé—. ¿Crees que no sé andar?

—Sé que lo que no se te da bien es cumplir órdenes.

—No vivo en un campo militar.

Él sonrió apenas, esa sonrisa suya que huele a condena.

—No. Vives conmigo. Y mientras tu vida esté en peligro, no será tuya. Será mía.

Me quedé helada. Las palabras pesaban como cadenas y, a la vez, me erizaban la piel.

—Eres un cabrón —susurré con la voz rota.

—Y tú, la mujer más cabezota que he conocido. —Me tendió la mano, serio—. Elige: o cenas conmigo, o te cargo otra vez y te ato a la silla.

—¿Con qué? ¿Con bridas?

—Con esposas.

—¿Tienes esposas?

Alzó las cejas.

Lo odiaba. Lo odiaba con cada célula. Y aun así, mis dedos temblaron un instante antes de apartar su mano.

—Voy por mi propio pie —gruñí y caminé hacia la puerta con la barbilla en alto.

Él me siguió despacio, sin dejar de observarme porque sabía que la batalla estaba perdida desde el principio.

35

Cena con el Anticristo

Julia

La puerta del dormitorio colgaba torcida y yo caminaba hasta la cocina con las cejas pegadas al techo porque el señor Anticristo había arrancado un pestillo de cuajo. Él iba detrás, tan tranquilo, con las manos en los bolsillos, dueño del pasillo, de la casa y de mi paciencia.

La mesa estaba puesta. Dos platos humeantes de pasta con algo que olía a mantequilla, limón y pimienta. Pan recién hecho, una botella de vino abierta y velas encendidas. Quise odiar el detalle, pero mi estómago tenía voto. Rugió traidor.

—No pienses que me ablandas con hidratos —avisé, apartándole la silla que me ofrecía—. Y no vuelvas a derribar una puerta que no es tuya.

—Pediré al carpintero que venga mañana. Traerá una mejor. —Se sentó enfrente con calma letal—. Y es mi puerta, por desgracia para tu orgullo.

Me clavé en la silla sola, por mis medios, sin que el tío me tocara un dedo. Él sonrió al ver el gesto. Le habría lanzado la salsera a la cabeza, pero olía demasiado bien.

—Tengo derecho a enfadarme —recalqué cogiendo el tenedor.

—Tienes derecho a todo, menos a jugarte el cuello. —Le sirvió a los dos—. Come.

Probé un bocado. Cerré los ojos un segundo. Aquello estaba de vicio, me fastidiara a mí o no. Él me observaba con un brillo satisfecho que me provocó ganas de apartarle el plato.

—No me manipules por el estómago.

—No necesito manipularte. Ya te quedas sola —respondió, sereno, y bebió un sorbo de vino.

—No vuelvas a cargarme como un saco. —Lo señalé con el tenedor—. Ni en la calle ni aquí. Tengo piernas.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que te vayas directa hacia una bomba con tu nombre. —Apenas varió el tono—. Si caminas en dirección contraria, te dejaré andar.

—Ese verbo te cuesta, ¿eh? Dejar.

—Con otros se me da muy bien. Contigo, nada.

Crucé las piernas despacio, respiré hondo y decidí que no le iba a regalar la bronca entera. Me serví vino. Brindé sola.

—Por las puertas nuevas —solté con saña dulce.

—Por tu vieja vida —replicó—. Esa que quiero de vuelta.

—Mi vida no es un trofeo para tu vitrina.

—Tu vida no es negociable. —Apoyó los codos en la mesa—. Mientras alguien haya puesto precio a tu cabeza, la administro yo —inquirió de otra manera.

—No soy una cuenta corriente, Héctor.

—Eres mi prioridad.

Se me escapó una risa corta, incrédula, con algo que no quería nombrar escondido debajo.

—Te han enseñado a decirlo todo en formato decreto. Eres agotador.

—Y tú adictiva —contraatacó sin despeinarse.

Comimos en un pulso silencioso que no era silencio: platos, cubiertos, la madera crujida bajo las sillas, mi respiración que se iba acomodando sin permiso. Noté la tensión bajarme un peldaño cuando él, sin teatro, me pasó una servilleta.

—Tienes limón aquí. —Me tocó la comisura de los labios. El roce relámpago me encendió más que todas las discusiones del día.

—No me pases el dedo delante —advertí.

—¿Te incomoda?

—Me distrae.

—Misión cumplida.

Le lancé la servilleta, él se echó hacia atrás con una media sonrisa y por fin vimos la escena desde fuera: yo, despeinada y orgullosa; él, con traje y mirada que manda incendiar ciudades. Me entró la risa, la que te salva de decir barbaridades.

—Lo de "Vives conmigo" te ha quedado de dictador —admití, dándole otro bocado—. Muy El padrino con vitrocerámica.

—Y lo de atrincherarte con pestillo, de adolescente con problemas de autoridad.

—Tengo un máster en no obedecerte.

—Y yo un doctorado en no dejarte sola.

El vino me subió a las mejillas. No le reconocería jamás que ese nosotros rarísimo me acomodaba un poco la espalda.

—¿Qué vas a hacer con Ignacio? —pregunté, con el tono neutro que uso cuando busco verdad.

—Que deje de respirar mi aire. —Ni un segundo de duda—. Ya he hablado con quien toca.

—Traducción: llamadas que jamás existieron, favores que no se escriben y amenazas en voz baja.

—Qué bien me conoces.

—No quiero sangre.

—¿Te crees que la quiero yo? —Se inclinó—. No voy a tocarlo… si él te deja en paz. Quedamos así.

—Eso no es un compromiso, es una trampa.

—Es una promesa.

—Tus promesas dan miedo.

—Tus decisiones, más.

Nos miramos un rato largo que no nombré. Había cuchillos escondidos y algo tierno chapoteando entre ellos, sin permiso. Aparté la vista hacia la encimera. Tenía recuerdos recientes de ese mármol que me calentaron el cuello.

Él lo notó. Claro que lo notó.

—No vamos a usar la encimera —informó, muy serio—. Hoy, mesa. Es más civilizado.

—¿Civilizado? ¿Tú? —casi me atraganto de la risa—. No te pega nada.

—Puedo serlo cuando me da la gana.

—Te dura medio minuto.

—Te dura la risa dos.

Me serví otro poco de vino para no darle la razón. Él cambió de tema con un gesto que parecía mínimo y fue grande.

—Mañana vuelves a la oficina. —Abrió el cajón, sacó un llavero—. Esta es la tarjeta de acceso al ascensor privado. No te mezcles en la

entrada principal.

—No voy a llegar como una reina caprichosa —me quejé.

—Vas a llegar viva. —Me dejó el llavero junto al plato—. El circuito de cámaras de abajo ya está reforzado. Nadie se te acerca sin que yo lo sepa.

—¿Has llamado a media policía, o solo a tu ejército privado?

—He llamado a quien debía. Relájate.

—No me digas "relájate".

—Respira, entonces.

Respiré. A propósito, exagerando. Él me sostuvo la mirada hasta que me entró la risa otra vez y me rendí a un panecillo con mantequilla que tenía pinta de pecado venial.

—Esto está buenísimo —concedí.

—Gracias.

—No te acostumbres a que lo diga.

—Ya me he acostumbrado a cosas peores —bajó la voz—. A que me gustes, por ejemplo.

Me bebí el vino de golpe, porque me quedé sin réplica elegante. Él aprovechó para levantarse, rodear la mesa y ponerse a mi espalda. Sus manos me amasaron los hombros con una presión exacta.

—No tenses los trapecios —ordenó, experto.

—¿Eres fisioterapeuta ahora?

—Soy todo lo necesario.

—Qué soberbia más rica —me reí, y el masaje siguió dos, tres segundos, hasta que mi nuca cedió un poco.

—Julia.

—Qué.

—Mañana, si quieres hablar, me lo dices a mí. No a Ignacio.

—No voy a llamarlo.

—No lo pienses.

—No lo pienso.

—No lo sueñes.

—No sueño con él.

—¿Con quién sueñas?

—Con nadie.

—Mientes fatal.

Me giré en la silla y quedé con la cara a ras de su cintura. La tela de la camisa olía a limpio y a él. Lo odié un poco menos. O un poco más. No tengo métrica para eso.

—No vuelvas a echar una puerta abajo —repetí, y esta vez no hubo filo, solo el ruego.

—No me obligues —respondió, simple, y me tocó la barbilla con dos dedos, ligero, para levantarme de la silla—. Ven.

—¿Dónde?

—Al lavavajillas. —Se encogió de hombros, puro descaro—. Voy a enseñarte una práctica exótica: fregar en pareja.

—Perdón, ¿qué?

—Se llama convivencia. Dicen que reduce la tensión.

—Tú y yo somos una tesis antiestadística.

Aun así, recogimos los platos, los metimos juntos, discutimos sobre si la tabla de madera iba arriba o abajo, me burlé de su orden maniático y él me robó un beso cada dos pasos con la excusa de que estaba "de servicio de seguridad". Cuando quise acordarme, tenía la espalda apoyada en el canto de la isla y su cuerpo a un palmo, ese palmo que es precipicio.

—No te acerques —pedí, sin ganas.

—Orden denegada. Yo gestiono.

—¿Gestionas?

—Comidas, puertas, amenazas y besos.

—La cuarta te la has inventado.

—Viene en el pack.

Me rozó la boca, apenas. El contacto fue honesto, sin prisa ni embestidas, una caricia que no pedía perdón por existir. Apoyé las manos en su pecho. No empujé. Me dejé estar ahí, respirando su piel.

—No te lo voy a decir hoy —avisé, antes de que su mirada preguntara.

—No te lo pido hoy.

—Bien.

—Pero voy a escucharlo pronto.

—Eres un chulo.

—Realista.

—Idiota.

—Muy idiota.

Se me escapó la risa que me sella la paz. Él aprovechó para profundizar el beso un poco, lo justo para que el vino se mezclara con él, para que mi enfado perdiera filo y mi orgullo se tomara un descanso. No hubo carrera. Hubo esa cosa rara que nunca admito: pertenecer al momento.

—Postre —anunció, cediendo un paso.

—¿Helado?

—Tú —soltó, tan pancho.

—Qué original.

—Me esfuerzo.

—Pues esfuérzate en una cosa más. —Le toqué el pecho con un dedo—. Mañana, en la oficina, no te sientas a un milímetro. Necesito trabajar.

—Un metro —negoció.

—Tres.

—Dos y medio y te llevo café cada hora.

—Trato.

—Firmado.

—Sin sangre —añadí.

—Sin sangre —repitió, y por primera vez en todo el día creí que podía cumplirse.

Apagó las velas, dejó el vino respirando y me ofreció la mano. La acepté, sabiendo que mi vida era un contrato lleno de cláusulas pequeñas que íbamos escribiendo con la boca. Caminamos hacia el salón, no hacia la encimera, con una tregua nueva entre dientes.

Él me miró de lado, medio sonriente.

—Me alegra que sepas andar.

—Lo que no se me da bien es obedecer.

—Ya lo has dicho. —Se inclinó a mi oído—. Y ya he aprendido a vivir con ello.

—Pues aprende también a dormir —le piqué.

—Solo si estás pegada. —Y ahí, sin teatralidad, me besó corto, limpio—. Mañana será un día largo.

—Con café cada hora —recordé, dándole un golpecito en el torso.

—Y puertas nuevas.

—Y cero pestillos.

—No hace falta. —Su mirada bajó a mi boca—. Cuando quiera entrar, me abres.

No respondí. Solo asentí muy poco, apenas un gesto de leona cansada que guarda las uñas. Él entendió. Algunas batallas no se ganan gritando. Se ganan comiendo pasta, recogiendo platos y diciendo "sin sangre" al mismo tiempo.

La noche nos quedó menos rugosa. Y, por primera vez desde que alguien decidió poner precio a mi nombre, me dejé caer en el sofá con la sensación rara de que, al menos en esta mesa, había alguien peleando por mí. No por orgullo, no por control. Por convicción.

—Apaga la luz, Anticristo —murmuré.

—A tus órdenes —respondió, y esta vez no me supo a derrota.

36
De madrugada

Héctor

La madrugada tiene un silencio distinto. No es el mismo de la oficina cuando las luces se apagan ni el de una ciudad dormida bajo el murmullo lejano de los coches. Es un silencio que corta, que te deja a solas con lo que intentas enterrar durante el día.

Julia dormía a mi lado, encajada contra mi brazo, respirando con calma. Tenía el pelo despeinado, una pierna enredada con las sábanas, la boca entreabierta. Me descubrí mirándola demasiado tiempo, aprendiendo de memoria cada rasgo por si mañana me lo arrebataban. Y odié esa sensación. Yo no podía permitirme querer nada. No yo. No Héctor Valverde, el hombre al que todos odian, incluso ella a veces.

El teléfono vibró sobre la mesilla. Ese zumbido breve, metálico, que te da la certeza de que nada bueno puede ocurrir a esas horas. Lo cogí sin pensarlo, conteniendo el aire.

Nike.

Me levanté despacio, deslizándome de la cama como un ladrón. Julia se movió, pero no llegó a despertarse. Crucé el dormitorio, cerré la puerta sin hacer ruido y respondí.

—Más te vale que esto sea importante.

Su voz sonó tensa, como una cuerda a punto de romperse.

—Ignacio Serrano está muerto.

Me quedé quieto. El pasillo parecía alargarse como un túnel sin salida.

—Repite eso.

—Muerto. —Nike no titubeó—. Han encontrado su cuerpo dentro de un coche abandonado. Un tiro en la cabeza. Limpio, a bocajarro.

Me pasé una mano por la cara, apretando los dientes. Ignacio. El imbécil que había jugado con fuego, que había vendido a su hermana, que había puesto a Julia en la diana.

—¿Quién? —pregunté, con voz ronca.

—No lo sabemos. Pero no es un ajuste cualquiera. Es un mensaje. Lo dejaron a la vista, en un descampado. Querían que lo encontraran rápido.

Miré la puerta cerrada detrás de mí, donde ella dormía. O eso creía.

—Ocúltalo.

—Héctor…

—Haz lo que digo. No quiero que su nombre aparezca en ningún puto informe.

Colgué antes de que replicara. Me quedé apoyado contra la pared, el móvil aún en la mano, intentando que la rabia no me hiciera agujeros en el pecho.

Era su hermano. La sangre que ella renegaba. ¿Cómo coño se lo iba a decir?

Abrí la puerta del dormitorio. Julia estaba sentada en la cama. Los ojos muy abiertos, el pelo cayéndole por la cara, los labios apretados. Había despertado. O quizá nunca había dormido del todo.

—¿Quién era? —preguntó, su voz un sonido de cristal al romperse.

Me acerqué a ella despacio, semejante a aproximarme a una hoguera.

—Julia… ha pasado algo.

—¿Qué?

Respiré hondo.

—Tu hermano ha muerto.

—¡¿Qué?! —El grito me perforó los oídos. Se encogió sobre sí misma, las manos en el cabello, negando una y otra vez— ¡Mentira! ¡Mientes!

—No —me acerqué un paso más—. Lo han encontrado en un descampado dentro de un coche abandonado. Un disparo en la cabeza.

Ella levantó la vista de golpe, los ojos brillando como cuchillas.

—¡Has sido tú! —Me apuntó con un dedo.

Me quedé helado.

—No.

—¡Claro que sí! —se levantó de la cama con un temblor de pies a cabeza—. Eres capaz de todo. Dijiste que lo destruirías. ¡Lo dijiste!

—Pero no fui yo. Te lo juro.

Se cubrió la boca, ahogó un sollozo y negó con la cabeza.

—Tus juramentos no valen nada.

—Julia… —intenté tocarle el brazo, pero me apartó con violencia.

—¡No me toques!

Me quedé quieto, con las manos al aire, su mirada rota delante de mí.

—No tuve nada que ver —insistí, desesperado—. Créeme.

—¡No! —me gritó, con aspereza en la voz—. No vuelvas a acercarte a mí.

La habitación parecía demasiado pequeña para contener la rabia, el dolor y la sospecha que se le desbordaba por los ojos. La vi coger la ropa a trompicones, vestirse de cualquier manera, con las manos torpes por las lágrimas.

—Julia… —quise acercarme de nuevo, pero me frenó con una mirada que me atravesó como una bala.

—Si te vuelves a acercar, juro que grito hasta que toda la maldita ciudad se entere de lo que eres.

Me quedé clavado. Ella nunca había estado tan lejos de mí como en ese instante.

Corrió hacia el pasillo. Yo la seguí, incapaz de dejarla ir, ni hacer nada más que verla escapar.

—¡Julia, espera! —Mi voz retumbó en las paredes.

—Aléjate de mí. —Ya estaba en la puerta, con las llaves temblando en la mano—. No quiero volver a verte.

Y se fue. La cerradura sonó como un disparo seco cuando la puerta se cerró tras ella.

Me quedé en el salón, de pie, con los puños apretados y el corazón hecho añicos.

Ignacio estaba muerto. Julia pensaba que yo lo había matado. Y lo peor era que no me extrañaba: en su lugar, yo también lo creería. Era mi sombra, mi reputación, mi condena.

Pero esta vez no había sido yo. Y no tenía ni idea de cómo demostrarlo.

Me apoyé en el respaldo del sofá, respiración desbocada. Me sentí inútil. El infierno al que siempre había pertenecido, se extendía hasta arrasarlo todo.

Me había enamorado de ella. Lo sabía con una certeza brutal. Y, por eso mismo, la había perdido.

Porque Julia no estaba hecha para vivir en mi oscuridad. Y yo no sabía vivir en otra cosa.

37

Sin dirección

Julia

La ciudad a esas horas parecía una boca oscura que quería tragarme. Caminé sin dirección hasta que encontré un taxi, uno de esos coches que rondan vacíos y que casi brillan en la noche como un salvavidas improvisado. Levanté la mano con torpeza.

—¿Dónde la llevo? —preguntó el taxista, un hombre mayor, con voz cansada.

Le di la dirección como quien entrega una confesión.

Me hundí en el asiento. Las luces de la ciudad pasaban rápidas y borrosas. Cerré los ojos, pero solo veía el rostro de Héctor cuando me dijo "no fui yo". Su voz sonaba en mi cabeza mentira repetida. Y la otra imagen, la más cruel, era la de Ignacio con un disparo en la cabeza.

El móvil vibró en mi mano. Héctor. Lo rechacé. Segundos después, volvió a sonar. Lo volví a rechazar. A la tercera, lo apagué. Me mordí los labios hasta hacerme daño. ¿Por qué me llamaba? ¿Para justificar lo injustificable? ¿Para convencerme de que había hecho lo que debía? Si me decía una vez más que lo había hecho "por mi bien", iba a gritar.

El taxi frenó frente al portal de mis padres. Le pagué y subí. Toqué el timbre. Dos veces. Mi madre abrió con el batín puesto y los ojos entornados.

—Julia, hija… ¿qué pasa a estas horas?

No pude sostenerle la mirada.

—Es Ignacio.

Se quedó helada. Mi padre apareció detrás, en silencio.

—Está muerto —anuncié y la palabra me destrozó por dentro.

Mi madre se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar. Mi padre no se movió. Solo cerró los ojos y apretó la mandíbula.

Entramos en el salón. Ella cayó en el sofá, encogida, mientras él permanecía de pie, con la clara intención de no dejarse doblegar.

—¿Cómo ha sido? —preguntó él, con la voz ronca.

—Un tiro. Lo han encontrado en un coche abandonado. —Me tragué las lágrimas.

Mi madre lloraba sin consuelo. Mi padre, en cambio, asintió con amargura.

—Sabía que pasaría.

Me giré hacia él, incrédula.

—¿Qué?

—Firmó su sentencia el día que se metió en esa mierda.

—¡Era vuestro hijo! —chillé sintiendo que la rabia me empujaba.

—Y lo quisimos —dijo mi madre, entre lágrimas—. Mucho. Pero él eligió. Lo intentamos, Julia, ¿sabes cuántas veces lo intentamos? Siempre volvía.

Me abracé el cuerpo, temblando.

—¿Y ahora qué? ¿Lo enterramos y ya está? ¿Eso es lo que queda de él?

—Queda la verdad —respondió mi padre, con dureza—. Que llevaba años perdido. Que lo lloramos mucho antes de que llegara este final.

Me quedé muda. Miré a mi madre y la abracé. Lloramos juntas. Ella me acariciaba el pelo.

Entonces, el móvil vibró otra vez. Lo había encendido al llegar, sin darme cuenta.

Héctor.

Lo rechacé. Volvió a insistir.

—¿Quién es? —preguntó mi madre entre sollozos.

—Nadie —mentí con los dientes apretados.

A la quinta llamada, contesté. No podía más.

—Si me vuelves a llamar, voy a la policía —escupí con rabia.

Hubo un silencio al otro lado. Su respiración contenida.

—Julia, no he sido yo.

—Me da igual. No me busques. —Colgué.

Mi madre me abrazó más fuerte.

—Hija, no llores más.

No sabía cómo explicarle que no solo lloraba a mi hermano. Que también estaba llorando la posibilidad de algo que, aunque nunca lo hubiera admitido, había empezado a importarme demasiado.

Me quedé allí, entre ellos, hasta que el amanecer tiñó las cortinas. Pero por dentro seguía siendo de madrugada. Oscuro. Insoportable. Y deseé no volver a escuchar su voz nunca más.

38

Con la cabeza entre las manos

Héctor

No dormí. No después de escucharla gritar que si volvía a llamarla iría a la policía. Esa frase me quedó incrustada como una aguja en la sien. Julia amenazándome con denunciarme… a mí. Y, lo peor, era que en su lugar yo mismo me habría creído culpable.

Mi nombre arrastraba demasiado barro. Lucifer, así me llamaban en los negocios, Julia no se había equivocado demasiado, el que todo lo consigue a base de miedo y control. El que hace y deshace, sin que nadie se atreva a preguntar cómo. Nadie que me conozca por fuera tendría dudas: Ignacio Serrano había muerto, luego la orden la había dado yo.

Pero no. Esta vez no. Y Julia nunca me creyó menos que en esa madrugada.

Me asomé a la ventana del salón mientras la ciudad empezaba a desperezarse para la que nada nuevo y desconocido había ocurrido. Pero alguien había ejecutado a Ignacio de un tiro en la cabeza. Y yo necesitaba saber quién. No solo para evitar que Julia siguiera mirándome con esos ojos cargados de odio, sino porque no toleraba que nadie jugara en mi terreno sin que yo lo supiera.

Cogí el móvil y marqué.

—Nike.

—No esperaba tu llamada tan pronto. —Se notaba que no había dormido.

—Necesito saber quién lo hizo.

—Eso ya lo hemos hablado. Nadie se ha adjudicado el golpe.

—Me da igual. Rastrea, remueve, soborna, revienta. Quiero un nombre.

Nike dudó un segundo.

—¿Lo quieres para demostrarle a ella que no fuiste tú o porque te han invadido tu patio trasero?

—Las dos cosas. —Apreté los dientes—. Muévete. —Colgué antes de escuchar su respuesta.

Me dejé caer en el sofá, con la cabeza entre las manos. El eco de su voz todavía me golpeaba: "Si me vuelves a llamar, voy a la policía". Nunca nadie me había amenazado con algo así. Nunca nadie había tenido que hacerlo, porque siempre me aseguraba de no darles motivos.

Pero Julia me había visto demasiado cerca de las llamas. Y ahora me quemaba yo solo.

Miré el vaso de whisky que había dejado a medio terminar en la mesa la noche anterior. Eran las seis de la mañana. No me importó. Lo acabé de un trago.

No podía perderla. No ahora.
Y, sin embargo, ya la había perdido.

Abrí la carpeta de Ignacio y pasé las hojas con brusquedad. Fotos, nombres, transacciones, deudas… todo lo que había hecho mal. No era una sorpresa, llevaba años acumulando enemigos como quien colecciona sellos. Podía haber sido cualquiera. Podía haber sido todos. Pero el disparo en la cabeza no era un ajuste de cuentas común. Eso era un mensaje. Y a mí nadie me mandaba mensajes.

Golpeé la mesa con el puño.

—Hijos de puta.

Se me ocurrió una idea. Marqué el número de Nike de nuevo. Contestó a la segunda.

—Dime.

—Cruza de nuevo las cámaras de tráfico. Búscame cualquier coche sospechoso en el perímetro donde lo dejaron. Quiero placas, matrículas falsas, lo que sea.

—Ya te dije que…

—No me importa lo que dijiste. —Le corté, helado—. Encuentra algo. Y si tienes que morder, muerde.

—Héctor…

—Si no lo haces, encontraré a alguien que lo haga.

Me pasé las manos por la cara. El teléfono pesaba más de lo que debía. Julia no me iba a creer aunque encontrara al verdadero culpable. En su cabeza yo ya estaba condenado.

Encendí la pantalla más grande. Vi la foto de Ignacio, una imagen vieja de hacía años, sonriente, con un cigarro en la mano. No parecía un capo, ni un traidor, ni un hermano que había vendido a su propia sangre. Parecía un hombre cualquiera, uno que podría haber elegido otro camino.

Cerré los ojos. El reflejo de Julia me atravesó la mente: sus gritos, su miedo, la manera en que me señaló como si llevara el crimen tatuado en la frente.

—Voy a encontrarte, cabrón. —Lo dije al aire, al fantasma de quien había apretado el gatillo—. Y cuando lo haga, sabré qué hacer contigo.

Me quedé allí, en la penumbra del despacho, con la botella a medio vaciar, las pantallas iluminando mi condena y una certeza que mordía mi pecho: aunque Julia nunca volviera a creer en mí, aunque me odiara toda la vida, yo no iba a dejar esto sin respuesta.

Era Héctor Valverde. El Anticristo. Lucifer. Y no me gustaba perder.

39

Adiós

Julia

Dos días después.

El cementerio olía a tierra húmeda y flores muertas. No había coro de voces, ni sollozos multiplicados ni largas filas de conocidos fingiendo cariño. Solo nosotros: mis padres, Marta y yo. La soledad pesaba más que la propia caja de madera que bajaba lentamente bajo la lluvia fina.

Mi madre no me soltaba la mano. Temblaba tanto que el dolor que desprendía me llegaba a las venas y se mezclaba con el mío. Papá se mantenía erguido, como siempre, como si aquello no fuera con él. Así había pasado por mi vida; por la nuestra, supongo, estando sin estar. Me sentía en medio de una relación que se agarraba a una cuerda muy floja, esa cuerda era yo.

Ignacio desapareció. Allí abajo. Mi hermano. Sí, ese con el que ni me hablaba. Desterrado y enterrado; el que había convertido nuestra familia en un campo de minas. Solo nos había traído problemas y, aun así, verlo marchar me rompía en mil pedazos.

Marta me apretó el hombro, en silencio. Ella no conocía a Ignacio más que por mis quejas, pero había insistido en venir. Y agradecí tenerla allí, porque entre tanto llanto y rigidez, alguien tenía que recordarme que seguía siendo persona.

Cuando la tierra empezó a cubrir el ataúd, mi madre sollozó. Yo cerré los ojos, tragando con fuerza. No sabía si lloraba por el hermano que había perdido o por el hombre que nunca fue.

El entierro duró lo que tarda en hundirse el aire en los pulmones. Breve, seco, sin adornos. Incluso la muerte se había rendido ante

Ignacio, le resultaba indiferente.

Salimos del cementerio. El aire frío me cortaba la piel, pero me sentía insensible. Y entonces lo vi. Apoyado en un coche negro, con las manos en los bolsillos, el traje impecable. Arrogante y perfecto: Héctor Valverde. El Anticristo. El hombre al que había odiado, deseado y culpado en los últimos días.

Mi corazón dio un salto, no de alegría, sino de… No lo sé.

Mis padres se metieron en el coche, me despedí de ellos y les prometí que iría a visitarlos.

—Déjalo. No vayas —me pidió Marta, que me conocía bien.

La ignoré, claro que la ignoré. ¿Cómo se atrevía a ir allí? Caminé hasta él sin detenerme, segura de mí misma y de lo que iba a decirle:

—¿Qué coño haces aquí? —No se lo dije. Lo solté. Con rabia.

Se incorporó y dio un paso hacia mí.

—Tenía que verte. —No lo dudó ni un segundo.

—¿En el entierro de mi hermano? ¿En serio? ¿No sabes lo que es el respeto? ¿No se te ha ocurrido que yo no quiera verte?

Respiró hondo. El amo de la oscuridad tuvo que controlarse para no cogerme en brazos y llevarme con él. Lo conocía. Apretó los puños y la mandíbula y respiró hondo. Cerró los ojos un momento y los abrió.

—Tenía que comprobar que estabas bien.

—¿Bien? Acabo de enterrar a mi hermano. ¡Con el que ni tenía relación! ¡Le han dado un tiro en la cabeza! —grité.

—No lo maté, Julia.

—¿Otra vez con lo mismo? —bufé con lágrimas que ya no sabía si eran de dolor o de furia—. ¿Sabes lo enfermo que suena que intentes convencerme de tu inocencia justo aquí?

Se acercó más bajando la voz.

—No fui yo. Y lo voy a demostrar. Te lo prometo.

Me reí, amarga.

—Tus promesas no valen nada.

—Escúchame. —Su mirada me atrapó, firme, oscura—. Encontraré al que lo hizo. Aunque nunca me creas.

Parte de mí quería creerle, parte quería gritarle hasta quedarme afónica.

—¿Y qué? ¿Se supone que tengo que aplaudirte?

Negó con la cabeza y respiró con esfuerzo.

—Solo quiero que vuelvas a trabajar.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Vuelve a la oficina. Te prometo que yo no iré si no es estrictamente necesario. No te voy a agobiar. Pero vuelve.

—¿Te has vuelto loco? Mi hermano acaba de ser enterrado y tú me hablas de trabajo. —Lo apunté con el dedo y… Un escalofrío entró por la punta y me recorrió entera.

—Precisamente por eso. —Su voz sonó dura, pero también herida —. Necesitas recuperar tu vida. Si no, él seguirá ganando incluso muerto.

Sentí un golpe en el pecho.

—No voy a volver. —Giré la cara, incapaz de mirarlo más.

Me di la vuelta y empecé a caminar hacia la salida del cementerio con Marta pegada a mi lado.

—¿En serio no piensas volver? —Mi amiga me miraba de reojo mientras nos alejábamos de la verja.

—Ni loca. —Me pasé las manos por la cara, agotada—. No puedo soportar verlo. Ni a él ni a su empresa.

—Julia… —Marta suspiró—. Entiendo que quieras odiarlo. Yo también lo odiaría en tu lugar. Pero seamos realistas: necesitas comer.

—No empieces.

—Voy a empezar porque alguien tiene que decirlo. —Se cruzó de brazos, seria—. Tienes que pagar el alquiler, la luz, el supermercado. ¿O piensas vivir del aire?

Me detuve en seco.

—Acabo de enterrar a mi hermano.

—Y yo estoy aquí, contigo. Pero la vida sigue, Julia. —Su tono bajó, más suave—. ¿Sabes qué te diría Ignacio si pudiera? Que siguieras adelante.

Tragué saliva, con rabia contenida.

—No uses a mi hermano para convencerme de nada. Era un indeseable.

—No lo uso. —Marta me tomó de los brazos—. Lo digo porque lo creo. Porque si no te mueves, vas a hundirte. Y no pienso verte hundida.

Sentí las lágrimas otra vez. Me dejé caer contra su hombro.

—No puedo, Marta. No puedo verlo. No puedo trabajar con él.

—No te estoy pidiendo que lo ames. Ni que lo perdones. —Me acarició el pelo—. Solo que no abandones lo que has conseguido. Tu puesto. Tu gente. Tu independencia.

Me quedé quieta, pensando en todo lo que decía. En lo mucho que me costaba reconocer que tenía razón.

—¿Y si no puedo soportarlo? —susurré.

—Entonces me llamas. Me mandas un mensaje. Me dices: "Marta, voy a matar a Héctor Valverde" y yo me presento en tu oficina con una pala.

Me reí entre lágrimas.

—Eres idiota.

—Soy la única que va a salvarte de que este mundo te coma viva.

Respiré hondo. Sentí el peso del día, de la muerte, de la rabia… y también la amistad de Marta que me empujaba hacia arriba.

Quizá tenía razón.

40

Lo que hay en medio

Julia

Las putas agujas del reloj se burlaban de mí. Había pasado más de una hora desde que me dejé caer en el sofá de mi apartamento y seguían clavadas en el mismo sitio, marcando un tiempo que no avanzaba. O, tal vez, era yo la que estaba detenida.

El entierro había sido breve, frío, un trámite más que una despedida. No podía sacarme de la cabeza la imagen de la tierra cayendo sobre la caja. Me dolía el pecho, no tanto por el Ignacio que había muerto, sino por el que nunca fue. Por el hermano que se perdió mucho antes de recibir un tiro.

Me levanté de golpe, incapaz de seguir quieta. Encendí la radio, a un volumen bajo. El ruido llenó el silencio incómodo de mi piso, ese silencio que siempre me había gustado y ahora me parecía un enemigo.

Y entonces, sin avisar, apareció su recuerdo. Héctor, apoyado en el coche, mirándome en el cementerio. Su voz repitiendo que no fue él, necesitando que lo creyera. Había algo en su expresión que me perseguía: ni arrogancia ni soberbia. Sino otra cosa. Algo que me costaba admitir.

Me pasé la mano por la cara, enfadada conmigo misma.

—Estás loca, Julia. —Me reñí en voz alta. No sirvió de nada. Porque la semilla estaba plantada. Una parte de mí lo creía. O quería creerlo.

Abrí el portátil por inercia. Correos, informes, recordatorios. Todo seguía en pie, menos mi mundo, que se había derrumbado a mi

alrededor. El trabajo estaba ahí, esperándome. Y yo necesitaba dinero. Necesitaba rutina. Necesitaba algo que no se me escapara de las manos.

Marta tenía razón. Maldita sea, siempre la tenía.

No debía encerrarme en casa a llorar. No podía dejar que Ignacio, incluso muerto, me robara la vida.

Cerré el ordenador y me apoyé en la mesa. Respiré hondo, una, dos, tres veces.

—Voy a volver. —Lo dije en voz alta, un juramento.

No para darle a Héctor la victoria, ni porque confiara en él. Lo haría por mí. Por mi supervivencia, por mi independencia, por la Julia que no quería convertirse en sombra ni tirar a un contenedor de basura todo el trabajo realizado y el lugar al que había llegado.

Me quité el abrigo que aún llevaba encima, lo tiré sobre la silla y caminé hasta la cama. Había tomado una decisión.

Sabía que volver a la oficina iba a ser el error más grande y, al mismo tiempo, lo único que podía salvarme de hundirme del todo.

Me metí bajo las sábanas, con la certeza ardiendo en la cabeza.

Y, justo antes de quedarme dormida, lo pensé con rabia:
Quizá Héctor Valverde no había matado a mi hermano. Pero si seguía cruzándose en mi vida, terminaría por matarme a mí.

El cementerio no era un cementerio. Era una oficina. Filas de tumbas convertidas en mesas de cristal, ordenadores encendidos que zumbaban como insectos. Las flores eran grapadoras, y las velas, lámparas fluorescentes que chisporroteaban.

Al fondo, sobre un estrado, se encontraba él. Héctor. Pero no era Héctor.

Traje negro, ojos encendidos como brasas. Una pistola en la mano, apoyada en su muslo, el arma, una prolongación natural de su cuerpo. Una sonrisa torcida que no conocía límites. Lucifer con corbata. El Anticristo.

Ignacio apareció de pronto, sentado frente a un portátil, sudando. Su rostro era una caricatura de sí mismo: más demacrado, más oscuro, con billetes saliéndole de los bolsillos.

—Ha llegado tu hora —dijo Héctor y el trueno de su voz resonó en las paredes.

—No… —murmuré, incapaz de moverme.

Vi cómo levantaba el arma, el brillo del cañón bajo la luz artificial y el dedo que se cerraba sobre el gatillo.

Un disparo seco, Ignacio se desplomó, el eco rebotó entre los cubículos y la sangre manchó el teclado. Cuando parpadeé, ya no era sangre, sino tinta negra derramándose sobre informes.

—¡No! —grité, Con las piernas atadas al suelo, no podía correr hacia él.

Héctor bajó la pistola, me miró, y en sus ojos había fuego. Pero no fuego de destrucción, sino de otra cosa que no sabría ponerle nombre.

El suelo empezó a temblar. Los cubículos se partieron en dos, el mármol se abrió en grietas que llevaban directo al infierno. Yo me tambaleé y caí al vacío.

Y entonces lo sentí. Su mano. La de Héctor. Me agarraba de la muñeca, con fuerza impidiendo de la caída.

—Te tengo —susurró.

Lo miré aterrada. Tenía la pistola aún en la otra mano. Verdugo y salvador al mismo tiempo.

—Eres el diablo —murmuré.

Él sonrió y tiró de mí hacia arriba.

—Y aun así, soy quien te salva.

Me sacó del abismo de un tirón. Caí contra su pecho, jadeando, y el estrado del infierno desapareció. Todo se volvió blanco.

Me desperté de golpe, con sudor frío y el corazón a punto de salirse del pecho.

—Mierda… —mascullé porque Héctor podía ser Lucifer, el Anticristo, el hombre que disparaba contra mi hermano en mis peores pesadillas. Pero también era la única mano que me sacaba del vacío.

41

Hola

Julia

El edificio parecía más alto que nunca. O quizá era yo la que lo veía desde más abajo. Si pensaba demasiado, me volvía a mi casa. Así que apreté el paso hasta el hall con la sensación de estar entrando en un lugar familiar y, al mismo tiempo, prohibido.

Estaba loca por estar allí, sin embargo, no me daba la vuelta. Algo más fuerte que yo me atraía hacia ese lugar. No sabría explicarlo. Lo entendí con el tiempo.

Los cristales brillaban, el mármol relucía y la recepcionista sonreía. Me pareció singular que lo hiciera, por más que aquel fuera su trabajo. Pero me dio la sensación de que vendía seguros con cláusulas millonarias. Yo, en cambio, llevaba varios días de entierro pegados a mi piel y ni una sonrisa falsa me salía.

—Buenos días, Julia. —La chica de recepción me saludó—. ¿Qué tal las minivacaciones?

—Buenos, buenos… —murmuré—. Bien, gracias. —Unas vacaciones, eso había hecho creer Héctor a todo el mundo.

Estupendo.

No subí al ascensor, me tragó. Me miré de reojo: ojeras, gesto serio, el pelo que no había domado del todo. Nadie diría que acababa de enterrar a mi hermano, pero tampoco que estaba lista para un día normal. ¿Lo estaba? Qué remedio.

Cuando llegué a mi planta, las miradas se giraron. Todas. No hacía falta que hablaran: me tiraba al jefe y me creía la dueña de aquello. Lejos de la realidad, pero creíble.

Laura fue la primera en aparecer. Me dio un susto de muerte. No me la esperaba. Se plantó frente a mí y cruzó los brazos.

—Mira quién ha vuelto de entre los muertos. —Me echó un vistazo de arriba abajo.

Pobre, no sabe lo que ocurre.

—Demasiado pronto para bromas, ¿no?

—Es mi manera de decir que me alegro de verte. —Me rodeó los hombros con un gesto rápido—. Te echábamos de menos. Aunque… algunos más que otros.

Rodé los ojos.

—Laura…

—No he dicho nada. —Alzó las manos, inocente—. Pero… he de decirte que el jefe, El Anticristo, como lo llamas, me ha preguntado por ti varias veces. ¿Ha pasado algo entre vosotros? Me refiero a… Algo más.

El corazón me dio un vuelco que disimulé respirando hondo.

—Estoy aquí para trabajar, no para hablar de él.

—Ya, claro. —Me guiñó un ojo y bajó la voz—. Pero no te fíes, Julia. Ese hombre es mancha de vino: aunque digas que no, siempre acaba dejando huella. ¿Ya no estáis juntos? Pensaba que…

—No salió bien —la corté.

No estaba preparada para que mi mejor aliada me recordara lo que intentaba olvidar.

El equipo me recibió con un murmullo de saludos y sonrisas prudentes. Me lancé a la rutina como quien se lanza al mar helado: de golpe, con la esperanza de que la piel se adormeciera antes de sentir el dolor.

Pero la verdad, aunque me obligaba a pensar lo contrario, pasé toda la mañana esperando ver la sombra de su traje en mi puerta, el sonido de sus pasos marcados en el pasillo, esa presencia que convertía el aire en pólvora. Y cuando no apareció, sentí algo que me sorprendió: decepción.

El teclado se convirtió en mi salvavidas. Tecleaba y cada palabra me alejaba un poco más del agujero en el que me había metido. Archivos, informes, correos… todo servía para mantener la mente ocupada y no pensar en el entierro, ni en Ignacio, ni en la promesa que me había arrancado Héctor a la salida del cementerio.

Al mediodía bajé a por un café. No era por necesidad (ya llevaba tres), sino porque ansiaba escapar de tantas miradas que, aunque fingieran discreción, seguían apuntándome.

Crucé el pasillo sin levantar la vista. Y ahí estaban: unos zapatos italianos brillando sobre la moqueta gris.

Sentí un escalofrío antes de alzar los ojos.

Héctor.

Parado en mitad del pasillo, traje perfecto, corbata en su sitio, y mirándome.

—Julia. —Su voz fue baja, casi un murmullo, pero me atravesó como un disparo.

Me tensé, pero no me acobardé. Caminé hasta él. Me detuve a un paso. Quería enfrentarlo, ya que estábamos allí.

—¿No habíamos quedado en que no aparecerías a menos que fuera estrictamente necesario?

—Y lo es.

—¿En serio? ¿Coincidir en el pasillo es estrictamente necesario? —arqueé una ceja en un vano intento de parecer más firme de lo que me sentía. Crucé los brazos y cambié el peso de pie.

—Cuando se trata de ti, todo es estrictamente necesario.

Me odié por la descarga de calor que me recorrió el cuerpo.

—Eres un manipulador.

—Soy persistente. —Se inclinó apenas hacia mí, lo justo para que solo yo lo oyera—. Y aún no has dicho que no me echabas de menos.

Solté el aire de golpe.

—No voy a darte ese gusto.

—Sigues en peligro. No voy a perderte de vista ni un segundo.

—Eso es acoso.

—Es amor, aunque tú no lo veas. —Un hombre trajeado, muy grande y muy fuerte apareció detrás de mí. Giré el cuello y lo miré.

—¿Qué es esto?

—No voy a acercarme a ti. Yo no. Se llama Five. —Le clavé la mirada. Él me la devolvió—. Es tu guardaespaldas.

—¡Esto es increíble! —Levanté las manos y las dejé caer en mis costados—. ¿Me pones un vigilante de seguridad? ¡Esto no es necesario!

—Es más que necesario —respondió Héctor con calma—. No voy a arriesgarme a perderte.

—No eres tú quien se arriesga, soy yo. —Le señalé con el dedo, cabreada—. ¡Y no quiero a este armario empotrado siguiéndome hasta al baño!

Five, que parecía un roble con corbata, no pestañeó. Ni un músculo se movió en su cara.

—Es discreto —replicó Héctor.

—¿Discreto? —bufé—. Ocupa medio pasillo.

—Pero no hablará si no es necesario.

—Fantástico. —Me crucé de brazos—. Un gorila mudo. Justo lo que siempre soñé.

Héctor se inclinó un poco hacia mí, con esa maldita sonrisa de medio lado que me eriza más de lo que admito.

—Créeme, preferirías que fuera yo el que caminara detrás de ti.

—No, gracias. —Apreté los labios, cortante—. Prefiero caminar sola.

—Pues tendrás sombra. —Su tono fue definitivo, una sentencia.

Lo miré con los ojos achinados, sabía que estaba perdiendo la batalla antes de abrir la boca.

—Eres un controlador patológico.

—Soy un hombre al que le importa que respires mañana.

Mi corazón dio un salto. Lo odiaba. Lo odiaba tanto que quería… besarlo. O matarlo. No estaba segura.

—No necesito que me salves.

—Ya lo hice una vez —replicó con la mirada clavada en mis ojos—. Y lo haré todas las que haga falta.

El silencio entre los dos se volvió tan denso que hasta Five carraspeó, incómodo.

—¿Sabes qué? —dije al fin, apartándome un paso—. Haz lo que quieras. Pero recuerda que yo no te pedí nada.

Me di la vuelta, con el corazón martilleando en la garganta. Sentía sus ojos que me seguían mientras me alejaba. Porque la verdad, aunque no la dijera, era simple: No lo había echado de menos. Lo había echado de más.

42

Cuidarla y controlarla

Héctor

Las dos de la tarde y el despacho me parecía más una celda que una oficina. La luz entraba a raudales por el ventanal, pero yo solo veía sombras. Tenía la chaqueta sobre el respaldo de la silla y la corbata medio floja. No lograba respirar del todo.

El teléfono vibró en la mesa. No era Fernando todavía, era Five. Contesté al instante.

—Dime.

—Todo tranquilo. Julia acaba de salir de la oficina, va a comer con una compañera. —Su voz era neutra, impecable, como la de un soldado entrenado.

—No la pierdas de vista.

—Nunca.

Colgué y dejé el móvil donde estaba. La tranquilidad duraría lo que un parpadeo. Julia no tenía ni idea del riesgo real, y yo no podía permitir que lo descubriera de la peor forma.

El siguiente nombre en la pantalla ya me tensó los músculos: Fernando. Mi abogado en Barcelona. Contesté sin darme margen.

—Fernando.

—Necesitamos que viajes, Héctor. —Su tono era seco, como siempre—. Y lo necesitamos ya.

Me recosté en la silla apretando el puente de la nariz con los dedos.

—No es buen momento.

—Nunca lo es. Pero si no vienes, el problema terminará apareciendo en Madrid. Y ahí las cosas se complican.

Me incliné hacia el escritorio.

—No puedo moverme de aquí.

—Sabes que no se trata solo de ti —insistió, más bajo.

—Lo sé. —Inspiré hondo—. Pero ahora mismo tengo algo más importante que vigilar.

—Ignacio ya no es una variable, Héctor.

—Ignacio está muerto. —La palabra me salió como una piedra—. Pero sus rivales no. Y los que hicieron negocios con él siguen vivos, esperando cobrar su parte.

Fernando calló un instante. Después bajó la voz:

—Lo que pasó en Barcelona, no se quedará aquí.

—Dímelo claro: ¿puede contenerse allí hasta que yo decida viajar?

—No por mucho tiempo. Y si no lo cortamos, lo tendrás encima en Madrid.

—Entonces búscame margen. Dos días.

—No puedo prometerlo.

—Promételo. —Mi tono fue más filo que súplica.

—Lo intentaré. —La llamada se cortó.

Me quedé mirando el móvil. Dos días. Eso no era nada. Y mientras tanto, Julia estaba en riesgo.

Ignacio ya no respiraba, pero los que habían pactado con él no entienden de funerales. Ahora ella era un cabo suelto, una ficha

marcada.

Me levanté y caminé hasta el ventanal. Madrid brillaba bajo la luz del mediodía, ajena, indiferente. Julia estaría en ese momento riendo en una cafetería, ajena también. Pero yo sentía que la tenía encadenada a mi pecho, porque si alguien la tocaba, me encontraría a mí primero.

Y lo que me asfixiaba más no era la amenaza externa. Era la certeza que me quemaba dentro: me he enamorado de ella. De su risa insolente, de su forma de enfrentarme aunque tiemble por dentro, de esa manera absurda que tiene de cabrearme y salvarme en la misma frase.

Una ironía cruel para alguien como yo. Justo cuando las sombras se acercan más, me descubro con algo que perder.

Golpeé el cristal con el puño cerrado.

—No te voy a perder —susurré, casi sin voz.

El teléfono volvió a vibrar. Five.

—¿Qué? —contesté.

—Acaban de entrar dos hombres desconocidos en la cafetería. Están demasiado atentos.

Sentí cómo la sangre me hervía.

—Si hacen un movimiento raro, los quiero en el suelo.

—Entendido.

Colgué con la certeza de que el tiempo se agotaba más rápido de lo que había calculado.

Fernando quería que viajara a Barcelona. Quizá lo haría. Pero primero tenía que garantizar una cosa: que Julia siguiera viva para que mereciera la pena volver. Porque, aunque ella no lo supiera, se había convertido en lo único que no estaba dispuesto a negociar.

Marqué a Nike mientras aún tenía la imagen mental de Julia sobre una mesa de fórmica, dos tipos vigilándola desde el fondo de la cafetería. No me dejé invadir por el pánico; lo cambié por procedimientos.

—Necesito nombres —solté sin saludo—. Los de Ignacio en Madrid que sigan operativos: correos, mulas, capataces. Dame a quién le debía y quién le debía a él.

—Estoy cruzando agendas y celdas —respondió—. Hay tres que no han bajado el perfil: un tal Rubio en Vallecas, Porta en el polígono del sur y Galiano moviendo cash por casas de apuestas.

—Quiero ubicaciones en tiempo real. —Caminé hasta el ventanal y volví al escritorio; no soy de quedarme quieto—. Detección de matrículas, cámaras privadas, terminales encendidos. Si alguno pisa la sombra de Julia, le rompo la rodilla primero y pregunto después.

—Copiado. ¿La chica está sola?

—No. Five está encima. —El móvil vibró con su nombre—. Espera. —Deslicé—. ¿Qué tienes?

—Se sientan dos mesas detrás. No comen. Uno mira puerta, el otro espejo. Piden agua y tocan el móvil a ratos. Perfil vigilancia básica. No llevan mochilas.

—¿Armas?

—No se nota bulto. Pueden llevar navaja. No me gusta cómo se recolocan.

—Si uno se levanta, lo mandas al suelo. Tírame vídeo.

Llegó la imagen comprimida: ángulo lateral, Julia hablando con Laura; detrás, los dos, rapados de peluquería barata, zapatillas caras. Collares sin gusto. No eran policías, tampoco clientes al uso.

—Nike, compárame esos caretos con archivos. Me vale historial de altercados, multas, lo que tengas. Si salen limpios, me da igual: los

quiero etiquetados.

—En curso. Y Héctor… lo de Barcelona no puede esperar mucho.

—Entonces córtalo allí. Estoy ocupándome aquí.

—No hago milagros. A ese problema solo puedes ponerle solución tú.

—Consígueme lo que te pido. —Obvié lo último.

Corté. Abrí la pantalla grande y desplegué un mapa. Puntos rojos: naves conocidas, bares de paso, casas de empeño, boxes de lavado. Ignacio había tejido una telaraña barata y hortera; lo único fino que le compraba a su gente eran zapatillas. Apreté la mandíbula. A los vivos les gusta vestir de lujo la miseria.

El móvil volvió a vibrar.

—Nike: Identificados posibles. El del lado de la pared puede ser Kevin Montero, chaval de recados de Porta. El del espejo me cuadra con Pelao, gorrilla con contactos. Ninguno de primera línea. Perros que muerden cuando les apuntan.

—Suficiente para tirar del hilo. —Marqué a Five—. ¿Movimiento?

—El del espejo ha pagado el agua. Van a salir por turnos. Primero uno, luego el otro, para no cantar.

—Cuando el segundo pise calle, váyanse por la puerta de servicio. Te espero en el garaje C2. Quiero a mi gente recogiendo matrículas y ruta. Voy a mandar a Lobo y Nieves a seguirlos a distancia. Si cambian de coche, lo sabré.

—Entendido. —Pausa breve—. Julia pregunta si puede ir al baño sola.

—No.

—Eso le he dicho.

—Dile que me odie un rato más.

Colgué. Cogí el interfono interno y llamé a seguridad del edificio.

—Valverde. Quiero cámaras de la cafetería y el perímetro exportadas ya. Y limpia cualquier rastro de que he pedido esto. Si mañana me preguntan, negarás hasta tu nombre.

—Sí, señor.

Guardé el móvil, pero no me sirvió. Vuelve y duele: Ignacio muerto, sí, pero los que negociaron con él no. No iban a pedir perdón; iban a reclamar lo suyo. Y si su moneda prometida era Julia, entonces yo era el banco que no paga. Que lo intentaran.

Me sorprendí con la mano abierta, golpeando el cristal, el golpe hueco. No suelo repetir promesas porque me queman la lengua, pero esta me salió sola: no te voy a perder.

El móvil pitó otra vez. Five, corto y preciso:

—Fuera. Los dos han salido. Uno fuma. El otro finge hablar. Julia al baño. Salimos por servicio.

—Voy al garaje.

Caminé pasillos con la cabeza adelantando jugadas. Si Kevin y Pelao curraban para Porta, Porta quería confirmación de que la chica respiraba. No vendrían a secuestrar en un centro de negocios lleno de cámaras. Era una marca de territorio: sabemos dónde estás. Bien. Que me vieran a mí también.

Entré en el ascensor privado y pulsé C2. La puerta se abrió a un nivel frío, de hormigón limpio y coches con matrícula muda. La limusina esperaba con el motor encendido. Five apareció dos minutos después con Julia y Laura. Ella me miró primero las manos, luego la cara. Buscaba la mentira donde no la había. No dije nada. Este no era el momento de convencerla; era el momento de moverla.

—Dentro. —Se lo dije a ella, no a él. Julia dudó, pero subió. Laura detrás. Five cerró.

—Nieves a un minuto del bar —entró la voz por el manos libres—. Los objetivos caminan hacia el norte, giro en esquina. Coche negro esperándolos. Vano trasero medio hundido. Parece viejo.

—Matrícula.

—Tapada con barro.

—Placa de taxi de barrio camuflada, probablemente fuera de servicio. —Intervino Lobo—. Me acerco por el lado opuesto.

—Manteneos largos —ordené—. No quiero persecución en hora de comida. Si se separan, elegid al que conduce. El otro habla, pero el que conduce manda.

Five no se movía. Estatua útil. Mi sombra cuando no puedo ser mi propia sombra.

—¿Vas a explicarme por qué de repente soy la estrella de un *reality* con escolta? —preguntó Julia desde el asiento, sin mirarme.

—Porque dos idiotas han decidido jugar a verte comer. —No añadí "y eso me enciende la sangre".

—Podía con dos idiotas.

—Yo con veinte. Ahorra tiempo: déjame hacerlo a mí.

—No soy tu proyecto. —Giró la cara al cristal; la ciudad desfiló por su mirada, preciosa en su enfado.

No respondí. No iba a convencerla desde un coche. La iba a convencer manteniéndola viva tres días más seguidos.

El manos libres volvió a crepitar.

—Nieves: Suben al coche. Conductor con gorra. Segundo asiento libre. —Pausa—. Arrancan. Dirección sur.

—Placas de tráfico, túneles, todo. Quiero la ruta entera del último mes de ese cacharro. —Marqué a Nike sin colgar—. Te mando vídeo. Caza esa chapa bajo el barro con IA, con magia o con el espíritu santo. Me da igual el método.

—Recibido. Y te aviso: Porta ha pagado un alquiler corto esta semana en una nave en Getafe. Contrato a nombre de Cárdenas, testaferro viejo. Aparece también vinculado a Galiano.

—Mándame coordenadas. —Miré a Five—. Esta tarde quiero dos en esa calle, un tercero con cámara desde el bar de enfrente. Lista de matrículas que entren y salgan. No os dejéis ver.

—Hecho.

—Nike, otra cosa: Barcelona no puede reventarnos en Madrid. Si alguno de los tuyos necesita que le recuerden jerarquías, le recuerdas que yo pago la factura.

—Tranquilo. Ya he llamado a quien debía. Pero te diré una última vez: ir en persona lo solventaría.

—No abandono mi frente para arreglar el tuyo. Búscame margen hasta mañana.

—Te lo intentaré comprar.

—No lo compres. Roba.

Colgué. La limusina tomó un desvío hacia el aparcamiento privado de mi edificio. No iba a llevar a Julia a su casa; hoy, a cubierto o en oficina, con circuito controlado. Cinco veces preferiría su enfado a una llamada de hospital.

—Te bajo al garaje B y te sube el ascensor privado —le dije, sin dulces—. Laura se queda contigo hasta que termine la tarde. Five vuelve a tu sombra en cuanto salgas. Y sí, vas a protestar. Hazlo dentro. Fuera no.

—Qué cómodo ser tú. —Clavó la mirada en mi perfil—. Decidir por todos y dormir bien.

—No duermo. No desde que te conocí.

No contestó. Bajamos al B. Puerta abierta, aire frío, eco. Five salió primero. Laura miró a Julia con pregunta muda. Ella respiró hondo, digna incluso en la trinchera, y descendió. Yo me quedé un segundo dentro. Necesitaba escuchar el último reporte.

—Lobo: El coche con los dos gira hacia el cinturón. No aceleran, no frenan. Van correctos.

—Que nadie se acerque más de lo debido. Quiero ver dónde comen, con quién. Si paran en la nave de Getafe, me mandas foto de cada placa. Si tiran a otra, igual.

—Entendido.

Guardé el móvil. Bajé. Julia ya estaba en el ascensor, la mano de Laura en su antebrazo. Antes de que la puerta se cerrara, ella me sostuvo la mirada un segundo. No había perdón, tampoco fe. Había algo que me aguanta vivo: interés.

Le bastará un movimiento de los otros para aprender a creerme, pensé. O quizá no. Aun así, mi objetivo no cambia.

Me quedé solo en el garaje, con el zumbido de las luces y el olor metálico del aire. Volví a marcar a Nike.

—Cuando tengas la matrícula, me la traes clavada. Y pídele a Toro que avise en Getafe: si Porta enseña los dientes, los pierde. Hoy no tocan a Julia. Mañana tampoco. Nunca.

—Mensaje recibido.

Corté. Me metí otra vez en el coche. Le di al interfono.

—A la oficina. Y que suban cuatro cafés.

No sé cómo se perdona sin pruebas, pero sé cómo se protege sin permiso. Y hoy, mientras Barcelona llama y las hienas huelen sangre, eso es lo único que me interesa. Que respiren los demás. Que ladren. Yo guardo a la mía. Y al primero que venga a reclamarla, le cierro la boca.

43

Sigo con mi única misión

Héctor

Cuando crucé la puerta de mi piso esa noche, lo último que esperaba era escuchar gritos. O quizá sí lo esperaba, pero no exactamente esa clase de gritos.

—¡Te he dicho que no! —la voz de Julia resonaba en el vestíbulo.

Me quité la chaqueta, la dejé sobre el respaldo de la butaca y avancé hacia el salón. Allí estaba: Julia, con el pelo todavía húmedo, un albornoz envuelto a medias y la furia en los ojos. Frente a ella, como un muro humano, Five.

—Señorita —decía él con voz grave—, no puedo dejarla sin vigilancia, ni siquiera en el baño.

—¡¿Quieres apostarte en la puerta mientras me ducho?! —Julia abrió los brazos, incrédula—. ¿Qué sigue? ¿Que me pases la esponja por la espalda?

—Yo solo digo que un poco de ayuda en el aclarado nunca viene mal. —Laura, sentada en el sofá con una copa de vino, apenas levantó la vista.

Julia la fulminó con la mirada.

—¡Laura!

—Yo lo dejaría…

Me aclaré la garganta. Los tres giraron hacia mí al instante.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —cuestioné, aunque lo sabía perfectamente.

—Tu gorila —replicó Julia, señalando a Five— pretende vigilarme hasta cuando me desnudo.

Five se mantuvo firme, sin inmutarse.

—Cumplo órdenes, señor.

Suspiré.

—No te pedí que vigilaras hasta la ducha.

—Dijo que no debía perderla de vista bajo ninguna circunstancia.

Julia alzó una ceja, desafiante.

—Pues felicidades, Valverde. Has creado a Robocop versión voyeur.

Me llevé una mano a la cara, conteniendo una risa que no debía dejar salir.

—Five, espera fuera. —El hombre asintió y salió del salón con la misma parsimonia con la que un tanque abandona el campo de batalla.

Julia me apuntó con un dedo acusador.

—¿Estás viendo lo que me haces vivir?

—Estoy viendo que estás viva. Que no es poco.

—¡No soy un experimento de laboratorio! No necesito un ejército ni un mayordomo con licencia para espiar.

—Necesitas protección. —Me acerqué, firme, sin bajar la mirada —. Ignacio está muerto, pero los que negociaban con él no. No voy a permitir que te conviertas en el próximo objetivo.

Ella cruzó los brazos, las puntas del albornoz mojando el suelo.

—No soy un trofeo que guardar en una vitrina.

—No —admití en voz baja—. Pero eres lo único que no pienso perder.

El silencio que siguió fue denso, hasta que Laura lo rompió. Levantó su copa en un brindis al aire.

—Yo voto porque me dejéis quedarme a cenar. Esto es una telenovela.

Julia se echó a reír a pesar de sí misma. Yo también sonreí. A veces era imposible no hacerlo con ella delante. Me hacía feliz. Raro en mí. Pero la discusión no había terminado. Ni de lejos.

Me giré, saqué el teléfono de mi bolsillo y llamé a Five.

—Five. Entra.

El hombre apareció en el marco de la puerta, imperturbable como siempre.

—Lleva a Laura a su casa. Que se quede con ella alguien de confianza, las veinticuatro horas. Y luego vuelves aquí. Te quedas abajo, en la puerta.

Laura arqueó una ceja, divertida.

—¿En serio me va a poner guardaespaldas? ¿A mí también?

—Sí. —No pestañeé—. Y no es negociable.

—Bueno… —se levantó con la copa en la mano y me dio un sorbo teatral—, supongo que siempre quise sentirme en una peli de mafiosos.

Julia bufó.

—Esto es ridículo.

—Esto es lo necesario. —Le devolví la mirada, firme.

Five condujo a Laura fuera con calma. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio quedó tan pesado que pude escuchar el latido

de mi propia sangre.

Julia cruzó los brazos, desafiante.

—Ahora me toca a mí. Quiero ir a mi casa.

—Ni lo sueñes.

—¡Es MI casa!

—Es tu tumba si insistes. —Me acerqué un paso—. Allí no puedo protegerte. Aquí, sí.

—No soy tu prisionera, Héctor.

—No eres mi prisionera. —Otro paso más—. Pero sí eres mi responsabilidad.

—¿Y quién te ha dado ese derecho?

—Tú. —Mi voz bajó a un susurro, grave—. El día que te metiste en mi vida, me diste ese derecho.

Ella se quedó helada, la respiración acelerada, pero no retrocedió. Nunca retrocedía.

—Te odio —escupió temblando.

—Mientes. —Alcé la mano y le aparté un mechón húmedo de la frente—. Y lo sabes.

—¡Te odio!

—Pues ódiame. —Incliné el rostro hasta rozarle la boca con la mía —. Pero ódiame aquí, muy cerca.

Me agarró del cuello de la camisa con rabia. Intentó apartarme. Pero en lugar de empujar, me arrastró contra ella. El beso fue un choque, un incendio sin tregua. Sus labios eran furia, los míos promesas incumplidas. La apreté contra la pared del pasillo, y ella me mordió el labio con la clara intención de marcarme.

—Esto no arregla nada —jadeó contra mi boca.

—No. —Le arranqué el nudo del albornoz—. Pero lo complica todo más.

Ya no hubo discusiones, ni palabras, ni amenazas. Solo cuerpos buscando la rendición en mitad de la guerra.

Su albornoz cayó al suelo como una rendición forzada, aunque lo que ardía en sus ojos no tenía nada de rendido. Julia era pólvora y yo estaba dispuesto a prenderla hasta que no quedara más que ceniza.

La levanté y la empotré contra la pared del pasillo. Ella soltó un gemido entre rabia y placer, y me arañó la nuca casi arrancándome la piel.

—Te odio… —repitió entre jadeos.

—Hazlo más fuerte. —Le mordí la clavícula y bajé con la boca por su cuello.

—¡Te odio! —la vibración de su voz se rompió en un gemido cuando deslicé mi mano entre sus piernas. Estaba ardiendo.

—Así me gusta —musité contra su oído—. Ódiame con las piernas abiertas.

Me bajó la cremallera del pantalón con una desesperación que era tanto rechazo como ansia. No esperaba delicadeza, y no la di. La giré bruscamente, apretando su pecho contra la pared, y la penetré de una embestida seca. Julia gritó, un sonido cargado de furia, pero su cuerpo se arqueó hacia mí con la misma avidez con la que me insultaba.

—Hijo de puta…

—El tuyo. —Apreté su cadera y la embestí más fuerte.

Sus uñas arañaban la pintura de la pared, su mejilla pegada contra ella. Cada embate era un reproche, un "no te creo", un "no me dejes", y yo se los devolvía todos con el mismo ritmo salvaje.

Me giré un instante para atrapar su boca, y el beso fue mordisco, guerra, rendición y condena todo a la vez. Julia me sujetó por el cuello de la camisa y tiró de mí para hundirme más dentro.

—Dilo —jadeó.

—¿Qué?

—Que me necesitas.

—Más que al aire —respondí, sin pensar, y entonces se quebró contra mí. Su cuerpo vibró, caliente, húmedo, temblando mientras gritaba mi nombre como si odiara hacerlo.

La seguí, me derramé dentro con un rugido bajo, sujetándola con tanta fuerza que temí romperla.

Nos quedamos pegados a la pared, respirando como animales, el sudor enredado, la guerra suspendida por unos segundos.

Julia se giró despacio, todavía con la cara sonrojada, los labios mordidos, y me miró como solo ella sabe mirar: con odio y con deseo, al mismo tiempo.

—Esto no cambia nada —dijo con voz rota.

Le acaricié la mandíbula con el pulgar, incapaz de contenerlo.

—Lo cambia todo.

—No lo hiciste tú.

—No.

44

El infierno en el cielo

Julia

Me desperté con un calor extraño en la espalda. No era la sábana ni el sol colándose por la cortina; era un brazo pesado, firme, que me rodeaba la cintura.

Abrí los ojos y tardé unos segundos en ubicarme. El techo alto, la moldura perfecta, la cama de dimensiones obscenas… no estaba en mi piso. Estaba en el suyo. En el piso de lujo del Anticristo.

Tragué saliva. Giré apenas la cabeza y lo vi: Héctor, dormido todavía, con la mandíbula relajada y la respiración profunda. Hasta dormido parecía mandar. Y lo peor es que, por un instante, me quedé mirándolo como una imbécil.

Me acarició el estómago sin despertarse del todo. El roce me erizó la piel.

—Buenos días —murmuró con la voz grave del sueño.

—No me digas que hasta duermes perfecto. —Intenté sonar sarcástica, aunque sonó más suave de lo que quería.

—No. —Abrió los ojos y me sostuvo la mirada—. Perfecto es esto.

Me giré rápido dándole la espalda porque si seguía mirándolo iba a decir algo que no debía. No podía.

Lo que sentía no tenía nombre. Bueno, sí lo tenía. Pero me negaba a pronunciarlo.

Me levanté antes de que la conversación se volviera peligrosa. Él no insistió, solo se quedó en la cama, mirándome con esa media sonrisa que me volvía loca.

***

Llegar a la oficina con Five pegado a mi culo fue la experiencia más surrealista de mi vida. No importaba si me paraba a saludar a alguien o si quería servirme un café: él estaba ahí, dos pasos detrás, como una sombra gigante y muda.

—Julia, ¿te has comprado un mueble nuevo? —preguntó uno de mis compañeros mirando a Five.

—Sí. Se llama paranoia con traje —respondí con los ojos rodados.

El muy armario ni pestañeó.

Cuando crucé la puerta del departamento, vi a Laura apoyada en mi mesa, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, escoltada.

—No empieces. —Me dejé caer en mi silla y tiré el bolso con desgana.

—El mío se ha quedado abajo. —Se encogió de hombros, feliz—. Me siento como en una película, pero de actriz secundaria. No me molesta. Me encanta.

—Yo me siento como en una cárcel.

Laura miró hacia Five que seguía en su posición de estatua, y bajó la voz con un gesto cómplice.

—Vale, reconócelo. Impone.

—Impone tanto que ayer casi se mete conmigo en la ducha.

Laura se atragantó con su propio café de la risa.

—¿Y qué dijo Héctor después?

—Lo defendió. Que cumplía órdenes. —Me crucé de brazos, indignada.

Laura se tapó la boca, intentando contenerse.

—Vale, necesito que me des un Excel con todo lo que has vivido en estas últimas cuarenta y ocho horas.

—Ya te lo conté ayer. Lo de Ignacio, el entierro… —tragué saliva —. Todo.

Su cara cambió, más seria. Me apretó la mano.

—Lo siento, Julia. De verdad.

Asentí, mordiéndome el labio.

—Gracias.

Y justo cuando el ambiente estaba cargado, Five carraspeó detrás de mí. Ni siquiera se movió, solo emitió ese ruido gutural.

Laura lo miró y, sin perder la compostura, soltó:

—¿Ves? Este ni en un velorio pierde el personaje.

Estallamos en carcajadas. Yo, porque lo necesitaba. Ella, porque era su manera de salvarme.

***

Laura y yo nos refugiamos en la sala de reuniones pequeña a final del día, esa que nadie usa salvo para llamadas rápidas. Cerramos la puerta y me dejé caer en la silla, muy cansada. No habíamos parado ni para almorzar. Five se quedó plantado al otro lado del cristal.

—¿De verdad tiene que estar ahí? —le pregunté.

—Claro. —Laura se giró para mirarlo—. Es como un cuadro de seguridad humana. Si se moviera un poco, podríamos cobrar entrada.

Me tapé la cara con las manos, pero terminé riéndome.

—No sé cómo voy a aguantar mucho más.

—Con… sexo.

La fulminé con la mirada.

—No.

—Oh, sí. —Se inclinó hacia mí—. Ya me lo contaste ayer. Que discutís, que te desespera, que no te deja respirar… y que acabas respirando de otra manera.

—Laura, cállate.

—No me voy a callar. —Me apuntó con el dedo—. Lo sientes. No lo dices, pero lo sientes.

Me removí incómoda.

—No voy a decírselo.

—Pues no se lo digas. Pero no lo niegues. —Me sonrió con ternura—. Ese hombre puede ser el Anticristo, pero, Julia, se te nota que te está salvando aunque no quieras.

Me quedé callada, apretando las manos sobre la mesa. No quería admitirlo, ni siquiera en voz baja.

Un golpe suave en la puerta nos interrumpió. Me giré. Héctor estaba allí, traje oscuro, expresión implacable. La sala se encogió de golpe.

—Hora de irnos —dijo sin saludar.

—¿A dónde? —pregunté, crispada.

—A casa.

—La mía. —Levanté la barbilla.

Su boca se curvó apenas.

—Pasaremos por la tuya. Cogerás ropa. Y luego volveremos a la mía.

Laura se mordió el labio. Disfrutaba con la tensión creada.

—Yo ya no necesito Netflix.

Le lancé un bolígrafo y ella se rio.

Me levanté, recogí mis cosas y me crucé con la mirada de Héctor. Era un choque eléctrico, inevitable.

Five abrió la puerta sin decir nada.

Yo suspiré.

—Esto no puede acabar bien.

Héctor se inclinó apenas hacia mí, lo justo para que solo yo lo oyera.

—Te prometo que acabará estupendamente.

Y salimos juntos, Laura detrás con la sonrisa de quien conoce, más que se figura, el final de la película.

45

El cielo en el infierno

Julia

Nunca pensé que escuchar el sonido de mi propia llave al girar en la cerradura me fuera a dar miedo. Pero lo hizo. La puerta cedió con un chasquido seco y de inmediato sentí que algo estaba mal.

No era intuición, sino certeza. Mi piso no respiraba igual.

Héctor se adelantó un paso, también lo había notado, y yo me quedé clavada detrás de él, con la llave aún en la mano, fría contra mis dedos.

—Abre despacio —ordenó.

—Sí, señor —ironicé.

Empujé la puerta con cuidado y el golpe de realidad me dejó sin aire.

Cojines por el suelo, cajones abiertos de par en par, mis libros desparramados, las fotos boca abajo, los zapatos de la entrada tirados por el pasillo.

Era mi vida hecha trizas. Y no porque fuera un piso de lujo (no lo era), sino porque cada objeto tenía mi huella, mi orden, mi historia. Ahora todo parecía mancillado.

—¡Dios mío! —di un paso dentro, pero la mano de Héctor me frenó de golpe.

—Atrás.

—Es mi casa —protesté con la voz quebrada.

—Ahora mismo no. —Su tono fue tan frío que me cortó el paso.

Y entonces lo escuchamos: un ruido metálico en la cocina. El golpe de una ventana al cerrarse de un portazo.

Héctor reaccionó primero.

—¡Five! —bramó al móvil—. ¡Patio interior, ya!

Corrí hacia la ventana, pero él me sujetó del brazo con tanta fuerza que me dolió.

—¡No!

—He visto una sombra —jadeé—. Alguien ha salido por ahí.

—Y Five lo alcanzará. Tú, conmigo. —Su mirada no admitía réplica.

Me arrastró por el pasillo. Yo intentaba girarme, mirar mi casa hecha un campo de batalla.

—¿Por qué han hecho esto? —pregunté con la voz temblando.

—Porque eres un objetivo. —Sacó el teléfono otra vez—. Nike. Coche en la esquina. Ya.

No esperó respuesta, colgó y me empujó hacia la salida.

—¡Héctor, espera! —tiré de su brazo—. No me puedes sacar así, necesito entender…

—Lo único que necesitas es estar viva.

—¡Es mi piso! ¡No puedes decidir por mí!

Se giró de golpe, tan cerca que casi rocé su boca al gritarle.

—¿Quieres decidir? Perfecto. ¿Prefieres salir caminando conmigo ahora, o en una bolsa negra mañana?

Me quedé muda. La furia me hervía, pero su brutalidad me atravesó como un jarro de agua helada.

Me llevó casi a rastras hasta la calle. El coche negro ya estaba esperándonos, motor encendido, puerta trasera abierta. No conocí al conductor.

—¿Qué coño es esto? —pregunté plantándome en seco.

—El único billete de salida que tienes. —Me empujó hacia el interior.

Entré con un bufido cons ganas de gritarle en plena calle. Él subió detrás y cerró de golpe. El coche arrancó.

El silencio me ahogó. Me giré hacia él con los puños apretados sobre las rodillas.

—¿Adónde me llevas?

Me sostuvo la mirada. Oscura. Firme.

—A un lugar seguro.

—¿Tu apartamento?

Una chispa cruzó sus ojos, amarga.

—El mío no lo es.

Ahí me lo tomé en serio. Si hasta el Anticristo admitía que su fortaleza no podía protegerme, ¿qué clase de enemigos estábamos enfrentando?

Me mordí el labio para espantar el miedo. La ciudad pasaba a toda velocidad tras las ventanillas tintadas, y sentí la certeza escalofriante de que no había vuelta atrás.

Y lo peor de todo: lo odiaba por decidir por mí, por arrastrarme, por tratarme como una pieza más de su tablero…, pero con la certeza de que tenía razón.

***

El coche avanzaba como una sombra, silencioso y firme. El conductor no dijo ni una palabra, ni se giró, ni siquiera existía.

Yo, en cambio, no podía callarme.

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunté clavando la mirada en Héctor.

—Ya te lo he dicho. A un lugar seguro.

—Seguro para ti, querrás decir.

—Seguro para ti. —No parpadeó.

Me incliné hacia él, el corazón acelerado y la rabia clavada en la garganta.

—¿Por qué no me lo dices? ¿Por qué siempre tengo que enterarme de todo a medias?

—Porque si supieras la verdad, no dormirías.

Lo odié en ese momento. Odié su tono, su arrogancia, esa forma de creer que podía ser el Atlas que sostiene el mundo entero sobre sus hombros y, de paso, mi vida también. Pero más odié la descarga que sentí cuando se inclinó hacia mí, apenas un poco, y nuestras respiraciones se mezclaron en el espacio reducido.

—Héctor… —susurré, sin reconocer mi propia voz.

—Dime que no lo sientes —me retó, con los ojos oscuros, fijos en los míos.

—Lo que siento es que me estás secuestrando.

—Y aun así me amas.

Me tensé. El coche siguió su rumbo, implacable, y el conductor permaneció en silencio, testigo invisible de lo inevitable.

—Esto es una locura. —Me eché atrás para intentar poner distancia.

Héctor no lo permitió. Me sujetó de la nuca y me obligó a mirarlo.

—Entonces volvámonos locos juntos.

El beso fue un incendio que me arrasó entera. Lo besé de vuelta con la furia de quien quiere negar y no puede. Sus manos bajaron por mi cintura, me atrajeron a su regazo.

—El conductor… —murmuré jadeando contra sus labios.

—Tranquila, mirará para otro lado. Adora su vida. —Su voz era fuego en mi piel.

Me deslicé sobre él, las piernas rodeando sus caderas. El coche era amplio, pero no lo suficiente: cada movimiento era roce, choque, calor. Sus manos arrancaron mi blusa con un gesto desesperado, y yo me aferré a su camisa y hasta que los botones saltaron.

El gemido se me escapó cuando se deslizó dentro de mí, sin aviso. Mi espalda golpeó contra el asiento, el coche tembló bajo el ritmo de nuestros cuerpos.

—Julia… —gruñó al hundirse en mí con fuerza.

Apreté los dientes sin poder ahogar el grito.

—Dios…

—No digas Dios. —Me mordió el cuello entre resoplidos—. Di mi nombre.

Lo hice. Lo grité. Y él respondió con embestidas cada vez más profundas. Ignoramos por completo que había un hombre a menos de un metro, al volante. U bien que fingía no escuchar.

Era prohibido, peligroso, el infierno en movimiento. Y aun así, era lo más viva que me había sentido en mi vida.

Cuando el orgasmo me rompió, me aferré a él como si el coche entero fuera a estallar. Y en cierto modo, lo hizo: porque el mundo

dejó de existir y solo quedamos nosotros, dos cuerpos ardiendo en un trayecto sin destino claro.

Me dejé caer contra su pecho entre resuellos. El motor seguía su curso y las luces de Madrid se reflejaban en los cristales oscuros.

No dije nada. No podía. Y aunque no pusiera voz a lo que me estaba matando por dentro, lo sabía: cada vez que me besaba, me estaba perdiendo un poco más.

46

El cielo pintado de grafitis

Julia

Cuando el coche frenó, yo esperaba mármol, cristal y porteros uniformados. Algo con la firma invisible de Héctor Valverde: caro, pulido y arrogante. Pero no. El coche se detuvo frente a un edificio viejo, de ladrillo gastado, con persianas metálicas cubiertas de grafitis y un portón gris que parecía abandonado.

Me giré incrédula hacia él.

—¿Qué es esto?

—Un lugar seguro.

—¿Seguro? —me reí con amargura—. Aquí parece que venden droga, o recogen cadáveres.

—Precisamente por eso nadie buscaría a alguien como tú aquí.

—Será como tú.

El conductor salió y abrió la puerta. Héctor me tomó de la mano, sin darme opción, y me hizo bajar. El aire olía a humedad y a óxido y el eco de nuestros pasos resonaba en el callejón sin vida en un barrio aparentemente muerto.

Empujó el portón con chirrido de película de terror y entramos en un espacio enorme, oculto tras la fachada ruinosa. No era una casa ni una oficina: era una especie de almacén reformado, con paredes altas, cámaras en cada esquina y un *loft* improvisado en el piso superior. Una mezcla extraña de búnker y refugio secreto.

—¿Tienes una… guarida? —pregunté con la ceja arqueada.

—Llámalo inversión inmobiliaria. —Sonrió apenas, pero no era una broma.

Subimos por una escalera metálica hasta el altillo. Había un sofá enorme, una mesa con pantallas, una cama grande al fondo. Minimalista, casi aséptico.

—Aquí nadie puede encontrarte.

—Ni escaparme. —Me crucé de brazos.

Se giró hacia mí muy serio.

—Julia, alguien ha entrado en tu piso. Podías estar muerta.

Tragué saliva mirando al suelo. No quería darle la razón, pero las imágenes de mi casa destrozada me seguían quemando por dentro.

—No soy una prisionera.

—No. —Dio un paso hacia mí—. Eres lo más valioso que tengo.

—¿Y cuánto tiempo piensas mantenerme en esta… cueva del murciélago? —pregunté con el sarcasmo como escudo.

—El necesario.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Su mirada me atravesó, y me odié por sentir que, a pesar de la rabia, parte de mí se sentía más segura allí que en cualquier otro sitio.

Me paseé por el altillo como un animal enjaulado. El sofá gris parecía recién comprado, la mesa de pantallas estaba encendida y la cama al fondo brillaba con sábanas perfectamente estiradas. Ni una foto, ni un recuerdo, ni un objeto personal.

—Bonito sitio —solté con ironía—. Muy acogedor. ¿Lo anuncias en Airbnb como guarida del diablo?

Héctor me miró desde la escalera, serio.

—No tiene que gustarte. Tiene que mantenerte viva.

Me crucé de brazos.

—Lo que no entiendo es por qué tienes esto. ¿Quién demonios invierte en una cueva como esta?

Él se encogió de hombros.

—Yo invierto en todo lo que me garantiza control.

—No me sorprende. —Suspiré y aparté la vista.

Hubo un silencio raro. Sentí que me observaba, pero no con la mirada arrogante de siempre, sino con otra más pesada. Finalmente habló:

—Nunca me gustaron las casas.

Lo miré arqueando una ceja.

—¿Perdona?

—Nunca. —Se acercó despacio, le costaba hablar, lo noté—. Crecí en una familia de clase media alta. Todo parecía perfecto desde fuera: colegio privado, vacaciones en la playa, cenas en restaurantes caros. Pero en casa… —hizo una pausa, buscando aire—, en casa era distinto.

Me quedé quieta. No era común escucharlo hablar así.

—Mi padre no era un mal hombre, pero sí un hombre destrozado. Trabajaba doce horas al día, volvía sin ganas de mirarnos. Mi madre… —se tensó—, mi madre estaba más pendiente de la copa de vino que de… lo demás.

Tragué saliva.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabe. —Clavó los ojos en mí, oscuros, firmes—. ¿Sabes lo que es crecer rodeado de todo y sentir que no tienes nada? —No respondí—. De niño aprendí dos cosas —continuó—: que el dinero compra silencio, y que el silencio es una forma de violencia.

Sentí un nudo en la garganta. No sabía qué decirle. Lo había imaginado frío, distante, pero no así: vulnerable.

—Por eso construyo lugares como este. —Señaló el altillo—. Porque las casas nunca fueron seguras para mí. Ni siquiera la mía.

Me acerqué un paso, casi sin darme cuenta.

—¿Y yo qué pinto aquí?

Su mirada apenas se suavizó.

—Que contigo… quiero que sea distinto.

Me mordí el labio. Parte de mí quería abrazarlo, otra parte quería gritarle.

—No sé si eres capaz de hacer nada… distinto, Héctor.

—Entonces déjame demostrarlo.

Lo miré procesando lo que había dicho. Era raro escucharle hablar de algo que no fueran órdenes, amenazas veladas, o promesas imposibles. Esa confesión me había dejado sin mi escudo favorito: el sarcasmo.

—Entonces, ¿qué? ¿Soy tu conejillo de Indias para comprobar si puedes ser distinto? —solté al fin, porque no sé vivir sin pinchar.

Una chispa se encendió en sus ojos.

—No. Eres la excepción que me está volviendo loco.

Sentí el calor subirme a las mejillas, así que me giré hacia la mesa de pantallas como si de repente me interesara mucho ver mapas y gráficos en bucle.

—Pues lo disimulas fatal. A veces parece que solo quieres controlarme.

—Porque controlarte es lo único que me calma. —Su voz bajó un tono, más grave—. Lo otro… lo que siento cuando te miro… eso no sé cómo detenerlo.

Giré la cabeza y ahí estaba él, a un paso de mí. Demasiado cerca. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro: el corazón disparado, la piel erizada.

—Héctor… —susurré y no sabía si le advertía o lo invitaba.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si supieras que ya estoy perdido.

Su mano me rozó la mejilla. Yo debería haberla apartado, decirle que todo esto era un error. Pero no lo hice. Me quedé quieta, temblando, odiando lo mucho que lo necesitaba.

Su boca se acercó a la mía despacio. No hui. El beso fue distinto al del coche. No había prisa, no había rabia. Había hambre, sí, pero también cuidado. Sus labios se movieron sobre los míos con una ternura que me desarmó más que cualquier embestida.

Mis manos se aferraron a su camisa, y por primera vez no tiré para romper botones, sino para acercarlo más.

—No deberíamos —murmuré contra su boca.

—Ya lo sé. —Sus labios volvieron a atraparme—. Pero tampoco puedo dejarte.

Me levantó en brazos y me llevó hasta la cama del altillo. Cuando me tumbó sobre las sábanas, comprendí que esta vez no se trataba de odio ni de guerra. Se trataba de algo peor. De sentir demasiado. De amor.

El colchón estaba frío bajo mi espalda, pero en cuanto se tumbó encima de mí lo olvidé todo. Héctor no me besaba como un enemigo, ni siquiera como un amante ocasional. Me besaba como alguien que ya había decidido que yo era suyo.

Sus labios recorrieron mi mandíbula, bajaron hasta el hueco de mi cuello, y cada roce me erizaba la piel como descubierta por primera vez. Mis manos lo exploraban a ciegas, sintiendo la tensión de sus hombros, la rigidez de sus músculos, ese autocontrol que parecía desmoronarse con cada caricia.

—No sabes lo que me haces —susurró contra mi clavícula.

—No te lo voy a preguntar —respondí en un intento de sonar ligera, pero mi voz se quebró en un gemido cuando sus dedos me recorrieron el vientre.

Se detuvo y me miró con esos ojos oscuros que parecían atravesar todas mis defensas.

—Julia, dime que lo necesitas.

Lo odiaba por pedírmelo, porque sabía que sí, y decirlo era rendirme.

—Lo necesito. Lo elijo. —Me salió en un hilo de voz, pero fue suficiente.

Su sonrisa fue breve antes de inclinarse para besarme otra vez. Su lengua se mezcló con la mía en un ritmo lento, delicioso, mientras sus manos se deslizaban despacio, apartando la tela con paciencia.

Cuando entró en mí, lo hizo con cuidado, hundiéndose despacio, con los ojos fijos en los míos. El mundo se redujo a ese instante: mi respiración entrecortada, su cuerpo rodeando el mío, el calor insoportable que me arrancaba la voluntad.

Me moví contra él, primero despacio, luego con más urgencia. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el búnker. Cada

embestida era más profunda, más íntima, grabando en mí algo que no me atrevía a poner en palabras.

Le rodeé la cintura con las piernas, arqueando la espalda cuando el placer me rompió en mil pedazos. Grité su nombre, sin importarme que las paredes de cemento lo devolvieran como una confesión.

Él me siguió, vibrando contra mi cuerpo, hundiendo el rostro en mi cuello mientras su voz se rompía en mi oído.

Quedamos abrazados, jadeando, el sudor pegado a nuestra piel. Él no se movió, no se apartó. Me rodeó con sus brazos en la inocente creencia que podría protegerme del mundo solo así.

Yo cerré los ojos, sabía que estaba perdida. Que aunque no se lo dijera, aunque no lo admitiera ni bajo tortura, lo que sentía ya no tenía vuelta atrás. No le dije que lo amaba. No podía. Pero mi cuerpo lo había gritado por mí. Y esa era mi condena.

47

Cuidado con los detalles

Julia

Me desperté en una cama que no era mía. Y no porque fuera demasiado grande o porque las sábanas olieran distinto, sino porque allí no había nada que se pareciera a un hogar. Colchón cómodo, sábanas limpias, sin embargo, todo alrededor me recordaba que estaba encerrada en un lugar que no existía en ningún registro oficial. Un escondite. Un secreto.

Abrí los ojos y tardé unos segundos en recordar dónde estaba: el búnker de Héctor. Su guarida. El sitio al que me había traído porque, según él, era el único lugar en el que estaría a salvo.

Me incorporé despacio, con el pelo enredado y los músculos aún cansados. La sábana caía a un lado y el contraste con el hormigón del altillo me dio un escalofrío. Allí no había cuadros, ni fotos, ni un detalle humano que le quitara frialdad. Era como dormir en medio de un laboratorio al que alguien le había puesto una cama en el centro.

Giré la cabeza. Ni rastro de Héctor.

El hueco a mi lado estaba frío. Lo suficiente como para saber que llevaba un buen rato fuera.

Respiré hondo y me levanté. El suelo metálico del altillo estaba helado bajo mis pies descalzos. Caminé despacio, con la sensación de que en cualquier momento tropezaría con algo prohibido.

Desde arriba se veía toda la sala principal: las pantallas encendidas en bucle, mostrando mapas, gráficos, ventanas de cámaras de seguridad. Algunas eran imágenes de tráfico, otras de

lugares que no reconocía. No eran noticieros, eran ojos. Ojos vigilando la ciudad.

Bajé la escalera metálica y recorrí la sala como una intrusa. Toqué el respaldo del sofá, la mesa de acero, una estantería con carpetas alineadas al milímetro. Nada personal, nada que dijera aquí vive alguien. Era un espacio para planear guerras, no para compartir desayunos.

Me agaché frente a una caja de madera oscura que descansaba sobre el estante inferior. Dudé, pero la curiosidad me ganó. La abrí.

Un arma. Negra, brillante, pesada aunque no la había cogido. Una pistola perfecta, de esas fabricadas para matar sin margen de error. Sentí el estómago encogerse. No era la primera vez que veía un arma, pero sí la primera que me enfrentaba a una que podía llevar el nombre de mi hermano grabado en su cañón invisible.

Cerré la caja de golpe y así borraría la imagen allí encerrada.

Me levanté rápido, intentando apartar la sensación de las manos. Caminé hacia las pantallas. Y entonces ocurrió: un zumbido corto, un cambio de imagen, un flash rojo.

Las noticias saltaron por encima de los mapas, interrumpiendo todo lo demás.

Me moví y las vi.

Una presentadora con gesto grave informaba de un tiroteo. Imágenes de coches destrozados, luces de policía parpadeando, sirenas.

—La banda de los Lombardi… —decía—. Su líder, Marco Lombardi, ha sido asesinado esta madrugada en un violento enfrentamiento.

Me llevé una mano a la boca. El nombre me heló la sangre.

La presentadora continuó, y entonces lo peor:

—En relación con este caso, también ha salido a la luz la muerte de Ignacio Serrano, presuntamente vinculado con la organización.

Su foto apareció en pantalla. Ignacio, con la sonrisa ladeada de una foto vieja, congelado para siempre en un recuadro junto al cadáver del líder Lombardi. Mi hermano reducido a eso: un titular, una estadística más en una guerra sucia que nunca entendí del todo.

Las piernas me temblaron. Me apoyé en el respaldo del sofá, incapaz de apartar la vista de la pantalla.

La puerta del búnker se abrió de golpe.

Me giré.

Héctor entraba, impecable, como si viniera de dar un paseo cualquiera. En la mano llevaba una bolsa blanca de panadería, de esas que huelen a croissants y café recién hecho.

Me quedé paralizada. El contraste entre las noticias en las pantallas y su entrada tranquila me destrozó el aire en los pulmones.

—¿Dónde has estado? —pregunté, sin pensar.

Él levantó la bolsa. Le parecería obvio. A mí no.

—He ido a por el desayuno.

Pero las noticias seguían, el rostro de Ignacio aún flotaba en las pantallas, y yo no podía quitarme la pregunta de la garganta.

—¿Dónde has estado, Héctor? —insistí.

Dejó la bolsa sobre la mesa metálica. El ruido del papel contra el acero sonó como una burla.

—Ya te lo he dicho, Julia.

—No me jodas. —Avancé un paso con el pulso acelerado—. No voy a creer que te levantaste y pensaste "qué bonito día para croissants" mientras la ciudad arde.

Se quitó la chaqueta con calma, la dobló y la dejó sobre el respaldo del sofá.

—El desayuno no se compra solo.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —sentí la rabia hervir—. ¿Que estabas en una panadería mientras Lombardi caía de un tiro y mi hermano se convertía en un maldito titular?

Se giró hacia mí, despacio. Sus ojos eran tan oscuros que me hicieron retroceder un paso sin querer.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí. —Mi voz temblaba, pero no aparté la vista.

Me sostuvo la mirada unos segundos eternos. Después, abrió la bolsa y sacó un café, me lo tendió como si fuera una tregua.

—La verdad es que espero que todo haya terminado.

—¿Qué significa eso? —susurré con la garganta seca.

—Significa que confío en que ya no tengas que mirar por encima del hombro.

—No has contestado a mi pregunta. —Apreté el vaso de café sin beberlo—. ¿Dónde estabas, Héctor?

Me dedicó una media sonrisa, tan peligrosa como la calma antes de una tormenta.

—En el único sitio que tenía que estar: asegurándome de que puedes seguir aquí, respirando. —Las noticias cambiaron de imagen en la pantalla, pero las palabras se me quedaron clavadas—. Contigo, Julia. Siempre estaré contigo.

***

El café estaba demasiado caliente, pero lo bebí igual. Necesitaba tener las manos ocupadas, la boca ocupada… cualquier cosa que me

evitara seguir lanzándole preguntas que no pensaba contestar.

Héctor recogió la bolsa y sacó un croissant. Me lo puso delante.

—No soy una niña pequeña.

—Come.

—¿Me vas a dar palmaditas en la cabeza después? —alcé una ceja.

—Depende de lo obediente que seas.

—Entonces olvídalo. —Le pegué un mordisco al croissant sin apartarle la mirada—. No he nacido para seguir órdenes.

—Ya me he dado cuenta. —Se acomodó en el sofá con ese aire de amo del universo que me sacaba de quicio—. El lunes volverás a la oficina.

Tragué a duras penas.

—¿Perdón?

—Has oído bien. Tu apartamento estará listo al final de la mañana. Ya lo están renovando, lo limpian y asegura.

—¿Renovando? ¿Qué pasa, que además de jefe y Anticristo en versión sexy, eres decorador de interiores?

—Si hace falta, sí.

Lo miré incrédula.

—¿Me estás diciendo que mi casa está llena de obreros a estas horas?

—Exacto. Pintura nueva, cerraduras nuevas, todo nuevo.

—¡Madre mía! —me llevé la mano a la frente, exagerada—. ¡Ni cuando se me rompió el grifo vinieron tan rápido!

Sonrió apenas.

—Porque no estabas conmigo.

Bufé con ganas de reírme.

—Lo tuyo no es modestia, ¿verdad?

—Lo mío es eficacia.

Me terminé el café, dejé el vaso sobre la mesa y lo miré más seria.

—Mi hermano está muerto, Héctor. Yo casi muero. No sé… Creo que necesito… —Iba a decir esas minivacaciones de las que se suponía que acababa de volver.

—Unas vacaciones —leyó mi pensamiento—. Esta noche volamos a Italia.

—¿Quéééé? ¡No me refiero a eso! —Abrí la palma de la mano y la puse sobre la mesa.

—No te he preguntado.

—Ya. Tú nunca lo haces. —Torcí el cuello.

Él se inclinó hacia mí, con la calma peligrosa que me desconcertaba más que sus gritos.

—Esta tarde iremos a tu apartamento, harás la maleta y nos dirigiremos al aeropuerto. Doy por hecho que no te encuentras del todo bien. Y no voy a dejar que te tumbes en el suelo esperando que el mundo te arrolle.

Tragué saliva con un nudo en el pecho.

—¿Y si no quiero? —pregunté, bajito. Todo estaba empezando a afectarme de verdad.

Me sostuvo la mirada, grave, serio.

—Entonces yo te obligaré.

Lo fulminé con los ojos, y él sonrió, muy poco, pero lo suficiente.

—No te soporto.

—Y aun así no puedes dejar de mirarme.

Me mordí el labio y negué con la cabeza.

—Algún día te voy a denunciar, Valverde.

—Y yo ese día pagaré la fianza, saldré, compraré flores y te las regalaré.

No pude evitar reírme. No mucho, pero lo suficiente para sentir que el aire volvía a mis pulmones.

Él ganó otra batalla. Yo creía que el triunfo de la guerra era mío.

48

Una villa privada

Julia

Ya conocía su jet privado. Y tampoco podía decir que me había gustado.

Sí, tenía sillones de cuero, copas de champán y una azafata que sonreía sin que nada perturbara su peinado perfecto, pero yo no dejaba de pensar que aquello era otra prueba más de que mi vida había perdido el rumbo.

—No pongas esa cara —recitó Héctor sin apartar los ojos de un informe que había traído incluso al avión—. Esto son vacaciones.

—¿Vacaciones? —arqueé una ceja—. Vacaciones son playa, helados y libros. No un jet con tu nombre grabado en los cubiertos.

—Te prometo playa, helados y libros.

—Y cámaras en cada esquina.

Sonrió apenas, lo justo para que me pusiera de los nervios.

—No me des ideas.

—No las necesitas —musité, y su sonrisa se amplió.

La azafata se acercó a ofrecernos más café. Yo lo rechacé, él aceptó. Parecía un ritual entre ellos. A mí me daba igual; lo único que quería era saber dónde demonios íbamos. En concreto, me refiero. Y sí, la azafata lo miraba con ojitos y yo me puse muy celosa. ¿Estaba loca?

El misterio duró hasta que aterrizamos. Cielo azul, colinas verdes y, en la distancia, el brillo del mar.

—Bienvenida a la Toscana —anunció Héctor, ilusionado. El Anticristo ilusionado por algo. Era nuevo aquello.

—¿Esto es una cita romántica, o un secuestro internacional?

—Un poco de ambos. —Me ofreció la mano para bajar las escaleras—. Pero creo que vas a perdonarme cuando veas la casa.

Tenía razón.

La villa estaba en lo alto de una colina, con paredes de piedra blanca y contraventanas azules. A un lado, viñedos; al otro, el mar. El sonido de las cigarras lo envolvía todo, y una piscina infinita parecía fundirse con el horizonte.

—Madre mía… —me quedé mirando boquiabierta—. Esto no es una casa, es una portada de revista.

—Es nuestra casa durante unos días. —Héctor caminó hasta la entrada como de su propiedad—. Quiero que descanses antes de volver a la oficina.

—¿Y no podía ser en Benidorm? —solté sarcástica, todavía impresionada.

—Aquí hay menos riesgo de encontrarte a tu ex en chanclas.

—¿Héctor Valverde ha hecho una broma? Vaya… Esto sí que no me lo esperaba.

—Prepárate para sorprenderte.

Me reí a pesar de mí misma.

Entramos. El interior era tan impecable como él: muebles de diseño mezclados con toques rústicos, habitaciones luminosas, y en el salón un ventanal enorme que daba al mar. Todo parecía pensado para ser perfecto.

—Esto no es vacaciones. —Me crucé de brazos—. Esto es arresto domiciliario con vistas.

Héctor se acercó por detrás, tan cerca que pude sentir su calor.

—Llámalo como quieras. Yo lo llamo tenerte cerca y amarnos sin fuego de acero.

Giré la cabeza y lo miré de reojo.

—Anticristo en modo romántico. Qué miedo.

Él sonrió y me besó la sien. ¿Hola? ¿El Diablo se había convertido en un Ángel?

***

Explorar la villa fue igual que pasear por un catálogo de Pinterest o *stalkear*, el perfil de un *instagramer* en vacaciones en un lugar con lujo excesivo. Cada rincón estaba diseñado para que suspiraras: cojines de lino blanco, muebles de madera clara, cocina con encimera de mármol y una terraza donde me imaginaba desayunando eternamente.

—Me da miedo abrir un armario y encontrarme tu foto enmarcada en plan Gran Hermano —bromeé, recorriendo la cocina.

—No. —Héctor me siguió con las manos en los bolsillos—. Aquí solo hay vino y pasta.

Abrí una puerta para comprobarlo y, efectivamente, había una despensa digna de un restaurante italiano.

—Vale, apruebo el secuestro.

Él sonrió de lado, satisfecho.

Después bajamos por un sendero de piedra hasta la playa. No era una playa turística, sino una cala escondida, con agua transparente y arena fina. No había nadie. Solo nosotros y el rumor del mar.

Me descalcé y metí los pies en el agua. Estaba fresca, agradable.

—Esto es trampa. —Lo miré—. No puedes traerme a un sitio así y esperar que siga enfadada contigo.

—No lo espero. —Se acercó por detrás y me rodeó con los brazos —. Solo espero que sonrías.

Y lo hice. A regañadientes, pero lo hice.

Nos tumbamos en la arena, bajo una sombrilla que apareció como por arte de magia (seguramente alguien había bajado antes para prepararlo, aunque no lo vi). Héctor abrió una botella de vino y sirvió en dos copas.

—Brindemos. —Me pasó una.

—¿Por qué?

—Porque estamos vivos.

Lo miré un segundo, seria, y luego choqué mi copa con la suya.

—Por eso.

El vino sabía a verano, a calma, a algo que llevaba demasiado tiempo sin sentir.

Más tarde, caminamos por la orilla, con las olas mojándonos los tobillos. Él me tomó la mano sin avisar, y yo se la dejé. No dije nada. No hacía falta.

El sol empezó a caer, tiñendo el horizonte de naranja y rosa. Nos sentamos en una roca y miramos el mar en silencio. Héctor me pasó un brazo por los hombros y yo apoyé la cabeza en su pecho.

—Esto parece mentira —murmuré.

—Es real. —Me besó el pelo—. Y va a seguir siéndolo.

Por primera vez en mucho tiempo, le creí.

***

La villa parecía aún más hermosa de noche. Las luces cálidas iluminaban la terraza, y el murmullo constante del mar llegaba desde abajo. Me duché y me puse un vestido sencillo, de los pocos que había traído conmigo. Al salir al salón, olía a algo delicioso.

—¿Cocinaste tú? —y curvé una ceja al ver la mesa preparada con velas y platos servidos.

Héctor, impecable en camisa blanca, me clavó la mirada.

—¿Qué crees?

—Que contrataste a un chef italiano con estrellas Michelin y ahora te vas a llevar el mérito.

—Pues acertaste. —Sonrió apenas—. Pero el vino lo elegí yo.

Me reí negando con la cabeza. Me acercó la silla y me senté. La cena fue perfecta: pasta fresca, ensalada con tomates de anuncio, vino toscano que quemaba y acariciaba al mismo tiempo. Héctor también me acarició.

—Esto es una trampa —expuse saboreando el vino—. Quieres que olvide todo lo que ha pasado.

—Ojalá, pero no. —Me sostuvo la mirada—. Quiero que recuerdes que también puedes vivir algo así.

Fui incapaz de contestar.

Cuando terminamos, recogió dos copas y me llevó a la terraza. El cielo estaba cubierto de estrellas, tan claro que parecía imposible que algo malo pudiera existir en el mundo.

Cogió una especie de mando sobre una mesa, puso música suave y me tendió la mano.

—Baila conmigo.

—¿Aquí? —miré alrededor—. ¿En mitad de la terraza?

—Exacto.

Me reí, pero le tomé la mano. Descalzos, empezamos a movernos despacio, torpemente al principio, hasta que la música nos atrapó.

—No esperaba esto —le susurré.

—Yo no esperaba encontrarte. —Me apretó contra él—. Ahora necesito que no te sueltes.

Apoyé la cabeza en su hombro, y durante unos minutos no hubo Anticristo, ni oficina, ni días negros ni secretos. Solo Héctor y yo, baile bajo las estrellas en la Toscana y mecidos en un instante mágico maravilloso.

Y aunque no lo dijera en voz alta, lo amaba. Mucho más de lo que podía permitirme.

***

La habitación estaba en penumbra. El ventanal abierto dejaba entrar el aire salado y el rumor del mar, profundo y constante, como una respiración gigante. Afuera, la luna colgaba sobre el agua y las estrellas nos miraban desde un cielo sin nubes.

Me tumbé sobre la cama, con la piel todavía tibia por el vino y la risa de la cena. Héctor se apoyó en la puerta un segundo. Me observaba. Poco he hablado de su torso, sus pectorales, sus hombros… perfectos.

—Me estás mirando demasiado —susurré pretendiendo sonar ligera.

—Nunca es demasiado.

Se acercó despacio, con una calma que me ponía más nerviosa que cualquier arrebato. Se inclinó y me besó primero en la frente, luego en la mejilla, hasta que sus labios encontraron los míos. No hubo prisa, no hubo rabia. Solo un beso lento, profundo, tatuándome desde dentro.

Me acarició el cuello y bajó los dedos hasta mi clavícula. Sentí la corriente eléctrica de cada roce. Le desabotoné la camisa y él deslizó la tela de mi vestido hasta dejarlo caer al suelo.

El contraste de su piel caliente y la brisa fresca que entraba por la ventana me erizó entera. Se tumbó con cuidado sobre las sábanas y el mar oscuro se convirtió en la música de fondo.

—Eres lo único que me importa —murmuró contra mi boca.

—No lo digas así… —jadeé acariciando su espalda—. Suena demasiado real.

—Porque lo es.

Cuando entró en mí, lo hizo despacio, profundo, sin apartar sus ojos de los míos. La luna se reflejaba en el cristal del ventanal, bañaba la cama en una luz plateada, inventada solo para nosotros.

Nos movimos juntos, despacio al principio, saboreándonos. Sus manos me rodeaban la cintura, mis dedos se enredaban en su pelo. El placer creció como una ola, nos arrastró sin aviso hasta que rompí en un gemido ahogado y me dejé caer contra su pecho.

Él me siguió, así compartimos aprietos y temblores.

Abrazados, respiramos al mismo ritmo, con el mar de fondo y las estrellas como únicas testigos. Y en silencio, con la cabeza apoyada en su hombro, lo supe: no podía seguir negando lo que sentía. Aunque no se lo dijera nunca en voz alta, lo estaba amando.

49

Ella es sueño

Héctor

Desperté antes que ella. No porque me lo propusiera, sino porque mi cuerpo se había acostumbrado a no confiar en el sueño. Años de vivir con un ojo abierto, de escuchar hasta el más leve ruido en la oscuridad, de levantarme antes de que sonara cualquier alarma. Pero esa mañana, por primera vez en mucho tiempo, no me levanté. Me quedé ahí, tumbado de lado, mirándola.

Julia dormía boca abajo, con el pelo desordenado que le cubría media cara. La sábana apenas le llegaba a la cintura y dejaba a la vista la curva suave de su espalda, iluminada por la luz blanca que se colaba por las rendijas de las contraventanas. Tenía un brazo extendido hacia mi lado.

La observé con una calma que me sorprendió. En otro tiempo, habría aprovechado esas horas para revisar informes, hacer llamadas, comprobar cámaras de seguridad. Pero aquí, en esta villa toscana, rodeado de mar y silencio, lo único que quería era memorizar cómo se veía ella durmiendo.

Era perfecta. Y peligrosa.

No por lo que pudiera hacerme a mí, sino porque me había enseñado algo que nunca quise aprender: que también podía desear esto. No una conquista, no una victoria, no una guerra ganada. Esto. Una cama compartida. Un despertar lento. Una casa que sonara a vida y no a secretos.

Me incorporé un poco, apoyado en un codo, y seguí el recorrido de su espalda con la mirada. El movimiento de su respiración era lo más hipnótico que había notado en años. Me incliné y dejé un beso

suave en la base de su cuello. Ella suspiró, medio dormida, y murmuró mi nombre.

—Héctor…

Nunca nadie había pronunciado mi nombre así. Ni mis amantes, ni mis socios, ni mis enemigos. Ni… Alejé este último pensamiento. Mi nombre en su boca tenía algo sagrado.

Me aparté despacio para no despertarla y crucé la habitación. Abrí las contraventanas y el paisaje me golpeó de lleno: el mar se extendía claro y tranquilo, salpicado de reflejos dorados, y las colinas verdes a lo lejos. Todo parecía demasiado perfecto.

Me apoyé en el marco de la ventana y respiré hondo. Era absurdo, pero sentí que por primera vez en años podía soltar los hombros, relajar la mandíbula, dejar de pensar en quién quería hundirme, o a quién tenía que destruir antes de que intentara hacerlo conmigo.

Volví a la cama. No pude evitarlo: pasé la mano por su espalda desnuda otra vez, muy despacio, recorriendo un mapa secreto. La piel se le erizó bajo mis dedos y volvió a suspirar en sueños.

Me incliné de nuevo, esta vez más cerca de su oído.

—Duerme, Julia.

No sé cuánto tiempo me quedé así, observándola. Podrían haber sido minutos o una eternidad.

Me descubrí pensando en algo ridículo: bajar a la cocina y preparar café. Yo. El hombre que tenía gente para todo, incluso para respirar por mí si lo hubiera ordenado, pensando en calentar leche, cortar pan y llevarle el desayuno a la cama. Desde que la conocí, me lo tomaba como algo normal.

Y lo haría. Porque había verdades que los hombres como yo nunca admitían: que se puede ser el Anticristo, el diablo con traje, y aun así querer preparar un desayuno para la única mujer capaz de

hacerme olvidar el infierno y creer, aunque sea un instante, en el paraíso.

***

Bajé a la cocina con la idea absurda de preparar un desayuno. A nadie le sorprendería más que a mí mismo, pero había decidido hacerlo. No porque lo necesitara, sino porque ella lo merecía. Y porque por una vez quería darle algo que no naciera de un contrato, una orden o un castigo.

El lugar estaba impecable, como todo lo que mando diseñar. Mármol blanco, madera clara, productos alineados con precisión. Un paraíso disfrazado de villa. Abrí la despensa y encontré pan, fruta, mermeladas. El vino de la noche anterior todavía brillaba en las copas sin recoger.

Encendí la cafetera. El sonido del agua hirviendo era un ruido doméstico, casi ridículo para alguien como yo, pero lo acepté. Me recordaba que no todo tenía que ser negocios y transacciones.

Todo demasiado tranquilo hasta que… el teléfono vibró y el nombre de Nike iluminó la pantalla.

—Habla.

Su voz no traía buenas noticias.

—Barcelona se ha esfumado.

—Define esfumado.

—El rastro terminó anoche. Hoy no hay nada. Ni cámaras, ni hospitales, ni registros.

Apreté la mandíbula. El calor del vapor me golpeaba la cara, pero lo único que sentí fue un frío corrosivo.

—No me gusta esa palabra, Nike.

—No es la que quiero, es la que hay.

—Entonces cámbiala. —Golpeé la encimera con el puño. La taza tembló, pero no se rompió—. No quiero "desaparecido". Quiero "localizado". Quiero respuestas.

—Estamos en ello.

—Muévete más rápido. —Colgué sin esperar réplica.

El café estaba listo. Vertí el líquido en dos tazas y lo coloqué en una bandeja con una precisión que rozaba lo enfermizo. Pan tostado, fruta cortada, un croissant perfecto. El orden me da serenidad cuando todo lo demás amenaza con escaparse.

Miré el conjunto. El Anticristo preparando un desayuno mientras en Barcelona alguien juega a esconderse. Ironía perfecta.

Respiré hondo, me obligué a relajar los hombros y tomé la bandeja. Julia no necesitaba saber nada. Ella iba a despertarse en un paraíso, no en mi infierno.

Subí las escaleras con la bandeja en las manos. Durante segundos, me permití imaginar que aquello era mi vida: subir cada mañana, despertarla con el desayuno y no tener que pensar en nada más. Una mentira hermosa.

Julia seguía dormida, envuelta en las sábanas, con un mechón de pelo pegado a la mejilla. Dejé la bandeja sobre la mesilla y me incliné para besarle el hombro.

—Despierta.

Abrió los ojos despacio y sin entender dónde estaba. Luego vio el desayuno, me vio a mí y sonrió con incredulidad.

—¿Tú? ¿Me has traído el desayuno?

—Sí.

Se incorporó, con el pelo despeinado y los labios aún marcados por la noche.

—Vale, ¿qué has hecho con Héctor Valverde?

Me senté a su lado.

—Sigue aquí.

—No puede ser. El Héctor Valverde que yo conozco no baja a la cocina a hacer café. Ordena que lo hagan.

Le tendí la taza.

—Pruébalo. Y no es la primera vez que lo hago.

—No me acuerdo —bromeé.

La cogió con cuidado, como si sospechara que pudiera explotar.

—Si esto está envenenado, me lo vas a tener que explicar en el otro mundo.

—No está envenenado. No como crees.

—Ya… demasiado perfecto. —Probó un sorbo y cerró los ojos—. Maldita sea, está bueno.

—Lo sé.

Se rio y cogió un trozo de pan.

—Te estás volviendo blando, Anticristo.

—No confundas detalles con debilidad.

—Oh, perdona. —Me guiñó un ojo—. ¿Cómo se dice entonces? ¿Ternura diabólica?

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír. Me apoyé en el cabecero, observándola mientras mordía el pan con hambre. Ella hablaba, bromeaba, pinchaba, y yo solo pensaba en lo fácil que sería dejarlo todo así: un desayuno, la luz entrando por el ventanal y Julia riéndose en mi cama.

Pero todavía sentía la llamada de Nike en el pecho. Barcelona desaparecida, la palabra que más detesto. No lo olvidaba, aunque ella no lo supiera. Y… debía saberlo.

—¿En qué piensas? —preguntó, con la boca llena.

—En ti. —Fue la verdad más sencilla que podía darle.

Ella se sonrojó un segundo, luego lo escondió con sarcasmo.

—Eso explica lo del desayuno. Estás intentando comprar puntos para cuando me cabree contigo otra vez.

—Y lo conseguiré.

Me lanzó una servilleta a la cara, riéndose. Yo se la quité despacio, dejándola en la bandeja, y la miré. Tan viva, tan brillante, tan peligrosa para mi propio control.

Allí estaba yo, con la bandeja aún en la mesilla y Julia riéndose porque el croissant tenía demasiado azúcar glas. El poder siempre fue mi terreno natural: despachos en rascacielos, reuniones con hombres que tiemblan al escuchar mi apellido, contratos que se firman con tinta y sangre. Pero ella… ella me obligaba a jugar en un terreno distinto. Uno que no entiendo y que, sin embargo, me obsesionaba.

La miraba mientras bebía café, con los labios manchados de espuma y su mirada insolente, esa que siempre me desafía. Pensé en decírselo. En contarle que Nike me había llamado, que Barcelona había desaparecido del mapa, que algo se estaba moviendo demasiado cerca y que no me gustaba no tenerlo bajo control.

Abrí la boca. Pero no lo hice.

No sé por qué. Yo no soy un hombre que se calle nada. Prefiero la verdad desnuda a medias palabras. Pero con ella me descubrí guardando el secreto. Porque decirlo sería arrancarle este momento, y no soportaba ser yo quien lo hiciera.

Ella me miró de reojo.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Valverde? Estás demasiado callado.

—Estoy disfrutando de la vista.

Volteó los ojos.

—Vaya, qué original.

Me acerqué a ella.

—Cuando la vista eres tú, no necesito ser original.

Se sonrojó. Lo negó con un bufido, pero yo lo vi.

Le quité la taza de las manos, la dejé en la bandeja y me apoyé contra el cabecero.

—Hoy iremos al pueblo.

—¿Cómo?

—Un paseo. El mercado, el puerto, lo que quieras ver.

—¿Tú? ¿Héctor Valverde, mezclándose con turistas comprando imanes de nevera?

—Yo, Héctor Valverde, asegurándome de que veas que también existe vida normal fuera de mis oficinas.

—Eso sí que quiero verlo.

Le acaricié el muslo bajo la sábana.

—Disfruta de la sorpresa.

Ella me miró con ironía y ternura. Sonrió. Y yo, mientras tanto, sentí el peso del secreto latiendo en mi pecho. Barcelona había desaparecido. Y yo no se lo diría. No hoy.

50

Él es el infierno dulce

Julia

El plan era sencillo: bajar al pueblo, pasear por el mercado y fingir que éramos una pareja normal. Fácil de decir, imposible de ejecutar cuando tu pareja mide metro noventa, lleva un reloj que cuesta lo mismo que un piso en Madrid y camina con cara de "soy el demonio, pero con traje italiano".

El mercado era un espectáculo: puestos de frutas brillantes, quesos enormes, flores frescas, turistas alemanes con sandalias y cámaras colgadas al cuello. Yo estaba encantada. Héctor… no tanto.

—Te lo juro, nunca he visto tomates tan rojos. —Cogí uno y se lo enseñé como si fuera una reliquia.

—Es un tomate, Julia.

—No, Héctor. —Lo acerqué a su cara—. Esto es la prueba de que la felicidad existe.

Puso cara de fastidio.

—¿Quieres que compre toda la caja para demostrarlo?

—No, gracias. Con uno me basta.

Me reí, y él negó con la cabeza, pero acabó pagando al vendedor con un billete sacado de una subasta de arte.

Seguimos andando. En cada puesto yo me paraba, probaba algo, hacía preguntas. Él iba detrás, con las manos en los bolsillos y la mirada alerta.

—Prueba esto —le ofrecí un trozo de queso pecorino.

—No como queso en mercados.

—¿Qué eres, intolerante a la lactosa o al sentido común?

Suspiró, cogió el trozo y lo probó.

—Demasiado salado.

Puse los ojos en blanco. Después, nos miramos un segundo. Y los dos sonreímos.

Paramos en una terraza frente al puerto. Las barcas de pescadores iban y venían, el sol brillaba, y yo me pedí un helado de pistacho que me supo a gloria. Héctor pidió un café.

Me chupé un dedo porque el helado se derretía demasiado rápido, y sentí su mirada clavada en mí.

—Deja de mirarme así —le pedí.

—Así, ¿cómo?

—Como si me fueras a comprar el puesto entero de helados solo porque me gusta este.

—Estaba pensando en comerte a ti cubierta de helado. —Me tomó la mano por encima de la mesa, sin darme opción a retirarla.

Y ahí estaba yo: en la Toscana, con el Anticristo, comiendo helado de pistacho y cachonda solo por un puñado de palabras suyas.

La vida perfecta. Y lo peor es que, por un instante, lo fue.

Después del helado seguimos caminando por el puerto. Los turistas paseaban en sandalias y gorros ridículos, fotografiando el entorno. Y, en medio de ese cuadro, estaba Héctor.

HÉCTOR: Camisa blanca remangada, pantalones oscuros, reloj carísimo en la muñeca y la expresión de alguien que no sabe lo que significa relajarse. No caminaba a mi lado; patrullaba.

No me hizo falta girar mucho la cabeza para notarlo: todas las mujeres lo miraban. Algunas disimulaban, otras no tanto. Una alemana de unos cincuenta directamente chocó contra un puesto de recuerdos por no apartar los ojos de él.

—Mira, tu club de fans internacional —le susurré, divertida.

—No me interesa.

—Ya, claro.

Me miró de reojo.

—¿Estás celosa?

—¿De que medio pueblo italiano te mire como si fueras un maniquí de Hugo Boss? Para nada.

Él sonrió, satisfecho. Yo le di un codazo.

El calor nos empujó a meternos en una calle estrecha, donde una librería pequeña llamó mi atención. El escaparate estaba lleno de ediciones antiguas, con lomos gastados y portadas preciosas.

—Entramos. —No lo pregunté, lo decidí.

—Julia…

—Es una librería, no un burdel.

Resopló, pero me siguió.

Dentro olía a papel viejo y a polvo agradable. Estanterías de madera se alzaban hasta el techo, y el silencio era tan reconfortante que me dieron ganas de quedarme allí todo el día.

Empecé a recorrer los pasillos, pasando los dedos por los lomos, leyendo títulos en italiano que apenas entendía pero que me sonaban a magia.

—Mira este. —Levanté un libro con la tapa desgastada—. Tiene más años que tú.

—Imposible. —Se apoyó en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos, mirándome—. El Diablo existe desde siempre.

Me reí y seguí curioseando. Me sentí ligera por primera vez en mucho tiempo. Tan ligera que olvidé que él estaba allí hasta que levanté la vista y lo descubrí observándome.

No revisaba el local, ni vigilaba la puerta. Me miraba a mí. Yo figuraba el único libro que le interesara leer.

Me sonrojé, fingí que me concentraba en una estantería, pero no pude evitar sonreír.

En ese instante entendí algo: Héctor no encajaba en ese lugar. Ni en ese pueblo, ni en ese mercado, ni en esa librería diminuta. Pero tampoco intentaba encajar. Solo estaba allí, conmigo. Y eso, de algún modo, me tocó muy adentro.

Volvimos a la villa cansados pero contentos. Yo traía en la bolsa un libro viejo que había comprado en la librería. Héctor no entendía cómo podía emocionarme por páginas amarillentas, pero me dejó hacer; lo que no me dejó fue pagarlo. Y compré un par de imanes horribles solo para verle la cara de horror.

En la terraza ya nos esperaba la cena: pan recién hecho, vino y una ensalada que no podía haber salido de sus manos.

—¿Qué, también cocinaste tú? —Solté la bolsa sobre la mesa.

—Lo ordené. —Se sirvió vino con esa calma suya que me exaspera.

—Claro, porque el Anticristo no pica tomates.

—El Anticristo no hace cosas vulgares.

Le lancé una aceituna y él la esquivó sin despeinarse.

Nos sentamos a cenar y todo fue sencillo. Masticar, beber, reír. Sin sobresaltos, sin llamadas, sin hombres armados siguiéndonos por la

espalda. Me di cuenta de que estaba sonriendo demasiado, pero no quise detenerme.

—¿Sabes que desentonas muchísimo? —le indiqué después de un trago de vino.

—Aclara eso.

—En el mercado parecías un ejecutivo perdido entre tomates. En el puerto, un guardaespaldas camuflado. Y en la librería…

—¿Qué? —me cortó.

Lo miré con malicia.

—En la librería parecías un hombre normal.

Su ceja se arqueó.

—¿Eso es un insulto?

—No. —Sonreí—. Es lo más sexy que te he visto.

Me reí de su cara incrédula y él terminó riendo conmigo. Una risa corta, rara en él, pero que me hizo sentir que había ganado una pequeña batalla.

Cuando acabamos, me levanté y apoyé los codos en la barandilla de la terraza. Desde allí se escuchaba el mar, lejano pero constante. Héctor se puso detrás de mí y me rodeó con los brazos.

—Hoy ha sido perfecto —admití sin darle demasiadas vueltas.

—Mañana también lo será —respondió con la seguridad que nunca se le cae.

—Eres un hombre muy confiado.

—Soy un hombre que consigue lo que quiere.

—¿Y qué quieres ahora? —pregunté girándome hacia él.
Me miró con ojos que nunca sé si me enfadan o me desarman.

—Que sigas mirándome así.

Y lo hice.

51

Días en el paraíso

Héctor

Los días siguientes fueron una anomalía en mi vida. Me despertaba con Julia en mis brazos, desayunábamos en la terraza, bajábamos al pueblo, volvíamos cargados con vino barato y recuerdos que ella compraba solo para fastidiarme. Por las noches, hacíamos el amor hasta que nos quedábamos sin aliento y después hablábamos de todo y de nada. Me olvidé de que había un mundo real al que volver.

Lo llamaría felicidad, pero esa palabra no me pertenece. Prefiero llamarlo tregua.

Una tarde, mientras Julia dormitaba en una hamaca frente a la piscina, el teléfono vibró en mi bolsillo. Nike.

Me aparté unos pasos y contesté:

—Dime.

—Barcelona sigue sin rastro. Hemos cruzado todos los contactos, cámaras, registros. No hay nada, tragado por la tierra.

Apoyé la mano en la barandilla de hierro y apreté los nudillos.

—Eso no es posible. Nadie desaparece así.

—Lo estoy diciendo como lo es, Héctor.

—Pues no me gusta. —Contuve la rabia en la voz, pero no del todo—. Pon remedio.

—Estamos en ello.

Colgué.

La tranquilidad de la Toscana se me antojó una farsa. Miré a Julia. Dormía, el libro abierto sobre el pecho, los labios entreabiertos. No sabía nada. Y no debía saberlo… ¿o sí?

Abrí la agenda de contactos y marqué un número. Nadie respondió. Lo intenté otra vez. Silencio.

—Mierda. —Maldije en voz baja con el móvil pegado a la oreja.

El impulso me ganó: iba a decírselo. No soportaba guardar un secreto así. Tenía que explicarle que Barcelona no estaba bajo control, que algo se movía y podía alcanzarnos en cualquier momento.

Me giré hacia ella, dispuesto a hablar, con el teléfono aún en la mano, preparado para romper la calma con la verdad. Julia abrió los ojos en ese momento, me miró desde la hamaca y, sin darme opción a hablar, soltó:

—He soñado que me casaba con un fontanero.

Parpadeé, desconcertado.

—¿Qué?

—Un fontanero, Héctor. Y no uno cualquiera. Era bajito, llevaba bigote y se llamaba Luigi. —Se incorporó, seria—. Y tú estabas invitado a la boda, claro, vestido con un esmoquin negro y cara de pocos amigos.

Me quedé mudo. Yo, que siempre tengo la palabra exacta, no encontré nada.

—¿Quieres que te diga lo peor? —continuó—. Que al final del sueño Luigi me dejaba plantada porque estaba enamorado de la camarera que servía las copas.

Solté una carcajada. No pude evitarlo. Todo lo que había estado a punto de confesar se quedó en el aire, porque ella siempre conseguía eso: romper mis esquemas.

—¿De verdad me cuentas esto? —Acorté la distancia que nos separaba.

—Pues claro. —Me sonrió con malicia—. ¿Qué otra mujer puede decir que dejó sin palabras al Anticristo gracias a un fontanero llamado Luigi?

La besé antes de que siguiera hablando. Con rabia, con deseo, con la necesidad de olvidar por un momento que el mundo seguía girando fuera de nuestra burbuja. Ella respondió igual, mordiendo mi labio, enredando los dedos en mi pelo.

La levanté de la hamaca y la llevé hasta la playa. La arena estaba fresca bajo nuestros pies, el mar rugía a pocos metros. La tumbé sobre la toalla que habíamos dejado la tarde anterior y la cubrí con mi cuerpo.

Hacer el amor allí, con las olas como único testigo, fue distinto. No había paredes, ni secretos, ni mentiras. Solo Julia y yo. Su risa se mezclaba con mis gemidos. Por primera vez sentí que quizá sí podía pertenecer a un mundo donde la felicidad era algo más que una tregua.

Nos besamos hasta que el aire se volvió insuficiente y, cuando nos dejamos caer uno sobre el otro, jadeando, ella me susurró contra el cuello:

—Luigi no sabe hacer esto.

Reí de nuevo, abrazándola. Y supe que nunca le contaría lo que estaba a punto de decirle minutos antes.

***

El jet cortaba el cielo como una flecha negra. Julia dormía a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro. Olí su pelo, con aroma a la sal de la playa en la que nos habíamos estado revolcando varios días. Su respiración era profunda, confiada. No sabía lo que había dejado atrás ni lo que nos esperaba en Madrid.

Ella era la única capaz de hacerme creer que existía algo parecido a la paz. Había reído, había corrido por la arena, me había contado sueños absurdos de fontaneros bigotudos. Y yo, que siempre había pensado que la vida era un tablero de guerra, había sentido por unas horas que podía permitirme perder.

Pero el tablero me esperaba.

Cogí el teléfono. Ciento dieciocho mensajes sin leer. Correos cifrados. Llamadas perdidas. El mundo no se detiene porque yo decida desaparecer en la Toscana. Y Barcelona seguía ahí, como un agujero negro en mis planes.

Mi mano libre apretó el vaso de whisky. Julia se movió en sueños, murmuró mi nombre y se acomodó aún más contra mí. No podía decírselo. No aquí, no ahora. Dejaría que pensara que todo estaba bajo control, que el Anticristo también sabía dar vacaciones.

Cerré los ojos un instante y dejé que el peso de su cuerpo contra el mío me recordara qué era lo único que importaba: Ella.

El avión descendió. Madrid se extendía bajo nosotros, gris, frenética, insaciable. Mi reino. Mi campo de batalla.

La miré de nuevo, todavía dormida, y pensé:

Ella nunca sabrá lo que cuesta mantenerla a salvo. Y si algún día lo descubre, será demasiado tarde.

Toqué el botón del interfono.

—¿Cuánto tiempo?

—Aterrizamos en veinte minutos —respondió el capitán por los altavoces.

Veinte minutos. Eso quedaba para volver a la realidad. El Anticristo volvía a casa.

***

El coche se detuvo frente a su portal. Ni Toscana, ni playas escondidas, ni terrazas con vino. Su edificio era lo que era: luces parpadeando, el felpudo viejo y vecinos que no sabían lo que tenían a su lado. Julia.

La miré un instante antes de que abriera la puerta. Tenía el pelo despeinado por el viaje, la piel todavía dorada del sol y ese brillo en los ojos que siempre me recuerda que ella no se rinde.

Se inclinó y me besó. Lento. No había desafío en su boca, solo un calor que me atravesó como una corriente. Podría acostumbrarme a ese beso. Podría depender de él. Y eso es lo que me asustaba.

Bajó del coche y caminó hacia el portal. Me quedé observándola, vigilándola, sabiendo que la imagen se me quedaría grabada: ella alejándose, con la seguridad de que volvería a mí. Porque siempre vuelve.

Entonces se giró.

—Te quiero —dijo.

El mundo se detuvo un segundo.

No me tembló la voz al responder. No me tiembla nunca.

—Lo sé.

52

¿Qué haríamos sin café?

Julia

Volver a la oficina después de "unos días de descanso" (eufemismo de "me he hartado de follar con mi jefe multimillonario en una villa italiana de escándalo") fue como saltar a una pecera llena de tiburones hambrientos.

Todos lo sabían. Y cuando digo todos, me refiero hasta al becario que aún no sabe dónde está el baño. Conocían mi historia con él a ciencia cierta.

Me crucé con Susana de administración en el pasillo y me miró de arriba abajo como quien analiza un bolso nuevo y sospecha que es de imitación. Carmen me saludó desde lejos con una sonrisita cómplice, y un par de compañeros del departamento de marketing se dieron codazos cuando pasé. Maravilloso.

Laura me esperaba en mi mesa, sentada como la reina del lugar, con mi grapadora en la mano y un café en la otra.

¿Qué haríamos sin café?

—Bueno, bueno, bueno… si es la flamante novia oficial del Anticristo.

—Oh, ¿me he perdido algo? ¿Ya salió el comunicado de prensa? —Dejé el bolso en la silla—. Dime que ValCorp ha colgado una nota en la intranet, que no me lo quiero perder.

—Peor. —Laura dio un sorbo a mi café (que encima era mío)—. Todo el mundo lo comenta como si fuéramos parte de un reality.

Me dejé caer en la silla, rodando los ojos.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba: ser la protagonista de Gran Hermano versión oficina.

El móvil vibró. Era mi madre. Contesté de inmediato, porque sabía que, hasta que no lo hiciera, me llamaría treinta veces más.

—Hola, mamá.

—Hola, corazón. ¿Cómo estás?

—He estado descansando unos días. —Eché un vistazo a Laura que me hacía gestos obscenos con la grapadora—. Todo bien, os lo prometo.

—¿Descansando dónde?

—En Italia. —Me mordí el labio—. Un poco de sol, un poco de playa, un poco de… eh… pasta.

—¿Con quién? —mi madre, siempre directa.

—Conmigo misma. —Le lancé una mirada a Laura, que ya se estaba descojonando en silencio—. Bueno, y con Héctor.

Silencio en la línea. Finalmente, la voz de mi padre.

—¿Ese no es tu jefe?

—Papá, por favor, no dramatices.

—No dramatizo. Solo digo que si es tu jefe, mínimo que te suba el sueldo.

Laura se atragantó con el café de la risa. Yo apreté los ojos.

—¿Cómo estáis vosotros?

—Bien. Ya sabes… Sabíamos lo que ocurriría. Hacía años que lo esperábamos.

—Eso no lo hace menos doloroso.

—El dolor lo llevamos desde entonces. No es nada nuevo.

—Hablamos luego, ¿vale? Os quiero. —Colgué.

Laura me miraba con una sonrisita perversa.

—Laura, estaba hablando con mi padre.

—Te harías rica en YouTube con tu vida. Lo sabes ¿no?

—No necesito YouTube. Lo que necesito es un manual para sobrevivir siendo la novia oficial del Anticristo. —Suspiré hundida en la silla.

—¿Y crees que lo venderían en Amazon? Porque lo pediría ya mismo.

***

La reunión de la una de la tarde estaba convocada en la sala grande, la que tiene la mesa larga, las pantallas enormes y las sillas que crujen en el peor momento.

Llegué con mi carpeta, mis notas y la sensación de que todos los ojos se clavaban en mí.

Y ahí estaba él. Héctor Valverde. El Anticristo. Sentado en la cabecera de la mesa, traje oscuro, corbata y esa mirada que puede decapitar a cualquiera.

Los murmullos se apagaron cuando entré. Fantástico. Podría acostumbrarme a ser Beyoncé… si Beyoncé tuviera que presentar gráficas de conversión de clientes.

Me senté. Laura se colocó a mi lado, susurrándome:

—Si quieres, le pido un autógrafo.

—Cállate.

La reunión empezó. Héctor habló, todos asentimos, yo fingí tomar notas mientras lo observaba de reojo. No se le escapaba ni un

detalle. Era imposible no admirar cómo manejaba la sala. Y a la vez, me hervía la sangre al recordar que había decidido que todo el mundo supiera lo nuestro.

Levanté la mano en medio de la exposición.

—Disculpa, una duda.

Todos giraron hacia mí. Héctor arqueó una ceja.

—Adelante, Julia.

—Me preguntaba si, además de los informes trimestrales, ibas a repartir un comunicado oficial sobre tu relación sentimental con una de las empleadas. —Sonreí con inocencia venenosa—. Lo digo para saber si lo esperamos en PDF o en PowerPoint.

Un silencio incómodo recorrió la mesa. Laura casi se atraganta. Yo crucé los brazos, esperando.

Él no se inmutó. Ni una pestaña.

—Ya se ha comunicado lo necesario. —Su tono era tan neutro que parecía una orden militar.

—Ah, perfecto. —Me incliné hacia delante—. Solo por curiosidad, ¿lo subisteis a la intranet o lo mandasteis por correo masivo con copia oculta?

Un par de compañeros carraspearon, claramente incómodos. Laura me dio un codazo debajo de la mesa, suplicando que parara. Yo me limité a sonreír.

Héctor sostuvo mi mirada y durante un segundo juraría que se estaba divirtiendo. Muy en el fondo, claro.

—No necesito intranet ni correos masivos, Julia. Con que lo sepas tú, es suficiente.

El resto de la sala no sabía dónde mirar. Yo tampoco, porque mi cara estaba a punto de arder.

—Continuemos —cerró retomando la reunión como si nada hubiera pasado.

Pero yo lo vi: esa curva apenas perceptible en la comisura de sus labios. El maldito disfrutaba provocándome.

La reunión terminó con un murmullo incómodo. Todos recogieron sus papeles a la velocidad de la luz porque habían presenciado un sacrificio en directo y querían escapar antes de que les tocara a ellos.

Yo me tomé mi tiempo, cerré mi carpeta con parsimonia, consciente de que Héctor seguía en la cabecera y me miraba.

Laura tiró de mi brazo en cuanto salimos al pasillo.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? —me susurró, muerta de risa.

—Una pregunta legítima. —Me encogí de hombros.

—¡Le has preguntado si había lanzado un comunicado oficial sobre vuestra relación en mitad de la reunión trimestral!

—¿Y qué? Nadie se ha muerto.

—Julia, casi matas a tres del susto. —Se dobló de risa—. Has visto las caras, ¿no?

Lo recordé y tuve que contener la carcajada. Sí, lo había visto: Susana, blanca como la pared; el becario tragando saliva; Carmen dándome pataditas por debajo de la mesa.

—Me da igual. —Apreté los labios para no reírme—. Alguien tenía que decirlo.

—Ya, pero no delante de toda la plantilla.

—Prefería hacerlo allí. Así quedaba claro que no pienso esconderme.

Laura me miró de reojo, divertida.

—O sea, que no era solo por pincharle.

—No. —Suspiré—. Bueno… un poco sí.

Ella se apoyó en la pared, cruzada de brazos, con esa sonrisa que me conoce demasiado.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué sientes después de que él te soltara eso de "con que lo sepas tú, es suficiente"?

Me mordí el labio. No iba a admitir que me había dejado sin aire. Ni loca.

—Siento que me dan ganas de matarlo.

—Claro. —Laura asintió con fingida seriedad—. Matarlo… a besos.

Le lancé la carpeta, y ella se rio tan fuerte que dos compañeros nos miraron raro. Yo seguí andando, mascando mi orgullo. Pero por dentro sabía la verdad: Héctor Valverde siempre lograba dejarme sin réplica. Y eso, para mí, era el verdadero infierno.

***

Repasaba unas notas después de comer cuando apareció Natalia, la secretaria de Héctor. Impecable, como siempre, con su *tablet* bajo el brazo y una sonrisa perfecta.

—Señorita Serrano, el señor Valverde quiere verla en su despacho.

—Pues que venga él. —No levanté la vista del ordenador.

—No funciona así —respondió con calma profesional.

—Ya… —Resbalé la espalda por el asiento.

—Va a tener que acompañarme.

Resoplé, guardé mis notas y me levanté. Laura me hizo un gesto de ánimo, gladiadora desde su mesa. Yo contesté con una mueca.

Crucé el pasillo y entré en el despacho de Héctor. Él estaba allí, de pie junto a la ventana, manos en los bolsillos, traje impecable. Se dio la vuelta y me miró como león a su presa.

—¿Y bien? —soltó.

—¿Y bien qué?

—Desde que me lo dijiste, no he sabido nada de ti.

Me quedé en blanco un segundo.

—Nos hemos visto en la reunión, Héctor. Estabas sentado en la cabecera, dando órdenes, como siempre.

—No es lo mismo.

—¿Qué quieres, que te mande un mensaje cada media hora recordándote que te quiero?

Avanzó hacia mí despacio.

—Lo que quiero es que no juegues conmigo.

—¿Jugar? —crucé los brazos—. Eres tú quien convierte esto en una partida de ajedrez.

—Porque todo lo demás me lo tomo demasiado en serio. —Su voz bajó un tono.

Tragué saliva. Me temblaban las manos, pero no iba a dárselo tan fácil.

—Pues que sepas que no pienso pedir perdón por no escribirte después de declarar mi amor en la acera de mi portal.

Sonrió de lado.

—Entonces tendrás que compensarlo de otra forma.

Antes de que pudiera replicar, me tomó del mentón y me besó. Firme, exigente, nada nuevo. Y, como siempre, lo odié y lo amé al mismo tiempo.

Me aferré a su camisa y respondí con la misma rabia con la que había entrado en ese despacho.

El beso se volvió más intenso en cuestión de segundos. Su boca devoraba la mía. Yo, que había entrado cruzada de brazos y con sarcasmo de sobra, acabé con los dedos enganchados a su camisa, tirando de él para tenerlo más cerca.

Su mano recorrió mi espalda, bajó hasta mi cintura y, cuando lo sentí apretarme contra la mesa, pensé que iba a olvidarme de todo lo demás: la oficina, los compañeros, la bendita reunión trimestral, el dolor de mis padres, el mío, la muerte de Ignacio. Todo se redujo a nosotros dos, a ese roce que encendía hasta el aire.

—Esto no era lo que quería decirte —murmuró contra mi boca.

—Y yo no pensaba dejar que me besaras —jadeé mordiéndole el labio—. Pero mira qué bien se nos da cambiar de planes.

Sonrió, esa media curva arrogante que me mata. Me alzó por la cintura. Apartó mi carpeta con un gesto brusco y me sentó en la mesa. El calor subía demasiado rápido. Llevó su boca a mis pechos, mordió mis pezones por encima de la blusa. Me humedecí de inmediato, más de lo que ya estaba. Deseaba que me abriera las piernas, me arrancara la ropa interior y me penetrara con fuerza. Eso se le daba muy bien. Entrar sin pedir permiso. Y me encantaba.

Pero no. No fue eso lo que pasó.

El primer golpe en la puerta no nos detuvo, pero la insistencia y la urgencia de los siguientes hizo que nos separáramos a regañadientes.

Yo me arreglé el pelo con las manos, intenté recomponerme y él volvió a ponerse serio en menos de un segundo.

—Adelante. —Sonó normal, a su normalidad, no la del resto de los humanos.

Yo me giré hacia la puerta a la espera de ver a Natalia con algún informe en la mano. Pero no.

Era una mujer. Alta, impecable, con un vestido negro hecho a medida. Ni un mechón de su melena oscura fuera de lugar, ni una gota de inseguridad en su mirada. Nos observaba como quien contempla una escena desagradable, pero prevista.

—Vaya. —Voz firme, elegante, con un deje de ironía—. Interrumpo algo… interesante.

El corazón me dio un vuelco.

Héctor no dijo nada. No necesitó presentaciones: el silencio lo hizo por él.

La mujer dio un paso más, los tacones resonando en el suelo. Me miró primero a mí, luego a él. Y sonrió.

—Hola, Héctor. —Pausa—. Supongo que no hace falta que me presentes.

Yo me quedé helada, incapaz de moverme.

La frase siguiente me atravesó como un disparo:

—Soy Patricia. Su esposa.

53

Prepara palomitas

Julia

Si hubiera sabido que la escena iba a acabar así, me habría llevado las palomitas. Porque no todos los días una mujer impecable, con tacones de aguja y un vestido que seguro costaba más que mi sueldo anual, entra en el despacho de tu jefe/novio/Anticristo… y se presenta como su esposa.

Me quedé petrificada, con la respiración desordenada y el pintalabios borrado por sus besos. Patricia, había dicho su nombre con luces de neón, me lanzó una mirada rápida, evaluadora: revisaba el escaparate de Zara antes de entrar en Chanel.

—Encantada. —Yo fui la primera en hablar, porque cuando la vida se convierte en un *sketch* absurdo, solo queda tirar de sarcasmo—. ¿Quiere café?

El silencio que siguió fue mortal. Héctor me fulminó con la mirada, pero no me arrepentí ni un segundo.

Patricia sonrió. No de forma cálida, sino como alguien que acaba de ver confirmada una sospecha.

—No, gracias. He venido a ver a mi marido.

Yo abrí la boca para contestar, pero Héctor habló antes, con esa voz grave que usa cuando quiere que todos se callen.

—Patricia. No es el momento.

—Oh, creo que sí lo es. —Ella apoyó la mano en el respaldo de una silla, con elegancia calculada—. Me ha costado dar contigo, Héctor. Ya sabes, cuando uno desaparece de Barcelona después de… nuestra conversación.

Mi estómago se encogió. Conversación. Barcelona. Eso ya no sonaba a comedia romántica.

Me moví intentando recuperar la dignidad perdida entre carpetas tiradas y la boca hinchada por un beso.

—¿Vas a explicarme qué coño está pasando?

Patricia se acomodó en la silla. Su vestido negro era perfecto, su melena brillante y su expresión, la de alguien que ha ganado antes de empezar.

—Lo que pasa, querida —desglosó con voz de terciopelo afilado —, es que Héctor está casado y te ha convertido en su amante. —La frase cayó en la sala como un meteorito.

Me quedé quieta, lo procesé un segundo y después asentí despacio, como quien escucha una noticia sobre el cambio climático: sabía que estaba mal, pero ya nada me sorprendía.

—Ah. Bueno. Pues nada, enhorabuena. —Aplaudí una vez, teatral —. No sabía que venía a una fiesta de aniversario. ¿Queréis que os deje solos para que brindéis?

Héctor se giró hacia mí con la mandíbula apretada.

—Julia…

—No me llame "Julia", gracias. —Levanté una mano, parándolo—. Ahora mismo necesito contexto, porque igual he estado acostándome con un hombre casado y nadie me pasó la circular.

Patricia sonrió. No era una sonrisa amable, sino la de una cobra que acaba de enseñarte los colmillos.

—No te preocupes, no eres la primera.

El aire se me quedó atascado en la garganta. Pero en lugar de ahogarme, sonreí más fuerte.

—Qué detalle. ¿También dais un kit de bienvenida? No sé, algo con pañuelos, terapia en grupo y un cupón descuento para las cornudas anónimas.

Laura habría estado orgullosa. Sarcasmo nivel máximo.

Patricia cruzó las piernas con elegancia y siguió:

—Lo que tú y yo tengamos en común me es indiferente. Lo que importa es lo que él y yo tenemos pendiente.

Héctor, seguía de pie, serio, con esa tensión que solo había visto en él cuando estaba a punto de mandar a alguien al infierno.

—¿Quieres hablar tú, o dejo que tu señora me dé la charla completa? —enuncié.

—Patricia. Te dije que no.

Ella no se inmutó.

—Y yo te dije que si no volvías conmigo, hablaría. Y créeme, Héctor, sabes perfectamente de qué puedo hablar.

Yo abrí las manos para pedir turno en una reunión de vecinos.

—A ver, entonces recapitulemos: ¿me estás diciendo que mi jefe, alias el Anticristo, sigue casado con la Señora Elegancia Oscura y que encima ella viene a amenazarlo delante de mí? Maravilloso. ¿Dónde firmo para apuntarme a la segunda temporada?

Patricia me fulminó con la mirada, Héctor me pulverizó con el fuego de la suya. Yo, por dentro, sentía que el suelo se abría bajo mis pies. Pero de puertas para fuera sonreí. Sonreí dueña del circo, aunque me hubieran lanzado a los leones. Porque podían romperme el corazón, pero la dignidad no se la iba a regalar a nadie.

Héctor inspiró hondo y se preparó para saltar del acantilado.

—Julia, esto no es lo que piensas.

—¿Ah, no? —arqueé las cejas—. Porque yo pienso que estoy en medio de un triángulo amoroso no solicitado, y, créeme, no me apunté al casting.

Patricia rio, baja, venenosa.

—Qué graciosa. No me extraña que te guste, Héctor. Siempre tuviste debilidad por las mujeres insolentes.

—No empieces —le advirtió él, la voz como pólvora a punto de prender.

—¿No empiece? —Patricia ladeó la cabeza, impecable, ni un mechón fuera de sitio—. Tú me prometiste algo. Y ahora te veo incumpliendo tu palabra con… —me señaló con una uña perfecta—, con tu empleada. Qué cliché, por cierto.

—Basta. —El golpe seco de su voz resonó en el despacho.

Yo me crucé de brazos.

—¿Me estáis usando de excusa para un drama matrimonial de lujo? Porque, sinceramente, tengo mejores cosas que hacer.

Héctor se acercó a mí.

—Julia, voy a explicártelo todo.

—¿Explicármelo todo? —le interrumpí riendo con amargura—. Héctor, ni siquiera me has explicado por qué la mitad del planeta cree que trabajo en una película de mafia. ¿Ahora quieres darme una clase de derecho civil?

Él abrió la boca, pero Patricia lo interrumpió disfrutando del espectáculo.

—Explícaselo, sí. Dile que nunca firmé los papeles. Dile que en Barcelona no te presentaste a una reunión de negocios, sino una a comprar mi silencio con tu dinero. No pude asistir. Lo siento. —

Respiró—. No. No lo siento en absoluto. Y dile también que yo no pienso dejarte tan fácilmente.

El golpe me atravesó como un puñetazo en el estómago.

—¿Sabes qué? —me enderecé con la voz más firme de lo que sentía—. No necesito que me lo expliques. Porque ya lo he entendido todo. —Cogí mi carpeta del suelo, recogí mi dignidad del mismo sitio y caminé hacia la puerta. Me giré un instante, solo para rematar—. Por cierto… dimito. —Y cerré la puerta tras de mí, antes de que alguien pudiera detenerme.

54

Objetos personales

Julia

El pasillo estaba helado. O yo lo sentía así porque después de lo que acababa de pasar, cualquier cosa me erizaba la piel.

Me dirigí a mi mesa con paso firme e ignoré las miradas de media oficina porque todo el mundo sabía que había pasado algo. Tal vez no los detalles, pero la tensión flotaba tan densa que hasta el becario se escondió detrás de la impresora.

Abrí el cajón de mi escritorio y lo confirmé: mi vida en ValCorp cabía en una bolsa de tela. Tres cosas.

Un bolígrafo de esos caros que había ganado en una presentación y que siempre me hacía sentir importante. Un cuaderno con notas garabateadas, lleno de ideas a medio desarrollar. Y una foto doblada que Laura me había hecho imprimir en un evento: ella y yo con dos copas en la mano, riéndonos como idiotas. Eso era todo.

—¿Qué haces? —Laura apareció a mi lado, todavía con la grapadora en la mano como si pensara usarla de arma.

—Recojo mis cosas.

—¿Cómo que recoges tus cosas?

La miré y forcé una sonrisa que no me salía.

—Dimito.

Abrió los ojos como platos.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. —Guardé el cuaderno en la bolsa con movimientos rápidos—. Debería haberme ido el día que El Anticristo pisó este edificio y me di cuenta de que me lo había follado horas antes. ¿Sabes qué más debería haber hecho?

—¿Qué?

—Arrancarle la polla de un mordisco para que no pudiera volver a utilizarla. ¡Eunuco! —Colgué la bolsa en mi hombro, cogí la chaqueta de la silla y le di un beso rápido en la mejilla—. Te contaré los detalles luego, con una botella de vino.

No miré atrás. No miré a nadie. Solo avancé hacia el ascensor. La certeza me ardía en el pecho: había hecho lo único que podía hacer para no perderme del todo.

—Mierda… —El ascensor tardó una eternidad en llegar. Pulsé el botón tres veces, porque todos sabemos que apretarlo más rápido no acelera nada, pero me dio la sensación de tener el control de algo, aunque fuera absurdo.

Las puertas se abrieron al fin y entré. El ascensor bajaba y, con cada número que descendía, yo respiraba un poco más hondo. Las puertas se abrieron y salí al vestíbulo, dispuesta a atravesar la entrada sin mirar atrás.

—Julia. —El sonido de su voz me golpeó en la espalda. Me giré y ahí estaba: Héctor cruzando el hall como un huracán—. No lo hagas.

—Su tono no era una súplica, era un comando.

Que le dieran mucho por culo.

Me quedé quieta un segundo, lo justo para que nuestros ojos se cruzaran. Y sonreí con esa ironía que era lo único que podía salvarme de romperme en mil pedazos. Mi padre me había enseñado a sobrevivir con esa arma escondida.

—Ya lo hice.

Giré sobre mis talones y caminé hacia la salida.

Oí el eco de sus pasos acelerarse detrás de mí. Crucé la puerta giratoria. No corrí. No le daría ese espectáculo. Caminé erguida, con la determinación de quien se sabe perdida, pero no vencida.

Él no me alcanzó. O no quiso hacerlo.

Solo escuché su voz detrás, fuerte, grave, cargada de algo que no quise analizar:

—Esto no termina aquí, Julia.

No contesté. Porque, en el fondo, yo también lo sabía. El Anticristo jamás se da por vencido. Lo que no sabía El Diablo era que yo sí.

***

Abrí la puerta de mi piso y me recibió el olor a pintura fresca. No debería sorprenderme porque no era la primera vez que lo veía desde que lo "renovaron", pero, cada vez que cruzaba el umbral, me parecía entrar en un catálogo de interiorismo que nunca había pedido.

Todo era nuevo.

El suelo ya no era de gres barato: ahora era madera. Las paredes lucían un blanco perfecto, sin las manchas de humedad que siempre habían estado ahí. Las puertas brillaban recién barnizadas, la cocina

con electrodomésticos alineados y el mobiliario tan impecable que parecía prohibido sentarse.

Aquello ya no era mi piso. Era la demostración más grande de que Héctor Valverde no dejaba puntada sin hilo.

Me dejé caer en el sofá (también nuevo) y sentí el nudo en el estómago apretarse. No podía evitar pensar que hasta en mi propio hogar seguía oliendo a él. No al Héctor que me había besado con furia en su despacho, sino al Anticristo que maneja cada detalle de la vida de los demás.

La bolsa con mis "cosas de la oficina" la tiré al suelo: tres miserias que no llenaban ni la esquina de ese salón impoluto. Un bolígrafo caro, mi cuaderno lleno de garabatos, y la foto doblada que Laura me obligó a imprimir en aquel evento. Nada de eso encajaba en el piso perfecto que él había diseñado.

Suspiré, y no me dio tiempo a hundirme en mi propia miseria porque el timbre sonó.

Era Marta. La había llamado antes de salir de la oficina con un mensaje rápido: *He dimitido. Ven.* Y como buena mejor amiga, apareció con una botella de vino y una bolsa de patatas fritas, que brillaban mucho más que todo el mobiliario nuevo junto.

—¿Qué has hecho ahora, insensata? —entró sin esperar permiso, mirando alrededor con descaro—. Joder, esto parece la casa piloto de una urbanización de lujo.

—Lo obvio. —Me encogí de hombros y arrojé los zapatos en medio del flamante suelo de madera—. He mandado todo a la mierda.

—Vale, pero define "todo". —Se sentó en el sofá nuevo como quien prueba un coche en un concesionario—. Contigo puede significar desde tu jefe hasta el mobiliario urbano.

—Mi jefe y el mobiliario urbano. —Bebí de la botella directamente, porque los vasos que había ahora en el armario seguro costaban más de lo que me quedaba en la cuenta corriente.

Marta abrió un paquete de patatas y me pasó un puñado.

—Venga, dispara.

—No puedo más, tía. —Me hundí en el cojín, que olía a fábrica nueva—. En dos meses he vivido lo que a otra le pasaría en diez años: un jefe infernal, un secuestro encubierto, un hermano muerto, un guardaespaldas que parecía un perchero, un romance imposible y… ahora resulta que estaba casado.

Marta asintió, con la boca llena de patatas.

—Vale, dos cosas: es un buen resumen de temporada y… no me extraña. Laura y yo te lo advertimos.

—No soy una súper heroína. No quiero seguir sobreviviendo a base de sarcasmo y vino barato.

Ella me miró con ternura y cachondeo.

—No eres una superheroína. Eres Julia Serrano. Y Julia Serrano puede hundirse, llorar, mandar todo a la mierda… pero luego se levanta y vuelve a estar en pie antes de que el Anticristo pueda pestañear.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Estoy cansada.

—Pues descansa. —Me acarició el pelo, rara vez se pone tan suave—. Pero no me vengas con que no te vas a levantar, porque esa peli ya la vi contigo más de una vez. Y siempre acabas de pie.

Solté una carcajada rota.

—Suena a manual de autoayuda barato.

—Lo es. —Chocó su vaso de nocilla contra la botella—. Pero a ti te funciona.

Brindamos, yo con la botella, ella con el vaso. El sonido fue ridículo en aquel salón de galería, sin embargo, ese ruido tonto me devolvió un poco de fuerza.

Porque sí, me sentía desalentada y vacía. Sí, había dicho basta. Y sí, cada rincón de ese piso me recordaba que el Anticristo siempre tenía la última palabra. Pero yo todavía tenía algo que a él le aterraba: la mía.

55

Ni espero ni suplico

Héctor

No soy un hombre que espere. Ni que suplique. Nunca lo he hecho. Pero aquella mañana estaba en la puerta del piso de Julia, llamando una y otra vez, ardiendo por dentro. Sí, me había colado en el portal. Hubiera echado el portón abajo si hubiera sido necesario.

Golpeé el timbre de nuevo.

—Julia. —Mi voz retumbó en el pasillo—. Abre la puerta.

Nada.

Apreté la mandíbula. Sabía que estaba ahí. El silencio me lo confirmaba. La respiración contenida al otro lado. Julia nunca fue buena mintiendo.

—Podemos hablar —añadí en voz baja.

Entonces escuché pasos. Pero no los suyos.

La puerta se entreabrió lo justo para mostrar el rostro de una chica joven. Lo supe: Marta. Su mejor amiga. Había hablado con ella por teléfono.

—No va a abrirte, Héctor.

—Quítate. No tienes nada que ver en esto.

—Tengo todo que ver. Soy su amiga y ahora mismo me toca protegerla de ti.

—Protegerla de mí. —Reí sin humor—. Tú crees que soy yo el problema.

—Exacto. —Su tono fue firme—. Y ya está bastante destrozada gracias a ti.

—Necesito hablar con ella.

—Y no ella contigo. —Marta alzó el móvil—. He llamado a la policía.

Mis manos me pedían empujar esa puerta, atravesar todo y llevarme a Julia conmigo. Pero no lo hice.

Di un paso atrás.

—No voy a irme porque me lo digas tú, Marta.

—Pues créete que lo harás porque lo ha pedido ella. —Su mirada era fuego—. Y porque si la policía te encuentra aquí, hasta el Anticristo se convierte en un tipo normal al que pueden esposar.

Inspiré hondo. Me obligué a girarme. Caminé hasta el ascensor con la sensación de que cada músculo me pedía lo contrario.

La puerta del piso se cerró.

Me metí en el ascensor y apreté el botón de la planta baja. El espejo me devolvió una imagen que no reconozco: un hombre cansado, con la sombra de Julia en los ojos.

No me rendí. Nunca lo hago.

Ella cree que esto terminó, que dimitir y cerrar la puerta es suficiente para sacarme de su vida. Pero todavía no entiende una cosa: el Anticristo no se va. Nunca.

El coche arrancó y me hundí en el asiento trasero, la chaqueta todavía abierta y la rabia latiendo bajo la piel. Fuera, la ciudad bullía como siempre: la gente de prisa al trabajo, cambio de color en los semáforos, rugido de motores. Yo no veía nada de eso.

Solo veía el portazo de Julia en mis narices. Marta había tenido los ovarios de decirme que había llamado a la policía. Policía. A mí.

Me mordí el interior de la mejilla y me contuve. Podría haber empujado esa puerta, podría haber hecho saltar la cerradura, podría haberla sacado de allí en brazos. La policía no me da miedo. Pero no. Julia no es una mujer que se doblegue a la fuerza. Y yo no soy un hombre que se rinda al primer desaire.

Saqué el móvil y marqué un número.

—Nike.

—Aquí.

—Quiero que sigas a Patricia. Día y noche. Quiero saber cada movimiento, cada persona con la que hable, cada sitio al que entre.

—Entendido.

—Y si vuelve a acercarse a Julia, me lo dices antes de que dé un paso más.

—¿Quieres que actúe? —preguntó, su voz sin emoción.

Miré por la ventanilla, los dedos tamborileando contra mi rodilla.

—Todavía no. Solo vigílala. No falles.

—No fallo.

Colgué.

El chófer me miró de reojo por el espejo retrovisor, pero no dijo nada. Nadie en su sano juicio me dirige la palabra cuando estoy en este estado.

Apoyé la cabeza contra el respaldo. Julia pensaba que había cerrado la puerta. Creía que con un "dimito" y un portazo podía sacarme de su vida.

Sonreí, amargo.

Lo que ella aún no había entendido es que yo no soy un jefe normal. No soy un amante pasajero. No soy un hombre al que se le

despide con una carta de recursos humanos.

Soy el Anticristo. Y ella es mía.

***

El despacho se encontraba en penumbra cuando entré. Cerré la puerta con un golpe seco, dispuesto a arrancar el día a mordiscos. Y allí estaba ella. Patricia. Sentada en mi silla.

—Tardaste. —Se giró despacio.

—No eres bienvenida aquí.

—Nunca lo fui, ¿verdad? —su tono sonaba ligero, pero la dureza estaba debajo—. Apenas dos meses después de la boda y ya estabas firmando los papeles de divorcio.

Apreté la mandíbula. No mucha gente sabía que me casé con ella. Tampoco que aquello fue un error calculado, un acuerdo que nunca funcionó, un vínculo vacío que quise romper antes de que echara raíces. Dos meses. Ese fue todo el tiempo que compartimos algo que nunca fue nuestro.

—No funcionábamos, Patricia. Nunca funcionamos.

—No me diste tiempo para funcionar.

—No necesitaba tiempo para ver lo evidente. —Me apoyé en la mesa y le clavé los ojos—. Lo nuestro había muerto antes de empezar.

Se levantó con calma, caminó hacia mí y apoyó las manos en la mesa, demasiado cerca.

—Y aun así, legalmente, sigo siendo tu esposa. ¿Qué crees que diría tu preciosa Julia si lo gritara a los cuatro vientos?

Un fuego me subió por la garganta.

—No te atrevas.

—Oh, me atrevo. Ya lo sabes. Barcelona fue solo el aviso. Si no vuelves conmigo, Héctor, hablaré. Y no solo de tu matrimonio. Tengo más cosas que contar.

La imagen de Julia, destrozada por su hermano, perdida entre mis secretos, se me clavó como un cuchillo. Podría borrar a Patricia con un gesto, hacerla desaparecer de un plumazo. Pero no. Porque el daño no lo pagaría ella, lo pagaría Julia.

Aparté la vista y me mordí el labio con rabia.

—No quiero hacerte daño, Patricia.

—Pues vuelve conmigo.

—Sabes que eso no va a pasar.

Ella sonrió, venenosa.

—Entonces prepárate para perderla.

Se giró, cruzó el despacho con paso firme y salió. Dejó tras sí un silencio que pesaba más que cualquier amenaza.

Me eché en la silla que había ocupado ella minutos antes.

El Anticristo nunca duda. El Anticristo decide, ordena, ejecuta. Y, sin embargo, dudé. Porque si la enfrentaba, Julia sufriría. Y si no lo hacía… Julia sufriría igual.

56

Boicot

Julia

Buscar trabajo debería ser un deporte olímpico. Te vistes, sonríes, inflas tu currículum como un globo y sales a ver quién te compra la moto. Yo, que había dimitido como una heroína de película independiente, me encontraba ahora en la parte menos glamurosa del asunto: nadie me quería.

La primera entrevista duró exactamente tres minutos y veinte segundos. Me preguntaron mi nombre, me miraron de arriba abajo y me dijeron que ya me llamarían. No lo hicieron.

La segunda fue peor. Ni siquiera llegué a sentarme. La recepcionista me sonrió con cara de lástima y dijo:

—Perdona, el puesto ya se ha cubierto.

Me marché con el bolso colgando y la sensación de que el universo me estaba tomando el pelo.

Tras el tercer intento, empecé a notar un patrón: caras nerviosas, entrevistas canceladas, excusas ridículas. Y en mi cabeza, una idea que me quemaba como ácido: Héctor. El Anticristo. El hombre que mueve empresas enteras con un gesto de su mano. El mismo que podía destrozar la carrera de cualquiera sin pestañear.

Me detuve frente a un escaparate y mi reflejo me devolvía el pelo encrespado y la cara de cansancio, y lo supe. No era el universo. Eran sus zarpas.

Detrás golpeaba el mazo de ese cabrón.

***

Pasaron varios días. Mi nevera estaba vacía salvo por una lata de atún, dos yogures caducados y un bote de mostaza que no recordaba haber comprado. Me pasaba las horas rellenando formularios, enviando correos y recibiendo silencios.

Al sexto rechazo consecutivo, cerré el portátil de golpe y grité:

—¡Hasta aquí!

Marta, que me acompañaba en modo guardiana, me miró desde el sofá.

—¿Qué?

—Que voy a ValCorp.

—¿A qué?

—A cantarle las cuarenta al cabrón.

—Julia…

—No intentes detenerme. —Me levanté, cogí la chaqueta y el bolso—. Si ese hombre cree que puede manejar mi vida como un Excel, se equivoca.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Sonreí con rabia—. Esta guerra la peleo sola.

***

Atravesar las puertas de ValCorp después de mi dimisión fue surrealista. Las recepcionistas me miraron como el que se encuentra a un fantasma. Alguno de mis excompañeros me saludó con un gesto tímido, otros apartaron la mirada.

Yo caminé directa al ascensor, con el bolso colgando y el corazón a mil.

Cuando llegué al piso de dirección, Natalia me interceptó. Siempre perfecta, con sus tacones afilados y la sonrisa diplomática.

—Julia, no puedes entrar sin cita.

—Oh, claro que puedo. —Sonreí igual que ella, pero con veneno —. ¿Sabes por qué? Porque el Anticristo me debe una explicación.

No esperé respuesta. Crucé el pasillo, abrí la puerta del despacho de Héctor sin llamar y entré.

Él estaba de pie tras el escritorio, traje impecable, teléfono en mano. Levantó la vista, me vio y colgó sin decir palabra.

—¿Qué has hecho? —espeté.

—Depende del contexto.

—¡El contexto es que llevo una semana intentando conseguir trabajo y nadie me quiere ni de becaria!

Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Todo! —avancé hasta quedar frente a él—. Porque huele a ti, Héctor. A tu manera de manejarlo todo desde las sombras.

Sus ojos chispearon, oscuros, peligrosos.

—¿Insinúas que interfiero en tu vida laboral?

—No lo insinúo. Lo afirmo. —Me crucé de brazos—. Y he venido a decírtelo a la cara.

El despacho se llenó de electricidad. Él me miraba como si quisiera devorarme. Yo lo miraba como si quisiera quemarlo. Y, por un segundo, pensé que lo que iba a estallar no eran nuestras voces, sino nuestras bocas.

El silencio en ese despacho pesaba más que el cemento armado. Yo estaba de pie, con los brazos cruzados, el corazón que se me salía por la boca y la rabia llenaba las venas como gasolina ardiendo.

Él, mientras tanto, apoyado en la mesa con esa pose de catálogo de Armani, me miraba con los ojos oscuros.

—Admite que lo has hecho —escupí, porque necesitaba escucharle.

Lo que no esperaba era que no dudara ni un segundo.

—Sí. —Directo, tajante, sin pestañear—. He movido mis hilos. He cerrado todas tus puertas. Nadie te contratará si yo no lo permito. —Lo soltó como quien confiesa que le gusta el chocolate negro, sin un gramo de arrepentimiento.

Me reí. Una carcajada hueca que me salió sola.

—Eres increíble. Increíblemente gilipollas.

Él inclinó apenas la cabeza en un descarado cumplido.

—Soy eficaz.

—No, Héctor. No eres eficaz, eres un tirano con corbata de seda. Eres un niño rico jugando a Dios, convencido de que el mundo gira porque lo mandas tú.

—Y gira. —Sonrió y me hirvió la sangre.

—¿Sabes qué es lo peor? —di un paso hacia él con el dedo en alto, a punto de abofetearle—. Que lo dices con orgullo. Como si manipular mi vida y cerrarme todas las puertas fuera un gesto romántico.

—Lo es —respondió sin titubear—. No quiero que trabajes en otra parte. No quiero que nadie te explote.

Ahí me temblaron las manos. No de miedo, de pura rabia.

—No soy tuya, Héctor. Ni tu proyecto ni tu juguete. Soy una persona. Una persona que quiere elegir dónde trabajar, qué hacer, con quién acostarse. Y tú… —mi voz se quebró, pero no cedí—, tú no tienes derecho a decidirlo por mí.

Él no se inmutó. Su calma era tan desesperante que me daban ganas de zarandearlo.

—Tengo derecho a proteger lo que es mío.

—Mío, mío, mío. —Repetí la palabra con asco, como si me supiera amarga en la lengua—. ¿Sabes qué eres? Un controlador patético. Y lo que me jode es haber caído en tu juego.

Fui hasta la puerta. Aquello había sido una declaración de guerra.

No volveré a tragarme tus excusas.

—Puedes controlarlo todo, puedes manipular a quien quieras, pero a mí no. No vas a conseguir lo que quieres. —Me detuve con la mano en el pomo de la puerta. El silencio volvió a llenarlo todo.

Él se enderezó, dio un paso hacia mí. No intentó detenerme, pero habló con esa seguridad suya que siempre me atraviesa como un disparo.

—Ya lo he conseguido.

Me giré, incrédula.

—¿Qué?

—Has vuelto. Estás aquí, en mi despacho, gritando, maldiciéndome. Pero estás. —Esa sonrisa maldita se curvó en sus labios—. Siempre vuelves, Julia. De una forma u otra, vuelves.

El nudo en la garganta me apretó como un lazo. Lo odié. Odié que tuviera razón. Odié que me conociera tan bien. Y, sobre todo, odié que una parte de mí sintiera el tirón invisible que siempre me arrastra hacia él.

Abrí la puerta con un golpe seco.

—Vete a la mierda, Héctor.

57

Sin suposiciones. Datos

Héctor

La puerta se cerró de golpe y el ruido me atravesó como un disparo. Julia se había ido. Otra vez.

Me quedé quieto en mitad del despacho con la garganta ardiendo. El Anticristo. El hombre que no duda, que no falla, que no se tambalea. Y ahí estaba, solo, con la certeza de que acababa de cagarla con la única persona que le importaba. La hubiera besado, desnudad, follado… sin embargo, me pudo el amor que le tengo.

—Eres un gilipollas, Héctor —susurré, mordiéndome la lengua—. Un puto gilipollas.

No lo había hecho por ego, aunque sonara a eso. Lo había hecho por protegerla. Porque el mundo en el que me muevo, no entiende de matices: o estás conmigo o estás muerto. Y yo no pensaba permitir que Julia se convirtiera en un blanco.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué.

—Nike.

—Aquí estoy.

—Quiero informes de Patricia cada dos horas. No quiero suposiciones, quiero datos.

—Ya la estamos siguiendo.

—Asegúrate de que no se acerque a Julia.

—Entendido.

Me pasé la mano por la cara, cansado. Esa mujer que acababa de salir por mi puerta me había dicho que no soy más que un tirano con traje caro. Y lo peor era que, desde fuera, tenía razón. Desde dentro, sabía la verdad: soy un hombre que no conoce otra forma de amar que blindando, poseyendo, acaparando. ¿Está mal? Puede ser. Pero amo de verdad, esa era la primera vez y sabía que la última. Así fue.

Fui hasta la ventana. Desde allí se veía la ciudad bullendo, indiferente a mis batallas internas. Julia estaría bajando por la acera, jurándose que no volvería. Y yo sabía que la había empujado demasiado lejos.

Saqué de nuevo el móvil. Otra llamada. Esta vez a mi equipo de operaciones internas.

—Quiero levantar el veto.

—¿Está seguro, señor Valverde?

—Muy seguro. —Me apoyé en el cristal y apreté los dientes—. A partir de ahora, Julia Serrano trabajará donde le dé la gana. Nadie moverá un dedo para bloquearla. Y si alguien no entiende la orden, que prepare su dimisión.

—Queda hecho.

Respiré hondo. Esa era la decisión correcta. Por primera vez en años, elegí no controlar. Elegí dejarla libre. La ironía me golpeó de lleno: el Anticristo soltaba sus cadenas. Porque la amaba demasiado para seguir jugando a encarcelarla en mi mundo.

Me dejé caer en la butaca, con la corbata medio suelta. Había perdido una batalla, sí. Pero en mi guerra personal, la única que importa, sabía que no iba a rendirme. Julia creía que la dejaba escapar. Lo que no sabía es que, incluso libre, seguiría siendo mía.

Me incliné hacia el escritorio, recogí el teléfono fijo y marqué de memoria un número que nunca dejo de tener a mano.

—Fernando —hablé una vez que la voz de mi abogado sonó al otro lado—. Quiero que el divorcio se acelere.

—Héctor, ya sabes que Patricia no ha colaborado en nada. Ha bloqueado cada movimiento…

—Pues desbloquéalo. —Mi voz salió baja, cortante—. No me importa cuánto cueste, ni a quién tengas que presionar. Lo quiero cerrado. Ya.

—Héctor…

—No me vengas con excusas legales. —Golpeé la mesa con el puño—. Patricia es una sombra en mi vida y no voy a permitir que siga en pie. Hazlo.

Un silencio tenso. Finalmente, aceptó.

—Lo haré. —Colgué antes de darle las gracias. Nunca lo hago.

Inspiré hondo, giré la silla hacia el ventanal y marqué otro número. Barcelona. La otra fuga que me estaba envenenando.

—Necesito que cierres el círculo —ordené, en cuanto mi contacto contestó—. No quiero más vacíos. Quiero nombres, quiero movimientos, quiero saber qué coño pasó con Patricia allí.

—Estamos trabajando en ello.

—Trabajando no es suficiente. —El tono me salió más áspero de lo que pretendía—. O me traes resultados o me traerás tu cabeza en bandeja.

—Entendido. —Terminé la llamada y me quedé mirando el reflejo de mi propio rostro en el cristal. La ciudad seguía ahí abajo, indiferente, devoraba gente, tragaba sueños. Yo lo había entendido hacía mucho tiempo: solo sobrevives si aprendes a morder más fuerte que los demás. Pero Julia no. Julia merecía algo distinto. Y aunque ella no lo supiera todavía, yo iba a dárselo.

58

Vacío y rutina

Julia

Los días siguientes fueron una mezcla rara de vacío y rutina. Me levantaba, desayunaba café con tostadas, a veces ni eso, abría el portátil y me enfrentaba a la nada. Nada en mi bandeja de entrada. Nada en LinkedIn. Nada en Indeed, Infojobs, o cualquier web de ofertas que se inventara algún becario aburrido.

Marta me observaba desde el sofá como mi entrenadora personal en la peor de las competiciones: la de no venirme abajo.

—Estás deprimida, Julia —aseguró el tercer día—. Y te lo digo yo, que te he visto salir de una ruptura llorando y a las dos horas ligarte al camarero del bar.

—No estoy deprimida. —Bebí un sorbo de café frío—. Estoy… en pausa.

—No eres Netflix, cariño. Nadie le da al play por ti.

Quise tirarle la taza, pero estaba demasiado cansada hasta para eso.

Pasaban las horas y yo seguía mirando mi currículum.

—Parece un chiste malo —anoté.

—El qué.

—Mi currículum.

Cada vez que lo leía, sonaba en mi cabeza la voz de Héctor diciendo: nadie te contratará si yo no lo permito. Y me hervía la

sangre. Hasta que, de repente, el móvil sonó. Un número desconocido.

—¿Sí? —contesté con voz neutra, sin esperar nada.

—¿Julia Serrano? Le llamamos del Hotel Bellavista. Hemos recibido su candidatura y estaríamos encantados de concertar una entrevista con usted.

Por poco no me atraganto con el aire.

—¿Una entrevista? —repetí.

—Sí, mañana a las diez, si le viene bien.

—Claro que me viene bien. —Casi grité.

Colgué y me quedé mirando el móvil. Marta se incorporó, intrigada.

—¿Quién era?

Sonreí. Por primera vez en días, de verdad sonreí.

—Una oportunidad.

Marta reaccionó a la noticia de la entrevista saltando y chillando.

—¡Por fin! Mañana tienes que ir hecha un cañón, Julia. ¡Un cañón profesional!

—¿Cómo es eso?

—Pues arreglada, pero no demasiado. Sexy, pero sin parecer que te vas a una cita en Tinder. Elegante, pero cómoda.

—Ya. O sea, lo imposible.

Marta me lanzó un cojín. Yo lo atrapé y me dejé caer en la cama, porque a pesar de la emoción por la entrevista, sentía un cansancio extraño.

—Julia, mañana tienes que comerte el mundo —insistió ella y me siguió al dormitorio—. Ese hotel no sabe la joya que se va a llevar contigo.

—Una joya idiota, querrás decir. —Me tapé la cara con una almohada.

—No digas tonterías. —Me la arrancó de las manos—. Estás viva, tienes experiencia y, lo más importante, tienes la lengua más afilada que conozco. Te contratan fijo.

—Sí, claro. Con eso basta.

Mi amiga me miró fijamente, en silencio. Y entonces, como siempre, disparó a quemarropa.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

Quise contestar con un "no", con un chiste, con cualquier cosa que desviara la pregunta. Pero la verdad me arañó la garganta antes de que pudiera inventar una mentira.

—Sí. —Mi voz salió baja, áspera.

—¿Mucho?

—Demasiado. —Me llevé una mano al pelo, nerviosa—. Y lo odio. Lo odio con todo mi ser. Porque debería alegrarme de haberme librado, ¿no? Pero no puedo. No dejo de pensar en él, Marta. En su puta sonrisa, en lo seguro que estaba incluso cuando me estaba volviendo loca, en cómo era capaz de convertirme en lava y hielo en la misma respiración.

—El Anticristo. —Marta se dejó caer a mi lado en la cama—. No podías enamorarte de alguien fácil, ¿eh?

—Nunca me han gustado las cosas fáciles. —Me reí, amarga—. Pero esto no es difícil, esto es suicida.

Nos quedamos tumbadas, mirando al techo recién pintado, sí, cortesía del Anticristo. Y yo pensé en él. En lo mucho que me jodía extrañarlo. En lo mucho que me dolía admitirlo.

—Mañana vas a esa entrevista con la cabeza alta. —Me dio un empujón cariñoso.

—¿Y si no me cogen?

—Pues al siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. —Me guiñó un ojo—. Pero que quede claro: ningún hotel, ninguna oficina, ningún jefe volverá a tener tu vida entre las manos.

Asentí, tragando saliva. Marta era un terremoto y yo necesitaba ese terremoto en mi vida.

—Vale. —Respiré hondo—. Mañana entro a esa entrevista como Julia Serrano, la mujer que dejó al Anticristo plantado.

Aunque en el fondo supiera que ni plantado, ni olvidado. Que lo llevaba conmigo, aunque me jodiera reconocerlo.

***

El Hotel Bellavista imponía desde la entrada. Respiré hondo y recordé las palabras de Marta de la noche anterior: Entra como Julia Serrano, la mujer que dejó al Anticristo plantado.

Más fácil decirlo que hacerlo. Porque mientras avanzaba por el hall, solo podía pensar en él. En Héctor, con su maldito traje perfecto y en su manera de mirarme. Me jodía admitirlo, pero lo echaba de menos. Mucho.

Me sacudí el pensamiento y me acerqué al mostrador.

—Hola, tenía una entrevista a las diez. Julia Serrano.

La recepcionista sonrió y me indicó una sala lateral. Caminé hasta allí con paso firme, aunque por dentro me temblaban las rodillas.

Dentro me esperaba un hombre de mediana edad, con aspecto amable y un traje que claramente no costaba lo mismo que los de Héctor. Me tendió la mano.

—Señorita Serrano, encantado. Soy el director de personal.

—Encantada. —Apreté su mano y me senté.

Me hizo preguntas normales: experiencia, formación, proyectos anteriores. Respondí con calma, aunque en cada respuesta me recorría un escalofrío de duda. ¿De verdad Héctor había levantado su maldita sombra de encima? ¿O era solo una ilusión momentánea antes de que me cerraran otra puerta?

El director asintió varias veces, tomando notas.

—Debo decirle que su perfil es muy interesante. Nos gusta la gente con carácter y con tablas en el sector.

Sonreí al sentirme un poco más fuerte. Hasta que, de pronto, él cerró la carpeta y me miró con una expresión extraña.

—Una última cosa, señorita Serrano.

—¿Sí?

—Hace unos días recibimos varias llamadas anónimas pidiendo que no la contratáramos.

El corazón se me detuvo.

—¿Perdón?

—Pero esta vez —añadió— no hemos hecho caso. Por eso está aquí. Porque creemos que cada persona debe defenderse por sí misma, no por lo que otros dicen.

Me quedé helada, sin saber qué contestar. Porque no dijo nombres, pero yo sí lo pensé. Héctor. Claro que había sido él. Y, al mismo tiempo, algo dentro de mí susurró que quizá ahora… ya no.

—Gracias. —Tragué saliva—. De verdad.

El director me sonrió y me indicó la puerta. La entrevista había terminado, pero yo salí de esa sala con una sospecha que no me dejaba respirar.

Si me estaban dando esa oportunidad, era porque algo había cambiado. Y yo conocía perfectamente al hombre que movía los cambios en la sombra. El Anticristo.

***

Salí del Hotel con el corazón a mil. Tenía la sensación de que me había bajado de una montaña rusa en pleno *loop*, con las piernas flojas y la cabeza girando. Me apoyé en la barandilla de la entrada, saqué el móvil y marqué el número de Marta.

—¿Y bien? —contestó antes siquiera de que yo saludara.

—Ha ido bien. —Sonreí, sin poder evitarlo—. De hecho, muy bien.

—¡Lo sabía! —Marta chilló al otro lado—. Sabía que ibas a clavarlo. Cuéntamelo todo, ¡todo!

—Pues que parece que les gusté. Que soy interesante, que tengo "carácter". —Hice comillas con los dedos, aunque ella no pudiera verme—. Y que me van a llamar pronto para la segunda fase.

Marta aplaudió, literal.

—¡Por fin una buena noticia, joder! ¿Ves? Te dije que podías sola.

Me reí, aunque la sonrisa me duró poco.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—El director me dijo que habían recibido varias llamadas anónimas pidiendo que no me contrataran.

Marta se quedó en silencio unos segundos.

—¿Anónimas?

—Sí. —Miré alrededor—. Y lo que me mata es que, si hubiera sido Héctor, no habría sido anónimo. Él no se esconde detrás de una línea telefónica. No manda mensajitos cobardes. Si quiere cerrarte una puerta, la cierra en tu cara y te lo hace saber.

—Entonces… ¿quién?

Me encogí de hombros, aunque ella no pudiera verlo.

—No lo sé. Pero me queda claro que no es solo él el que mueve hilos en mi vida.

—Pues que se jodan. —Marta volvió a su tono guerrero—. Tú ya estás dentro.

Colgué después de prometerle que nos veríamos para celebrarlo, pero me quedé un momento quieta, mirando las puertas del hotel. Tenía un pie en el futuro y otro atrapado en el pasado. Porque aunque no quería reconocerlo, lo único que resonaba en mi cabeza era su voz, grave, arrogante, segura: Eres mía. Y lo peor era que, mientras caminaba calle abajo con el currículum todavía en la mano, no sabía si odiaba más sus palabras… o lo mucho que las echaba de menos.

59

Cadenas

Héctor

El Anticristo no pierde el tiempo en remordimientos. Ni en dudas. Pero desde que Julia salió de mi despacho echando humo y llamándome tirano, no pienso en otra cosa que en el error de haber creído que podía protegerla a mi manera.

No se protege a alguien encadenándolo. Eso lo sé ahora. Aunque me joda admitirlo.

El móvil vibró sobre la mesa. El nombre en la pantalla: Nike.

—Tenemos trazado el origen de las llamadas que intentaron bloquear a Julia Serrano en varias entrevistas.

El aire me ardió en los pulmones.

—Patricia.

—Con toda probabilidad, sí. Una de las grabaciones encaja con su entonación. No está sola: hay dos contactos vinculados a socios que se apartaron de tus negocios hace meses.

Cerré el puño sobre la mesa. Patricia siempre supo dónde golpear. No contra mí. Contra lo único que podía hacerme daño: Julia.

—Refuerza la vigilancia.

Me quedé mirando la ciudad al otro lado del cristal, con esa certeza corrosiva instalándose en mí: Julia pensaba que yo era el enemigo, cuando el verdadero diablo estaba más cerca de ella de lo que podía imaginar. Y, por mucho que me odiara ahora, no iba a permitir que Patricia volviera a hacerle daño.

Marqué su número sin pensarlo dos veces. No me gusta llamar más de una vez a nadie, pero con Patricia no hay otra manera: si no la sorprendes, desaparece como el humo.

Respondió al tercer tono.

—Vaya, el marido arrepentido. —Su voz era miel podrida—. ¿No deberías estar entretenido con tu nueva mascota?

—Deja a Julia fuera de esto.

—Imposible. —Se rio, corta, seca—. Ella es el mejor escenario para esta obra. Tú y yo ya no damos espectáculo.

Inspiré despacio, conteniendo la rabia.

—Lo que quieres no soy yo.

—¿No? —ironizó—. Juraría que hace medio año me pusiste un anillo en el dedo.

—No quieres un marido, Patricia. Quieres dinero. Poder. Y crees que yo sigo siendo el camino.

Se hizo un silencio breve. Después, su tono cambió apenas, como si de repente estuviera cansada de fingir.

—Dame lo que me corresponde.

—Te corresponde lo que yo decida. Y ahora mismo, lo único que puedo ofrecerte es una oportunidad para no acabar en un lugar mucho peor que un piso en Barcelona.

Su risa sonó tensa, forzada.

—Amenazas. Siempre amenazas.

—Siempre cumplo. —Dejé la frase caer con calma—. Ven a mi apartamento mañana a las diez. Lo hablaremos.

Se revolvió. Lo noté en la forma en que respiraba al otro lado.

—¿Y qué me garantiza que no me vas a encerrar, Héctor?

—Nada. —Sonreí—. Pero si no apareces, puedes dar por hecho que no volverás a recibir ni un céntimo mío.

—Iré.

—Bien.

—No pienses que me has ganado. —Su voz tembló apenas, como un cuchillo que pierde filo—. Yo nunca pierdo.

Me quedé con el móvil en la mano. Algo en su tono me dejó un regusto extraño. No era la Patricia de siempre: calculadora, fría, venenosa. Había sonado más nerviosa de lo que pretendía. Y si Patricia estaba nerviosa, significaba que se iban a mover piezas indebidas.

***

No dormí demasiado aquella noche. La echaba de menos, echaba de menos su piel, sus besos, el te amo que aún no me había dicho y no diría.

El reloj marcaba las diez y cinco. Nada. Diez y diez. Tampoco. A las diez y veinte ya no quedaba rastro de paciencia en mi cuerpo. Yo no espero. Nunca lo he hecho. Y mucho menos a Patricia.

Serví un whisky, lo sostuve un momento entre los dedos y observé la superficie del líquido, inmóvil. Patricia siempre llegaba a tiempo, no por respeto, sino por vanidad. Llegar tarde habría sido reconocer debilidad, y Patricia prefería morirse antes de darme ese espectáculo. Pero aquella mañana no apareció.

Marqué el número de Nike. Una vez. Dos. Tres. El tono se alargaba al otro lado de la línea y mi mandíbula se tensaba con cada segundo. Él nunca me deja colgado. Nike contesta siempre. Siempre.

—Contesta, joder —gruñí y tanto apreté el vaso que el cristal crujió entre mis manos.

Nada.

El whisky se deslizó, cayó al suelo y el cristal se rompió en mil pedazos. No me agaché a recogerlo. Me quedé de pie, inmóvil, y fue entonces cuando me golpeó la imagen. No era una sospecha, ni un recuerdo, ni una fantasía: era un disparo en mi mente, brutal y real. Julia. Tirada en el suelo. La piel manchada de sangre. Un tiro en la cabeza. Y no era yo quien apretaba el gatillo.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que sentí que me arrancaba el aire de los pulmones. Yo no imagino catástrofes, yo las evito, las aplasto antes de que nazcan. Pero esa visión no era un pensamiento, era una certeza. Algo estaba pasando, algo ya estaba en marcha, y lo único que importaba era que Julia podía estar en el centro.

Me pasé la mano por la cara, furioso conmigo mismo, con Patricia, con Nike, con todo lo que no podía controlar. El suelo brillaba con el whisky derramado y los trozos de cristal, pero lo único que veía era a ella, con los ojos cerrados, fría.

Un rugido me subió por la garganta y lo contuve, porque yo no grito. Yo actúo. Y en ese instante supe que no iba a esperar un minuto más.

El garaje rugió cuando arranqué el deportivo negro y lo lancé contra la ciudad como un proyectil. Salté semáforos, esquivé coches, escuché bocinas y maldiciones que quedaban atrás. No importaba nada. Cada curva era un golpe de sangre en mis sienes, cada segundo de retraso un recordatorio de que podía llegar demasiado tarde.

Cuando giré la última esquina y vi el edificio de Julia, el corazón me dio un vuelco tan brutal que apenas pude respirar. Frené de

golpe, aparqué de cualquier forma y subí los escalones de dos en dos.

No esperé al ascensor. Subí las escaleras corriendo, con los nudillos ya listos para golpear. El pasillo olía a pintura fresca, la que yo mismo había pagado, la que había ordenado poner para que ella se sintiera segura. Qué ironía.

Golpeé la puerta. Una vez. Dos. Tres.

—¡Julia!

Mutismo sepulcral.

El miedo se me incrustó en el pecho. Retrocedí un paso, apreté los dientes y arremetí con el hombro. La primera embestida crujió el marco. La segunda hizo saltar la cerradura. La tercera abrió la puerta de golpe.

Entré sin respirar, con el cuerpo en tensión, preparado para cualquier cosa. Y lo que vi me atravesó como una bala. Me quedé quieto, clavado en el suelo, incapaz de dar un paso más. La sangre me rugía en los oídos, la visión me golpeaba como un puño invisible.

El Diablo había perdido la partida.

60

Un arma apuntándome

Julia

Soñé con él. Otra vez.

El Anticristo apareció en mitad de una sala enorme, blanca y sin ventanas. Su traje negro era lo único sólido en ese vacío, y sus ojos oscuros me buscaron con una intensidad que me atravesó como un rayo. Llevaba una pistola en la mano, y al levantarla, supe quién estaba frente a nosotros: Ignacio. Mi hermano.

El arma se alzó despacio, el tiempo se estiraba solo para torturarme. Yo intenté gritar, pero no salió sonido de mi garganta. Héctor me miró una vez más antes de apretar el gatillo. El disparo resonó en el vacío y vi a Ignacio caer, como si se lo tragara el suelo.

Corrí hacia Héctor, dispuesta a arrancarle el arma, a golpearlo, a odiarlo… pero cuando lo toqué, su piel ardía y sus ojos habían cambiado. Ya no eran los de él. Eran claros, luminosos, casi imposibles de sostener. En su espalda había alas blancas, enormes, que llenaban la sala.

Me cubrió con ellas, me rodeó como si quisiera protegerme del mundo entero. Yo me aferré a su camisa y sentí algo extraño: no miedo, no rabia… sino paz.

Y de pronto las alas desaparecieron, la pistola también. Ya no había demonio ni ángel. Solo un hombre. Alto, cansado, con las manos vacías y los ojos llenos de algo que reconocí al instante: amor.

El vacío blanco se quebró como un espejo y… yo desperté, sudando, con el corazón acelerado.

Héctor.
El diablo, el ángel, el hombre.
Todo en uno.

***

Me levanté con la sensación pegada al cuerpo de aquel sueño. El Anticristo, un ángel, un hombre. Tres caras de lo mismo, tres maneras de torturarme la cabeza. Intenté sacudírmelo con una ducha larga, dejando que el agua caliente corriera sobre mí y borraran las imágenes que todavía me dolían.

Me vestí despacio, unos vaqueros y una blusa clara. Nada especial. Abrí el armario para coger la chaqueta y entonces lo vi. El abrigo. Ese que Héctor me había puesto sobre los hombros la primera noche que coincidimos, cuando ninguno de los dos sabía todavía en qué nos estábamos metiendo. El tacto de la tela me devolvió de golpe al principio de todo: el misterio, la atracción, la sensación de peligro. Y casi lloré. Un nudo se me formó en la garganta, pero apreté los dientes.

—No. Ni una lágrima más por él.

Cerré el armario de golpe. Y no, no se pueden dejar atrás los recuerdos con un golpe seco a una puerta de madera, por muy cara que sea.

***

El timbre sonó a las diez en punto. Marta siempre ha sido puntual hasta para fastidiar, así que ni me lo pensé. Cogí el bolso, me acerqué a la puerta y abrí de golpe, con la sonrisa preparada y un comentario en la punta de la lengua:

—Rescátame de la nevera vacía.

Pero no era Marta. Sino Patricia.

Tardé medio segundo en procesarlo. El suficiente para que ella ya hubiera cruzado el umbral y cerraba la puerta detrás de sí con un

clic seco que me sonó como una condena. No olía a perfume caro, sino a pólvora contenida en su bolso. Y lo confirmé en cuanto lo sacó: una pistola negra, brillante, pequeña pero aterradora en su mano perfectamente cuidada.

Me apuntaba directo al pecho.

—Buenos días, Julia. —Su voz sonó suave—. Qué detalle abrirme la puerta sin preguntar.

No respondí. El corazón me latía tan fuerte que creí que iba a reventarme en la garganta. Retrocedí un paso, pero ella avanzó dos sobre el suelo que Héctor había mandado instalar después de que destrozaran mi piso.

Tragué saliva, sin apartar la vista del cañón del arma.

—Pensaba que venía Marta.

—Oh, ya veo. —Sonrió con un brillo venenoso en los ojos—. Lástima que no.

—Está a punto de llegar. Será mejor que te vayas.

—Oh, pobrecita. No te enteras de nada. Tu amiguita no va a venir.

—¡¿Qué le has hecho?!

—Nada. Es… insignificante. Solo le he cogido el móvil prestado.

Intenté mantenerme erguida. Todo en mí gritaba que me tirara al suelo, que buscara una salida, que corriera. Pero me quedé quieta. Porque si hay algo que he aprendido en los últimos meses es que a los demonios no se les muestra miedo.

—Pues bienvenida —logré soltar—. ¿Quieres un café o prefieres seguir apuntándome?

Su sonrisa se ensanchó apenas.

—El café después. Ahora tenemos que hablar.

Y ahí estaba yo: con la espalda pegada al mueble del recibidor, mirando la boca de una pistola y pensando que, al final, la mayor tragedia de mi vida no iba a ser Héctor Valverde, el Anticristo. Iba a ser su esposa.

Patricia avanzó despacio hacia el salón, en mi casa recién renovada a golpe de Anticristo, un escenario preparado para ella. Yo la seguí, más por instinto que por valentía: me obligaba a no darle la espalda, sobre todo porque tenía una pistola que me apuntaba al pecho.

—Siempre me pregunté qué tenías tú —comentó distraída. Paseaba la vista por los muebles, ¿tasándolos?—. Hasta que te vi. Y entendí que no tienes nada.

La adrenalina me subía hasta las sienes.

—Gracias por la motivación matutina. Tú sí que sabes subir la autoestima.

Giró hacia mí, la pistola también. Sus labios dibujaron una sonrisa perfecta.

—Te lo digo porque, sinceramente, no me explico cómo conseguiste que Héctor se obsesionara.

—Será porque no intento matarlo antes del desayuno.

Su ceja se arqueó y durante un segundo pensé que iba a apretar el gatillo solo por el gusto de borrarme la sonrisa.

—No tienes ni idea de con quién estás jugando, Julia. Yo lo conozco mejor que tú.

—¿Ah, sí? —ladeé la cabeza—. Pues qué curioso, porque parece que el Anticristo ya ha elegido a quién quiere tener en su cama. Y no es a ti.

¿Estaba loca? Sí. No era nada nuevo.

Patricia dio un paso más cerca. Ahora el cañón estaba a menos de un metro de mí. Sentí que un escalofrío me subía por la espalda, pero no retrocedí. No podía.

—Él no elige. Él pertenece a quien sabe atarlo.

—¿Y tú lo ataste? —Le clavé la mirada.

Sus ojos destellaron un segundo.

—Lo intenté.

Ahí estaba. La grieta en su voz. No era solo celos ni rabia. Era fracaso. Y yo lo aproveché.

—Pues parece que no se te dio muy bien el nudo, Patricia.

El silencio se estiró entre nosotras, espeso y tenso. Yo tragaba saliva a escondidas, intentando que mi voz no temblara. Ella respiraba más rápido de lo que quería mostrar. Y en medio de esa partida de miradas, comprendí que mi única arma era seguir hablando. Seguir pinchándola. Seguir comprando segundos, porque con Héctor nunca se sabe: podía aparecer en cualquier momento. Así que me enderecé, me crucé de brazos y solté, con una sonrisa afilada:

—Por mucho que dispares, yo ya le he dado algo que tú jamás podrás darle: verdad y amor.

Patricia rio, un sonido bajo, casi elegante, pero sus manos delataban lo contrario: apretaba tanto la pistola que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Verdad? ¿Amor? —repitió—. Héctor no necesita verdad ni amor. El amor es para los débiles y con la verdad no se ganan millones. Héctor necesita a alguien que entienda que el poder es lo único que importa.

Fingí calma, aunque tenía el corazón a punto de salírseme por la boca.

—Pues mira qué sorpresa, resulta que él prefiere mi versión. La caótica, la sarcástica, la que no se calla.

—Tú no entiendes nada. —Se acercó otro paso, ya tan cerca que podía oler su perfume, ese aroma carísimo que olía a rabia disfrazada de lujo—. Lo nuestro era un trato. Un matrimonio de conveniencia, una alianza que nos beneficiaba a los dos.

—Vaya, qué romántico. —Me encogí de hombros—. Seguro que en tu álbum de boda pone Visa, Mastercard y cláusulas en letra pequeña.

El tic en su mandíbula me indicó que había acertado.

—Él no tenía que enamorarse. —Escupió la palabra como un insulto—. Mucho menos de alguien como tú.

Tragué saliva y sentí que la tensión se estiraba demasiado.

—Y sin embargo… aquí estamos.

Sus ojos se enturbiaron por primera vez.

—Quiero lo que me corresponde —afirmó en un intento de recuperar el aplomo perdido—. El dinero. La parte de los negocios que me prometió. Y voy a conseguirlo, Julia. Contigo de por medio o sin ti.

Ahí estaba. El motivo real, desnudo, sin rodeos. No era amor, no eran celos, no era Héctor. Era dinero. Poder. Y yo, simplemente, era un obstáculo demasiado molesto en su tablero.

Me crucé de brazos, aunque tenía la boca seca.

—Pues qué pena, Patricia. Porque, de momento, soy yo la que duerme en su cama.

Su sonrisa se torció, sin brillo, pura rabia.

—No por mucho tiempo.

El brillo en los ojos de Patricia cambió. Determinación. El cañón de la pistola se alzó apenas unos centímetros, directo a mi pecho.

—Patricia… —logré decir, con la voz quebrada.

No contestó.

El disparo retumbó en el piso recién renovado. Un ruido seco, brutal, que me arrancó el aire de golpe. Sentí el impacto en el pecho, fuego dentro. El dolor se expandió rápido, feroz, y me quemó cada rincón de mi cuerpo.

Tropecé hacia atrás, busqué aire que no llegaba, y caí al suelo. El parquet brillante se me antojó frío, distante, demasiado limpio para mancharse con mi sangre.

Intenté respirar. Un jadeo roto. Otro. Y nada. La vida se me escapaba a borbotones, con cada segundo que pasaba.

Las luces del techo bailaban encima de mí, borrosas. Intenté enfocar, pero el mundo giraba. Apenas escuchaba ya a Patricia, solo mi corazón golpeaba como un tambor que conocía su final.

Y entonces, los golpes en la puerta. Fuertes. Desesperados. Una voz que reconocí incluso a través del zumbido que me llenaba los oídos.

—¡Julia! ¡Julia, abre!

Quise contestar. Quise gritar. Pero mi boca ya no respondía. Todo se oscureció. El Anticristo había llegado tarde. Y yo me deslicé hacia el negro absoluto, sin saber si aquello era el final, o solo el principio de otra cosa. Del cielo o… del infierno.

61

El mundo se detiene

Héctor

La puerta cedió bajo mis embestidas. Entré al apartamento con la rabia trepándome por las venas. El olor a pólvora me golpeó primero. Luego la vi a ella: Julia, tirada en el suelo con la blusa manchada de sangre.

El mundo se detuvo.

Patricia aún sostenía el arma, los ojos abiertos como platos, el dedo temblando en el gatillo. No pensé. La desarmé en dos movimientos, la empujé contra la pared y la pistola cayó al suelo. Ella intentó revolverse, pero la apreté con tanta fuerza que chilló.

—Como vuelvas a tocarla, te mato con mis propias manos. —Mi voz salió grave, destrozada, casi irreconocible.

La dejé allí, aturdida, inútil, y crucé el salón hasta donde estaba Julia.

Caí de rodillas a su lado. Mi camisa blanca se tiñó de rojo en cuanto la toqué, pero me dio igual. Sus labios estaban entreabiertos, su respiración era un jadeo débil, irregular, demasiado frágil para alguien como ella.

—No. No, no, no. —Le acaricié la cara con manos ensangrentadas —. Julia, mírame. No cierres los ojos.

La estreché contra mí, intentando tapar la herida con la palma, maldiciendo la sangre que se me escapaba entre los dedos. Y entonces lo hice. Lo impensable. Levanté la vista con los ojos ardiendo y supliqué al aire.

—Dios… —me tembló la voz—. No me la quites. Llévate todo lo que quieras de mí, pero déjala aquí. Que respire, que viva un día más, un minuto más, lo que sea. No me importa pagar el precio.

Mis labios rozaban su frente, mi pecho temblaba con cada suspiro que no sabía si sería el último. El Anticristo, el hombre que nunca había pedido nada, estaba de rodillas, ofreciendo su alma por la mujer que lo había desarmado.

—Quédate conmigo, Julia. —Mi voz fue apenas un susurro—. Quédate en la tierra, aunque yo me hunda en el infierno.

La levanté del suelo con cuidado, aunque la urgencia me quemaba las manos. Su cuerpo se sentía demasiado ligero, demasiado frágil. Mi camisa estaba empapada de rojo y cada gota que caía me recordaba que el tiempo corría en mi contra.

Atravesé el pasillo sin mirar atrás. No me importaba Patricia, no me importaba nada. Solo ella.

El coche seguía en doble fila frente al portal, con las luces encendidas. Abrí la puerta trasera de un golpe, la acomodé contra el asiento y me lancé al volante.

El motor rugió, y yo aceleré sin pensarlo, tragándome semáforos y frenazos, sin ver otra cosa que no fuera el retrovisor: Julia, hundida contra el asiento, los párpados pesándole como plomo.

—Julia. —Mi voz se quebró—. No te duermas.

Ella gimió apenas, un hilo de sonido que me arrancó el alma. Extendí una mano hacia atrás, sujetando la suya.

—Mírame, joder. Quédate conmigo. Solo un poco más.

Las calles pasaban como un borrón de luces. Claxon, insultos, nada importaba.

—No puedes dejarme ahora —murmuré, los nudillos blancos sobre el volante—. Ni a mí ni a tu puta manía de llevarme la

contraria. ¿Lo oyes? Quédate para seguir discutiendo, para seguir llamándome Anticristo. Pero no cierres los ojos.

El hospital apareció al final de la avenida, una promesa que todavía no me creía. Frené tan brusco que el coche derrapó. Bajé corriendo, la tomé de nuevo en brazos y crucé las puertas de urgencias gritando su nombre.

—¡Necesito ayuda! —mi voz atronó por el pasillo, el diablo implorando como un hombre.

La sala de urgencias estalló en movimiento. Una camilla apareció y unas manos rápidas me la arrancaron y la tumbaron, conectándola a máquinas, abriendo vías, gritando palabras que parecían en otro idioma.

—Presión cayendo. —Una voz femenina.

—Respiración irregular. —Otra, más grave.

Me quedé de pie allí en medio, con la camisa y las manos manchadas de rojo. Quise seguirlos, pero una enfermera me empujó hacia atrás con firmeza.

—Señor, aquí no.

—Soy Héctor Valverde —escupí su nombre como una amenaza—. Y si ella muere, se hundirá este maldito hospital.

Pero no me dejaron pasar.

Desde el cristal, observé cómo trabajaban sobre su cuerpo. El monitor lanzaba picos irregulares, cada "pi" era un latido, cada segundo una batalla.

Y… el sonido cambió.

El pitido se volvió una línea recta. Piiiiiiiiiiiiii.
Mi cuerpo se desmembró.

Vi cómo los médicos se movían con rapidez, intentando reanimarla. Palabras técnicas que se me escapaban, golpes sobre el pecho, descargas eléctricas. Nada.

—Vamos, Julia, respira. —Mi voz era un gruñido que nadie escuchaba.

El pitido seguía. Constante. Infinito.

Y después, la frase que me atravesó como una bala.

—La hemos perdido.

Un silencio mortal. El reloj en la pared marcaba las once y once.

—Hora de la muerte: 11:11.

El suelo se abrió bajo mis pies y el fuego del infierno comenzó a salir. Las llamas no eran mías ni yo las manejaba. El Anticristo, el hombre que nunca perdía, escuchaba la única derrota que jamás había contemplado.

Julia. Mi Julia.

No recuerdo cómo abrí la puerta. Ni si alguien intentó detenerme. Solo sé que crucé la sala y llegué hasta ella. Julia estaba allí, pálida, quieta, más frágil de lo que nunca la había visto. El monitor seguía mudo, esa línea recta que parecía una sentencia grabada en piedra.

Me quedé a un metro de distancia, incapaz de tocarla, incapaz de aceptar lo que veía. El Anticristo no se arrodilla, no llora, no implora. Pero mis rodillas cedieron y sentí cómo la garganta se me cerraba.

Las lágrimas empezaron a caer, silenciosas, calientes. Una. Dos. Tres. Resbalaron por mi rostro y cayeron sobre su mano, fría bajo las sábanas.

Y fue cuando lo escuché.

Bip.

Otra lágrima cayó, y el monitor repitió: Bip.

Los médicos, que hasta ese momento estaban quietos, giraron de golpe hacia la pantalla.

—¡Está recuperando pulso! —gritó uno.

Me levanté, aún incrédulo, y la miré. Su pecho se alzó con un suspiro débil, pero era aire. Vida.

—¡Preparen adrenalina! —ordenó otro y se movió con rapidez.

Me apartaron a empujones, pero no me importó. Seguí de pie con el corazón golpeándome las costillas. Cada lágrima que no había derramado en toda mi vida, ahora caía sobre ella, y con cada una de ellas su corazón parecía responder.

Bip.
Bip.
Bip.

Las manos de los médicos volaban, sus voces llenaban la sala, pero yo solo veía a Julia. Julia volviendo de donde fuera que había estado, arrancándole segundos a la muerte. Me cubrí la boca con la mano, roto por dentro. El Anticristo lloraba. Y su llanto estaba devolviendo a la vida a la mujer que amaba.

62

Rojo: Héctor Valverde

Julia

Volver a abrir los ojos fue como salir de un túnel sin fin. Primero la luz, demasiado blanca. Luego el pitido constante del monitor. Y, por último, una figura a mi lado.

Él.

El Anticristo en persona, sentado en una silla de hospital, con la camisa arrugada, la barba de dos días y los ojos rojos. Rojo. Héctor Valverde. El hombre que nunca pierde el control y que ahora parecía haber llorado más que yo en mis peores rupturas.

Me aclaré la garganta.

—Si me ibas a matar, Héctor, podías haberlo hecho tú. No enviar a tu esposa loca.

Él levantó la cabeza de golpe y clavó sus pupilas en las mías. Era alivio. Puro alivio.

—No me digas eso. —Su voz salió baja; aún le costaba hablar—. Te he salvado.

Sonreí débil; el pecho me ardía.

—Siento que un camión me ha pasado por encima.

—El camión está en prisión. Y no saldrá en años.

—No te creas Dios solo porque hayas conseguido que siga respirando.

Se acercó tanto que podía contar las pestañas de sus ojos oscuros.

—No soy Dios, Julia. Pero te juro que le vendí mi alma si eso significaba quedarte aquí conmigo.

Me mordí el labio para no llorar. Lo odiaba. Odiaba lo mucho que me conmovía incluso cuando me estaba fastidiando.

—Pues ya ves, aquí sigo. —Suspiré, mirándolo con la ironía floja, porque las fuerzas no me daban para más—. Todavía tendrás que aguantarme. Y sin alma, a ver cómo te las arreglas.

Se pasó una mano por la cara, sin creer que yo estuviera despierta.

—Nunca más, Julia. Nunca más vas a ponerte en peligro así.

—¿Otra vez con tus órdenes? —flexioné una ceja, aunque hasta pestañear me dolía—. Estaba en mi casa. ¿Qué querías, que viviera encerrada en tu despacho con una grapadora como arma defensiva?

Él se rio entre dientes, una risa breve, nerviosa, casi incrédula.

—No me hagas reír ahora. No tienes ni idea de lo cerca que has estado.

—Lo sé. —Lo miré, seria por un instante—. Lo sentí. Sentí cómo me iba.

Él se tensó, pero yo añadí rápido:

—Y también sentí otra cosa. Sentí que volvía. Como si alguien no quisiera dejarme ir todavía. Alguien tiraba de mí con su mano. Fuerte…

Héctor me apretó la mano con fuerza, inclinándose aún más hacia mí.

—Ese alguien fui yo.

Puse los ojos en blanco, porque hasta en ese momento sabía ser insufrible.

—Otra vez creyéndote el centro del universo.

—No. —Me acarició la mejilla con suavidad—. El centro eres tú.

Y entonces no pude evitarlo: reí. Reí porque me dolía, porque lo odiaba, porque lo amaba. Reí porque, incluso después de todo, Héctor Valverde seguía siendo el Anticristo.

—Te amo.

—Lo sé.

—Eres idiota, imbécil, un gilipolla creído y controlador de mucho cuidado.

—Pero me amas.

—Mucho. Amo al Anticristo hecho carne.

—El tuyo. —Su respuesta fue inmediata, firme, como un juramento.

—El único.

—E inigualable.

—Eres… —Me cayó con un beso medido. Evitaba hacerme daño. Fue corto, no obstante, cumplió su misión.

Me hundí en la almohada, exhausta, pero con una sonrisa que ni el fantasma de Ignacio, ni la bala, ni Patricia, ni el mismísimo diablo iban a borrarme de la cara.

Epílogo

Julia

Soñé con mi boda. Otra vez. Sí, esa en la que iba vestida de blanco. Pero en esta versión había cambios. El vestido no era de encaje, era de papel. De post-its, concretamente. Cada uno con una frase suya: No es una sugerencia, Le agradecería que me tratases de usted, Puedo despedirte. Voy a follarte ahora. No te besaré hasta que supliques. Eres mía.

Caminaba y se me iban despegando, hasta quedarme casi desnuda. Y claro, la gente aplaudía, porque el público de mis sueños siempre es morboso.

Él me esperaba en el altar, impecable, con traje negro y una corona torcida en la cabeza. No de oro, de llamas. En lugar de anillos, íbamos a intercambiar pecados. El cura era mi jefe de recursos humanos, que no bendecía la unión: leía cláusulas. Y cada *¿aceptas?* hacía que la iglesia ardiera un poco más.

En las flores había billetes. Los invitados brindaban con copas de whisky en lugar de champán. Y cuando me puso el anillo, no era de oro, era sujeta-papeles, frío, metálico, como diciendo: Bienvenida a tu jaula, cariño.

Todo explotaba a mi alrededor. Los vitrales reventaban en mil colores, las velas se convertían en bengalas, y yo sonreía. Porque en el fondo sabía que no era una boda: era una hoguera. Y yo ya había elegido arder.

Desperté empapada en sudor, con la respiración acelerada y la certeza absoluta de que no importa cuánto intente convencerme a mí misma: casarse con Héctor Valverde fue firmar con el Diablo. Solo que este Diablo viste, me ama y folla mejor.

***

—Otra vez he soñado con nuestra boda —solté, removiendo mi refresco con cara de asco—. Y no era una boda, era una barbacoa satánica. Todo ardía. Hasta las flores.

Marta casi se atragantó con su copa.

—Claro, cariño, porque normal no ibas a soñar ni casándote. ¿Y él? ¿Qué hacía el Anticristo esta vez en la boda?

—Esperarme en el altar con traje negro y una corona de llamas en la cabeza. Muy mono. Como para portada de Vogue: edición infierno. Y cuando me puso el anillo no era de oro, era un sujeta-papeles. Así, en plan: Bienvenida a la burocracia eterna, cariño.

Marta estalló en carcajadas.

—Tía, estás fatal. Menos mal que no fue así.

—Fue bonito, ¿no crees? Y emocionante.

—Yo hasta me meé en las bragas.

—Fue por el tequila.

—No voy a negarlo. Deberíamos brindar con fuego. Voy a pedir una ronda.

—No.

—¿No?

—Estoy embarazada. —Le di un sorbo a mi Fanta de limón.

—¡Qué dices!
—Lo que oyes. ¿Por qué crees que me he pedido un refresquito? ¿Me he vuelto abstemia? No. El Anticristo me ha dejado preñada. Estoy rezando para no parir un pequeño demonio con traje Hugo Boss y cara de esto no es una sugerencia.

Marta se inclinó sobre la mesa, con los ojos brillando.

—Ay, por favor, Julia… ¿te imaginas? Un bebé mini-Héctor señalando a la gente y despidiéndolos de la guardería.

—Lo peor es que lo veo. Y encima sin pestañear. Igual que su padre. —Me toqué la barriga, todavía plana, y suspiré—. Mírame, no puedo beber ni un gin-tonic y encima voy a criar al *anticristito*.

—Bueno, míralo por el lado bueno. —Marta levantó su copa—. Si sale guapo, te compensa.

—Sí, y si sale con los ojos de él, estamos jodidas todas. —Me quedé pensativa un segundo—. Marta, ¿y si de verdad es el heredero del infierno?

—Pues lo vestimos de ángel en las funciones del cole, para equilibrar.

Solté una carcajada tan grande que la camarera me miró raro.

—Lo que me faltaba… soñar bodas satánicas, estar embarazada del Anticristo y encima preocuparme por las funciones de Navidad.

Marta brindó conmigo, aunque mi vaso solo tuviera hielo y limón.

—Reina, tú tranquila. Si pariste ya la paciencia de trabajar con Héctor, parir un demonio te va a parecer un paseo.

***

—¡Esto es culpa tuya, Héctor Valverde! —grité tan fuerte que estoy segura de que los vecinos de la urbanización entera se enteraron de que estaba pariendo.

Él estaba a mi lado, cómo no, impecable incluso en una sala de partos. El pelo perfectamente peinado, el reloj carísimo brillando en la muñeca.

—Dime que estás nervioso. —Ni una gota de sudor, ni un gesto fuera de lugar. Si alguien entraba de repente, juraría que era él el

que estaba a punto de firmar un contrato millonario, no yo la que tenía un niño a medio camino de destrozarme el cuerpo.

—Julia, respira —me pidió, con esa voz grave que suele funcionar para que todo el mundo obedezca.

—¡Respira tú, Anticristo de los cojones! —le escupí y le apreté la mano hasta que escuché un quejido que casi me hizo sonreír.

La matrona nos miró de reojo, y por la curva de su boca supe que intentaba no reírse. Seguro que estaba acostumbrada a escuchar barbaridades en mitad del parto, pero lo mío era poesía contemporánea.

Me dobló otra contracción y sentí que me partía en dos. Sudor, lágrimas y un dolor que ningún manual de respiración podía suavizar.

—¿No decías que eras el Diablo? —jadeé clavándole la mirada—. Pues ahora haz tu magia infernal, Héctor. Me devolviste a la vida una vez, ¿no? ¡Pues quítame este dolor!

Él me sujetó más fuerte, con una claridad que no me convencía.

—No puedo.

—¡Claro que puedes! —solté con la voz rota por el esfuerzo—. Si puedes cerrar empresas con una llamada, si puedes mandar a la mierda a medio consejo de administración con una ceja levantada, si puedes hacer que todos tiemblen cuando dices "quiero resultados"… ¡puedes quitarme una puta contracción!

Otra oleada de dolor me arrancó un grito. Le clavé las uñas en la mano sin compasión.

—Te odio. —respiré entrecortada, sudando como nunca—. Te odio tanto que voy a ponerle tu segundo nombre a este niño para recordarme siempre que fuiste el culpable de cada uno de estos dolores.

Él sonrió. El muy cabrón sonrió en mi cara, ante un espectáculo privado solo para él. Se inclinó, me besó la frente y susurró:

—Me encantas.

Lo habría matado ahí mismo si no fuera porque estaba demasiado ocupada intentando no desmayarme.

Otra contracción. Otro alarido. Y yo pensaba: "Este hombre es capaz de hacer temblar a media ciudad con un gesto, de negociar con los peores demonios del mundo, y yo estoy aquí, rompiéndome en dos porque el Anticristo decidió que quería una familia en una mansión con jardín a las afueras de Madrid. Si esto no es ironía, que venga Dios y lo vea".

Otra contracción me atravesó entera y quise morderle la mano. Literalmente. Si me hubieran dejado, le habría hincado los dientes hasta dejarle marca.

—No vuelvas a tocarme en la vida, Héctor Valverde. —Mi voz salió entrecortada, pero firme como una amenaza—. Porque te juro que si esto es lo que pasa cada vez que decides meter la mano donde no debes, no pienso repetirlo.

—Ya lo has dicho cuatro veces en los últimos diez minutos —contestó con calma diabólica—. Y estoy empezando a sospechar que es cierto.

—¡Cállate! —vociferé, sudando, empapada, hecha un desastre—. ¡Cállate o te arranco la lengua!

La matrona carraspeó con suavidad.

Entre dolor y dolor, mi cabeza voló. Porque ahí estaba él, el Anticristo, convertido en padre primerizo en una sala de partos, conmigo hecha trizas. Y pensé en lo rápido que había cambiado todo.

Ahora vivíamos en una mansión a las afueras de Madrid, con jardín, piscina y más habitaciones de las que necesitábamos. Yo

todavía no me creía que ese hombre, el mismo que me había hecho la vida imposible en un despacho de ValCorp, y fuera de él, hubiera terminado queriendo un hogar. Un lugar fijo. Una familia.

Lo había visto pasear por los pasillos con las manos en los bolsillos, evaluando cada detalle como un nuevo proyecto. Y, aun así, cada noche acababa en nuestra cama, besándome con el mismo hambre de la primera vez.

Pero en ese momento, tirada en una camilla, con el sudor pegado a la frente y las uñas clavadas en su mano, lo odiaba. Lo odiaba tanto que se lo decía sin filtro, como siempre:

—Eres el puto culpable de todo esto. Si no fueras tan irresistible, ahora estaría en mi piso, con el sofá que compraste, viendo series tranquilamente y comiendo pizza. Pero no. Aquí estoy, intentando sacar a tu descendencia con dolor medieval.

—Te prometo que merecerá la pena.

Le lancé una mirada asesina.

—Como no merezca la pena, lo devuelves.

Sentí la contracción final como si me partiera en dos. El dolor era tan intenso que pensé que aquello no lo superaba ni la mismísima Virgen María con epidural celestial incluida. Apreté la mano de Héctor de nuevo, con tanta fuerza que escuché cómo resoplaba, y eso me dio un mínimo placer vengativo.

—¡Lo odio! —grité con las venas ardiendo—. ¡Lo odio más que nunca!

—Lo estás haciendo increíble, Julia —murmuró él, acercando su cara a la mía, con los ojos húmedos—. Solo un poco más.

—Un poco más y me matas.

—No voy a dejar que pase. —Y me besó la frente.

El empuje fue brutal, desgarrador, un rugido que salió de mi garganta y que seguro se escuchó hasta en la cafetería del hospital. Y entonces, un llanto. No mío. De él. Del bebé.

Me dejé caer contra la camilla, exhausta, empapada, temblando. El mundo se redujo a ese sonido: el llanto fuerte, pequeño, perfecto.

La matrona sonrió mientras lo colocaba sobre mi pecho. Lo miré y por un segundo olvidé insultar, olvidé maldecir, olvidé que me dolía todo. Sus manitas, sus ojos apretados, su calor contra mí.

—Hola, pequeñín… —susurré, con lágrimas que me ardían pero no pude contener.

Alcé la vista y vi a Héctor. El Anticristo, el hombre que nunca se permitía flaquear, estaba roto. Roto en mil pedazos, con lágrimas cayendo por su cara mientras nos miraba a los dos.

—Lo has conseguido —se ahogó al final—. Los dos.

Yo reí, débil, todavía sin aliento.

—Te odio… pero te amo.

Él inclinó la cabeza, sonrió con arrogancia y contestó:

—Ya lo sabía.

Me reí, agotada, con el bebé acurrucado en mi pecho y el Diablo convertido en padre llorando a mi lado. Y entonces lo entendí: habíamos sobrevivido a todo. Incluso a nosotros mismos.

Varios años después…

Todavía no entiendo cómo lo hice tres veces. El primer parto fue un infierno. Dolor, gritos, juramentos de que jamás volvería a repetir. Y, aun así, lo repetí. Una, y otra. Tres veces en total. A estas alturas tengo claro que no fue amor romántico, ni inconsciencia: fue el veneno del Anticristo, que me intoxicó la sangre, me dejó lela y, encima, feliz de estarlo.

Ahora miro alrededor y veo el resultado: tres hijos. Adrián, con ocho años, tan arrogante como su padre y con esa mirada que dice "yo mando aquí" aunque solo esté decidiendo a qué videojuego jugar. Clara, de cinco, un torbellino de sarcasmo en miniatura que no se calla ni debajo del agua y que ya promete superar mis mejores frases en cualquier discusión. Y Mateo, el pequeño, que hoy cumple dos años: su sonrisa derrite hasta al mismísimo Anticristo, y cuando llora consigue poner a Héctor de rodillas.

La mansión está llena de globos, serpentinas y niños gritando. En la mesa del jardín descansa una tarta monumental que Héctor encargó a una repostera de renombre, porque claro, aquí hasta el azúcar tiene que ser de lujo. Yo observo todo con un vaso de vino en la mano y el pelo recogido deprisa, preguntándome en qué momento pasé de odiar a Héctor en un despacho a organizar fiestas infantiles en nuestro jardín.

Mis padres también están aquí. Mi madre llora cada vez que ve a sus nietos correr, y mi padre sonríe con ese orgullo tranquilo que tanto le caracteriza. Les observo y me siento en paz sabiendo que, a pesar de todo, siguen aquí para verlo.

Marta tampoco falta. La muy sinvergüenza se casó con el becario de ValCorp, el niño que resultó ser mucho más hombre de lo que parecía. Los dos están ahora vigilando que Clara no decida meter la cabeza en la tarta antes de tiempo.

Y Laura… sigue soltera, aunque ha aparecido con su último novio, un chico tan joven que parece recién salido de la universidad. Ella lo presenta como el definitivo, pero todos sabemos que le durará lo mismo que un caramelo en la puerta de un colegio.

Y en medio de todo este caos bonito, está él. Héctor. Observando la escena con la posesividad que lo define, como si acabara de conquistar un imperio. Y quizá lo ha hecho, porque, aunque nunca lo admitirá, esta familia es la única batalla que ha ganado de verdad.

Yo bebo otro sorbo de vino y pienso lo mismo de siempre: este hombre me arruinó la vida… y al mismo tiempo me la regaló entera.

***

Escapé de la multitud con la excusa perfecta:

—Voy a por más dulces.

En realidad, necesitaba un respiro de tanto niño corriendo, padres emocionados y amigos comentando anécdotas de sus hijos perfectos.

Entré en la cocina, abrí el armario donde había escondido las chocolatinas y justo cuando alargaba la mano, sentí su sombra detrás de mí.

Héctor.

Antes de que pudiera darme la vuelta, ya me tenía aprisionada contra la encimera, con su cuerpo pegado al mío y sus manos apoyadas a ambos lados. Ese gesto suyo, tan suyo, de marcar territorio.

—El mármol y yo no somos parte de tu imperio —musité.

—Te amo —susurró contra mi oído, y se me erizó hasta los huesos —. Y estoy deseando que se vaya todo el mundo para follarte en la piscina.

Casi me atraganto con la chocolatina.

—¿Recuerdas que tenemos hijos?

—Se dormirán.

—¿Ah, sí? ¿Y si no lo hacen?

Su sonrisa me rozó el cuello.

—Entonces aprenderán pronto lo que significa tener un padre que siempre consigue lo que quiere.

Me recorrió un escalofrío.

—Eres incorregible.

Él me besó la mandíbula, lento, calculado, como quien ya sabe que ha ganado la partida.

—Soy El Anticristo. Y no pienso cambiar.

Lo odié un poco en ese momento. Lo odié porque tenía razón. Y porque, aunque en el salón había una fiesta de cumpleaños con globos, canciones y niños corriendo, yo solo podía pensar en que sí, en cuanto se marcharan todos, acabaría en la piscina con él.

—Estoy deseando que me folles en la piscina —aseguré en su oído. Noté cómo se le puso dura al instante y contuvo el aliento.

—¡Mamá! ¡Por qué no me dejaste como hijo único! ¡Yo no pedí hermanos! —Adrián se quejó bajo el arco de la puerta. Clara le seguía.

—¡Adri! ¡Adri! —gritaba mi chica mediana.

—¿Lo ves? ¡Me persigue!

—¡Adiiii! —Mateo caminaba junto a Laura detrás.

—¡El otro también! ¡Estoy harto de hermanos! ¡De los dos! —sentenció, como su padre lo haría, y se largó.

Yo cogí a Mateo en brazos, Héctor se encargó de la niña de sus ojos, Clara. Se la comió a besos, me quitó la chocolatina de la mano y se la dio a ella.

—La malcrías —enunció Laura.

—Son mis hijos.

—Son demonios —apostillé.

—Es lo mismo. —El Anticristo me dio un beso en la mejilla, me quitó a Mateo de los brazos y salió al jardín con los dos.

Laura y yo observamos cómo caminaban entre flores, la gente reía y los niños jugaban.

—Esto no es el infierno —suspiré.

—No lo será para ti. Yo lo veo y se me ponen los vellos de punta. ¿Una fiesta infantil? ¿Padres comiéndose mi comida? ¿Partos? ¿Un hombre para toda la vida?

Sonreí.

Pensé que para mí, aquello era el cielo. No el cielo de nubes y ángeles tocando arpas, no. El mío: el del Anticristo besándome dentro del agua, bajo estrellas y con sus labios peligrosos prometiéndome que seguiríamos discutiendo al día siguiente sobre quién manda en casa.

Pero también pensé que, para alguien como Laura, esto sería el infierno. Un hombre que te devora la vida, que te ata con una intensidad que asusta, que convierte cada respiro en una negociación. Para ella, para muchos, sería insoportable. Una cárcel de lujo.

Y sin embargo, para mí no lo era. Porque nada es lo que parece. Ni todo lo bueno lo es para cualquiera, ni todo lo malo lo es en todas partes. A mí me tocó el Anticristo. Y resultó que en sus brazos, el infierno podía ser el paraíso.

Héctor

Construí aquella casa para ellos. Yo, que siempre había renegado de los hogares, que aprendí demasiado pronto que las paredes guardan más heridas que abrazos. Nunca quise un techo que pudiera llamar mío porque los techos, en mi vida, siempre terminaban derrumbándose sobre mí. Hasta que apareció Julia. Ella fue la única capaz de mirarme sin ver al monstruo, sino al hombre.

La vi correr detrás de Clara con una pistola de agua ridícula, empapada de pies a cabeza, riéndose como si la vida no hubiera intentado arrebatárselo todo. Su vestido pegado a la piel, el pelo desordenado en el rostro, los ojos brillando con esa luz que a mí siempre me recordaba que el mundo, a veces, todavía podía salvarse. Y en ese instante me descubrí con algo que juré que jamás me pertenecería: paz. No la paz de los santos, sino la del demonio que decide guardar la violencia en el bolsillo porque, al menos por un rato, no hace falta usarla.

Julia nunca supo la verdad. Nunca le conté que Ignacio murió porque yo lo permití. Que no apreté el gatillo, pero puse a los hombres correctos en la dirección correcta y me aparté lo suficiente para que la sangre salpicara a otros.

Ella lo lloró, lo maldijo, me culpó… y después, eligió dejar de hacerlo. Eligió quedarse conmigo. Bendita inocencia.

Yo sí lo sabía. Y lo repetiría mil veces. Porque amaba a Julia. Porque amaba a mis hijos más que a mi propia vida.

El Anticristo que todos temían, el hombre de las sombras y los trajes caros, se arrodillaba cada noche a los pies de una cama infantil para inventar un cuento donde no existían demonios. Aunque yo lo fuera.

La vi acercarse entre los invitados, todavía riéndose de la persecución con Clara. Se detuvo un segundo a hablar con Marta, que aparentaba diez años menos de los que tenía y engañaba incluso a su propio marido con esa farsa.

Después, sin preguntar, Julia vino hacia mí y se sentó en mis rodillas como si aquel fuera el único trono que me correspondía. El paraíso.

—Tus hijos son salvajes —comentó, divertida, con el aliento tibio en mi oído.

—Nuestros —la corregí, besándole el cuello con la reverencia que solo ella merecía.

A lo lejos, ellos gritaban mi nombre desde los columpios, reclamando mi atención con la autoridad que solo tienen los hijos sobre un padre. Julia rio, me empujó con suavidad y yo cedí, como siempre cedía ante ella. Caminé hacia ellos. Los levanté en el aire, los lancé alto, los recogí con la certeza absoluta de que siempre caerían en mis brazos.

Ellos no sabían quién era yo. No sabían lo que era. Y nunca lo sabrían. Pero yo sí. Yo era el Anticristo. El que protege con violencia si es necesario, el que arranca de raíz cualquier amenaza antes de que pueda respirar demasiado cerca de lo que ama.

Y si alguien se atrevía a poner un dedo sobre mi familia, volvería a arder la tierra bajo mis pies. Porque los amaba. Porque nadie, ni Dios ni el mismísimo Diablo, me los arrebataría jamás.

***

Nunca pensé que acabaría en un teatro escolar, rodeado de sillas diminutas y padres emocionados con móviles en alto, esperando a que saliera un puñado de niños a hacer piruetas torpes. Yo, Héctor Valverde. El hombre al que muchos temían estrecharle la mano. Y, sin embargo, allí estaba. Con el corazón golpeándome el pecho, en la función más importante de mi vida.

Las luces se apagaron. El murmullo cesó. Y entonces apareció ella: Clara. Mi hija. Vestida con un tutú blanco, con el pelo recogido en un moño perfecto y los ojos brillando al buscarme entre el público. Me encontró enseguida, porque Clara siempre me encontraba. Sonrió. Y ese gesto bastó para hacer arder cualquier máscara que aún llevara puesta.

La música comenzó. Ella bailaba. Sus pasos eran inseguros, sí, pero cada movimiento me partía en dos. Vi a mi hija alzar los brazos, girar torpemente, esforzarse por mantener el equilibrio, y me sentí

más vulnerable que en todas las traiciones y guerras de poder que había librado en mi vida.

De pronto, el público estalló en risas suaves. Clara se había quedado quieta, clavada en el centro del escenario, sin moverse. Solo me señalaba. Lo entendí: me estaba llamando a mí.

—No —murmuré, negando con la cabeza. Julia me miró, divertida, desde la butaca de al lado.

—Ve —susurró, con esa voz que siempre convertía mis no en síes.

Me levanté, con la certeza de estar cometiendo el ridículo más grande de mi vida. Y crucé el pasillo bajo las miradas incrédulas de otros padres. Subí al escenario. Ella me tendió su mano diminuta, exigiendo. Yo, el demonio de los trajes caros, el que había firmado sentencias de muerte sin pestañear, tomé la mano de mi hija y me incliné ante ella.

Y bailé.

No un ballet perfecto, claro. Mis pasos eran pesados, ridículos, pero a Clara no le importaba. Ella se reía, me empujaba para girar, me corregía con seriedad de profesora y me arrastraba en su danza improvisada. Yo solo la seguía, porque seguirla a ella era lo único que tenía sentido.

El público aplaudía, encantado. Julia lloraba y reía al mismo tiempo. Y yo… yo, el Anticristo, bailaba ballet bajo un foco cálido, con mi hija brillando entre mis brazos.

Nunca imaginé algo así. Nunca quise imaginarlo. Pero sucedió. Y en ese instante comprendí que la guerra, los enemigos, los pecados, todo lo que había sido… no importaba. Porque yo había ganado.

Cuando Clara me abrazó, jadeante y feliz, y apoyó su cabeza en mi hombro, supe que ese era mi paraíso. El único que reconocería como mío.

Y mientras los aplausos resonaban en mis oídos, pensé: *que arda el mundo, que tiemblen los cimientos del cielo. Yo ya lo tengo todo.*

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a quienes me acompañan dentro y fuera de las páginas.

A mi familia, por sostenerme cuando me pierdo entre historias y recordarme que siempre hay vida más allá del teclado. Se me olvida, mucho, y a mí me pesa poco.

A mis amigas, por las risas, las cervezas y los consejos que no siempre sigo, pero siempre guardo.

A mis lectores, por cada mensaje, cada foto y cada segundo que me regalan. Sois el verdadero motor de todo esto.

Y gracias a ti, que has llegado hasta aquí y has compartido conmigo este viaje con Julia y Héctor.

Millones de gracias.

SOBRE LA AUTORA

Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía "Un gin-tonic, por favor", publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y fue publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Puedes seguir a la autora en las redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora y Un gin-tonic, por favor.

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS